BIBLIOTECA CLÁSICA.

LORD MACAULAY

# VIDAS
DE
# POLÍTICOS INGLESES

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

M. JUDERÍAS BÉNDER

JOHN HAMPDEN.—ROBERTO WALPOLE.
HORACIO WALPOLE. — GUILLERMO TEMPLE.
JOHN BUNYAN.—FRANCISCO ATTERBURY.
DE LA HISTORIA.

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6

1885

# VIDAS

DE

# POLÍTICOS INGLESES.

---

MADRID. — IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
Colegiata, 6, bajo.



BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LXXXII

# VIDAS
DE
# POLÍTICOS INGLESES

POR

LORD MACAULAY

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

M. JUDERÍAS BÉNDER

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6
1885

AL EXCMO. SEÑOR

# D. José de Elduayen y Gorriti,

*Marqués del Pazo de la Merced; Gran Cruz de Carlos III, de la orden de San Juan de Jerusalem, de la Legión de Honor, de San Mauricio y San Lázaro, de la Estrella de Rumanía, de la Corona de Encina; Inspector general de segunda clase del cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; Ministro que ha sido de Hacienda y Ultramar, y actualmente de Estado; Senador del reino, etc. etc.*

EL TRADUCTOR.

1885.

# PRÓLOGO.

Las vidas de Hampden, de los dos Walpole, de sir Guillermo Temple, de Juan Bunyan y del Obispo de Rochester, contenidas en el presente volumen, abarcan un período de dos siglos, que comienzan al despuntar de la Revolución, y acaban bajo la nueva dinastía en 1797; espacio de tiempo durante el cual ocurrieron los tres acontecimientos más importantes de la historia moderna de Inglaterra, esto es: la muerte de Carlos I y el Protectorado; la Restauración de los Estuardos y su caída definitiva, y el advenimiento de la casa de Orange y con ella la consolidación de sus libertades.

La vida de Hampden da una idea del espíritu de la Revolución; las de Temple y Roberto Walpole, del carácter de la Restauración y del estado del país en pleno reinado de Guillermo, que recogió la herencia de los Estuardos por obra de la revolución

de 1688; las de Bunyan y Atterbury ofrecen dos aspectos diferentes del protestantismo, ocasionado cada uno á la época que alcanzó: fanático aquél y visionario, acomodaticio y práctico éste; como que Bunyan fué soldado del Parlamento y participó de todos los defectos de la muchedumbre de aquel tiempo, y Atterbury, parcial de la dinastía derrocada, participó de todos los defectos inherentes á los personas de cierto rango y calidad que alcanzaron los tiempos corrompidos de la Restauración.

Hemos incluído en este volumen también el Ensayo sobre la Historia del mismo autor, no sólo movidos del deseo de completar la traducción de sus opúsculos, con los cuales lo dimos á conocer en España (1) con tan buen acogimiento del público, sino porque en él puntualiza su programa en orden al modo de escribirla; programa de tan difícil ejecución que pareció á Macaulay merecer el epíteto de *prodigio intelectual* quien lo realizara, y que no quedó cumplido en todas sus partes hasta que publicó él mismo las páginas inmortales de su *Historia de Inglaterra* (2).

M. J. B.

1885.

---

(1) Véanse los cinco tomos de la BIBLIOTECA CLÁSICA que contienen los *Estudios Literarios, Políticos, Biográficos, Históricos* y *Críticos*.

(2) Publicada también por el editor de la BIBLIOTECA CLÁSICA.

# JOHN HAMPDEN.

---

(*Some Memorials of John Hampden, his Party aud his Times*, By Lord Nugent, 2 vols. 8.º, London, 1831.)

Edinburg Review, *December*, 1831.

# JOHN HAMPDEN.

## 1594—1643.

### I.

Hemos leído con extraordinario placer el libro que consagra lord Nugent á la memoria de Hampden, si bien debemos añadir que, con ser extraordinario el placer que su lectura nos ha proporcionado, no ha sido todo el que, merced ella, nos proponíamos, pues aguardábamos naturalmente que hubiera logrado reunir, recogiéndolos en los papeles de familia ó en las tradiciones locales, muchos antecedentes nuevos y curiosos en orden á la vida y carácter del célebre jefe del Parlamento Largo, del primero de aquellos grandes personajes de la Cámara de los Comunes, cuyo solo nombre suena mejor en nuestros oídos que un título nobiliario de los más feudales y sonoros. Pero si han quedado defraudadas nuestras esperanzas, no ha sido ciertamente por falta de celo ni de laboriosas investigaciones por parte del ilustrado é ilustre biógrafo; que ni aun en Hampden existen, á lo que parece,

papeles de alguna importancia relativos al más famoso de los poseedores de tan antiguo estado, perteneciendo los recuerdos más antiguos que todavía se conservan de él á la familia de su amigo sir John Eliot, entre los cuales figura el retrato que aparece grabado al frente de la edición que tenemos á la vista, y algunas cartas por todo extremo interesantes. El retrato es, á no dudarlo copia fiel de otro directo, acaso del único que ahora exista: el despejo de la frente, la dulzura y expresión de los ojos, la firmeza inquebrantable que revelan las líneas de la boca, son partes que abonan lo que decimos; las cartas contienen casi todos los nuevos antecedentes que lord Nugent ha logrado acopiar acerca de la vida del grande hombre, cuya memoria venera con respeto entusiasta, pero no extremado.

## II.

Al presente que no vela ninguna oscuridad la vida de Hampden podemos decir que su historia, sobre todo desde el año 1640 hasta su muerte, es la historia de Inglaterra, y que deben de considerarse, además, estas *Memorias* como si lo fueran de la historia misma de Inglaterra, mereciendo ser leídas con atención, no sólo por tal causa, mas también porque contienen ciertos hechos curiosos que son nuevos, á nuestro parecer; narraciones llenas de animación y movimiento, y muchas páginas inspiradas en elocuente y verdadero entusiasmo.

## III.

Bien es posible que la carencia de datos acerca de la vida privada de Hampden constituya un rasgo tan característico y notable por lo que á él respecta, como cuanto en orden á este particular han dicho á próposito de sus héroes cronistas tan prolijos como Mrs. Trhale, O'Meara ó Boswell mismo, pues el famoso jefe puritano es ejemplo casi único de un grande hombre que ni busca ni esquiva el encumbramiento; que halla el camino de la gloria sólo por que acierta con él por la senda del deber, y que pasa más de cuarenta años sin ser conocido y estimado sino de sus convecinos por sus prendas de carácter y de ingenio, por la elevación de sus principios, por sus maneras elegantes, feliz en el seno de su familia y celoso cumplidor de sus deberes. Cuando tomó asientó en la Cámara, comenzaron los hombres políticos á reputarlo de honrado, discreto y asiduo (concepto que subió de punto con el tiempo), no nada presuroso de hacer alarde y ostentación de su talento, fiel á su partido y consagrado de todo en todo á los intereses de sus electores. Pero surgió en esto una grande y terrible crisis: un gobierno arbitrario intentó atacar directamente un derecho sagrado de los ingleses, derecho que al propio tiempo constituía el baluarte y la principal defensa de todos los demás; y cuando la nación buscaba quién la defendiese, tranquilamente y sin ostentación alguna, el hidalgo del condado de Buckingham se puso á la cabeza de sus conciudadanos, cerró el paso á la tiranía y le hizo frente. Al cabo

de algún tiempo vinieron días aciagos y de mucha perturbación, y cuando el servicio público se tornó delicado y peligroso halláronse juntamente y al nivel de las mayores dificultades el valor y el ingenio de hombre tan extraordinario. Y aprendió á discutir con talento de primer orden, y á manejar hábilmente la Cámara de los Comunes; y se hizo soldado y diplomático, y por tal modo, así llegó á gobernar una cámara turbulenta y airada, llena de hombres de reconocida capacidad, como gobernaba su familia, y á dirigir una campaña como á despachar los asuntos de su condado.

## IV.

No hallamos palabras que sean eficaces á expresar la admiración que nos inspira un ingenio tan claro, tan grande, y al propio tiempo tan sano y ocasionado, que tan voluntaria y tranquilamente se contenía en los deberes más modestos del ciudadano, como remontaba el vuelo á los más altos, tan satisfecho y contento en la paz y el reposo del hogar, como viril y entero y fuerte en el movimiento de las tempestades de la vida pública; porque casi todos los elementos de la vida virtuosa é inmaculada de Hampden, que no se han oscurecido á los ojos de la posteridad, velados entre las nieblas de su alfoz, constituyen partes interesantísimas y luminosas de la historia nacional de Inglaterra. Si la conducta privada de Hampden hubiera ofrecido el más pequeño asidero á las censuras de sus adversarios, la malquerencia le habría perseguido tan injusta y ciegamente como lo ha hecho con sir John Eliot, á

quien sigue llamando asesino, á pesar de haberse demostrado que no lo fué; y si su carácter hubiese presentado algún lado débil, ó si su modo de ser se hubiese prestado al ridículo, bajo cualquier aspecto que fuese, podemos estar ciertos y seguros de que los escritores del bando de Carlos I no le habrían eximido de él, sino exagerado sus defectos; que recogieron y conservaron cuidadosamente hasta la más trivial circunstancia y el menor detalle que pudieran ser eficaces á tornarlos odiosos ó risibles, esforzándose con verdadera complacencia en hacer mofa en toda ocasión del lenguaje convenido y afectado de los fanáticos sin criterio que tanto abundaban en el partido puritano. ¡Ni cómo lo habrían exceptuado á él, cuando han dicho y repetido que Pim se detuvo cierta vez, sin acertar á seguir, á lo mejor de un discurso; que Hollis tiró de las orejas á Ireton; que el Duque de Northumberland roció á Enrique Marten; que sir John tenía la traza lúgubre y triste, y Vane el rostro feo, y Cromwell colorada la nariz!! Pero es lo cierto que ni el discreto Clarendon, ni Denham, el impudente, intentaron indicar siquiera una censura respecto del carácter, del porte y de los modales de Hampden. Por el contrario, Baxter nos conserva cuidadosamente como un eco de la opinión que gozaba entre los hombres más virtuosos de su época. En efecto, este hombre ilustre, no sólo por la piedad y la fervorosa elocuencia, mas también por el conocimiento de los negocios públicos, y el talento para juzgar á los hombres, dice en el *Descanso de los Santos* (Saint's Rest) que uno de los goces que se prometía tener en el cielo era el de ver en él á John Hampden. En las ediciones impresas después de la Restauración, se omitió el nombre de Hampden; «pero, dice Bax-

ter, debo advertir al lector que no lo he suprimido porque haya cambiado de opinión en orden á él... que á Mr. John Hampden lo estimaban amigos y enemigos como á persona eminente por su prudencia, su piedad y pacíficos consejos, mereciendo el aplauso de la generalidad más que ningún otro hidalgo de cuantos recuerdo de aquella época. Tanto es así, añade, que oí cierta ocasión exclamar á un anciano, discreto y prudente, que vivía lejos de él, pero que lo conocía:—¡Si pudiera trocarme por otro, quisiera ser John Hampden!» Sensible cosa es en verdad que no hayan quedado detalles más completos acerca de un hombre que, después de haber pasado por las más grandes tribulaciones que puedan afligir la virtud, y de haber representado el papel más brillante y esclarecido en una revolución y en una guerra civil, logró merecer elogios de tanta cuenta. Empero esta misma falta de documentos es la prueba más evidente de que ni aun el odio de partido logró hallar nada que pudiera empañar su honrada fama.

## V.

La historia del comienzo de la vida de Hampden no es larga de contar. Era jefe de una familia establecida en el condado de Buckingham antes de la conquista normanda, y parte de los bienes que había heredado los dió Eduardo *el Confesor* á Baduino de Hampden, cuyo solo nombre parece indicar que fuese de los favoritos normandos del último rey sajón. Durante la lucha de las casas de York y de Lancaster, se afiliaron los Hampden al partido de la

Rosa Roja, y fueron de consiguiente perseguidos por Eduardo IV y halagados por Enrique VII. Bajo los Tudors floreció la familia y se hizo tan poderosa que Greffith Hampden, gran sheriff del condado de Buckingham, recibió magníficamente á la reina Isabel en su residencia. Su hijo Guillermo fué diputado al Parlamento que convocó esta princesa en 1593, casó con Isabel Cromwell, tía del hombre por siempre memorable que rigió los destinos de la Gran Bretaña con más poder que la realeza, y de este matrimonio nació John Hampden el año 1594. Tres años después murió su padre, dejándole grandes bienes de fortuna. Después de haber pasado algunos años en la escuela de gramática de Thame, pasó al colegio de la Magdalena, en la universidad de Oxford, y cuando frisaba en los diez y nueve ingresó como estudiante en Temple's Inn, donde se inició en los principios de la legislación inglesa. En 1619 tomó por esposa á Isabel Symeon, á la cual amó, según parece, tiernamente, y en 1620 fué diputado al Parlamento por un lugar llamado Grampound, que adquirió en nuestros días triste celebridad.

## VI.

Por lo que hace á la vida privada de John Hampden durante su juventud, poco más se sabe de lo que dice Clarendon. «Comenzó, escribe nuestro gran historiador, entregándose á toda la licencia de distracciones, ejercicios y costumbres habituales á los hombres disipados.» Sin embargo, presto se verificó un cambio completo en su modo de ser, porque «de allí á poco, añade Clarendon, pasó de

uno á otro extremo, y de vivir de una manera licenciosa y sin freno á contenerse dentro de los límites de la mayor severidad y de la modestia más extraordinaria en la sociedad más severa, restringida y grave de todas.» Acaso hubo de realizarse cambio tan radical cuando Hampden cumplió veinticinco años y se unió á la mujer á quien amaba y estimaba; acaso fué debido á las preocupaciones políticas, y acaso también á entrambos motivos, pues un criterio como el suyo, y en circunstancias como las que le rodeaban, debía, naturalmente, renunciar á los placeres de la disipación, trocándolos por las obligaciones domésticas y públicas.

Sus enemigos están conformes en que la virtud revestía en él su aspecto más dulce y grato y menos rígido; porque á la moral del puritano unía los modales del cumplido caballero; cualidad preciosa que conservó, á pesar del cambio sobrevenido en sus costumbres, juntamente con «su natural amenidad, como dice Clarendon, y su cortesía exquisita;» cosas ambas que lo diferenciaban de los hombres de su secta y de su partido, y que fueron tan eficaces al servicio de su patria en la gran crisis durante la cual representó uno de los primeros papeles, como su sagacidad y esfuerzo indomable.

El mes de enero de 1621 tomó Hampden asiento en la Cámara de los Comunes. Deseaba por entonces su madre que ingresara entre los Pares, y ciertamente que habría podido justificar en todo tiempo pretensiones á tanta honra con el abolengo, la riqueza y las dotes personales que concurrían en él.

Pero en la época de Jacobo I se llegaba también á la Cámara de los Lores por puertas falsas, como que los títulos nobiliarios se vendían cual hoy (1851)

los distritos venales *(Rotten boroughs)*, y todo estaba reducido á pedir, pagar y obtener. Hampden excusó con desprecio los mal llamados honores con que deseaba verlo condecorado su familia, y se afilió al partido contrario á la corte.

## VII.

Próximamente por aquel tiempo fué cuando, como dice lord Nugent, comenzó á regularizarse la oposición. Largos años hacía que gozaban los Ingleses de un caudal de libertades más considerable con mucho que cuanto correspondió en suerte á las naciones ribereñas; problema este de los más intrincados y oscuros entre cuantos propone la historia, pues para resolverlo se hace necesario averiguar cómo un pueblo conquistado y sometido, y cuyo suelo se repartió entre los invasores, y cuyas leyes se escribieron en lengua extranjera, y cuyos habitantes fueron víctimas de la peor de todas las tiranías: de la tiranía ejercida por una raza sobre otra, llegó á ser asiento de la libertad civil, y objeto de admiración y de envidia para los Estados circunvecinos. El hecho es cierto, sin embargo. Porque ciento cincuenta años después de la conquista de los Normandos, obtuvo la Carta Magna, y cincuenta después, se reunió la primera Cámara de los Comunes. Froissart dice y su crónica lo demuestra que de todos los pueblos del siglo XIV, el menos dispuesto á tolerar la tiranía fué, sin duda, el pueblo inglés, el cual era en su concepto «el más peligroso de cuantos existían, y susceptible y altivo por extremo.» Al consignar este testimonio, el buen

canónigo no se daba, tal vez, cuenta de que la paz y la prosperidad interiores de que gozaba «el pueblo peligroso» eran fruto de su carácter «susceptible y altivo,» y por consiguiente, al hacer justicia á los efectos le faltó penetración para investigar las causas que los producían. «Todos en Inglaterra, añade, ya sean de la ciudad ó del campo, labradores ó comerciantes, saben vivir en paz, trabajando cada cual en su oficio;» condición moral y material que continuó prosperando durante el siglo xv, á pesar de hallarse perturbados los ánimos con la guerra que se hacían dos ramas de la familia real. La condición de *villano* casi no existía; las consecuencias de la lucha no las sentían sino los combatientes; la opresión sólo pesaba sobre la grandeza; y las instituciones nacionales, comparadas con las de los reinos vecinos, parecian, con efecto, merecer los elogios de Fortescue; como que, aun teniendo por cruel y arbitrario al gobierno del IV Eduardo, comparado con el de Luis XI ó el de Carlos el Temerario fué liberal y humano. Comines, que vivió en las opulentas ciudades de Flandes y que visitó Florencia y Venecia, no vió pueblo alguno mejor gobernado que el inglés, porque, á su parecer, «entre todos los reinos y señoríos del mundo, allí donde la cosa pública se trata mejor, y donde menos impera la violencia sobre la clase propular y no hay edificios derribados por obra de las perturbaciones y discordias es Inglaterra; *et tombe le sort et le malheur sur ceulx qui font la guerre.*»

## VIII.

A fines del siglo XV y principios del XVI, gran parte de la influencia que poseía la nobleza residía ya en la Corona. Ningun rey de Inglaterra gozó de poder más absoluto y discrecional que Enrique VIII; pero mientras que las prerrogativas regias se robustecían á expensas de la clase aristocrática se verificaban dos grandes revoluciones destinadas á producir muchas más, á saber: la invención de la imprenta y la reforma de la Iglesia.

Los efectos inmediatos de la Reforma no fueron en Inglaterra por modo alguno propicios á la libertad política, porque como la autoridad que hasta entonces habían ejercido los Pontífices pasó íntegra casi á los reyes, los dos poderes formidables y que las más de las veces fueron eficaces á neutralizarse recíprocamente, quedaron reunidos en las manos de un solo hombre. De aquí que si el sistema que inspiró á los fundadores de la Iglesia anglicana hubiese podido durar, habría sido la Reforma, bajo el punto de vista político, el mayor de todos los males; pero el sistema contenía los gérmenes de su destrucción, porque si fué obra más ó menos fácil transferir el nombre de Jefe de la Iglesia de Clemente á Enrique, transferir á la nueva organización de la Iglesia la veneración que inspiró la antigua, era no ya difícil empresa, sino absurda; que no sacudió y rompió la humanidad un yugo para someterse á otro. Habíase considerado durante siglos la supremacía del Obispo de Roma como principio fundamental del Cristianismo, y militaba en favor

suyo cuanto pueda ser eficaz á robustecer y afirmar una preocupación: venerable antigüedad, grandes autoridades y el asentimiento universal; los niños mamaban, por decirlo así, esta sumisión en el seno de sus madres; era la clave de las exhortaciones místicas, y para destruir su imperio se hacía necesario romper con innumerables recuerdos y quebrantar de una manera peligrosa el asiento de los principios. No obstante, con ser tan poderosa la preocupación, al emanciparse la razón humana, ya no pudo resistir por más tiempo, y cedió. Ni era lícito creer tampoco que el humano espíritu, redimido por esfuerzo sin ejemplo de la servidumbre que hubo de soportar durante siglos, se sometiera después pacientemente á otra tiranía igual sin título alguno para ejercerla; que si, al menos, Roma tuvo en su favor la prescripción, la intolerancia protestante, la dictadura de una secta improvisada y advenediza, la pretensión á la infalibilidad proclamada por quienes reconocían haber vivido en el error mucha parte de su vida, y la de limitar la libertad de las opiniones individuales según el capricho de maestros cuya propia conducta parecía inexplicable sin proclamar antes y reconocer la libertad del criterio individual, no eran cosas que pudieran soportarse mucho tiempo, ni racional esperar tampoco que, quienes abatieron la tiara, continuasen persiguiendo por la sobrepelliz. No hacía falta estar dotado de gran penetración para descubrir la inconsecuencia y la falta de rectitud de quienes, siendo de parecer contrario al de casi toda la cristiandad, no querían consentir á nadie que fuese de opinión diferente de la suya; que pedían para sí libertad de conciencia, y se negaban á otorgarla; que maldecían la persecución, y que sin embargo per-

seguían; y que apelaron á la razón contra la autoridad de uno de sus adversarios, y á la autoridad contra la razón del otro. Al menos, Bonner, procedió de acuerdo con sus propias creencias; pero Cranmer no pudo vindicarse de la acusación de hereje sino valiéndose de argumentos que hicieron de él un asesino.

## IX.

El sistema en cuya virtud procedieron los monarcas de Inglaterra durante algún tiempo después de la Reforma respecto de los asuntos eclesiásticos, fué demasiado absurdo para subsistir; porque si la opinión pública prosiguió su camino mientras no se detuvo el Gobierno, se negó á imitarlo cuando éste se detuvo, y el mismo impulso que disgregó millones de discípulos de la iglesia romana, continuó impeliéndolo en la misma dirección, aconteciendo entonces que, así como los católicos se tornaron protestantes, los protestantes se tornaron puritanos, y que á los Tudors, del propio modo que á los Estuardos, les fué tan imposible contener la segunda trasformación, como á los Papas la primera. El partido de los disidentes creció, se desarrolló y cobró fuerzas, en medio de grandes peligros y opresiones gubernamentales, y por obra de unos y otros, de secta se tornó en oposición. Y si á esto se agrega que, apoyados en la secular Constitución de Inglaterra, podían resistir al soberano sin faltar á las leyes, y que llegaron á ser mayoría en la Cámara de los Comunes, y que por tanto se hallaron en el caso de negar ó conceder los subsidios, se comprenderá

mejor que, merced al discreto ejercicio de tales atribuciones, consiguieran despojar á la Iglesia de la autoridad que se atribuía sobre la conciencia humana, y á la realeza de una parte del poder inmenso que recientemente logró adquirir á costa de los nobles y del Papa.

X.

Desde los principios del reinado de Isabel comenzó á iniciarse lucha tan memorable, y la conducta de su postrer Parlamento reveló de una manera clara y evidente los progresos que había hecho en la opinión pública una de esas revoluciones cuya marcha puede guiar, pero no detener, la política. Nos referimos al asunto de los monopolios, que dió motivo á la Cámara de los Comunes para obtener por primera vez señaladísima victoria sobre la Corona. También es cierto que la conducta de la mujer extraordinaria que á la sazón regía los destinos de Inglaterra, ofreció con este motivo admirable asunto de estudio á los hombres de Estado que gobiernan en momentos de agitación; porque desde luego se ve cuán bien comprendió á su pueblo, y cuán exactamente se dió cuenta de la crisis que atravesaba. Isabel, que defendía con firmeza sus prerrogativas, otorgaba de buen grado las concesiones, y comprendiendo que había llegado el momento de hacerlas á la opinión pública, realizó aquéllas, sin vacilar, sin resistir, ni demasiado tarde, ni á manera de trato difícilmente convenido; en una palabra, no al modo de Carlos I, sino pronto y cordialmente; como que sin dar tiempo á proposiciones

ni memoriales, aplicó el remedio al daño y desagravió á todos, expresando en términos calurosos la gratitud que debía mostrar á sus fieles diputados por haberle denunciado abusos que gentes interesadas le ocultaron. Si sus sucesores hubiesen heredado su prudencia con su corona, Carlos I habría muerto de vejez, y Jacobo II no habría visto jamás á Saint-Germain.

## XI.

Al morir Isabel, heredó la corona un príncipe que se creía el maestro más hábil en el arte difícil de reinar de cuantos habían sido, pero que no era, en puridad de verdad, sino uno de esos reyes que parecen puestos por Dios *ex profeso* para precipitar las revoluciones. Porque, de todos los enemigos de la libertad que hasta entonces había producido la Gran Bretaña, vino á ser Jacobo I el más inofensivo y el más irritante, al propio tiempo.

Pues si los tiranos discretos é ilustrados profesaron siempre la máxima de revestir la rudeza de sus actos con formas populares, Jacobo puso especialísimo empeño en cubrir de una barnizada del más insufrible despotismo el acto menos importante; resultando de esto que los atrevimientos de su lenguaje temerario exasperaron á sus súbditos tanto como los empréstitos forzosos y las mayores exacciones, sin que hubiera en la práctica rey que sostuviese tan feble y mezquinamente sus prerrogativas: como que ni supo ceder á tiempo y de buen grado á los progresos de la libertad, ni adoptar disposiciones eficaces á reprimirla y condenarla, sino que retrocedió temeroso con precipitación ridícula

delante de ella, sin dejar por eso de volverse de vez en cuando para cubrirla de invectivas y de fanfarronadas. Había sido gobernado el pueblo inglés hasta entonces, por espacio de ciento cincuenta años, por príncipes que poseyeron, cualesquiera que fuesen sus debilidades ó sus vicios, gran entereza de carácter, y que, amados ó aborrecidos, se hicieron temer siempre, siendo en tiempo de Jacobo I cuando, por la primera vez, desde que las manos entumecidas del nieto de Enrique IV dejaron caer el cetro, tuvo el pueblo inglés un rey á quien despreció profundamente.

## XII.

Las liviandades y locuras del hombre aumentaban el desprecio que inspiraba la política débil del monarca. Pero si las indignas galanterías de la corte y los hábitos de grosera ebriedad en que vivían encenagadas las mismas mujeres, hubieran sido partes á ofender profundamente á un pueblo cuyas costumbres iban tomando subido aspecto de austeridad, nada fueron comparadas al efecto que produjo en la opinión el descubrimiento de crímenes por todo extremo abominables, y la sospecha de que aun permanecieran veladas en el misterio mayores iniquidades. La historia singular de los Gowries, que intentaron el asesinato de Jacobo VI, á la sazón Rey de Escocia, estaba reciente aún en la memoria de los Ingleses. La vergonzosa ternura del Rey por sus pajecillos, los perjurios, las villanías, los envenenamientos que sus principales favoritos tramaron en su mismo Palacio, y el perdón que otorgó, faltando abiertamente á su deber y á su palabra, y cediendo

á las ocultas amenazas de un asesino, lo habían tornado en un objeto de horror para la mayor parte de sus vasallos. En las *Memorias* de mistriss Hutchinson puede hallar quien las consulte cuánto y cómo pensaban de Jacobo I las personas graves y de reconocida moralidad que vivían en honesto alejamiento de la Corte; que ni la Inglaterra era lugar, ni el siglo XVII tiempo propicio tampoco á Sporo y á Locusto.

Y como si no fuera esto bastante, reunía el miserable Salomón de Whitehall los más ridículos defectos, pues era pedante, bufón, hablador, curioso y cobarde. La naturaleza y la educación habían conspirado para producir en él una obra perfecta de cuanto no debe ser un rey. Pero si su mala traza, sus ojos extraviados, su paso incierto y vacilante, sus estremecimientos nerviosos, su boca entreabierta siempre, y su acento escocés, eran partes que podía reunir al propio tiempo un hombre virtuoso y distinguido, daban por resultado en Jacobo I hacer de él y de su dignidad objeto de menosprecio, y borraban de la memoria de las gentes los recuerdos que dejaron la noble presencia de sus predecesores; recuerdos que sirvieron á la dignidad real de no escasa defensa.

## XIII.

El monarca más semejante á Jacobo I fué, á nuestro parecer, el emperador Claudio. Ambos tuvieron el mismo carácter débil é indeciso, y adolecieron de las mismas puerilidadas, groserías y falta de virilidad; ambos fueron instruídos, y escribieron y hablaron, si no bien, al menos de una manera in-

creíble, á lo que parece, tratándose de hombres tan escasos de buen sentido. Ninguna descripción puede hacerse más ocasionada de las locuras y despropósitos de Jacobo I que la hecha por Suetonio, tratando de Claudio, cuando dice que incurría «en faltas que, no ya en un príncipe, sino entre particulares, son feas, y más siendo persona como era no escasa de facundia y erudición, y dedicada con perseverante ardor al estudio de las bellas letras» (1). Pueden también aplicársele á maravilla las palabras de Suetonio cuando habla de la manera que tenía el romano de tratar los negocios del Estado. «Fué de ánimo admirablemente variable para comprender y juzgar, pues así era circunspecto y sagaz, como sin consejo y precipitado, y á las veces frívolo y semejante á un loco» (2). Claudio estuvo gobernado sucesivamente por dos mujeres corrompidas, y Jacobo por dos hombres que adolecieron de idéntico vicio. ¡Qué más! si hasta el retrato de Claudio que hallamos en las Memorias de su tiempo se parece, bajo muchos aspectos, al Rey de Inglaterra: «al andar, dicen, le flaqueaban las piernas, ya flojas y menos firmes, y cuando hacía cualquier cosa, ya fuese grave ó de poca cuenta, veíasele reir de una manera impropia de su calidad, ó montar en cólera, ó hacer gestos degradantes con la boca llena de espumas y proferir palabras con lengua torpe y tartamuda» (3).

(1) «Multa talia, etiam privatis deformia, nedum principi, neque infacundo, neque indocto, imo etiam pertinaciter liberalibus studiis dedito.»

(2) In cognoscendo ac decernendo mira varietate animi fuit, modo circunspectus et sagax, modo inconsultus ac præceps, nonnunquam frivolis amentique similis.»

(3) «Ceterum et ingredientem destituebant poplites mi-

## XIV.

La Cámara que Jacobo convocó poco después de su advenimiento al trono fué de oposición; y la segunda, reunida en la primavera de 1614, aun lo fué más, mereciendo por esto ser disuelta á los dos meses de legislatura. Desde aquel punto, y por espacio de seis años, reinó y gobernó el Monarca sin recurrir á los Cuerpos representativos de la nación, y durante ellos se sucedió en lo interior y exterior del reino una serie no interrumpida de acontecimientos tristes y vergonzosos, tales como el divorcio de lady Essex, el asesinato de Overbury, la privanza de Villiers, el indulto de Somerset, la desgracia de Coke, la ejecución de sir Walterio Raleigh, la batalla de Praga, la invasión del Palatinado por Spinola, la ignominiosa fuga del yerno de S. M. Británica, y la decadencia en Europa del influjo protestante. Y como en este período de tiempo ensayara Jacobo todos los medios, aun los más extraños, para obtener recursos con que ocurrrir á las necesidades del Erario, menesteroso cual nunca lo estuvo de dinero, sin lograr su objeto en la medida de su deseo, hubo de convocar un Parlamento. En él apareció Hampden por la primera vez como hombre público.

Este Parlamento duró un año próximamente, y castigó por modo merecido á varios de los que ma-

---

nus firmi, et remissi quid vel serio agentem multa dehonestabant, risus indecens, ira turpior, spumante rictu, præterea linguæ titubantia.»

yor caudal acumularon los seis años anteriores con los monopolios: Mitchell, uno de los concesionarios, que compró al valido el privilegio de robar á los Ingleses, fué condenado á una multa y á prisión perpetua; Monpesson, el original, según dicen, de sir Gil Overreach en la obra de Massinger, fué desterrado, confiscándosele, además, sus mal adquiridos bienes; sir Eduardo Villiers, hermano del Duque de Buckingham, hubo de buscar refugio fuera del reino para sustraerse á los efectos de una condena, y como él y los anteriores otros muchos. Este catálogo de ignominias se aumentó entonces con el nombre de lord Bacon (1), el famoso filósofo, á quien acusó también el Parlamento, y que debió sólo á su ingenio esclarecido el rescatar su memoria de la infamia que la manchó por obra del servilismo, de la ingratitud y de la corrupción.

Después de haber ocurrido á los abusos interiores, pusieron los ojos los diputados en la situación de Europa. Con esto montó en cólera el Rey contra la Cámara, y viendo el empeño que ponía en conocer de tales negocios y en intervenir en ellos, con su acostumbrada falta de tacto la puso en el caso de abrir discusión acerca del origen del Parlamento y de sus privilegios. Bien es cierto que, cuando se convenció de que no lograría persuadirla, disolvió la Cámara, y dejándose llevar de la ira, dispuso que fuesen reducidos á prisión los jefes oposicionistas, acaso para que con más espacio y sosiego, y apartados del bullicio del mundo, meditaran en orden á sus discursos.

---

(1) Véase la «Vida de Bacon» en el tomo XXX de la BIBLIOTECA CLÁSICA, titulado *Estudios críticos*, por lord Macaulay.—N. del T.

## XV.

Entre la disolución de este Parlamento y la convocatoria del inmediato, se plantearon y prosiguieron las célebres negociaciones acerca de la Infanta, quedando en ellas vergonzosamente vencido el pretenso déspota, y ridículamente burlado el supuesto Salomón (1). A despecho de los ruegos y lágrimas de su *caro papá* y compadre, Steenie (2), llevó en triunfo á Madrid al príncipe Carlos, y allí pasearon y estuvieron hasta que regresaron sanos y salvos de la villa y corte los *queridos hijos*, como los llamaba Jacobo, si bien tornaron solos y sin aquella en cuya busca fueron. De donde se siguió que, buscando con afán el gran maestro en el arte difícil de reinar una alianza española, encontró una guerra con España. En febrero de 1624 se reunió el Parlamento, y durante toda la legislatura fué Jacobo juguete de su *baby* y de su *pobre perro* y *esclavo* (3). Pero si la Cámara hubiera sostenido con la mejor voluntad al Rey en la política enérgica que le inspiraba el valido, no se hallaba dispuesta en modo alguno á fiar los intereses de la nación á la flaqueza del Monarca, ni á la inmoralidad de sus favoritos, ni tampoco á quebrantar su fuerza luchando por satisfacer las quejas del pueblo. Así, pues, constituyó por guar-

(1) CÁNOVAS DEL CASTILLO. «Casa de Austria.» *Diccionario General de Política y Administración*; Suárez Inclán y Barca, editores, Madrid, 1868. — N. del T.

(2) Nombre bajo el cual era conocido el de Buckingham.

(3) Nombres que se daban el príncipe Carlos y el Duque de Buckingham.

dadores del subsidio que votó para ocurrir á los gastos de la guerra á comisarios del Parlamento, intentó la acusación del tesorero Middelesex, y aprobó una ley declarando ilegales todas las concesiones hechas hasta entonces de los llamados monopolios.

Por lo que se refiere á Hampden, no tomó activamente parte alguna en los negocios públicos mientras duró el reinado de Jacobo I; y aparte del gran interés con que atendió á las discusiones interiores del Parlamento y á los intereses locales de su condado, nada más hizo. Bien será decir, no obstante, que contribuyó de una manera eficacísima á que Wendover y otros lugares, con los cuales podría contar el partido del pueblo, reconquistasen sus franquicias electorales á despecho de las intrigas y de la oposición palatina.

## XVI.

El Rey, cuya salud iba decayendo desde hacía tiempo, pasó de esta vida el 27 de marzo de 1625. Bajo su reinado, el espíritu de libertad cobró grandes bríos y se hizo poderoso y capaz de sostener una lucha formidable, como así fué, sucediendo que el acero lo templó la mano feble de Jacobo para que lo esgrimieran los súbditos de su hijo. En efecto, la política de Carlos produjo la lucha entre el trono y el pueblo. Carlos no parecía hijo de Jacobo; pues ni era insulso, ni pedante, ni grotesco, ni cobarde, y sería faltar á la verdad negar que fuese instruído, bien educado, peritísimo en las bellas artes, y de irreprochable moralidad en la vida privada. Pero si

sus aptitudes para el manejo de los negocios públicos eran suficientes, y su porte y sus modales dignos de rey, era falso, despótico, tenaz, de limitada inteligencia, desconocía el carácter de su pueblo y no se curaba de los indicios de su época. El único principio de su sistema de gobierno fué resistir siempre á la opinión pública, y nunca le hizo ninguna concesión de cierta importancia sino cuando las concesiones ó las resistencias carecieron de ella, siendo ya lo mismo para él conceder que resistir, porque desamorada la nación de su persona, y recelosa, cuando no incrédula, de su palabra, ni esperaba de sus promesas liberales, ni temía de sus alardes bélicos.

Su primer Parlamento se reunió el mes de junio de 1625. Hampden tomó asiento en él en representación de Wendover. El Rey quería subsidios en dinero; los diputados, que se corrigieran los abusos; y como la guerra no podía continuar sin recursos, el plan de la oposición consistió, á lo que parece, en conceder lo pedido poco á poco y en pequeñas cantidades á fin de prolongar la legislatura é impedir la disolución. Y aunque votaron solamente dos partes de las pedidas, no valió la estratagema, porque S. M., después de haber oído las quejas que formuló el Parlamento por haber empleado la marina real sus fuerzas contra los hugonotes de Francia, y de imponerse de ciertas peticiones que hicieron en favor de los puritanos perseguidos en Inglaterra, lo disolvió y levantó dinero por medio de órdenes expedidas bajo el sello privado. Pero como quiera que lo recogido por tal modo fué muy poco en comparación de lo necesitado, á principios de 1626 convocó nuevo Parlamento. Hampden representó de nuevo en él á Wendover.

## XVII.

La Cámara determinó conceder ampliamente lo que se le pedía, pero aplazando la votación definitiva de la ley hasta el momento en que se hubiera ocurrido al remedio de las quejas expuestas por la nación. La lucha que se trabó con este motivo superó en violencia á cuanto hasta entonces había sido. La Cámara de los Comunes acusó á Buckingham, y el Rey envió á la cárcel á los autores de la proposición; negó la Cámara que pudieran recaudarse los derechos de aduanas sin su consentimiento, y el Rey la disolvió; publicó la Cámara una súplica razonada, y el Rey, á su vez, un manifiesto justificando sus medidas, y como para dar más fuerza y vigor á sus palabras, puso presos á los individuos más principales de la oposición, y levantó un empréstito forzoso á virtud del cual se impuso á cada uno la obligación de contribuir con el cupo individualmente fijado en la época del último subsidio. En ese momento hizo Hampden su primer esfuerzo en favor del principio fundamental de la Constitución inglesa, negándose resueltamente á prestar la menor cosa. Cuando le preguntaron por la causa de su negativa, contestó que «no tendría inconveniente en contribuir como los demás al empréstito, si no temiese atraer sobre su cabeza la maldición escrita en la *Carta Magna* contra quienes la infrinjan; maldición que todos los ingleses debian leer dos veces al año.» En castigo de tan atrevida respuesta, el Consejo lo mandó encerrar en Gate-House, y al persistir algún tiempo después en su resistencia, lo envió á una cárcel del Hampshire.

## XVIII.

El Gobierno continuó vejando al país y cometiendo grandes torpezas en los asuntos exteriores: emprendió una guerra insensata contra la Francia, y la dirigió por modo más insensato aún, enviando á la isla de Ré una expedición que defraudó las esperanzas de todos, bajo la conducta de Buckingham; los soldados continuaron alojándose con boletas en las casas particulares; delitos y crímenes que caían dentro de la jurisdicción de los tribunales ordinarios, se juzgaban en consejo de guerra; más de ochenta nobles fueron detenidos y presos por negarse á contribuir al empréstito forzoso, y la gente baja que alardeaba rebelarse, se veía cogida por levas y llevada, mal de su agrado, á servir en la flota ó en el ejército de tierra. Con todo y así, como no ingresaba el dinero en el Erario en la medida y abundancia que reclamaban sus necesidades, sino es de una manera lenta y difícil, el Rey se vió en el caso de convocar otro Parlamento. Y para conciliar mejor los ánimos de sus súbditos y atraérselos, Carlos puso en libertad á cuantos fueron reducidos á prisión por no someterse á sus ilegales exigencias pecuniarias. Hampden salió con este motivo de la cárcel, y los electores de Wendover lo enviaron por su diputado inmediatamente á la Cámara.

El Parlamento se reunió á principios del año 1628. Durante la primera legislatura, persuadieron al Rey los diputados, no sin muchas vacilaciones, aplazamientos y rodeos de su parte para que diese, á cambio de cinco subsidios, plena y solemne sanción á la ley memorable que se designa bajo el nombre de

Petición de los Derechos, y puede y debe considerarse como la segunda Carta Magna de las libertades de Inglaterra (1). Al sancionar esta ley, se obligaba el Monarca á no imponer tributos que no estuviesen previamente votados por la Cámara, á no reducir á prisión á nadie sino en virtud de providencia judicial, á no alojar soldados en las casas particulares, y á dejar el castigo de los delitos á cargo de los tribunales ordinarios.

## XIX.

Durante el verano se suspendieron las sesiones de tan memorable Parlamento, reanudándolas de nuevo el mes de enero de 1629, cuando ya Buckingham no existía. Este aventurero, de carácter violento, débil y disoluto que, sin otras facultades y condiciones que las de cualquier palaciego vulgar, en aquella gran crisis de la política interior y exterior de Inglaterra fué osado á encargarse del papel de primer ministro, había sucumbido á manos de un asesino en el intervalo de dos legislaturas. Y como antes y después de su muerte se condujo la guerra con flojedad y sin éxito, y el Rey por su

(1) Conviene tener presente que Carlos dió primero una respuesta evasiva, y que, no admitida por los diputados, consintió S. M. en sancionar la Petición de derechos categóricamente; pero que los Ministros de la Corona hicieron imprimir y publicar, no obstante, con el documento, la primera contestación. Véase la *Cyclopædia of political, constitutional, statistical and forensic knowledge*, London. 1853. —N. del T.

parte siguió recaudando la renta de Aduanas sin consentimiento de la Cámara, y alojando las tropas en las casas particulares, fué ya notorio que, bajo todos aspectos, se había hecho en vano el sacrificio de los cinco subsidios otorgados por precio de las libertades nacionales contenidas en la Petición de derechos.

De aquí que, al congregarse nuevamente, se hallaran animados los procuradores de la nación de no muy conciliador espíritu; que se ocuparan con atención preferente de las medidas del Gobierno en cuanto á los derechos de aduanas; que llevasen á su barra á los empleados de Rentas; que sometiesen á interrogatorio á los barones de la Tesorería, y que acusaran á uno de los magistrados de Londres. Sir John Eliot, amigo íntimo de Hampden y uno de los diputados más distinguidos, presentó una proposición declarando inconstitucional el empréstito; y como el Presidente manifestara que S. M. le había mandado no consentir que se votase nada parecido, produjeron sus palabras la más violenta tempestad que se haya visto nunca en el Parlamento inglés: en medio de la gritería y del tumulto extraordinarios que reinaban en la sala, se levantó Hayman y protestó en términos enérgicos y llenos de vehemencia contra el vergonzoso lenguaje del *speaker;* Eliot arrojó al suelo el papel en que había escrito su proposición; Valentine y Hollis sujetaron al Presidente de la Cámara en su sitial para que, mal de su grado, entendiese la lectura del escrito de Eliot y los aplausos estrepitosos del Congreso al oirla; y para más seguridad y á fin de que ninguno entrase ni saliese de aquel recinto, cerraron la puerta por dentro y pusieron la llave sobre la mesa, sin curarse de abrir al ujier de Vara negra que llamó en vano

repetidas veces. Una tras otra adoptó la Cámara entonces seguidamente varios acuerdos á cual más enérgico, y suspendió sus reuniones. El día señalado para reanudarlas, el Rey la disolvió y mandó prender á los diputados más conocidos, entre quienes se hallaban Hollis y sir John Eliot.

## XX.

Aun cuando hasta entonces no hubiese tomado Hampden parte muy activa en las discusiones de la Cámara, llevaba mucho tiempo de pertenecer á comisiones de la mayor importancia y de hacer largos y profundos estudios en orden á las leyes y prácticas parlamentarias. Aun existe un volumen manuscrito de antecedentes relativos á la Cámara y que contiene copiosos extractos de sus apuntes.

Al disolverse la Cámara, se retiró á su finca, situada en lo mejor del condado de Buckingham, y en ella paso, atento á su hacienda y disfrutando de la vida campestre, los once años siguientes al de 1629. La casa de Hampden era un antiguo castillo inglés edificado en tiempo de los Plantagenets y de los Tudors, en lo alto de una colina, dominando un estrecho valle, y que, al cabo de grandes reformas y reparaciones, que contribuyeron á derruirlo, se halla en nuestros días casi enteramente abandonado. Los bosques frondosos y poblados que se extendían á sus pies y la rodeaban tenían anchas calles, abiertas en todas direcciones, talada una de ellas, la más espaciosa, conocida bajo el nombre de *Queen's Gap* (1) y que aun se descubre á muchas leguas

(1) *Portillo de la Reina.*

de distancia, por el abuelo de Hampden, para recibir mejor á la Reina Isabel. En tan delicioso alejamiento de la política activa pasó algunos años, como queda dicho, nuestro célebre hombre de Estado, cumpliendo con escrupuloso celo sus deberes de gran propietario y de magistrado, y esparciendo el ánimo con la lectura de buenos libros y los ejercicios del campo.

## XXI.

No por eso se olvidó de sus amigos y compañeros perseguidos, pues sostuvo, principalmente con sir John Eliot, preso en la Torre de Londres, activa correspondencia, parte de la cual ha publicado lord Nugent. Acaso sea efecto de nuestra imaginación; pero se nos antoja que cada una de las cartas que conocemos de él nos muestra por modo admirable algún rasgo de su carácter, tal cual nos lo describe Clarendon.

Parte de la correspondencia se refiere á los dos hijos de sir John Eliot. Y como fuesen ambos jóvenes, de carácter violento y desordenados en su conducta, y su padre, á la sazón lejos de ellos, estuviese naturalmente inquieto á causa de esto, determinó, para bien de todos y tranquilidad suya, enviar el uno á Francia, y el otro á la guerra de los Países Bajos.

A continuación se inserta una carta de Hampden, relacionada con este asunto, la cual si peca de rigor respecto de sí propio, abunda de caritativos impulsos en orden á los demás; demuestra que su puritanismo era de todo en todo compatible con los

gustos é inclinaciones de un hombre bien nacido y mejor educado, y además facilita la inteligencia de las palabras de Clarendon, cuando dice, hablando de él, que «se hallaba dotado de singular amabilidad, que discutía con calma y mesura siempre, y con tanta humildad y sumisión aparente de su parecer, que, á quien lo entendía, se antojaba ser persona que careciese de opinión propia y que tratase de los negocios por aprender á instruirse. Sin embargo, tenía una manera tan hábil de interrogar, y, á pretexto de duda, de insinuar sus objeciones, que persuadía de aquello que él pensaba á los mismos á quienes parecía oir para convencerse con sus razonamientos.»

La carta dice así: «Estoy tan persuadido de vuestra sagacidad para juzgar del carácter de los hombres, y de vuestro talento para poner á cada uno asequible y llano el camino que debe de seguir y le conviene, que si hubierais dispuesto de hijos míos como lo habéis hecho de los vuestros, acaso no habría discutido siquiera vuestro parecer, sobre todo, advirtiendo que, al trazar vuestro plan, os habéis anticipado á las objeciones que pudieran haceros; porque si Mr. Ricardo Eliot quiere, podrá en los ocios de la campaña unir el estudio á la práctica, y exornando su espíritu, de suyo tan claro é ingenioso ya, con los encantos de la contemplación, ha cernos concebir la grata esperanza de un nuevo sir Eduardo Vere, quien, como sabéis, pasando el verano en campaña y el invierno en su estudio, conquistó tanta fama, que con su muerte hubo un gran quebranto la nación entera, según dicen. Y pues habéis tomado esta resolución después de consultar la más alta de todas las sabidurías, como supongo, espero y fío en Dios que colme nuestros

propósitos de bendiciones en la medida de vuestros deseos. El partido que tomáis respecto de mi otro amigo prueba que no sois partidario de las teorías del Obispo de Exeter (1); mas, aun cuando tampoco soy devoto suyo, si me hubierais pedido parecer en orden al asunto, antes habría, como dicen vulgarmente que hago, demostrado mi talento aduciendo una muchedumbre de objeciones que contestando la consulta. Un término medio entre la Francia y Oxford acaso hubiera sido parte más eficaz á disipar sus escrúpulos, en razón á su edad... si bien es cierto que la persona de quien se trata es de aquellas que, si atendemos sólo á las cualidades del ingenio, no habrían menester de tutela, si por desgracia faltáseis mañana. Paréceme, sin embargo, y todo bien considerado, que no es poca suerte la de poder enviar un joven tan apreciable, y sin preservativo alguno á residir un espacio, más ó menos largo, en un pueblo donde tanto abundan las gentes cuya religión consiste sólo en ser supersticiosos en la impiedad, y cuyo más elegante modo de ser estriba en la ostentación de las malas costumbres. Pero Dios, á quien no se oculta, como á nosotros, lo presente y lo porvenir, ha destinado tal vez, en sus inescrutables designios, á vuestro hijo para servirlo desde muy temprana edad, é inspirádoos con tiempo para prepararlo por modo conveniente á grandes cosas. Siendo así, puede ir á Francia, cierto y seguro de hallar allí á aquel que Abraham halló en Sichem y José en Egipto; esto es, á aquel bajo cuya protección únicamente toda paz y sosiego y seguridad tienen su natural asiento.»

(1) El obispo Hall había combatido en prosa y verso contra la moda de hacer viajar por el extranjero á los jóvenes de buena posición social.

## XXII.

Empleaba sir John Eliot los forzados ocios de la cárcel en escribir un tratado acerca del gobierno, en orden al cual hacía frecuentes consultas á su amigo Hampden. Las críticas de éste son características de él, y se hallan notadas con la extremada cortesía que le atribuye Clarendon, porque sugiere sus objeciones con tanta delicadeza, que apenas serían parte á molestar al autor mas susceptible. Adviértese asimismo en ellas cuánto apreciaba en los demás la concisión, que constituía una de las grandes cualidades de su propia elocuencia; y como el estilo sir John Eliot fuese, á lo que parece, muy difuso, Hampden le llamó la atención acerca de ello cierta vez de la siguiente admirable manera: «El fragmento que acabo de leer, dice, reproduce su modelo tan perfectamente como es posible hacerlo por escrito, y constituye la representación animada de una grande y poderosa inteligencia: el asunto, el método y la expresión me parecen inmejorables, y, á decir verdad, superiores á mis alabanzas, pues no acierto á expresar lo que me hacen sentir; pero si hubiera de mostrarle sinceridad, ya que no ingenio, acaso me atreviese á preguntarle si no entendía que un modelo más pequeño hubiese representado completamente lo propuesto, no reduciendo, sino agrupando más las partes. Deseo aprender; no me atrevo á emitir juicio; pero los detalles acerca de cada punto parecen excesivos, si bien son perfectos en puridad de verdad. Podrá ser esto efecto de lo copioso y rico del manantial y de lo exiguo del vaso, y quién sabe también si no porque su autor, á

semejanza de Virgilio, hacía muchos más versos de los que se proponía: si yo los hubiese leído todos, puede que le hubiera dado el consejo de hacer menos para que resultasen los bastantes; pero maravillado de la belleza de unos y otros me habría quedado perplejo para decirle cuáles debía suprimir.»

Desde luego se advierte que no es así como escribe un hombre dotado solamente de buen sentido y buen gusto naturales, si no cultiva la literatura. Poco se sabe de los estudios de Hampden; pero debieron ser extensos, cuando llegó á pensarse cierta ocasión en confiarle los del Príncipe de Gales. Davila fué, según dicen, uno de sus autores predilectos, y cuantos conozcan la moderación de sus opiniones y la claridad de su estilo hallarán natural que gustase de él persona de tan buen criterio y recto juicio como era ciertamente nuestro Hampden. También es posible que el paralelo entre la Francia y la Inglaterra, entre hugonotes y puritanos lo, impresionase, y que meditando sobre aquellas páginas sintiera dentro de sí mismo las condiciones necesarias para representar el generoso é hidalgo papel de Coligny.

En tanto que compartía su vida en estas ocupaciones, lo abrumó una grande y triste desgracia de familia, perdiendo á la madre de sus nueve hijos el verano de 1634. La virtuosa compañera de Hampden descansa en la iglesia parroquial del lugar de este nombre, vecina de la granja donde residió en vida; y el tierno y enérgico lenguaje de su epitafio declara en breves palabras el dolor acerbo del esposo, y la consoladora esperanza de hallar en la vida inmortal del cielo á la que tanto amó en la vida pasajera del mundo.

## XXIII.

El aspecto de los negocios públicos iba tornándose más sombrío cada día. El arbitrario encarcelamiento que sufría Eliot quebrantó su salud al cabo de algunos años; y como el esforzado paciente se negaba en absoluto á comprar su libertad, aun siendo para él la vida, por no reconocer la autoridad que lo atropelló, si bien los rigores de su prisión se suavizaron merced á la diligencia de los médicos, acabó al fin su vida, y murió mártir de la misma buena causa por la cual su amigo Hampden debía morir también, andando el tiempo, de una manera más gloriosa, pero no más digna de respeto.

Cuantas promesas hacía el Rey se violaban sin pudor ni escrúpulo. La Petición de derechos, sancionada solemnemente por él á cambio de los subsidios que se le pagaron, era como si no fuese; se imponían contribuciones por mandato del rey; se concedían privilegios; se buscaban pretextos en las antiguas costumbres del feudalismo para exigir al pueblo tributos olvidados ya con el trascurso del tiempo; perseguíase á los puritanos con crueldad digna del Santo Oficio; forzábaseles á huir de su patria, y se les encarcelaba y azotaba y cortaba las orejas, y se les hendía las narices, y se les marcaba el rostro con hierro candente. Pero la crueldad de los opresores no rendía el valor de los oprimidos; y los mártires mutilados de la libertad arrostraban de nuevo, y cada vez con mayor fortaleza, las iras de la Cámara Estrellada (1), presentándose

(1) *Star Chamber:* antiguo tribunal con jurisdicción civil

con indomable brío en el teatro de su gloriosa ignominia, y ofreciendo sus cuerpos al cuchillo del verdugo para que saciara en ellos la saña de sus señores. Regada con sangre creció la secta, fuerte y vigorosa, cuando todo parecía conjurarse para detener su desarrollo, y echó profundas raíces en tierra estéril, y extendió sus ramas bajo cielo inclemente; como que las muchedumbres acudían en tropel alrededor de la picota de Prynne con más respeto que al pie del púlpito de Manwaring, y guardaba los pañuelos empapados en la sangre de Burton con veneración que la mitra y la sobrepelliz habían cesado ya de inspirarlas.

Carlos fué personalmente responsable del mal gobierno de aquella época desastrosa, pues desde la muerte de Buckingham, él solo pareció ser su primer ministro, aun cuando tuvo dos consejeros que le segundaron ó que le aventajaron en punto á intolerancia y desenfrenada violencia: uno, Laud, viejo supersticioso, tan honrado como lo consentía

---

y criminal, que procedía sin la intervención de los jurados. Tuvo grandes facultades bajo Enrique VIII y siguientes, y se abolió en tiempo de Carlos I. Según unos, tomó este nombre en remota antigüedad de *To Steer*, gobernar, y también de que entendía en ciertos contratos y obligaciones de los judíos llamadas *Starrs*, del hebreo *Shetar*. Según Palgrave's *(Essay on the King's Council*, pág. 165), su nombre viene de los adornos de su primitiva sala de juntas en el palacio de Westminster. Esta Cámara procedía de concierto con el Privy Council ó Consejo privado de S. M. Hale's, *Jurisdiction of the lord house*, cap. v. El último Parlamento de Carlos I la suprimió.

La jurisdicción de la *Star Chamber* lo abarcaba todo; y como se hallaba á merced de la Corona y cercenaba no pocas veces las atribuciones de los tribunales ordinarios, ya desde Eduardo III dió lugar á grandes quejas, y comenzaron á mermarse sus facultades.—N. del T.

su detestable condición; el otro, Strafford, hombre de gran esfuerzo y valor, y de no menos ingenio, pero sin fe, licencioso, corrompido y cruel.

## XXIV.

Jamás se vieron rostros que mejor expresaran el carácter de los hombres á quienes pertenecían que los de Laud y de Strafford, á juzgar por los retratos que de ambos nos dejó el pincel más hábil de su tiempo. La frente limitada y estrecha, las facciones demacradas y la mirada recelosa del prelado convienen á maravilla con su natural, é indican un Santo Domingo de segunda clase, tan diferente del adusto, severo y sombrío entusiasta que fundó la Inquisición, como lo es el diablo familiar de una bruja embaucadora del arcángel de las tinieblas. Si leemos los juicios formulados por él, ó los informes que redactó para declarar que había hecho reducir á prisión á varios separatistas para solicitar auxilio de S. M. contra los demás, nos sentimos poseídos de indignación; pero si repasamos su *Diario*, luego al punto el desprecio que nos inspira su persona nos torna indiferentes á todo lo que sea de él. En esas páginas se da cuenta, entre otras cosas de no menos trascendencia, de cómo cayó una vez su retrato al suelo, y de cómo por esto llegó á temer el ilustre príncipe de la Iglesia que aquella caída fuese aciago presagio; de cómo soñó en otra ocasión que la señoría del Duque de Buckingham fué á su casa y se acostó con él; que el rey Jacobo pasaba al lado suyo de vez en cuando, y que vió á Tomás Flasney vestido de verde y al Obispo de Worcester

envuelto en un lienzo blanco. Mas, á principios del año 1627 fué cuando el sueño de tan preclaro pontífice pareció ser más inquieto, desasosegado y visionario. El 5 de enero vió á un viejo muy jovial, de rostro arrugado, á quien llamaban Grove, y que se acostaba en el suelo; el 14 de mes tan memorable vió al Obispo de Lincoln montar á caballo de un salto y huir á todo correr; dos días después soñó que daba de beber al Rey en una copa de plata, y que S. M. no quería beber en copa, sino en vaso; luego, que se había hecho católico, apostólico, romano, sueño que, á decir verdad, de todos los suyos parece haber sido el más verdadero. Pero, de cuantas visiones tuvo, la más jocosa es la correspondiente á la noche del viernes 3 de febrero de 1627. «Soñé, dice, que tenía el escorbuto, y que, por efecto de mi mal, se me movían todos los dientes, y uno en la mandíbula inferior más particularmente, que me costó trabajo ímprobo sujetar con los dedos mientras pedía socorro.» Así era el eclesiástico encargado de la superintendencia de las ideas de un gran pueblo...

## XXV.

Pero Wentworth... ¿quién podrá nombrarlo sin recordar la dureza y severidad de sus facciones, ennoblecidas de una expresión más majestuosa que la del Júpiter antiguo; y su frente, y sus ojos, y sus mejillas, y sus labios, donde aparecen esculpidos como en mármol los acontecimientos de tantos años de tempestades y desastres, las grandes empresas realizadas, los peligros terribles arrostrados, y el

poder ejercido sin tasa ni medida, y el sufrimiento soportado sin flaquezas ni vacilaciones? ¿Quién puede olvidar, viéndola una sola vez, aquella mirada fija y adusta, llena de triste inquietud, de profundos pensamientos, de indómita osadía, que parece presentir y retar al mismo tiempo su aciago destino, cual la reproduce la pintura viviente de Van Dyck? Aun en nuestros días impone la fisonomía del altivo Conde á la posteridad, como impuso en los suyos á los contemporáneos, y excita el mismo interés al comparecer en el tribunal de la historia, que inspiró al presentarse en la barra de la Cámara de los Lores para ser juzgado. Tanto es así, que, á pesar nuestro, experimentamos á veces por su memoria una manera de indulgencia semejante á la que su defensa produjo en la sala de Westminster, á lo que dice sir John Denham.

## XXVI.

Este hombre tan bravo, tan grande y tan perverso, entró en la Cámara de los Comunes al propio tiempo que Hampden, y militó en sus filas, figurando ambos entre los nobles sin título más ricos y poderosos del reino, y distinguiéndose uno y otro también por la energía de sus caracteres y por su valor personal. Hampden tenía más penetración y mejor criterio que Wenworth, pero ningún orador de la época pudo competir en elocuencia y brillantez con Wentworth. En 1625 fueron reducidos á prisión estos dos hombres eminentes por mandato del Rey: Wentworth, que era uno de los jefes de la oposición, por su conducta en el Parlamento;

Hampden, que no había tomado aún en las discusiones parte activa y eficaz á llamar la atención, á causa de haberse negado á pagar tributos arbitrariamente impuestos.

Desde aquel punto se apartaron uno de otro; porque como al morir Buckingham buscara el Rey por todos los medios posibles el de separar de la oposición á varios de sus jefes, y Wentworth fuese de los que cedieron á sus halagos, no sólo abandonó á sus amigos políticos, sino que desde aquel punto aborreció con el odio propio del renegado á sus antiguos correligionarios. Entonces cayeron sobre él, como llovidos, títulos pomposos y dignidades y empleos lucrativos: fué creado Conde de Strafford, lord lugarteniente de Irlanda y presidente del Consejo del Norte, y empleó todas las facultades de su ingenio, y toda su energía, su valimiento y poder en hollar las libertades que antes defendió por manera tan noble y brillante. Sus consejos en orden á los negocios públicos eran siempre duros y arbitrarios, y su correspondencia con Laud demuestra evidentemente que su programa político, todo entero, consistía en gobernar sin Parlamento y con la espada. Parecíale mal que la acción de los tribunales no pudiera limitarse por medio de la regia prerrogativa; envidiaba siempre á los tribunales llamados del *King's Bench* y *Common Pleas* (1) las vislum-

---

(1) El tribunal llamado *King's Bench* es corte suprema, y su jurisdicción tan considerable y extensa que compite con la *Court of Chancery*. Es también tribunal de apelación, y puede reformar las sentencias del de *Common Pleas* y de los tribunales inferiores de Inglaterra Su jurisdicción alcanza igualmente á fiscalizar é intervenir, cuando así lo estima útil, los actos de todas las corporaciones civiles del

bres de libertad que hasta los Borbones más absolutistas dejaron á los Parlamentos en Francia; y en Irlanda, donde representó al Rey, puso en práctica sus teorías, poniendo por sobre los tribunales de justicia la autoridad del poder ejecutivo, no dejando á nadie salir de la isla sin permiso suyo, creando grandes privilegios y monopolios en provecho propio, é imponiendo tributos arbitrarios y recaudándolos con la fuerza armada. Clarendon, á pesar de su parcialidad por él, califica de tiránicos y propios del poder absoluto algunos de los actos gubernamentales de Strafford, que demostraban su carácter dominante y eran más ocasionados á excitar el encono y el terror entre las personas de ideas pacíficas y desinteresadas. Tiránico era, en efecto, é inicuo, además, y propio de hombre soberbio y apasionado el recabar, como lo hizo, de un consejo de guerra la sentencia de muerte contra una elevada persona que lo agravió, y que cuando hubo seducido á la nuera del lord Canciller de Irlanda, pretendiese obligar al suegro á disponer de sus bienes según quisiera la dama, destituyéndolo de su empleo y reduciéndolo á prisión por resistirse á ceder á tamaña exigencia. Cuando algunos censuran por la violencia de sus actos al Parlamento Largo, sin duda olvidan la tiranía de que libertó al pueblo inglés.

---

reino, y á proteger las libertades y derechos de los súbditos por medio de rápidos y sumarios procedimientos.

La jurisdicción del *Common Pleas*, de igual modo que las de los demás tribunales de Westminster, es general, y se extiende á toda Inglaterra; pero no interviene en asuntos ni delitos de carácter político.—N. del T.

## XXVII.

Tenía el rey Carlos, entre otros instrumentos secundarios, al presidente del Tribunal Supremo, Finch, y al fiscal Noy. Noy, como Wentworth, había defendido la causa de la libertad en el Parlamento, y, como Wentworth, la dió de lado para conseguir un empleo, y cuando lo hubo logrado, no halló mejor modo de mostrarse agradecido sino inventar, con auxilio de Finch, un sistema de tributos que acabó de arrancar del corazón de los Ingleses el poco afecto que aun tenían al Rey. En efecto, publicó S. M. un decreto disponiendo que la *city* de Londres armase y equipase navíos de guerra para su servicio, y lo hizo extensivo á otras ciudades de la costa. Y si bien con estas medidas se infrinjia muy á las claras la Petición de derechos, tenían ciertas apariencias de poder fundarse en precedentes; pero, de allí á poco tiempo, dió un paso el gobierno en cuyo favor no había medio racional de invocar antecedente alguno, y fué la orden á los condados del interior de suministrar dinero para el armamento de buques de guerra; exceso y audacia que no fué osada Isabel á intentar siquiera, ni aún pudiendo con razón justificar su atrevimiento con lo azaroso de los tiempos y la necesidad de atender á la salud de Estado, primera de todas las leyes. Pero como los condados del interior estuvieron exentos de dar buques, ó dinero en vez de buques, aun al dirigirse la *Invencible* á las costas de Inglaterra, estimaron intolerable que quien al consentir en la Petición de derechos renunció á la facultad de recaudar el impuesto de los barcos hasta en las

villas y ciudades del litoral, se atreviese á imponerlo allí donde jamás lo llevaron los reyes más absolutos.

Clarendon mismo reconoce que la contribución de los barcos estaba destinada, no sólo á proveer á las necesidades de la marina, «sino á convertirse con el tiempo en un manantial de donde pudiera sacarse continuamente y en toda ocasión.» Porque así lo entendieron los ingleses, fué tan grande la excitación que produjo en el país.

## XXVIII.

De conformidad con lo dispuesto, el condado de Buckingham debía contribuir con un navio de cuatrocientas cincuenta toneladas, ó en su defecto pagar cuatro mil quinientas libras esterlinas. La cuota que correspondió á Hampden fué muy pequeña, tanto, que hubo de censurarse al *Sheriff* (1) por haber repartido tan escasa cantidad á un hombre tan

---

(1) *Sheriff* es un funcionario que antiguamente nombraba el pueblo, y ahora nombra el monarca por un año. Según lord Coke, tiene á su cargo tres oficios: primero, la *custodia de la justicia*, por cuanto á él se dirigen las instancias para iniciar un procedimiento cualquiera, y que él designa los jurados para entender en las causas civiles y criminales; segundo, la *custodia de la ley*, por cuanto hace cumplir las sentencias de los tribunales; y tercero, la *custodia de la república*, por cuanto en su condado es el primer conservador del orden público. Como magistrado, entiende en juicios que no excedan de veinte libras esterlinas. En cierto modo y hasta cierto punto el cargo de *Sheriff* participa de las atribuciones del juez municipal, del de primera instancia y del corregidor.—N. del T.

acaudalado. Pero como no era la cuantía de la cifra, sino la infracción del derecho lo que á Hampden importaba, después de consultar con los letrados constitucionales de más cuenta, se negó á pagar los pocos chelines que se le pedían, y determinó de arrostrar los gastos y costas ciertas y el probable peligro de una causa ruidosa en la pendencia trabada entre la Corona y el pueblo. «Hasta entonces, dice con con este motivo Clarendon, tenía más reputación en su provincia que fama en el reino; pero desde aquel momento su persona y su conducta ofrecieron asunto inagotable á las conversaciones, preguntándose todos quién podía ser el temerario que osaba defender á su costa la libertad y la grandeza de Inglaterra.»

A fines del año 1636 llegó á la Cámara de Hacienda *(Exchequer Chamber)* (1), para verse ante todos los jueces de Inglaterra esta célebre causa. El primer abogado de Hampden era el famoso Oliverio Saint John, hombre de carácter taciturno, reservado, y aun no muy conocido en Westminster-Hall, pero cuyas grandes dotes comprendió y aquilató en ocasión anterior el procesado. El Fiscal y el Procurador general abogaron por la Corona.

La defensa empleó algunos días y la Cámara de Hacienda no pocos en deliberar, porque la opinión

---

(1) Esta Cámara ó Tribunal se reune para revisar las sentencias de los tribunales superiores de Inglaterra, y lo hace con asistencia de todos sus magistrados, excepto los que han intervenido en el fallo que ha de examinarse. La *Court of Exchequer*, á pesar de la semejanza del nombre, tiene por principal atribución la de entender en cuanto se relaciona con las rentas públicas, si bien por una ficción legal, que le es común con el *King's Bench*, pueden los ingleses entablar y seguir ante ella cualesquiera demandas.—N. del T.

de los jueces se hallaba dividida. Mas como el precepto legal favorecía de todo en todo á Hampden, aun cuando los magistrados ocupaban sus sitiales por la voluntad del Monarca y podían perderlos por obra de la misma soberana voluntad, la mayoría que logró reunirse para condenarlo fué tan escasa, que siendo los congregados doce, siete votaron contra él y cinco en pro.

El único efecto producido en la opinión pública por esta sentencia fué hacer más odiosa la conducta del Rey. «La sentencia, dice Clarendon, enalteció al procesado y redundó en deservicio de S. M.» El ánimo y la entereza que demostró Hampden con este motivo «elevaron su nombre á grande altura en todo el reino,» añade, y tanto que palaciegos y abogados de la Corona estaban unánimes en respetarlo. «Su actitud, prosigue Clarendon, durante aquel periodo de agitación revistió un carácter tal de modestia y de templanza, que hasta los mismos que no apartaban sus ojos de él para observar sus menores movimientos y sorprender algo en ellos que les diese pie para quebrantarlo más, hubieron de rendirle homenaje de consideración.» Mas, aun cuando esta conducta de Hampden inspirase á lord Falkland mucho respeto, aun cuando mereció grandes alabanzas al fiscal Mr. Herbert, sólo fué parte á exaltar el encono y la saña del de Strafford, el cual se lamentaba en sus cartas á Laud de la dulzura empleada con el procesado. «En verdad, se decía, que si se tratara como lo merecen á tales hombres, habría que azotarlos.» Y añadía en otra circunstancia: «Quisiera que trajesen á razón á fuerza de azotes á Mr. Hampden y á cuantos piensan de igual modo; y sentiré infinito que no se les azote mucho y bien hasta que sientan el castigo.»

## XXIX.

Todo conspiraba en aquellos momentos contra Hampden; y si su moderación había sido parte muy eficaz á quitar todo pretexto hasta entonces á los que deseaban encerrarlo en una prisión de Estado, no ignoraba que tenía puestos en él los ojos un tirano.

En 1637 llegó á su colmo el mal gobierno de Inglaterra. Ocho años iban transcurridos sin Parlamento; y como la sentencia de la Cámara de Hacienda puso á merced de la Corona los bienes todos del pueblo, y no bien pronunciada, Prynne, Bastwick y Burton hubieron de sufrir la pena de ser mutilados de orden de la Cámara Estrellada, y luego la de ir á cárceles apartadas para esperar la muerte, podía decirse que vidas y haciendas de cuantos se atreviesen á resistir á las exigencias palatinas estaban á merced del Monarca.

Comprendiéndolo así, determinó Hampden partirse de Inglaterra. Más allá de las apartadas costas del Atlántico, en los desiertos del Connecticut, algunos puritanos fugitivos de la metrópoli habían fundado una colonia, hoy próspera república, y que, á pesar del tiempo trascurrido y del cambio de gobierno, conserva señales evidentes del sello que le imprimieron sus primeros moradores. Brooke y lord Say fueron los iniciadores del proyecto de emigración, no sin consultar á Hampden, el cual, á lo que parece, deseaba ponerse fuera del alcance de los opresores, de quienes con harta razón temía que quisieran castigarle enérgicamente por su viril

resistencia. Lo acompañaba en el viaje su pariente Oliverio Cromwell, sobre quien ejercía mucha influencia, y en quien había descubierto, al través de groseras y extravagantes apariencias, únicas cosas que hasta entonces conocían de él sus contemporáneos, las grandes y extraordinarias condiciones que, andando el tiempo, fueron admiración y terror de toda la Europa.

Tomaron, pues, pasaje los dos en un barco anclado en el Támesis, y que debía darse á la vela en breve para la América del Norte, y ya estaban ambos á bordo, cuando pareció una orden del Consejo prohibiendo la salida de aquel y de otros siete galeones más, quedándose por tanto en Inglaterra Hampden y Cromwell, y con ellos la fatalidad de los Estuardos.

## XXX.

El estado de los negocios públicos iba de mal en peor. Todo hacía presentir próximos trastornos. El Rey quería reformar la constitución eclesiástica de Escocia, é introducir en el culto del reino ciertas ceremonias que la inmensa mayoría de los Escoceses reputaba por católico-romanas; absurda tentativa que produjo primero, descontento y malestar, tumultos y desórdenes, después, y al cabo, formidable rebelión armada. Establecióse un gobierno provisional en Edimburgo, y toda Escocia lo reconoció, sometiéndose á su autoridad; alistáronse tropas, nombróseles general y se convocó una junta de la Iglesia, publicándose á seguida el famoso *Cove-*

*nant* (1) que la nación entera hizo suyo con entusiasmo indecible.

Pero si el Monarca y sus consejeros dieron poca importancia en los comienzos á la revolución de los Escoceses, como á fines del año 1638 amenazara el peligro y se hiciera urgente acudir á remediarlo, se levantó un ejército, y al principio de la primavera de 1639 Carlos se dirigió al Norte con fuerzas suficientes para someter á los covenantarios, según decían.

Pero Carlos procedió en aquella ocasión como en todas las grandes circunstancias de su vida; y después de haber oprimido, amenazado y proferido infinitas fanfarronadas, vaciló y cedió: que Carlos fué osado y temeroso fuera de ocasión siempre, y hubiera procedido con más cordura temiendo antes de mandar leer la liturgia en San Gil, que no esperar para temer á que sus tropas llegaran á banderas desplegadas á los límites de Escocia. Pero no procedió así, sino que después de una campaña flojamente dirigida, hizo pacto con los insurrectos y retiró su ejército, si bien quedaron sin cumplir las condiciones de la pacificación, acusándose recíprocamente los dos bandos de faltar á lo convenido. Los Escoceses con esto se negaron á desarmar; el Rey quiso reunir tropas de nuevo; mas la empresa era por extremo difícil, dada la situación precaria en que había dejado al Erario la última guerra. Para ocurrir á remediar lo más urgente, pidió un anticipo sobre las

(1) *Covenant.* Convenio solemne celebrado por el Parlamento escocés en 1638 y admitido y registrado por el Parlamento inglés en 1643, para preservar la religión reformada en la Iglesia de Escocia y llegar á la extirpación del papado y de la prelatura, llamado comúnmente liga solemne y convenio *(covenant,* de *convenire).* Se renovó en 1743.—N. del T.

rentas del año próximo; y no bastando esto, acaso hubiera recurrido, para cubrir el *déficit* del Tesoro, á una serie de arbitrariedades; pero el estado de los ánimos en Escocia lo contuvo é hizo indispensable la convocatoria de un Parlamento. Por tal modo, al cabo de once años de sufrir en silencio, la nación podía exponer sus quejas de nuevo.

## XXXI.

Reunióse la Cámara el mes de abril de 1640, y con ella se ofreció al Monarca nueva y feliz ocasión de reconquistar el amor de su pueblo; que aquel Parlamento fué, sin duda, el menos oposicionista de los congregados desde hacía muchos años. Y, á decir verdad, nunca hemos acertado á comprender cómo, al cabo de tantos años de mal gobierno, podían los representantes de la nación mostrarse tan pacíficos y moderados. Clarendon habla de aquellos diputados y de su docilidad con admiración, diciendo que «la Cámara estaba por extremo propicia en todo á complacer al Rey y á servirlo, y que no era posible ver una reunión de hombres más benévolos y desinteresados, y en la cual hubiese menos voluntades díscolas.»

Hampden representó en este Parlamento al condado de Buckingham, y desde aquel punto hasta el día de su muerte se consagró sin descanso á los negocios públicos (1), logrando hacerse popular cual ninguno en Inglaterra; que la oposición lo reputase

(1) Se alojó en *Gray's Inn Lane*, cerca de la casa de Pim, con quien vivía en la más cordial amistad.

por su jefe, y que los servidores del Monarca le distinguieran con singulares muestras de respeto.

Carlos exigió del Parlamento que votase sin demora un subsidio, y le dió palabra, si venía en ello, de tenerle reunido el espacio necesario á exponer sus quejas. Pero las de la nación eran tan grandes y graves, y el Rey había violado tantas veces y tan vergonzosamente su palabra, que no podía esperarse de los diputados que accedieran á tamaña pretensión. La primera semana de la legislatura, Oliverio Saint John puso en la mesa la copia de la causa instruída á John Hampden, manifestando después la comisión que tuvo á su cargo examinar los papeles, que aquel negocio constituía un motivo de queja. El Rey envió entonces un mensaje á la Cámara, prometiendo, si votaba doce subsidios, renunciar al impuesto de los barcos *(Ship-money)*. Y como años atrás había recibido cinco subsidios á cambio de su asentimiento á la Petición de derechos, y al consentir en ella renunció en absoluto al derecho de imponer la contribución marítima, suponiendo que lo hubiera tenido alguna vez, siendo público y notorio á todos que faltó á la promesa otorgada en aquel caso á su tercer Parlamento, no debe atribuirse á espíritu de oposición que se mostrasen rehacios los diputados á comprar, una vez tras otra, su antiguo é incontestable patrimonio.

El mensaje del Rey no fué mal recibido, sin embargo, y los diputados se mostraron dispuestos á votar un subsidio importante, pero no á cambio de una prerrogativa cuya existencia negaban. Y en verdad que si hubieran deferido á lo que pretendía S. M. habrían reconocido implícitamente que los repartos hechos para el *Ship-money* eran legítimos.

Hampden, que tenía más pericia en lides parla-

mentarias que ningún otro de su época, viendo que prevalecía esta tendencia, quiso utilizarla con grande habilidad, y propuso que se formulase una pregunta en los términos siguientes: «¿Puede la Cámara deferir á la proposición hecha por el Rey, tal y como se halla en el mensaje?» Intervino Hyde, y propuso á su vez que se dividiera la pregunta, interrogando á la Cámara sólo para saber si votaría ó no un subsidio, dejando la forma y la cifra para otra ocasión. Y como la Cámara era de parecer que se otorgara lo pedido, pero no en la forma que se pedía por el Rey, si hubiera recaído votación sobre lo propuesto por Hampden, la Corte habría sido derrotada en el Parlamento, mientras que recayendo sobre la de Hyde, alcanzaba, en apariencia por lo menos, una victoria. Dividióse la Cámara entre las dos proposiciones, y unos diputados pedían que se votara por la de Hampden, y otros por la de Hyde; visto lo cual por el secretario de Estado, sir Enrique Vane, se levantó en medio del tumulto y manifestó que S. M. no aceptaría el subsidio sino votado en la forma indicada por el mismo mensaje. En pos de Vane, y en apoyo de sus palabras, vino Herbert. Con esto ya no se insistió en orden á la proposición de Hyde, y se aplazaron para el día siguiente los debates acerca del asunto considerado en su totalidad.

Pero el Rey se trasladó ese día á la Cámara de los Lores, y en un discurso lleno de invectivas, pronunció la disolución del Parlamento. Ninguno de sus apologistas ha defendido nunca la conducta de S. M. en esta circunstancia, y, por lo que á Clarendon respecta, la reprueba resueltamente, y añade: «Nadie pudo acertar á comprender la ofensa que hizo al Monarca la Cámara de los Comunes en

aquella circunstancia.» La ofensa, sin embargo, era evidente; porque si bien su actitud fué respetuosa y circunspecta, mostró ciertos propósitos de corregir abusos y de volver por los fueros de la ley, y esto bastó para excitar la cólera de un soberano á quien ningún precepto legal obligaba y cuyo gobierno era de suyo arbitrario y tiránico.

## XXXII.

El pueblo inglés recibió con dolorosa indignación la noticia de haberse disuelto la Cámara, siendo los únicos en alegrarse los hombres perspicaces, que comprendían la necesidad de grandes remedios para los grandes males que abrumaban al país. Oliverio Saint John, no cabiendo en sí de gozo, tuvo momentos de espontaneidad, que fueron acaso los primeros de su vida, y dijo á Hyde con la sonrisa en los labios que las cosas debían ponerse aún en peor estado antes de remediarse, y que la Cámara disuelta no habría sido capaz de hacer nunca lo que hacía falta. En nuestro concepto, no estaba equivocado Saint John, porque nada bueno y provechoso para el país podía realizar un Parlamento cuyos individuos confiaban todavía en cierto modo y hasta cierto punto en el Monarca, sin advertir que mientras poseyera Carlos de la realeza otra cosa que las apariencias, no poseería la nación sino las apariencias de la libertad.

No bien hubo disuelto Carlos el Parlamento, redujo á prisión á varios diputados; exigió con más rigor que nunca el tributo marítimo, y mandó procesar por la Cámara Estrellada al lord Alcalde y á

los *sheriffs* de Londres por el poco celo que mostraban en su recaudación. Wentvorth decía con este motivo, según se refiere, dando nueva muestra de crueldad é insolencia, que la cosas no irían su camino hasta que no se ahorcase á los concejales. Se impusieron crecidas contribuciones en los condados que ocupaba el ejército, y se apeló á los empréstitos forzosos y á cuantos medios son imaginables para proporcionar recursos al Tesoro, adquiriendo, por ejemplo, mercaderías á largo plazo y vendiéndolas al contado; y como no pareciese bastante cuanto se hacía, por miserable y reprobado que fuese, hasta llegó á estudiarse un proyecto para falsificar moneda. En tal estado el Gobierno y la opinión pública, volvió el Rey á encaminarse al Norte, en agosto de 1640.

XXXIII.

Los Escoceses le salieron al encuentro, entrando en Inglaterra. Es probable que tomasen tan atrevida resolución por acuerdo de Hampden y de los que se agitaban con él; siendo este asunto uno de los que han dado pie á los cargos más graves que se han hecho contra la oposición inglesa. Dícese que la peor de las traiciones será siempre llamar al extranjero en auxilio propio para que contribuya con sus fuerzas á dirimir las cuestiones intestinas, y que los jefes del partido puritano demostraron, procediendo así, que antes se preocupaban del éxito de su causa que de la honra y de la independencia de la patria. Por lo que á nosotros respecta, no hallamos la más leve diferencia entre la invasión escocesa de 1640 y la de los Holandeses en 1688, y de

hallarla, sería en la primera y en favor de Hampden y sus amigos; porque, á nuestro parecer, fué Carlos I peor y más peligroso que su hijo Jacobo II, y extranjeros en toda la acepción de la palabra los de Holanda, mientras que los Escoceses tenían la misma sangre y eran de la misma raza, y hablaban idéntica lengua que los Ingleses, y estaban, como éstos, regidos por el mismo Príncipe, no siendo, por tanto, extranjeros ante la ley. A decir verdad, si hubiera sido posible que un ejército escocés ú holandés invadiese á Inglaterra para someterla, tanto los que persuadieron á Leslie para que pasara la Tweed, como los que firmaron el llamamiento del Príncipe de Orange, habrían sido igualmente traidores á la patria. Pero es lo cierto que en ninguno de los dos casos era de temer la invasión: que la una, del propio modo que la otra, sólo podían ser eficaces á facilitar á la opinión pública en Inglaterra los medios de manifestarse; y que ambas empresas hubieran terminado de una manera desastrosa ó ridícula á estar Carlos I y Jacobo II sostenidos por el pueblo y el ejército. Quede, pues, sentado que ni con los Escoceses ni con los Holandeses peligró un instante la independencia de Inglaterra, y que, merced á entrambas invasiones, quedaron á salvo sus libertades.

La segunda campaña del rey Carlos contra los Escoceses fué corta y vergonzosa. Porque sus soldados, no bien avistaron al enemigo, huyeron como no lo habían hecho hasta entonces, ni después se ha visto hacerlo á tropas inglesas, debiendo de atribuirse suceso tan singular á desafecto á la persona del Monarca, no á cobardía. Con esto, los Escoceses ocuparon los condados del Norte de Inglaterra, y Carlos se retiró á York.

## XXXIV.

El Rey había jugado y perdido la última carta de la tiranía. Difícil es no recordar con fruición las humillaciones y amarguras que hubo de sufrir entonces el tirano: amotinábansele las tropas; el pueblo le pedía con grandes voces la reunión del Parlamento, y todos protestaban contra el Gobierno de cuantos modos puede protestarse. Añádase á esto la falta de recursos del Tesoro, y se comprenderá mejor la triste y azarosa situación de Carlos I en aquellas circunstancias. Entre tanto aconsejaba Strafford que fuesen arcabuceados los peticionarios, y que los consejos de guerra no cejaran en su obra destructora; pero el Rey no podía fiar en sus soldados. Convocó en York una junta magna de Pares; mas tampoco podía fiar en ellos. Al fin, después de muchas dudas, vacilaciones, luchas y aplazamientos para no verse frente á frente con los diputados de la nación ofendida, no quedándole ya otro remedio, suscribió una tregua con los de Escocia y convocó Parlamento.

Habíanse quedado en Londres los jefes del partido popular, desde las pasadas elecciones, con el propósito de ir organizando una fuerte y enérgica oposición á la Corte; y al tener conocimiento de la convocatoria, se propusieron hacer los mayores esfuerzos, franca y resueltamente. Hampden no fué menos que sus compañeros, y recorrió varios condados á caballo, alentando á los electores á dar sus votos á hombres dignos de su confianza. Por efecto de la propaganda, la mayoría de los distritos designó diputados de oposición. Wendover y el condado de

Buckingham se pronunciaron en favor de Hampden, el cual optó por este último.

Reunióse la Cámara el 3 de noviembre de 1640, día memorable por esta causa; que aquel gran Parlamento se hallaba destinado á varia y azarosa existencia, y á ejercer alternativa y sucesivamente, así el imperio como el vasallaje, y á subir y encumbrarse hasta las mayores alturas de la gloria, como á despeñarse y caer hasta lo más profundo del desprecio; á ser señor de su soberano y siervo de sus servidores. Desde el primer momento pudo advertirse que no informaba el mismo criterio á la Cámara de 1640 que á las anteriores, y que los hombres que la constituían no estaban en modo alguno dispuestos á seguir el sistema de las contemporizaciones. Y en verdad que la disolución del anterior Parlamento debía de haberlos aleccionado y persuadido de que no podían ser eficaces á remediar los males presentes sino acuerdos y medidas discretas y enérgicas. Tanto fué así, que Clarendon dice: «Los mismos que seis meses antes se hallaban animados del espíritu más conciliador y moderado, y ganosos de ocurrir á todo con suavidad y blandura, expresaban entonces su pensamiento acerca del Rey muy de otro modo que lo habían hecho, y decían que aquel Parlamento debía mostrar condiciones de carácter que no tuvo el anterior.» ¡Ni cómo tampoco podía ser de otro modo, si la deuda de los agravios y de las venganzas estaba tan acrecida con los intereses acumulados en el trascurso de tantos años de sufrimiento! Cierto es también que la deuda se pagó con usura.

## XXXV.

Aquella crisis memorable hizo surgir talentos parlamentarios cual no ha vuelto á poseerlos la nación inglesa, y tales como lord Falkland, Hyde, Digby, el joven Harry Vane, Oliverio Saint John, Denzil Hollis y Natanael Fiennes, que figuraban en primera línea, descollando sobre todos por la influencia que adquirieron en la Cámara y el país, Pym y Hampden, éste más que aquél, por confesión de amigos y adversarios.

Cuando la índole del caso requería discursos preparados, Pym dirigía generalmente las discusiones. Hampden sólo hacía uso de la palabra cuando el debate llegaba á cierta altura y se hallaba muy empeñado, empleando entonces el género de elocuencia que siempre han estimado más los parlamentarios ingleses, esto es: el más conciso, claro, sólido y fácil; y como poseía la facultad de conocer á maravilla el estado de la Cámara y las corrientes que la agitaban, y era su espíritu sereno é inalterable siempre, y sus modales por todo extremo finos y elegantes, «dejaba en su auditorio, según dice Clarendon, la impresión que produce quien es sincero y honrado y discreto, aun en los mismos que acertaban á defenderse de sus razonamientos y que no se acomodaban á sus opiniones. Su habilidad para los negocios era tan notable ó más que su talento para discutir, y su actividad y su celo tan grandes, que ni los renombrados de laboriosos podían excederlo, ni los calificados de sagaces y expertos acertaban á igualarlo.» Sin embargo de esto, antes que á las fa-

cultades intelectuales, debió Hampden su influencia en el Parlamento y el país á las condiciones morales que poseía. «Cuando aquella Cámara se abrió, escribe Clarendón, tantas veces citado, todos los ojos se fijaron en él como en el padre de la patria y piloto que debiera empuñar el gobernalle para dirigir la nave del Estado por un mar tempestuoso y lleno de escollos; estando cierto en cuanto á mí de que poseía para realizar el bien ó el mal más poder y talento entonces que hombre alguno en todo el reino, y más que ninguno ha tenido en ningún tiempo, porque su fama de íntegro era universal y sus actos parecían dirigidos únicamente á poner por obra cuanto redundara en provecho de la nación, sin que ningún mezquino interés lo apartase de tan meritoria é ímproba empresa... que Hampden era hombre discreto, en toda la extensión de la palabra, y de grande ingenio, y tenía el don de hacerse popular, y de dirigir al pueblo y gobernarlo en grado eminente.»

## XXXVI.

Bastará que recapitulemos brevemente los principales acuerdos del Parlamento Largo en su primera legislatura para prevenir al lector y darle alguna idea del espíritu que lo informaba. Comenzó acusando y mandando prender á Strafford y á Laud. Convicto Strafford de alta traición por medio de una ley, fué condenado á muerte. El lord guarda sellos Finch huyó y se refugió en Holanda; el secretario Windebank escapó también, acogiéndose á Francia; en

cuanto á los demás, cuantos había empleado el Rey los doce últimos años, en vejar y oprimir al pueblo, empezando por los jueces serviles que condenaron á Hampden, y los *sheriffs* que causaron embargos con motivo del impuesto marítimo, y concluyendo por los empleados que recaudaron los derechos de aduana no votados por la Cámara, todos hubieron de dar cuenta estrecha de su conducta. La Cámara Estrellada, el Supremo tribunal prebostal y el Consejo de York quedaron abolidos. Las víctimas desgraciadas á quienes Laud, después de haber expuesto á la vergüenza, tras crueles mutilaciones, mandó encerrar en estrechos calabozos y cárceles apartadas, quedaron libres y volvieron á Londres para recibir una ovación el día de su entrada en la capital. El Rey se vió en la necesidad de dar nombramientos vitalicios á los magistrados, los cuales, por ende, quedaron, no esclavos del capricho y de las veleidades del Monarca, sino sujetos á la responsabilidad de su propia conducta. Y por tal modo, una tras otra, fué perdiendo Carlos I las atribuciones y prerrogativas que poseía, y con ellas los últimos restos de sus antiguos derechos feudales. Las Cámaras de Bosques y de Minas de estaño sufrieron también reformas. Demás de esto, acordó asimismo la Cámara que no podía ser disuelta ni suspendidas sus sesiones sin su propio consentimiento, y que S. M. debería de convocar la representación nacional cada tres años á lo menos.

Reconoce lord Clarendon que muchas de estas medidas fueron saludables por extremo, y pocos serán los que no convengan al presente que hizo más de bueno que de malo el Parlamento en aquella legislatura; como que bastaría solamente recordar la supresión del Consejo del Norte, de la Cámara

Estrellada y del Supremo Tribunal Prebostal (1), para que mereciese la gratitud eterna del pueblo inglés.

## XXXVII.

Acaso en nuestros días se antoje cruel la conducta que observó el Parlamento Largo con Strafford; mas en el siglo XVI acaso hubiese parecido llena de moderación y de misericordia; y no estaría fuera de ocasión comparar el proceso de los Ministros de Carlos I, con el proceso, si tal nombre pudiera dársele, de lord Seymour de Sudeley, bajo el beatísimo reinado de Eduardo VI, porque ninguno de los grandes reformadores de la Iglesia puso el menor reparo en votar en el Parlamento que se cortase la cabeza sin formar causa á lord Seymour: el piadoso Cranmer votó de conformidad con el acuerdo; el piadoso Laud predicó abogando por el acuerdo; el piadoso Eduardo VI dió gracias á Dios por el acuerdo, y todos los piadosos señores del Consejo exhortaron á la víctima y la confortaron devotamente «para que sufriese con paciencia y tranquila resignación los efectos de la justicia,» como les plugo denominar en su espíritu devoto al último suplicio.

Pero no hay necesidad de recurrir á tales comparaciones para defender el procesamiento de Strafford, pues se halla justificado, en nuestra opinión, por lo único que justifica la pena capital y cualquiera otra pena, y por la unica razón que justifica la guerra, esto es, por la salud pública. Pocos serán

(1) *High Commission Court.*

los que nieguen que hay momentos y casos de peligro para la salud pública que autorizan á un cuerpo representativo y lo revisten del derecho de condenar á un hombre, por un acto de justicia retrospectiva. Pocos negarán, por ejemplo, que la Convención francesa tuviera, en un momento dado, perfecto derecho para enviar á la guillotina, sin previa formación de causa, á Robespierre, á Saint Just y á Couton; y si se atiende á la conducta observada con éstos y se la compara con la del Parlamento Largo respecto de Strafford, luégo se advierte que la de los convencionales fué infinitamente más enérgica, ruda y precipitada que la de los parlamentarios. A Strafford se le permitió defenderse; á Robespierre, no. En el caso de Strafford era el peligro tan grande, que hizo necesario un *bill* de *attainder* (1). Esta-

(1) *Bill of attainder* es una ley en virtud de la cual muere civilmente aquel á quien se aplica, y suple no pocas veces los defectos de la ley. Así aconteció en el caso de Strafford, pues no siendo posible imponerle sino pena muy leve por sus faltas, merced al *bill of attainder* pudieron sus enemigos llevarlo al patíbulo. Estos *bills* han sido siempre muy discutidos y hallado mucha oposición en Inglaterra; y sólo se han propuesto al Parlamento en días de turbulencia ó de gobierno arbitrario, si bien forma ya el catálogo de sus víctimas larga lista de horribles precedentes. Cuéntanse entre ellas Rogerio Mortimer, Edmundo, conde de Arundel; el conde de Surrey, Cromwell, conde de Essex; lord Seymour de Sudley, Catesby, Percy, Monmouth, y recientemente sir John Fenwick. El efecto del *bill* en lo tocante á Fenwick, fué aplicarle un castigo prescindiendo de la ley. Porque, como hubiese conspirado contra la vida de Guillermo III (1696), y que para aplicarle la ley no fuera bastante la evidencia del crimen, sino indispensable, de conformidad con el Estatuto VII de Guillermo III, el testimonio de dos testigos, requisito que no podía cumplirse por no existir más de uno, el *bill* suplió la falta y Fenwick fué condenado en su virtud. Howell's *State Trials*, p. 862. Cruise, *Real property*, lib. IV, sec. 64, 72 y 73; May's *Parliament*.—N. del T.

mos convencidos de ello, porque creemos que la lucha empeñada entre la Cámara y el Rey era de tal naturaleza que dependían de su triunfo todas las garantías en orden á la propiedad y á la libertad del ciudadano que hacen diferente al Inglés de los súbditos del Czar, y porque creemos, además, que la causa de los parlamentarios era tan grande que les daba derecho para resistir al Rey, para levantar ejércitos, y para mandar á miles de hombres que fuesen á matar ó á morir. Por lo demás un *bill* de *attainder* no es resolución que se aparte tanto de la marcha regular y ordenada de la justicia, que no pueda compararse á la guerra civil, con la diferencia, ventajosa para éste, que el *bill* produce infinitamente menos estragos y sufrimientos que la guerra. Siendo esto así, como lo es, no comprendemos á virtud de qué principio puede sostenerse que una causa que da derecho á promover la guerra civil no lo dé asimismo á votar un *bill* de *attainder*.

Muchos argumentos, á cual más peregrino, se han aducido contra la ley retrospectiva conforme á la cual condenaron los parlamentarios á Strafford; pero todos ellos se fundan en la suposición de que la crisis aquella no salió de los límites de lo natural y corriente. El *attainder* fué, sin duda, una medida revolucionaria que formaba parte del sistema de resistencia que hizo indispensable la opresión; y sería tan injusto juzgar la conducta del Parlamento Largo respecto de Strafford con arreglo á los principios generales, como lo hubiera sido acusar á Fairfax de asesinato porque mató á un corneta en Naseby. Las Cámaras empeñaron una lucha con el Rey desde que se reunieron; lucha de la cual dependía cuanto más amaban sus individuos, que primero se sostuvo dentro de las formas parlamen-

tarias, y después por la fuerza; y así en el primer período como en el segundo tuvieron derecho de hacer muchas cosas que habrían sido criminales en tiempos tranquilos y bonancibles.

Bien será decir que los mismos hombres que fueron más adelante ornato principal del partido realista sancionaron con sus votos el *bill* de *attainder*, siendo casi seguro que Hyde lo aprobara, como es cierto que Falkland lo apoyó. En cuanto á Hampden, y á juzgar de unos apuntes muy oscuros de un discurso suyo, fué de parecer que debía preferirse la sentencia sobre lo que resultaba de la acusación, á proceder por medio de un *bill* (1).

## XXXVIII.

Durante aquel año, entabló el Rey negociaciones con los jefes de la oposición, resultando de ellas que se brindase al Conde de Bedford para formar gobierno de conformidad con los principios populares. Nombróse á Saint John *Solicitor general* (2); Hollis debía ser secretario de Estado; Pym, canciller del Tesoro, y Hampden jefe de la casa del Príncipe de Gales; pero la muerte del de Bedford desbarató esta combinación. También es posible que, aun cuando hubiera vivido, no hubiese llegado

(1) Así se designa en Inglaterra, en la generalidad de los casos, lo que nosotros llamamos Proyecto de ley, esto es, una ley no votada por las Cámaras y sancionada por la corona. Sin embargo, en ciertos casos, conserva la ley votada, sancionada y promulgada el nombre de *Bill*, como por ejemplo, el *Bill of attainder*.—N. del T.

(2) Procurador general.

á madurez el proyecto por no querer rodearse Carlos de unos hombres á quienes debía temer y odiar.

Dice lord Clarendon que la conducta de Hampden fué aquel año conciliadora y templada; que más pareció dispuesto á calmar que no á excitar la opinión pública, y que cuando presentaban sus amigos proposiciones violentas y desaforadas, abandonaba el salón de sesiones antes de votar para no ser cómplice ni parecerlo en sus extravagancias. Ni tampoco podía por menos de ser así, supuesto su carácter benévolo, su amor á la paz, y lo mucho que temía ver comprometidas las recientes conquistas por querer extremarlas, y destruído todo lo hecho, á manos de la reacción, si levantaba la cabeza. Los sucesos que se realizaron al comenzar la siguiente legislatura demostraron bien á las claras que no carecían de fundamento sus temores.

Las Cámaras suspendieron las sesiones por algunas semanas al llegar el otoño, y durante ese tiempo fué Hampden á Escocia, comisionado por la de los Comunes, con el título de comisario y el cargo aparente de recibir las garantías que daban los Escoceses para seguridad y afianzamiento de las deudas que contrajeron en la pasada invasión; pero en realidad para vigilar al Rey, que acababa de salir camino de Edimburgo, proponiéndose arreglar de un modo definitivo los puntos en litigio entre sus vasallos del Norte y él. Hampden llevó también á Escocia la misión de disuadir á los *Covenantarios* de hacer paces con el Soberano á costa del partido popular de Inglaterra.

## XXXIX.

Durante la estancia de Carlos en Escocia, estalló la insurrección de Irlanda, tan repentina, inesperada, formidable y violenta, que infundió grandes y graves recelos de ser, acaso, máquina y artificio forjados en el Palacio Real. La Reina era católica; y aun cuando ni el Rey ni el Arzobispo de Cantérbury se habían reconciliado con la Santa Sede, mientras uno y otro trataban con extremo rigor al partido puritano y hablaban de él con el mayor desprecio, mostraban grandes consideraciones y respetos hacia el catolicismo y los fieles á Roma; y como, además, á pesar del deseo expresado con insistencia por varios Parlamentos sucesivos, persiguió el Gobierno con excesivo rigor á los disidentes protestantes, y á pesar también del deseo de esos mismos Parlamentos, no se cumplían las leyes vigentes á la sazón contra los católicos, las cuales, si bien inexcusables, se hallaban conformes con el espíritu del siglo, porque los disidentes del protestantismo aun no habían aprendido la tolerancia en la escuela del sufrimiento, murmuraban éstos de la benevolencia parcial del Monarca y sus Ministros con los *idólatras*, y no sin asomos de razón atribuían á malos motivos una conducta que, tratándose de reyes cual Carlos I y de prelados cual Laud, no debía de suponerse inspirada en sentimientos humanitarios ó liberales. El fanático arminianismo del Arzobispo, su pasión pueril por las ceremonias, su respeto supersticioso á los altares, las vestiduras y las vidrieras, su celo extremado por la constitución y los

privilegios de su orden, y sus opiniones tan conocidas respecto del celibato eclesiástico, habían producido profundo disgusto en el partido, que cada día era más enemigo del pontificado y se inclinaba más á las doctrinas y á la disciplina de Ginebra. Por todas estas causas creyeron muchos que la revolución de Irlanda fué alentada secretamente de la gente palaciega, y así, cuando se reunió de nuevo el Parlamento, el mes de noviembre, tras breve descanso, estaban los puritanos más intratables que nunca.

Empero lo que tanto temía nuestro Hampden, sucedió con la venida de la reacción. Un partido considerable compuesto de personas de ideas moderadas, á quienes animaban las mejores y más rectas intenciones, y que contribuyeron de buena voluntad al planteamiento de las medidas adoptadas antes de la suspension de sesiones, comenzó á mostrar ciertas tendencias á detenerse. A su parecer, había estado el país durante muchos años mal administrado y peor servido, defectos que hicieron necesaria una gran reforma; pero una vez realizada, y satisfechos los agravios, y hasta ejercidas ciertas venganzas, y asegurado lo porvenir, era por demás desagradecido é imprevisor extremar los ataques á la regia prerrogativa para cercenarlos aún y restringirlos. No han faltado después proselitos á esta teoría, ni argumentos plausibles en su abono; pero la teoría y los argumentos caen por su base con solo decir que *no era posible fiarse del Rey.*

XL.

Al frente del partido que puede llamarse constitucional monárquico figuraban lord Falkland, Hyde y Culpeper; hombres de mucha cuenta, que hicieron el año anterior resueltísima oposición á la Corte. Con motivo de ciertas medidas que sus admiradores atribuyen, censurándolas, á Hampden, adoptaron una línea de conducta más resuelta que la de él; y como todos ellos participaron en el proceso de Strafford, puede muy bien suponerse que votaron por el *bill* de *attainder* y afirmarse que ninguno lo hizo en contra. Asintieron unánimemente al proyecto de ley en cuya virtud era necesario, para disolver la Cámara ó suspender sus sesiones, de su propio beneplácito; y en cuanto á Hyde, puede también decirse que fué de los mayores adversarios del Consejo de York, tanto como Falkland de que los Obispos pertenecieran á la Alta Cámara, exclusión que votó. Pero es lo cierto que cuando hubieron hecho esto, no mostraron deseos de seguir adelante por el camino de las reformas, sino de hacer alto en él, y aun de retrogradar.

Poco tardó en trabarse la lucha entre los dos partidos que dividían la Cámara de los Comunes, tan poderosa y fuerte hasta entonces por efecto de la unanimidad casi absoluta de sus individuos. Porque como propusiera la oposición el célebre Memorial de Agravios (*The Grand Remonstrance*), en el que se consignaban, enumerados prolijamente y en forma por extremo enérgica, cuantos actos de opresión se habían cometido los últimos quince años, para con-

cluir suplicando á S. M. que no tuviese Ministros que no fueran de la confianza del Parlamento, la discusión se tornó en tempestuosa por extremo, comenzando á las nueve de la mañana y prolongándose hasta media noche. La votación que recayó vino á demostrar la magnitud é importancia del cambio verificado en las tendencias de la Cámara, pues aun cuando al llegar á este punto de la votación el cansancio había hecho retirarse á muchos, tomaron parte en ella trescientos diputados, y se adoptó el Memorial de Agravios por mayoría de nueve. Los ánimos estaban aquella noche tan excitados que faltó poco para que algunos de los representantes del país se fuesen á las manos, y «si Hampden, dice un testigo presencial, no hubiera calmado la tempestad con buenas frases, inspiradas en su buen sentido y exquisita prudencia, nos habríamos matado unos á otros á estocadas en la misma sala de juntas.» La sesión se levantó á las dos de la madrugada.

## XLI.

Con esto se tornó la situación de los jefes puritanos por extremo difícil y peligrosa, pues la pequeña mayoría que les quedaba podía, de un momento á otro, tornarse minoría, y comenzaban á desprenderse de ellos sus parciales de las clases superior y media, y cundía y ganaba terreno la idea de que Carlos había sido maltratado; que, de suyo, estuvo siempre dispuesto el inglés á ponerse de parte del débil antes que del fuerte, aunque aquél carezca de la razón que á éste le sobre. Y así acontece por regla general en todas las luchas en Ingla-

terra, desde los pugilatos hasta las mayores contiendas de los partidos políticos; así fué la violenta reacción contra los *whigs*, á favor de Carlos II, en 1681, y así también la no menos ruda é incontrastable de 1784 contra la coalición, á favor de Jorje III. Por igual modo comenzó la reacción el segundo año del Parlamento Largo, y se acentuó de tal suerte que algunos individuos de la oposición volvieron, según escribe Clarendon, á sus antiguos propósitos de abandonar el reino. De Cromwell es notorio que se manifestó resueltamente decidido á emigrar con otros muchos, de no haber mayoría que aprobase la *Remonstrance* ó Memorial de Agravios.

Ofrecióse á Carlos, entonces, nueva ocasión de atraerse las voluntades de todos, porque si hubiera podido resolverse á poner su confianza en los jefes del partido moderado en la Cámara de los Comunes, y á seguir sus consejos, habría sido en lo sucesivo, no un déspota como hasta entonces, sino el rey poderoso y respetado de un pueblo libre. La nación habría gozado de libertad y sosiego bajo un gobierno presidido por lord Falkland, con una respetable oposición constitucional enfrente, dirigida por Hampden, sin que fuese necesario, para llegar á tan feliz resultado, que hiciese Carlos el menor sacrificio de su legítima prerrogativa, ni que aceptara condiciones incompatibles con la dignidad del soberano, sino que se abstuviese de hacer traiciones y violencias al pueblo en menoscabo de su palabra y de las leyes. Con esto se daba en aquel momento la nación por satisfecha; pero, con no ser más, era demasiado para él.

Sin embargo, durante algún tiempo todo pareció indicar que se inclinaba en cierto modo á seguir una marcha moderada y prudente, pues determinó

de hacer á lord Falkland secretario de Estado, y canciller del Tesoro á Culpeper, é hizo público su propósito de conferir de allí á poco tiempo algún cargo de mucha cuenta á Hyde; asegurando á los tres que no haría nada en orden á la Cámara de los Comunes sin oir antes su consejo, y que les consultaría sobre cuanto proyectara, sin reservas ni restricciones de ningún género. De proponerse de buena fe tan discreta conducta ó de perseverar en ella, hubiese ahorrado el Rey largos y sangrientos duelos á la patria; pero, al cabo de pocos días, dice Clarendon, se apartó desgraciadamente de tan buen camino.

## XLII.

El 3 de enero de 1642, sin haber consultado, ni prevenido siquiera, ni dejado traslucir su pensamiento á los consejeros á quienes prometió días antes consultar en todo y para todo, y más principalmente acerca de cuanto hiciese relación con la Cámara, despachó al Procurador general *(Attorney general)* con encargo de acusar ante la de los Lores del crimen de lesa majestad á lord Kimbolton, Hampden, Pym, Hollis y otros dos individuos más de la de los Comunes. Difícil sería encontrar en toda la historia de Inglaterra otro ejemplo más insigne de tiranía, de perfidia y de locura juntamente, por obra del cual quedaban hollados y escarnecidos los derechos de más cuenta y más antiguos de los Ingleses. Y como el único trámite legal para juzgar á Hampden y Pym por crimen de lesa majestad, á instancia del Rey, era que compareciesen

ante un jurado sentenciador, previo el parecer de un gran jurado, ni el *Attorney general* podía, con arreglo á derecho, acusarlos, ni tenía atribuciones la Cámara de Señores para juzgarlos.

Los diputados se negaron á entregar sus compañeros; los lores, á su vez, no se mostraron dispuestos á ejercer la jurisdicción inconstitucional que Carlos pretendía imponerles, y con esto se trabó una lucha entre la violencia y la debilidad de una parte, y la firmeza y la ley de otra. Empeñada la contienda, el Rey no retrocedió, y mandó que un oficial de su casa sellase los cofres de los acusados y las puertas de sus habitaciones; sabido lo cual, los diputados enviaron al hujier de la Cámara para levantar los sellos. Entonces el tirano determinó de añadir ultraje á ultraje, prendiendo á los acusados; y por tal modo, si acusándolos atentó á la institución del jurado, reduciéndolos á prisión atentaba de una manera desaforada é inconcebible á los privilegios é inmunidades del Parlamento. En efecto, se propuso ir en persona, con numeroso séquito de hombres armados, y arrancar allí mismo de sus escaños á los jefes de la oposición, en plena junta, y cuando estuviesen ocupados en el cumplimiento de sus deberes parlamentarios!

¿Qué pretendía Carlos con esto? ¿Es posible suponer siquiera que no se propusiese un fin determinanado, y que pensó y ejecutó la medida más trascendental de su reinado sin tener en cuenta las consecuencias de ella? ¿Es posible suponer siquiera que fué á la Cámara sin otro fin que dejarse burlar, y que si hubiese hallado en ella, en sus bancos, á quienes buscaba, y estos negádose á obedecerle, como así era su deber y su derecho, él habría cedido de sus pretensiones arbitrarias é injustificadas,

retirándose sin ellos del santuario de las leyes? Porque, si descartamos ambas suposiciones, fuerza es creer, y por lo que á nosotros respecta creemos firmemente, que fué á la Cámara de los Comunes resuelto á poner en ejecución su pensamiento por medio de la fuerza, y, si el caso lo requería, también á derramar la sangre de los jefes de la oposición en el recinto mismo de la sala de sesiones.

## XLIII.

Lady Carlisle avisó á Pym de lo que se preparaba, y éste á los demás acusados, pudiendo así huir de la Cámara los cinco, antes de llegar el Rey, el cual entraba en el patio del nuevo palacio cuando salían por otra puerta sus perseguidos. Iban con S. M. hasta doscientos alabarderos de su guardia, y gran número de personal de su servidumbre, todos con espadas. Cruzó el palacio de Westminster por el extremo meridional; su séquito entró con él y se abrió en dos alas á derecha é izquierda, formando en fila hasta la puerta de la Cámara de los Comunes. Llamó á la del salón de sesiones, entró, puso los ojos en el escaño de Pym, y viéndolo desocupado, se dirigió á la mesa. El Presidente se arrodilló entonces, y los diputados se levantaron y se descubrieron en silencio. Tomó asiento Carlos en el sitial; miró tranquila y reposadamente en torno suyo, y como no viese á ninguno de los cinco que buscaba, interrogó al *Speaker* (1), quien le contestó respetuosamente que allí no era él otra cosa sino el

(1) El Presidente.

órgano de la Cámara, y que sólo por mandado de ella podía en todo caso hablar. El Soberano pronunció á media voz algunas frases acerca de su respeto á las leyes y á los privilegios del Parlamento, y se retiró. Al pasar por delante de los escaños, á lo largo del salón, algunos diputados se atrevieron á decir de modo que pudiera él oirlos *¡Inmunidad!* Carlos regresó á Whitehall con su séquito de soldados y de *bravos* palatinos, que mientras permanecieron en las antecámaras del Parlamento, esperando con impaciencia sus órdenes, decían, acompañando sus palabras de ademanes no nada tranquilizadores: «Ya los arreglaremos.» Aquella misma noche mandó el Rey cerrar los puertos, y que nadie, bajo pena de muerte, diese hospitalidad á los diputados perseguidos.

## XLIV.

Hampden y sus amigos se habían refugiado en Coleman Street; que la *city* de Londres era, por decirlo así, el baluarte de las libertades públicas, y entonces recinto á lo menos tan importante como París en la época de la revolución francesa. Ahora, se compone la *city* en su mayor parte de inmensos almacenes y de oficinas mercantiles, frecuentados así aquéllos como éstas durante el día por comerciantes y dependientes, y llegada la noche queda casi en completa soledad; pero á la sazón estaba poblada de trescientos mil habitantes aglomerados en corto espacio relativo, los cuales no sólo tenían allí sus tiendas, almacenes y escritorios, sino también sus habitaciones y las de sus familias. Demás de esto,

la gran capital contaba con una organización civil y militar tan perfecta y completa como si hubiera constituído república independiente; cada ciudadano pertenecía entonces á un gremio, y estos gremios, que actualmente parece que sólo existen para satisfacción de anticuarios y epicúreos, constituían corporaciones temibles, cuyos individuos vivían en tan estrecha intimidad como los afiliados á un *clan* escocés. Las mandas cuantiosas que dejaban los vecinos á sus gremios respectivos prueban la fuerza de los lazos que los unían á ellos; los cargos municipales los ejercían los comerciantes más ricos y considerados del reino, y la pompa de que se rodeaban los magistrados de la capital sólo cedía en cierto modo á la del Soberano. Los londinenses amaban á Londres con ese amor patriótico que no se vió en tan alto grado sino en las pequeñas repúblicas, tales como las de la Grecia antigua ó las que surgieron en Italia la Edad Media; lo cual, unido al número, á la inteligencia, á los cuantiosos bienes de los ciudadanos, á la forma democrática de su gobierno local, á su proximidad al palacio de los reyes y al palacio de los representantes del país, hacía de ellos uno de los elementos más temibles del reino. Ni tampoco podía desdeñárseles como soldados, porque si en tiempos en los cuales se hace profesión del manejo de las armas puede mover tal vez á risa la idea de unos batallones formados de tenderos y de aprendices, y mandados por los concejales del Ayuntamiento, al comenzar el siglo XVII, como no existía en la isla ejército permanente, las milicias de la metrópoli no cedían en táctica ni en conocimientos militares á las de otras villas y ciudades. Y si á esto se agrega la circunstancia, muy digna de ser tomada en cuenta, de

que Londres se hallaba en el caso de suministrar millares de hombres armados y pertrechados, valientes y, hasta cierto punto, prácticos, se comprenderá mejor cuán formidable auxiliar podía ser en tiempos de luchas intestinas. Y que los londinenses tenían condiciones para la guerra, bien lo demostraron repetidas veces durante las discordias civiles, sobre todo en la batalla de Newbury, al rechazar el furioso ataque del príncipe Roberto y salvar de un desastre con su bizarría y esfuerzo al ejército del Parlamento.

Los habitantes de la gran ciudad eran de antiguo devotísimos de la causa popular, y aun cuando después de haber suscrito muchos de ellos una protesta declarando que se hallaban resueltos á defender los privilegios del Parlamento, se había enfriado algún tanto su entusiasmo, la acusación de los cinco diputados y el agravio inferido á la Cámara de los Comunes, les hizo montar en cólera: pusieron á disposición de los representantes del país sus casas, su peculio y sus lanzas; Londres pasó la noche sobre las armas; al día siguiente no se abrieron las tiendas; invadió las calles inmensa muchedumbre, y como pasara por uno de los sitios más concurridos la carroza del Rey, las turbas lo insultaron. La Cámara nombró una comisión que debía reunirse en la *city* con encargo de inquirir y depurar las circunstancias del ultraje, y al saberlo el Municipio designó cierto número de individuos de la corporación para recibir á los delegados. La sala de juntas del gremio de sastres, la de plateros y la de mercaderes de provisiones quedaron dispuestas para que celebrasen en ellas sus conferencias; y no pareciendo esto suficiente aún, dió guardia un número considerable de ciudadanos armados á la puerta del local

en que se reunían en la *city* los representantes de la Cámara, y vigilaban los *sheriffs* por la seguridad de los acusados, escoltándolos al ir á la comisión y al volver de ella con las mayores muestras posibles de respeto.

## XLV.

Una repentina é incontrastable reacción en el espíritu de la Cámara y del público fué la consecuencia de lo hecho recientemente por el Monarca, recobrando el partido popular en pocas horas la influencia perdida, y quedando los realistas constitucionales llenos de vergüenza y de amargura. Ni tampoco podía ser de otro modo, viendo aquéllos justificadas sus desconfianzas, y éstos el engaño de que habían sido víctimas, y que, además, la nación los miraba con recelo, injusta, pero no infundadamente. Clarendon dice á este propósito que cobraron miedo á las inspiraciones de S. M. y que se hallaron tan descontentos y abatidos con la deslealtad que les demostró, que sentían estar á su servicio y deseaban dejarlo. Y buena muestra dieron de su disgusto durante la discusión que se abrió aquellos días sobre lo hecho por el Rey, guardando todos profundo silencio. ¡Qué más, si aun ahora los defensores de Carlos hablan lo menos posible de su visita á la Cámara de los Comunes, y cuando no pueden evitarlo, atribuyen á ceguedad un acto que, á no considerarlo así, habrían de calificar, según ellos mismos declaran, de crimen abominable!

Al cabo de algunos días retó resueltamente al Monarca la Cámara de los Comunes, acordando que

los cinco acusados de su seno volviesen á ocupar sus asientos en Westminster y continuasen la obra de sus interrumpidas tareas parlamentarias. Cuando tuvieron noticia los ciudadanos de Londres de lo dispuesto por los representantes del país, determinaron de corresponder al acuerdo llevando en triunfo á los campeones de la libertad por delante de las ventanas de Whitehall. Hiciéronse al efecto grandes preparativos en el río y en la ciudad para la fiesta, y el Rey entre tanto permaneció en su palacio humillado, indeciso, triste y temeroso, sintiendo, al decir de Clarendon, «las angustias y zozobras que atribulan á las almas nobles y generosas cuando han cometido faltas graves;» teniendo, diríamos nosotros, el desengañado arrepentimiento que no puede menos de abrumar á quien se propone cometer un crimen y advierte luego de intentarlo que sólo ha hecho una locura. Y como el populacho no cesaba un punto en sus gritos y silbidos delante del Palacio real, ni tampoco podía el tirano soportar el triunfo de los que condenó *in mente* á la horca y á ser descuartizados, la víspera del día que se fijó para el regreso de los cinco á Westminster, abandonó, con algunas personas de su servicio, la residencia de Whitehall, para no volver á ella sino de paso para el cadalso.

## XLVI.

Cubrióse de barcos el Támesis la mañana del 11 de enero y de compacta muchedumbre sus orillas: buques armados, empavesados con banderas y gallardetes, aparecían en dos largas líneas desde el

puente de Londres á Westminster. Los diputados venian en un buque tripulado de marineros que se se ofrecieron voluntariamente para ello; las milicias de la *city*, bajo el mando de los *sheriffs*, subieron el Strand, acompañadas de una multitud inmensa de espectadores, para formar frente á la Cámara y en sus avenidas; y por tal modo, entre vítores y aclamaciones del pueblo, y descargas de mosquetería, instaló de nuevo el pueblo en Westminster á los que habían sufrido tanto peligro por su servicio. Al tomar asiento en sus escaños, expresaron los diputados que acababan de ser objeto de tan grandiosa manifestación su gratitud á los cuidadanos de Londres. El presidente, á su vez, dió las gracias á los *sheriffs* en nombre de la Cámara de los Comunes, y al propio tiempo dispuso el Municipio que diese guardia la milicia diariamente á las puertas del Parlamento para decoro y defensa de los representantes del país.

Pero no se limitó á Londres el conflicto, pues cuando llegaron al condado de Buckingham las nuevas del peligro que amenazaba en aquellos momentos á su diputado, produjeron la mayor indignación y alarma en los ánimos; y determinando los electores de Hampden acudir en su defensa, cuatro mil terratenientes, con la protesta en favor de los privilegios del Parlamento á guisa de escarapela en el sombrero, tomaron á caballo el camino de la capital, entrando en ella y presentándose á la vista de los diputados con el firme propósito de volver por sus fueros. El memorial que presentaron estaba escrito en forma por extremo enérgica, y entre otras, contenía las siguientes palabras: «En atención á lo expuesto, decían aludiendo al último atentado, hemos venido á ponernos á vuestro servicio, resueltos á vivir y morir en vuestra defensa.»

## XLVII.

En efecto, la hora de la lucha estaba próxima. Hampden había vuelto á Westminster muy diferente de como salió, pues si hasta entonces había empleado su valimiento en reprimir la impaciencia de su partido, y nunca en excitar sus pasiones, la perfidia de Carlos, su desprecio á las instituciones, la sed de sangre de que había dado recientísima y evidente muestra, no dejaron en su ánimo ni aun esperanzas siquiera de que fuese posible llegar á una transacción pacífica. Y como el Rey no sería nunca sino un juguete ó un tirano, sin palabra de honor ni estatuto que fuesen partes á ligarlo, el único exclusivo modo que hubiera de inhabilitarlo para el mal consistía en despojarlo de todo poder.

Lo hecho por Carlos contra los cinco diputados habría sido irregular en el modo, aun cuando se hubiesen formulado los cargos y con ellos la acusación de una manera legal, y el gran jurado de Middlesex declarádolos con fundamento, y los acusados hubieran sido presos en virtud de auto acordado en tiempo y ocasión oportunos, pues, con todo y así, el hecho revestiría un carácter de perfidia y de injusticia bastante pronunciado para justificar cuantas medidas, por enérgicas que fuesen, adoptase la oposición; que acusar á Hampden y á Pym era lo mismo, ciertamente, que acusar á toda la Cámara, y á causa de lo que hicieron como diputados los marcó el Monarca para su venganza. En efecto, ni Hampden ni Pym habían ejecutado más ni menos que la mayoría, y la mayor parte de los

cargos formulados contra ellos, así los comprendían como al Parlamento. Cierto es que se les acusaba, y tal vez con razón, de haber alentado á los Escoceses á invadir el suelo inglés, y que, por tanto, y conforme á la letra de la ley, cometieron crimen de alta traición, esto es, el mismo que los Condados de Devonshire y de Shrewsbury en 1688; pero no lo es menos que prometió Carlos perdón y olvido á cuantos representaron papeles de importancia en la insurrección escocesa. ¿Era digno de él castigar á los que representaron papeles secundarios? Había hecho mercedes á los principales *covenantarios;* conferido el gran sello de Escocia á uno de los jefes rebeldes, un marquesado á otro, un título de conde á Leslie que hizo pasar la Twend al ejército presbiteriano. ¿En virtud de qué principios podía, pues, acusarse á Hampden por haber aconsejado lo que Leslie puso en ejecución y le valió distinciones nobiliarias? Ante un tribunal, no podía un inglés reclamar los beneficios de la amnistía otorgada á los Escoceses; pero, aun cuando el procedimiento no fuera ilegal, era inconsecuente y no nada digno de un rey, después de perdonar á los jefes de la rebelión en un reino, y de otorgarles mercedes, ahorcar, descoyuntar y descuartizar á sus cómplices en otro.

## XLVIII.

La conducta del Rey con los cinco diputados, ó, mejor dicho, con el Parlamento, que apoyó casi todo cuanto hicieron, fué causa de la guerra civil. Era indispensable que la Cámara de los Comu-

nes ó el Monarca perdiesen su influencia en los asuntos del Estado. En este caso, la mejor línea de conducta para la Cámara hubiera sido destronar al Rey, de igual modo que lo habían hecho sus antepasados con Eduardo II y Ricardo II, y que harían más adelante sus hijos con Jacobo. Procediendo así, habrían elevado á la magistratura suprema de la nación á un príncipe cuyo carácter y modo de ser fuesen garantías de sus buenos procederes, y á quien poder dejar, sin riesgo alguno para la patria, todas las antiguas prerrogativas constitucionales de la Corona: el mando de los ejércitos, el derecho de nombrar los Pares del reino y los Ministros y el de interponer su veto á las leyes votadas por ambas Cámaras; que un príncipe reinante por su elección, forzosamente hubiera estado siempre de conformidad con ellos. Pero como no estaba el espíritu público preparado aún para esta obra, ni había un Duque de Lancaster, ni un Príncipe de Orange, ni personaje alguno de cuenta cerca del trono por la sangre y afiliado, sin embargo, á la causa del pueblo, era necesario que Carlos continuara ejerciendo el oficio de rey, pero sólo en el nombre. Porque si podían otorgarse sin temor alguno poderes muy extensos á Guillermo III y á Jorge II, cuyos derechos á la corona eran idénticos á los del pueblo á la libertad, no así fiarse la custodia de la nueva libertad á un tirano de los tiempos pasados. Puesto que no se quería privarlo del nombre de rey, la única línea de conducta que podían seguir los Ingleses era convertirlo en depositario nominal de prerrogativas que otros ejercieran en realidad, en una manera de Gran Lama ó de rey holgazán, en fantasma parecido á los Dagobertos y Childebertos que traían puestas las insignias de la dignidad real en tanto que los Ebroin

y los Carlos Martel ejercían la verdadera realeza en el Estado.

Las condiciones propuestas por el Parlamento eran duras; pero no más ciertamente que las que los mismos *tories* hubiesen impuesto en las capitulaciones de 1689 al rey Jacobo, de acordarse la continuación de Jacobo en el trono. La primera condición que asentaron los diputados fué que la dirección de la guerra de Irlanda y el mando de la milicia estarían en manos del Parlamento; y como no hubo avenencia en orden á este punto en los dos partidos, entrambos apelaron á Dios y á la espada para dirimir la contienda.

No solamente creemos que tenían los diputados derecho á pedir que las fuerzas militares quedasen bajo sus órdenes, sino que hubiera sido de su parte insigne torpeza el dejarlas á merced del Rey; que desde los comienzos de su reinado, se propuso Carlos evidentemente gobernar por medio de un ejército. Y tan propenso se mostraba siempre á valerse de las tropas y de los consejos de guerra, y á dar boletas de alojamiento á los soldados para que se aposentaran en el domicilio de los ciudadanos, que su tercer Congreso de diputados hubo de protestar de ello en la Petición de derechos. Obra fué de mucho empeño esta de la milicia para Strafford, como lo demuestran sus cartas, y la de poner las rentas de la Corona en estado de sostener ejército permanente. En 1640 mantuvo sus tropas en los condados del Norte á fuerza de vejaciones; en 1641 sancionó una cábala que tuvo por objeto llevar á Londres el ejército para poner miedo al Parlamento, y su conducta más reciente, bien á las claras había demostrado que si dejaban á su disposición siquiera un centenar de guardias adictos á su persona, tar-

daría poco la Cámara en ser de nuevo blanco de sus iras. ¿Era discreto, cuando precisamente deliberaban los diputados, protegidos de la milicia de Londres, para evitar sorpresas y asechanzas como la pasada, dejar al Monarca el mando en jefe de todas las fuerzas militares del reino? ¿No hubiera sido un acto de locura en el Parlamento levantar y pagar un ejército de quince ó veinte mil hombres para la guerra de Irlanda, confiando al Rey su dirección absoluta y el derecho de nombrar y separar sus jefes y oficiales? ¿No era probable que aquel ejército se tornara en manos de Carlos, como suele acontecer con los ejércitos por su índole y su contextura, lo que tantos otros fueron, aun habiéndose organizado en circunstancias infinitamente más favorables: lo propio que los ejércitos de la república en Roma, y los de la república francesa, esto es, instrumentos del despotismo? ¿No podían olvidarse los soldados de que así eran ciudadanos como los demás, y poner sus armas al servicio de su caudillo en daño de las libertades patrias? ¿No era más que probable que tan luego como Carlos pudiese revocar las concesiones otorgadas y castigar á sus contrarios, teniendo al ejército por suyo, lo hiciese así, y que luego sin demora estableciera un gobierno despótico y ejercitara sangrientas venganzas?

## XLIX.

Pretendían, pues, los diputados asumir la conducta de la guerra y la suprema jefatura del ejército; y como resistía el Rey á ceder en orden á este punto, no quedó más remedio que recurrir á la fuerza de

las armas; recurso por extremo peligroso siempre y en aquella ocasión de mucho riesgo para el Parlamento por ser aún fortísimo el partido de Carlos comparado con el de sus adversarios. El Rey les llevaba la ventaja del rango, del prestigio que va siempre unido á la majestad de la realeza, de la distinción de su porte y de sus modales, de las protestas solemnes que hacía de respetar en lo porvenir las libertades de sus súbditos, de la simpatía que inspira la grandeza derrocada, y del temor á las innovaciones violentas que se apodera de ciertas clases de la sociedad; motivos todos que le aseguraban la posesión de muchos parciales; como que tenía en su favor la Iglesia, las universidades y la mayoría de los grandes y nobles, antiguos propietarios del suelo. Demás de esto, la austeridad de costumbres de los puritanos llevaba como por la mano á ponerse bajo las banderas del Rey á la mayor parte de la juventud bulliciosa y alegre de aquel tiempo. Y por si no bastaba con tanto, muchas gentes honradas, de ideas de orden y de gobierno, y de ánimo resuelto, á quienes desplacía la conducta pasada de Carlos y que dudaban de su sinceridad presente, abrazaron su causa, aunque con repugnancia y zozobra, porque si estaban temerosos de su tiranía, más aún lo estaban de la violencia democrática.

En el otro partido figuraba toda la clase media de Inglaterra: comerciantes, tenderos y arrendatarios, á cuyo frente iba una minoría formidable de pares del reino y de propietarios nobles. El Conde de Essex, hombre de notoria honradez y de cierta experiencia militar, fué nombrado para el mando en jefe del ejército del Parlamento.

No escaseó Hampden su persona ni su caudal en pro de la causa que servía, pues se suscribió por dos

mil libras esterlinas para ocurrir á los gastos de la guerra, y fué nombrado coronel, dirigiéndose sin perder momento al condado de Buckingham para levantar en él las tropas de su mando. Un regimiento completo de infantería se alistó á seguida entre sus electores, y uniformado de color verde, trayendo por divisa en la bandera, por un lado, la del Parlamento con estas palabras: *God with us* (Dios con nosotros), y por el opuesto el lema de Hampden: *Vestigia nulla retrorsum*, pensamiento característico de la línea de conducta que se proponía seguir, quedó en breve dispuesto á entrar en campaña. Pero si ninguno de sus correligionarios acertó á dar mayor muestra de moderación mientras hubo esperanza, siquiera fuese remota, de salvar al país por medios legales y pacíficos, ninguno, tampoco, demostró más energía y entereza cuando fué necesario apelar á las armas. Estudió á fondo sus deberes militares y «cumplió con ellos en toda ocasión estrictamente,» según dice lord Clarendon, logrando merced á esto que su regimiento fuese uno de los mejores del ejército parlamentario, no sólo por la disciplina, mas también por la bizarría. Ni tampoco podía ser de otro modo, exponiéndose Hampden como lo hacía en los encuentros con el enemigo por manera tan brava, que podía llamársele valiente entre los valientes. «Su valor personal, dice Clarendon á este propósito, era como sus facultades más principales, de tal modo que ni había quien fuese mejor amigo, ni tampoco mayor enemigo que él cuando se proponía serlo en verdad.» Corta fué la carrera militar de Hampden y secundario su rango en el ejército; pero demostró con creces en ella que poseía las aptitudes de un gran general, de igual modo que demostró antes las de un gran político y hombre de Estado.

## L.

La relación de las operaciones militares de aquella guerra no puede contenerse dentro de los límites que nos hemos trazado. Aquellos de nuestros lectores que se propongan estudiarlas deben consultar la obra de lord Nugent, donde se tratan con la extensión debida y de una manera brillante: hacer abreviado resumen de ellas, sería enojoso para quien lo intentara é inútil por lo ininteligible para quien quisiera conocerlas, bastando á éstos saber que durante algún tiempo no existió entre los combatientes verdadero sistema de operaciones digno de generales de cuenta, y que la guerra que se hicieron realistas y parlamentarios fué al modo de la que tienen trabada, según la teología oriental, Arimanes y Oromasdes, los cuales sin poseer nada propio de una manera exclusiva, se hallan en todas partes, ocupando el espacio igualmente y luchando de toda eternidad en los átomos de la materia. La guerra fué al principio floja y débil, pero general en los condados: una ciudad suministraba tropas al Parlamento, y la residencia vecina del noble recibía tropas en nombre del Monarca para su defensa, mostrándose los combatientes en toda ocasión poco dispuestos á separarse mucho de sus hogares. Fairfax y Cromwell acabaron con esta manera impropia de hacer la guerra, operando sucesivamente con grandes masas sobre las diseminadas fracciones del bando realista.

## LII.

Bien será decir que los oficiales que aprendieron la táctica militar en las más famosas escuelas, en los Países Bajos bajo las órdenes de Vere, y en Alemania bajo las de Gustavo Adolfo, mostraron en aquella circunstancia mucha menos pericia y habilidad que los jefes parlamentarios que pasaron los principios de su vida consagrados á ocupaciones pacíficas, y que hasta comenzar la guerra civil no vieron una escaramuza. Tal vez no falte quien, por ignorancia, sin duda, y en vista de esto, crea que el arte de la guerra no es de los misteriosos y profundos, y que buen golpe de vista, corazón fuerte y sangre fría son partes más eficaces á formar un buen general que los diagramas de Jomini; pero es lo cierto que durante aquella contienda resultó ser Hampden mejor militar que no Essex, y Cromwell autor de más grandes empresas que no Leslie.

Acaso deban de atribuirse muchas de las faltas militares del de Essex á su timidez política, á que si era sinceramente adicto á la causa del Parlamento, carecía del entusiasmo necesario, y á que nada le infundía más temor, después de una gran derrota, que una gran victoria. Hampden, por el contrario, quería golpes enérgicos y decisivos, porque, como dice Clarendon tantas veces citado, cuando desenvainó su espada tiró lejos el tahalí. Había demostrado conocer la importancia de la moderación mejor que todos los hombres públicos de su época, practicándola siempre hasta los límites de lo posible; más también sabía que la violencia es el alma de la gue-

rra, y que la blandura en ella es flaqueza. Por esa causa hizo tan repetidas observaciones, y tan graves á veces, al de Essex, principalmente cuando se hallaron en las cercanías de Brentford, y por eso también cada vez que mandaba cuerpo separado, el atrevimiento y la rapidez de sus marchas y evoluciones ofrecían tan singular contraste con la indolencia y flojedad de su General en jefe.

Denham describió las ocupaciones de Hampden á fines de 1642, en unos versos que, á pesar de tener pretensiones á la ironía, le otorgan en realidad el mayor elogio, pues lo representa en su sátira yendo y viniendo constantemente del cuartel general del ejército, en Windsor, á la Cámara de los Comunes, y de la Cámara de los Comunes y de Windsor á Westminster, amenazando al General en jefe y dictando la ley al Parlamento, que, dicho sea en honor de la verdad, estaba sometido á su criterio. Entonces fué cuando Hampden organizó la célebre asociación de los condados, á la cual principalmente debió su partido el triunfar de S. M.

## LIII.

Al comenzar el año 1643, estaban siendo los condados más próximos á Londres y parciales del Parlamento, blanco de la persecución del príncipe Roberto, que los abrumaba con el estrago de su caballería. Y como el Conde de Essex dió tanta extensión á su línea de defensa, que casi toda ella quedó desguarnecida, el joven príncipe, cuyas aptitudes de guerrillero, ya que no de gran general, hacían notorias su actividad y su espíritu emprendedor

y aventurero, sorprendía frecuentemente los cuerpos de tropas de poca importancia y los desbarataba, entraba en las aldeas á saco y las ponía fuego, y se volvía después á Oxford, antes de que se reunieran contra él fuerzas suficientes, no sin llevarse por delante cuantos ganados podía.

Con esto, censuraba sin rebozo el ejército la lentitud de movimientos del Conde de Essex, y todos los hombres enérgicos y atrevidos que tenía el partido parlamentario deseaban ardientemente ver á Hampden á su cabeza. Si hubiera vivido más, puede muy bien decirse que habría tomado el mando en jefe de las tropas; pero Dios había dispuesto que Inglaterra quedase huérfana en aquellos momentos del hombre único que reunía la mayor abnegación á la mayor aptitud posibles para el bien de la patria, del único que, siendo capaz de alcanzar la victoria, hubiese sido incapaz de abusar de ella.

## LIV.

La noche del 27 de junio salió de Oxford el príncipe Roberto al frente de sus jinetes para una de sus habituales correrías, y hacia las tres de la madrugada cayó sobre los soldados del Parlamento que ocupaban á Postcombe y los dispersó. De allí corrió á Chinnor, puso fuego al lugar, hizo un destrozo en los escuadrones que allí estaban acuartelados, y se dispuso á regresar á Oxford con el botín y los prisioneros cogidos. Y como la víspera hubiese Hampden hecho enérgicas observaciones al de Essex, y demostrádole todo el peligro que ofrecía precisamente la parte aquella de sus líneas, no bien supo

la correría del Príncipe, despachó un hombre á caballo, portador de un aviso al General en jefe, diciéndole que los jinetes del príncipe Roberto sólo podían volver por el puente de Chiselhampton, y que, por lo tanto, era preciso despachar fuerzas sin perder instante para que le salieran al encuentro, cerrándole el paso. Sin embargo, determinó de partir con toda la caballería disponible para molestar la marcha del enemigo y entretenerlo, dando así tiempo á que el de Essex pudiera salirle al encuentro y cortarle la retirada. Un cuerpo considerable de dragones y de hombres á caballo se ofreció á seguirlo, aun cuando no estaban bajo sus órdenes; que, como dice Clarendon, «en el concepto y en la obediencia del soldado no tenía Hampden más superior que el Conde de Essex.» De allí á poco, descubrió al príncipe Roberto en los llanos de Chalgrave; acometiéronse ambos cuerpos, y en la primera carga recibió Hampden dos balazos en la parte superior del pecho. Cedieron con esto desalentadas las tropas del Parlamento; y el Príncipe, después de perseguirlas algún tiempo, pasó la puente y se recogió, sin más dificultades, á Oxford.

Entre tanto, Hampden, inclinada la frente y apoyadas ambas manos en el arzón de la silla, se alejaba con pena del campo de batalla. La casa en que vivió su padre político y en la cual conoció á la que, después, fué su esposa, se veía no á mucha distancia: dice la tradición que se sintió atraído de las dulces memorias que aquel lugar tenía para él, y que, comprendiendo la proximidad de su fin, quiso morir allí donde conoció á la que fué compañera de su vida; mas no le fué posible lograrlo, porque los enemigos se hallaban en aquella dirección. Dió vuelta á su caballo hacía la parte de Thame, y llegó

casi desvanecido al pueblo. Entonces le hicieron la primera cura y comprendieron los médicos que no había remedio. Los dolores que sentía debían de ser horribles; como que tenía destrozado un hombro y no fué posible hacer la extracción de los proyectiles; pero los sufrió con admirable resignación y entereza. Su primer pensamiento lo consagró á la patria, escribiendo algunas cartas á Londres sobre los negocios públicos, y otra para Essex, más apremiante que su anterior mensaje, recomendándole que reconcentrase las fuerzas dispersas. Cuando hubo concluído con sus deberes políticos, se dispuso á morir tranquilamente. Un pastor anglicano, de quien era muy amigo, lo auxilió, con el doctor Spurton, capellán de los *Verdes* (1), á quien llama Baxter excelente y célebre ministro de Dios.

Pocos momentos antes de pasar de esta vida, recibió Hampden la comunión, manifestando que aun cuando no era partidario del gobierno de la Iglesia anglicana, estaba conforme con ella en todo lo esencial de la doctrina. Y como conservó la integridad de sus facultades hasta el momento mismo de la muerte, se le oyó hasta el fin rezar en voz baja por sí y por la causa en cuyo servicio sacrificaba la existencia. «¡Señor, decía, recibe mi alma! ¡Jesús, salva á mi patria! ¡Ten, señor, misericordia de...» Y no profirió más palabra, partiéndose del mundo su alma sin acabar su postrera súplica.

Diéronle los suyos sepultura en la iglesia parroquial de Hampden. Sus soldados, con la cabeza descubierta, el fusil á la funerala, sordos los tambores y

---

(1) *Green-coats*, esto es, *Verdes*, era el nombre que se daba entonces á los voluntarios del condado de Buckingham, que mandaba Hampden.

cogidas las banderas de anchas bandas de crespón, acompañaron el cadáver, entonando durante la marcha las palabras tan penetradas de sublime melancolía con las cuales recuerda el salmista y compara la pequeñez y fragilidad del hombre, cuya vida pasa como caudal de aguas por un cauce, ó como sueño, ó como hierba que nace y crece y da su flor la mañana misma, y á la tarde es cortada y se agosta, con la providencia y eternidad de aquel para quien mil años son como el día de ayer que ya fué ó como una de las vigilias de la noche, y que antes de que naciesen los montes y formase la tierra y el mundo, y desde el siglo y hasta el siglo es Dios.

## LV.

La noticia de la muerte de Hampden produjo tan profunda consternación en sus correligionarios, dice Clarendon, como si todo el ejército hubiera sucumbido con él. Los periódicos de aquel tiempo dan señalada prueba de lo que decimos, y nos muestran al Parlamento y á sus parciales penetrados de dolor y de amargo desaliento. Lord Nugent cita un notable párrafo del número del *Weckly Inteligencer* publicado la primera semana siguiente á la muerte de Hampden y que dice así: «La pérdida del coronel Hampden aflige y anonada, en verdad, á cuantos aman al Rey y al país, siendo pocos los que gusten de permanecer en el ejército no estando ya él. La memoria de Hampden será tanto más querida y respetada, cuanto más tiempo transcurra, porque nuestro malogrado jefe, por su religiosidad, prudencia, tacto, mo-

deración, consejo, esfuerzo é integridad, deja en pos de sí pocos que se le parezcan.»

Pero, á decir verdad, Hampden no dejó en pos de sí ninguno que se le pareciese, porque, si bien es cierto que aún quedaban en las filas del partido muchos hombres dotados de gran sagacidad, y de poderosa elocuencia, y de grande honradez y denuedo; si bien quedaba un soldado rudo y grosero todavía, y bufón y fanático á un tiempo, las facultades de su poderosa inteligencia y que lo hicieron apto, así á la jerarquía suprema de la milicia, como al ejercicio de la magistratura suprema del Estado, no habían sido presentidas siquiera, como no fuese del malogrado Hampden, y soló éste, única y exclusivamente, reunió las condiciones necesarias y que requerían los momentos aquellos de prueba y de crisis terrible para salvar al Estado, esto es, la energía y el valor de Cromwell, la elocuencia y el criterio de Vane, los sentimientos humanitarios y la moderación de Manchester, la integridad inflexible de Hale y el gran patriotismo de Sydney. Otros podían tener acaso las aptitudes necesarias para salvar al partido del pueblo en una crisis por peligrosa que fuese; solo él tenía voluntad y poder juntamente para contenerlo en sus excesos la hora del triunfo. Podían otros vencer; solo él podía reconciliar y avenir. Un corazón esforzado como el suyo llevó á la pelea los coraceros que decidieron del éxito de la batalla de Marston-Moor; y una vista penetrante como la suya percibió á lo lejos el ejército escocés, bajando de las alturas que dominan á Dumbar; pero cuando vino la lucha terrible de las sectas y de los partidos y de las banderías, ambiciosas de poder y sedientas de venganza en pos del despotismo de Laud y de Carlos; cuando los vicios y la ignorancia engen-

drados de la tiranía pusieron en gravísimo riesgo de perderse la libertad conquistada, entonces fué cuando comprendió la nación inglesa la falta de aquella prudencia, de aquel dominio sobre sí mismo, de aquella claridad de criterio, y de aquella nobleza, de aquella justicia, de aquella equidad de intenciones que solo poseía por completo nuestro Hampden; carácter sin segundo en la historia de las revoluciones, comparable solo al de Washington, si Hampden pudiera ser comparado.

---

# ROBERTO Y HORACIO WALPOLE.

---

(*Letters of Horace Walpole, Earl of Oxford, to sir Horace Mann, British Envoy at the Court of Tuscany*, Now first published from the originals in the possession of the Earl of Waldgrave. Edited by Lord Dover, 2 vols. 8.°, London, 1833.)

Edinburg Review, *October*, 1833.

# SIR ROBERTO WALPOLE.

1676.—1745.

## I.

Aun cuando poseyó sir Roberto Walpole grandes dotes y aptitudes en grado eminente, no es posible comparar su oratoria con la elocuencia de que hicieron alarde los jefes de la oposición, contemporáneos suyos, ni su erudición con la de Carteret, ni su ingenio tampoco y sus modales con los de Chesterfield; que de hacerlo así, resaltaría su inferioridad; como que todo su caudal literario se redujo á unos vislumbres de Horacio, á un par de citas clásicas, y á muy escasos conocimientos de Historia (1); y que, en cuanto á su modo de ser, aun tratándose de una época en la cual floreció la tosquedad de los caballeros rurales, fué tan inculto y rudo, que, no bien de-

(1) Durante la discusión del impuesto sobre las bebidas, tuvo que preguntar al fiscal general, Yorke, quiénes fueron Empson y Edmundo Dudley, ministros de Enrique VII, que colmaron el tesoro del Rey en fuerza de abusos, y á quienes encarceló, juzgó y condenó á muerte Enrique VIII.

jaba de hablar de política, ya no entendía de otros asuntos sino era de intrigas femeniles y de pendencias de amores, temas que le inspiraban imágenes y verbosidad por tal modo licenciosas, que parecían y eran ciertamente impropias de sus años y de su rango (1). Pero si la literatura, la historia y los buenos modales fueron para él cosas desconocidas, en cambio entendió mejor que ningún político de su tiempo de lo que más le convino entender, esto es, de los hombres, de la nación inglesa, de la Corte, de la Cámara de los Comunes y de su departamento ministerial. Cierto es que no se hallaba muy al corriente respecto de los asuntos exteriores; pero su penetración era tanta, y su discernimiento tan recto, que lo poco que sabía le revelaba lo ignorado por modo singularísimo. Fué muy perito en las discusiones, táctico superior en lides parlamentarias y hombre de Estado de mucha cuenta; y como ninguno empleó más perseverancia y método que él en el manejo de los negocios públicos, ningún ministro trabajó más ni pareció hacer menos, á juzgar por lo que vagaba y se distraía.

## II.

No fué sir Roberto Walpole de mala condición; pero como tuvo la desgracia de no ver, durante treinta años, sino el lado malo de las cosas y de la

---

(1) La fama escandalosa de las orgías de sir Roberto, en Houghton, subió tanto de punto, que las personas formales temían su vecindad, y que lord Townshend, colega y pariente suyo, se ausentaba periódicamente de su quinta de Rainham, cercana de la de Walpole, cuando éste rusticaba según lo entendía.

naturaleza humana, y se familiarizó con la perversidad y la perfidia de las personas honradas y buenas, y vió á hombres muy altivos besarle los pies, y que muchos patriotas lo pusieron en el trance de regatear el precio de su integridad, decía sin rebozo, después que hubo caído, que el oficio de ministro era por extremo peligroso, y que había pocos caracteres que no acabaran por corromperse, puestos en contacto con tanta bajeza y depravación. Bien será decir, en honra suya, que son muy contados los políticos que resisten prueba semejante á la que se vió sometido Roberto Walpole y que salen de ella tan íntegros como él; porque se retiró, al cabo de veinte años de poder, con el corazón sano, exento de vanidades, franco y sencillo en sus aficiones, y capaz de ser amigo, sin que hubiera manchado su nombre con una traición, ni una ingratitud, ni un acto de crueldad; que si el ensañamiento de los partidos políticos hizo de modo que á las veces aparezca cubierto de fango, hasta sus más encarnizados enemigos reconocieron espontáneamente que no fué vengativo, ni menos sanguinario. Cierto es que no sería esto alabanza para un hombre de Estado de nuestros días; pero sí fué distinción singular y honrosa por extremo tratándose de los de Walpole, porque las luchas de las facciones, que revistieron en Inglaterra un carácter de ferocidad indigna de los pueblos civilizados, comenzaron á perderlo bajo su Ministerio, tornándose cada vez más cultas y suaves hasta nuestros días. Constándole de una manera indubitable que varios de sus antagonistas estaban en correspondencia con el pretendiente; teniendo en sus manos la vida de algunos, y en su abono lo hecho por *tories* y *whigs* en circunstancias análogas, si hubiera querido aprovecharse de aquéllos y de éstas



para vengarse ó ser cruel, con una clemencia ó con una bondad á la cual nunca se ha hecho justicia por nadie, se dejó entorpecer en sus movimientos, calumniar en su conducta, y, á la postre, vencer y derribar por los mismos á quienes hubiera podido perseguir de muerte.

## III.

No negaremos que sir Roberto fuera corruptor en gran escala, pero sí que merezca todas las invectivas de que ha sido blanco en orden á este punto; que á nuestro parecer no es discreto censurar severamente al hombre que no se hace superior á su época en punto á virtud. Por lo demás, tan inmoral es comprar el voto del elector, como valerse de iguales medios para obtener el del diputado, y tan culpable se nos antoja y es, en efecto, el candidato que da cinco libras esterlinas á un elector, como el hombre que da trescientas á un representante del país, y, sin embargo, en los tiempos que corren no se tiene por criminal ni por deshonrado, ni se rechaza ni excluye de ninguna parte á quien, bajo el antiguo sistema electoral, se hizo elegir del único modo que tuvo de ser elegido en East-Retford, en Liverpool ó en Stafford. Walpole gobernó por medio de la corrupción, porque cuando ejerció el poder no había otra manera de gobernar. Los Tudors no hubieron menester de ella, porque sus Parlamentos carecían de fuerza; y en cuanto á los tiempos que alcanzamos, la publicidad que obtiene cuanto se relaciona con la vida parlamentaria por

medio de la prensa, es eficacísimo estímulo para excitar la moralidad entre los hombres públicos, siendo tan incontrarrestable la fuerza de la opinión, que, aun antes de plantearse la reforma electoral, el ministro de quien se hubiera sospechado que compraba votos en las Cámaras, habría caído para no volver á levantarse nunca. Pero durante el siglo que siguió á la restauración, la Cámara de los Comunes se halló en condiciones tales, que, para gobernarla, se hacía indispensable corromperla, renunciando á ello, si no. Y como el trono ya no la imponía respeto de igual modo que antes, y la opinión pública no la enfrenaba como ahora, y su constitución era oligárquica, y secretas sus deliberaciones, y su poder inmenso, tenía el Gobierno cuantos motivos son imaginables para ofrecer dinero. La mayoría de los hombres, á menos que no fuesen de probidad notoria y honor inatacable, no tenía por qué rehusar las larguezas del Gobierno, y por tanto, bajo el reinado de Carlos II el atrevido Clifford comenzó á comprar votos en la Cámara de los Comunes, costumbre que desarrolló más aún el astuto é impudente Danby. La revolución, que fué, directa ó indirectamente, causa de tan grandes y numerosos beneficios, empeoró el mal en un principio. Y como la importancia de la Cámara de los Comunes se hizo más grande que nunca, y se limitaron con mucho rigor las prerrogativas de la Corona, y se destruyeron de todo en todo las alianzas, que aun más todavía que las prerrogativas legales constituyeron su fuerza, nunca ningún príncipe se halló en situación más difícil y penosa que Guillermo III. El partido que defendía sus títulos á la corona estaba dispuesto, en general, á disminuir sus prerrogativas, y el que se inclinaba, en principio, á las prerro-

gativas, combatia sus títulos á la corona, resultando de aquí que no hubiera bando alguno que, al propio tiempo, fuese partidario de su oficio y de su persona. Demás de esto acontecía que, mientras la influencia de la Cámara de los Comunes en el gobierno se iba tornando preponderante, cedía la influencia del pueblo sobre la Cámara. Poco importaba, en tiempo del rey Carlos I, que fuese ó no elegida por el pueblo la Cámara de los Comunes, en razon á que había de servir forzosamente la causa del pueblo, so pena de quedar á merced del monarca si no lo hacía y aquél la daba de mano; pero, cuando el rey quedó á merced de la Cámara de los Comunes, los individuos que no eran nombrados por sufragio popular no tenían más preocupación que la de satisfacerse á sí propios; y los que iban á ella por voluntad de los electores, no vivían constantemente, como en nuestros tiempos, esclavos de su responsabilidad, ni estaban tampoco sus comitentes impuestos cual hoy de las votaciones y discursos de sus procuradores cada veinticuatro horas. Los privilegios que fueron indispensables en otro tiempo á la seguridad y eficacia del Parlamento se habían tornado superfluos; pero si los legisladores honrados querían su mantenimiento por una manera de veneración supersticiosa, los que faltaban á sus deberes se prevalían de ellos para fines egoístas; que los privilegios que, durante la incierta y prolongada lucha que sostuvo la Cámara de los Comunes contra monarcas poderosos, fueron su mejor defensa, no siendo ya necesarios á este objeto la sirvieron para defenderse de sus comitentes; pues cuando ya una votación suya, por ejemplo, habría bastado para derribar del poder al ministro más influyente, continuó deliberando en

secreto, del propio modo que lo hacía por absoluta necesidad cuando el Consejo privado acordaba enviar á la Torre á los jefes de la oposición.

## IV.

No podía funcionar el Gobierno si no se hallaba contenido el Parlamento en los límites del deber; pero ¿de qué modo lograrlo? Trescientos años antes habría bastado á un ministro contar con el apoyo de la Corona para conseguirlo; ahora le bastaría poseer la confianza de la clase media; entonces una y otra cosa hubieran sido insuficientes, porque la Cámara de los Comunes, que se había emancipado ya de la tutela del Monarca, no había caído aún bajo la tutela de la opinión pública; siguiéndose de aquí que como una gran parte de los individuos que la constituían, al sentirse libres de estos frenos, no apoyaban la administración sino por motivos de interés ó de conveniencia personal, en el sentido más bajo de la palabra, fuese indispensable corromper para gobernar. Tanto fué así, que con ser Bolingbroke, sin duda alguna, el mas hábil y enérgico de cuantos se declararon contra la corrupción parlamentaria, no le halló remedio sino vigorizando la regia prerrogativa; remedio eficaz por cierto, pero acaso peor que la enfermedad misma, pues lo que había de malo y vicioso en todo ello era la constitución de la Cámara, siendo por tanto soberanamente injustos los que censuran á los ministros que gobernaban la Cámara de la única manera que fuese posible gobernarla, esto es, por medio del soborno. Tan desprovisto de razón sería el acusar á los pobres colonos de las *lowlands*

que pagaban tributo á Rob-Roy, de corruptores de los *highlanders*, como hacer lo propio con sir Roberto Walpole, acusándole de corromper al Parlamento, porque el único crimen suyo consistió en emplear su dinero con más pericia y habilidad que otro alguno de sus predecesores y sucesores.

Por lo que á él respecta, nunca pudo corromperlo el dinero; que su pasión dominante fué el poder, y el cargo más grave de cuantos acierten á dirigirle sus enemigos, el de no haber vacilado nunca en sacrificar á esta pasión los intereses de la patria.

## V.

Una de las máximas favoritas de sir Roberto, según su hijo, era esta: *Quieta non movere;* y, en efecto, en virtud de ella gobernó, con más deseo de conservar el poder largo tiempo que de hacer buen uso de él. Más de veinte años permaneció Walpole al frente de los negocios públicos, y, sin embargo, conviene advertir que no se realizó en tan largo período de tiempo una sola medida, ni se introdujo la menor novedad bajo ningún concepto en las instituciones de Inglaterra que merezca mencionarse. Y no aconteció así sólo porque fuese contrario á poner por obra grandes cambios; que aprendió en escuela de tolerancia y al lado de Somers y de Burnet, y detestó las leyes inicuas que pesaban sobre los disidentes; sino por efecto de su irresolución, la cual influyó tanto en su ánimo que no se atrevió jamás á pedir que se revocaran. Así fué que en vano le recordaron los disidentes perseguidos la injusticia con que se les trataba, su amor inquebran-

table á la casa de Brunswick y sus simpatías hacia el partido *whig*, rememorándole las reiteradas declaraciones que tenía hechas en favor de ellos, pues todo quedó reducido por su parte á recibirlos con bondad, oirlos con agrado, asentir, prometer y no hacer nada. Y cuando plantearon otros el problema, después de pronunciar desde el banco ministerial un discurso evasivo y vacilante, votó contra la proposición, si bien es cierto que hasta el fin de sus días conservó el recuerdo de la explosión terrible que se produjo en favor de los principios de la alta Iglesia bajo el reinado de la reina Ana, por causa de las necias medidas que se adoptaron con un necio eclesiástico. Si los disidentes hubieran sido turbulentos, Walpole habría probablemente acudido en su auxilio; pero en tanto que no temió ningún peligro por parte de ellos, no quiso correr el menor riesgo exponiéndose por ellos. De igual modo procedió en otras circunstancias; porque, á pesar de conocer el estado de los *highlands* de Escocia, y de predecir constantemente una nueva insurrección en aquella parte del reino, mientras duró su largo ministerio, no intentó nunca cumplir el deber más evidente, imperioso é ineludible de un hombre de Estado inglés, á saber: acabar por completo con la influencia de los jefes y hacer cumplir las leyes hasta en los confines más apartados de la isla. Y ninguno sabía mejor que él, sin embargo, que si no se hacía esto, vendrían grandes daños y males; pero como los *highlanders* permanecieron, si no tranquilos del todo, al menos en una manera de equilibrio inestable mientras él ocupó el poder, quedó satisfecho proveyendo cada día á las necesidades del momento, y dejó lo demás á sus sucesores, que al fin hubieron de conquistar á los *highlanders* al

cabo de una guerra con Francia y España, porque no quiso él someterlos á la ley común gozando de los beneficios de la paz.

A las veces, y á pesar de su prudencia, se vió en la necesidad de reconocer que ciertas medidas que había creído poder realizar sin dificultades ni obstáculos, producían honda perturbación en el país; y como cuando esto sucedía, las modificaba ó las retiraba, de aquí que anulase la patente de Wood por deferir á las absurdas protestas de los Irlandeses; que redujese á exiguas proporciones el *Porteous Bill,* temeroso de exasperar á los Escoceses, y que renunciase al *Excise Bill* desde que comprendió que desagradaba á todas las grandes ciudades de Inglaterra. Su lenguaje respecto de este asunto, en una legislatura posterior, fué muy característico. Porque como hubiera insinuado Pulteney que no tardaría mucho en reaparecer el proyecto, «en cuanto á ese malhadado proyecto, y lo califico de igual modo que lo ha hecho gráficamente el orador, dijo Walpole, será en vano que traten de persuadir á la Cámara que no está de todo en todo abandonado aún; pues, por lo que á mí hace, no soy tan loco que me proponga intentar por segunda vez cosa ninguna parecida á un *Excise*, aunque persista en creer que cuanto en él se contenía era muy favorable á los intereses del país.»

## VI.

La conducta que observó Walpole en lo relativo á la guerra de la sucesión de España es, á no dudarlo, la gran mancha de su vida pública. Pero el

archidiácono Coxe, que imaginó haber descubierto un gran principio de acción al que debía referirse toda la conducta política de su héroe, dice á propósito de esto: «¿Obedece la administración de Walpole á un principio uniforme, constante y persistente que haya impreso carácter á su conducta? Sí, ciertamente, y este principio fué siempre el del *amor á la paz.*» Difícil por todo extremo sería otorgar elogio más grande á un hombre de Estado; pero es lo cierto que sobrepuja el elogio á los merecimientos de Roberto Walpole; porque, si bien el principio dominante de su conducta política fué, en efecto, el amor á la paz, no lo fué, á decir verdad, en el sentido que le atribuye el archidiácono Coxe, pues la paz tan buscada por él no era la de su patria, sino la de su administración. Cierto es que durante la mayor parte de su vida pudo alcanzar ambos fines juntamente; mas al cabo se vió forzado á escoger entre la necesidad de precipitar al Estado en una guerra sin causa legítima que la justificara, y que ninguna ventaja podía producir, ó arrostrar una oposición violenta, no sólo en el país, sino en el Parlamento y hasta en el gabinete de S. M. Ninguno estuvo en Inglaterra más persuadido que él de lo absurdo de cuanto se declamaba contra España; pero como peligró el ejercicio del poder, tan caro á su corazón, tardó poco en decidirse, y prefirió una guerra injusta á una tempestad parlamentaria. Y de quien así se conduce, no es lícito decir que haya sido el amor á la paz el gran principio inspirador de su conducta, sino el amor al poder, que fué el norte de toda su vida política.

Bien será consignar en verdad y alabanza suya, que comprendió mejor que ninguno de sus contemporáneos los intereses permanentes de su patria, y

que los sirvió con celo, siempre que los halló compatibles con el interés de sus grandes y vehementes ambiciones; que sólo en las crisis de la política general se preocupó del movimiento y de las agitaciones, y recurrió á contraer compromisos y alianzas, pero que luchando por su influencia personal, ni vaciló, ni temió por nada ni á nadie; que lo quiso todo para sí; que los individuos de su administración que rehusaban someterse á su influencia, se veían en la necesidad de renunciar á sus cargos; que fué pródigo de cuanto no era el poder, avaro sólo de él, prudente en todo; pero temerario para defender su puesto, y arrojado á la manera de Richelieu ó de Chatham, habría podido fácilmente consolidar su autoridad si hubiera consentido en partirla con otros y formádose el propósito de ceder algo para ganar auxiliares capaces de ayudarle á defender lo demás. No lo hizo, y esta política le valió enemigos hábiles y aliados de poca monta, logrando por ella que sus mejores parciales fuesen abandonándolo, unos en pos de otros, y engrosando las filas de la oposición. Con todo y así, Walpole hizo frente á la falange vigorosa, fuerte y creciente de sus contrarios, y prefirió resistir los embates de aquella coalición formidable, que hacerle la menor concesión en punto á lo que todos ambicionaban conquistar ó defender.

## VII.

La oposición era formidable, y la dirigían dos individuos de familia real: el jefe expulsado de la casa de Estuardo, y el heredero en desgracia de la de

Brunswick; inspirándose un grupo en Avignon y otro en los salones de Norfolk-House, y figurando en ellos la mayoría de los propietarios de provincia y del clero parroquial, una de las dos universidades y una parte considerable de la *city* de Londres y de otras ciudades populosas. De los escritores, la mitad por lo menos estaban exasperados con la indiferencia del ministro; indiferencia tanto más notable, cuanto que sus predecesores, *whigs* y *tories*, agasajaron espléndidamente siempre á los hombres de ingenio y á los poetas; la otra mitad seguía disciplinada las órdenes de los jefes, y todos formaban en las filas de la oposición. A decir verdad, en ella parecía cuanto puede hacer efecto y seducir las imaginaciones ardientes: los recuerdos de los tiempos pasados, las esperanzas y los ideales de lo porvenir, las teorías de la tradicional fidelidad á los reyes legítimos, los ensueños de libertad, el entusiasmo del espíritu monárquico y el ardor del republicano, viéndose por tal modo á los caballeros *tories* penetrados de las doctrinas de Filmer y de Sacheverell en la Universidad de Oxford, enorgullecidos con las hazañas de sus abuelos, que combatieron con Rupert en Marston-Moor, y defendieron sus castillos resistiendo á Fairfax, y fueron condecorados á la vuelta del Rey con la Encina Real, afiliados en la oposición al Ministerio entre aquellos que se valían de ese pretexto para atacar la dinastía reinante. Y á su vez, los jóvenes demócratas, lectores asiduos de Tito Livio y de Lucano, grandes admiradores de Hampden, de Russell y de Sidney, familiares devotísimos de San Esteban, donde se declamaba sin tasa contra la tiranía y la perfidia de los príncipes y reyes, iban de la mano con los realistas; resultando de aquí que todos los mo-

zos (1) de talento y de porvenir, cualesquiera que fuesen sus tendencias políticas, pertenecieran al bando contrario del Gobierno; empresa de que, andando el tiempo, se dolieron públicamente, por lo que á ellos tocaba, dos de sus afiliados más ilustres: Pitt, entre los hombres de Estado, y Samuel Johnson entre los literatos. A decir verdad, aquella oposición tuvo un aspecto imponente hasta en los tiempos en que fué minoría; porque brillaban entre los que en el Parlamento y fuera de él combatían la administración de sir Roberto Walpole, Bolingbroke, Carteret, Chesterfield, Argyle, Pulteney, Wyndham, Doddington, Pitt, Lyttelton, Barnard, Pope, Swift, Gay, Arbuthnot, Fielding, Johnson, Thomson, Akenside, Glover y tantos otros.

## VIII.

Mas, á pesar de la importancia de sus adversarios, sirvió á Walpole de salvaguardia durante mucho tiempo la división en dos partidos diametralmente opuestos de la oposición; circunstancia que fué después parte muy eficaz á perderlo. Porque, como sabían los jefes de la minoría que sería por extremo difícil para ellos el proponer una medida importante sin producir á seguida un cisma en ella, recurrieron á un expediente que aunó las voluntades, á saber, concentrar todas sus fuerzas contra

(1) Tan considerable fué por entonces el número de jóvenes políticos que figuraba en la oposición, que sir Roberto dijo en uno de sus mejores discursos que se dividía ésta en tres partes, á saber: *tories*, *whigs*, *descontentos* y *criaturas*.

Walpole, ya que solo en orden á ese punto único podían entenderse. No sin pena se habían decidido los *whigs* á votar en el asunto de los Parlamentos septenales; los *tories*, á su vez, no acababan de resolverse á favor de la proposición de Pulteney para mejorar la consignación del Príncipe Federico; uno y otro bando se concertaron para provocar la guerra con España, pero no sin tenerla entre sí; y pues cuanto intentaban los desunía, presentaron al Ministro como azote y plaga del Estado, dando en esto señalada muestra de grosera ignorancia ó de grosera inmoralidad, y pidieron con grandes voces y á vueltas de interminables declamaciones su destitución y su castigo para remediar los males de la patria. ¿Qué se haría después? ¿Cómo evitar, llegado el caso de la caída de sir Roberto, una mala elección de ministro? A estas preguntas contestaban cuantos necios hablistanes aparecían en la oposición, proponiendo cada cual su parecer; y por tal modo, al grito de *¡abajo Walpole!* y á fuerza de reducir el cerco, y de personalizar la querella, y de hacer comprender á los demás Ministros que la enemiga era solo contra sir Roberto, y que sus colegas conservarían hasta sus carteras si contribuían á entregar el gran corruptor á la justa venganza de la nación, comenzaron éstos á vacilar.

Si los compañeros de gabinete de sir Roberto no se hubieran separado de él, aun habría podido, á pesar de las elecciones desfavorables de 1741, hacer frente á la tempestad; pero desde que se supo que sólo se trataba de dar con él en tierra y que, sacrificándolo, podían esperarse condiciones ventajosas, comenzaron á vacilar las filas ministeriales, y se oyó por todas partes el grito de *¡sálvese quien pueda!;* que Walpole cayó víctima de una traición,

por más que sea difícil precisar hasta qué punto. Recayeron sospechas en lord Islay; y aún más en el Duque de Newcastle; y, á decir verdad, habría sido extraño no ver al Duque haciendo su papel favorito (1) cuando se tramaba algo:

Ch' I' ho de traditor sempre sospetto
Che Gan fu traditor prima che nato (2).

Nunca se vió batalla parlamentaria más bizarra que la última que libró el Ministro, después de haber prolongado la guerra defensiva durante media legislatura, merced á la claridad de su juicio, á su larga experiencia de los negocios y al esfuerzo indomable de su espíritu; cediendo al fin, antes á las súplicas de sus parciales desalentados, que le negaban auxilio, que á los ataques de sus enemigos. No pudiendo conservar por más tiempo el poder, hizo una retirada honrosa y se recogió á su quinta, donde pasó el resto de sus dias consagrado á sus pinturas y á sus jardines, dejando á los autores de su caída... la vergüenza, la discordia y un efímero triunfo (3).

Al retirarse de los negocios públicos sir Roberto, quedó todo sumido en el caos; mas, aun cuando no haya faltado quien atribuya el suceso á manejos habilísimos del ex-ministro, y sea cierto que no descuidó las ocasiones de sembrar la discordia entre

---

(1) Perfidia debería llamarse el de Newcastle, decía sir Roberto hablando del Duque.

(2) Siempre sospeché una traición, y Ganello fué traidor desde antes de nacer.

(3) Walpole se retiró del Ministerio con el título de Conde de Oxford, y falleció en 1745, á la edad de setenta y un años, en sus estados de Houghton, donde nació.

sus contrarios, puede asegurarse que no hubo menester de intrigas y amaños para ver desquiciada la obra de la coalición.

## IX.

Comenzó la victoria por desunir los bandos opuestos que se ligaron para combatirlo; las ambiciones de todos acudieron en tropel, y alzando la voz, hicieron imposible con su gritería la dirección y la unidad en los movimientos; no acertó á seguirse una línea política que no lastimase á los más de los vencedores, ni cupieron en el presupuesto los pretendientes; pero, mientras los jefes parlamentarios predicaban la paciencia y la confianza, y sus legiones pedían en tumulto la recompensa de su trabajo, comenzó á oirse fuera un rumor parecido al de la tempestad cuando se acerca. La oposición recogía el fruto de lo que había sembrado, porque ya el pueblo, impaciente sin poder decir de qué, y enojado sin acertar contra quién, daba muestras inequívocas de cólera; como que inspirados del odio y de la ambición, y desesperando de triunfar los hombres de la oposición por los medios propios de la guerra, cerraron los ojos á las consecuencias ciertas, aunque lejanas, de lo que hacían, y les aconteció lo que al nigromántico que, después de haber evocado al diablo para un negocio urgente, no acertó á mandarlo de nuevo á los infiernos: exaltó los ánimos con declamaciones y calumnias, engendró esperanzas que no tenía medios de satisfacer, persuadió á las gentes de que la caída de Walpole traería nueva edad de oro ó el milenario según el capri-

cho de su entusiasmo ó las ilusiones de su fantasía, y con esto creyeron los republicanos que los privilegios de la Corona quedarían reducidos á ser sombra de lo que fueron, los *tories* jacobistas que volverían los Estuardos á ocupar el trono, y los *tories* más moderados que verían renacer los hermosos días que disfrutaron los últimos años de la reina Ana la Iglesia de Inglaterra y la propiedad. Habría sido imposible satisfacer á todos, y los vencedores no satisficieron á nadie.

## X.

La memoria de los que se llamaban á la sazón *patriotas* no ha logrado sernos simpática en modo alguno, porque si somos parciales de los principios de un buen gobierno contra sir R. Walpole, también lo somos de sir R. Walpole contra la oposición. Que un sistema de más integridad reemplazase al suyo, cosa era muy deseable; pero si había de mantenerse su sistema, ninguno más ocasionado que sir Roberto para practicarlo y estar al frente de los negocios; pues, si bien es cierto que imperaban en las esferas gubernamentales abusos de tanta cuenta y en tanto número que bastaban á justificar la más ensañada oposición, no lo es menos que los contrarios de Walpole, sin hacer nada para corregirlos, excitaron la cólera del pueblo; porque después de haber expuesto á sus ojos con falsos colores los males que afligían á la patria, y de atribuir á un solo individuo la muchedumbre de los vicios del mal sistema que halló él implantado á su advenimiento á los negocios públicos, y que continuó rigiendo al

país cuando algunos de sus censores le sucedieron en la gobernación del Estado, les aplicaron remedios ineficaces ó perniciosos; porque entorpecieron el planteamiento y desarrollo de sus mejores acuerdos, y lo empeñaron, bien á su pesar, en una guerra injusta; y porque después de hablar mucho de tiranía, de corrupción, de ministros detestables, de cortesanos serviles, de las libertades inglesas, de la *Carta Magna*, de los derechos populares conquistados con la sangre de nuestros padres, de Timoleón, de Bruto, de Hampden, de Sydney y de tantos otros, nada propusieron ni realizaron para corregir y mejorar las instituciones. Es más: en vez de guiar el espíritu público por la senda de las reformas realizables y bien definidas, completando así la obra de 1688; en vez de poner por tal modo la legislación inglesa en armonía con la Constitución; y en vez de quitar á la Corona el medio de hacer por influencia lo que ya no tenía modo de realizar con su prerrogativa, infundieron en los ánimos y excitaron cierta vaga necesidad de cambios y mudanzas que, si les fué útil por un momento, después se tornó contra ellos, hiriéndolos por los mismos filos.

Entre las reformas que á la sazón reclamaba el estado del país, había dos de notoria importancia, que por sí solas hubieran bastado á corregir casi todos los abusos, y sin las cuales los demás remedios eran paliativos inútiles, á saber: la supresión de los *distritos venales*, y la publicidad de las discusiones del Parlamento; pero no pensaron en ninguna de ellas, aun cuando parezca evidente que sin estas dos reformas las otras se tornaban vanas é ilusorias. ¿Qué decir ahora de ciertos cambios sugeridos por algunos patriotas, y que habrían centuplicado sin duda los males existentes? Bastará consignar

que, entre otras novedades no menos peregrinas, pretendían estos políticos transferir la facultad de nombrar los funcionarios públicos y los jefes del ejército de la Corona al Parlamento, fundándose en que hacía ya mucho tiempo que la Cámara era una muchedumbre corrompida; ¡como si fuese garantía contra la corrupción el que los representantes del país, en lugar de recibir de los ministros la parte del botín que reclamaran en el saqueo del Erario, se la sirvieran por sí mismos!

Otros proyectos tuvieron también, más ocasionados á distraer los ánimos que á corregir defectos; no pocos fueron hasta inocentes, y considerados todos en conjunto, si hubo alguno eficaz para remediar, los demás, no sólo fueron inútiles y absurdos, sino hasta perniciosos. Basta leer las órdenes y las instrucciones que después del cambio de ministerio enviaron varios cuerpos electorales á sus representantes, para formarse idea de la suma de insensateces que se antojó entonces á los vencedores de Walpole.

## XI.

Figuraban en primera línea los que pedían la cabeza del ex-ministro en desagravio de la opinión pública; venían después los plañideros de la decadencia del comercio, decadencia que, según ellos, reconocía por causas únicas á Walpole y la corrupción, y que, para estar en lo cierto, debieron de atribuir á la guerra en que sus declamaciones empeñaron á sir Roberto, bien contra su voluntad, y cuyas conse-

cuencias predijo (1); llegaban en pos de éstos los que atribuían á Walpole y á la corrupción las grandes cantidades de lana que salían de Inglaterra, siendo, según discreto entender de estos electores, ocurrir al remedio de tamaño perjuicio cosa tan urgente y necesaria como el ahorcar á sir Roberto sin más tardanza: clamaban otros contra el ejército permanente en tiempo de paz, y así lo pedían á la Cámara de los Comunes, sin advertir que la exigencia era ridícula en medio de una guerra que debía durar, y duró en efecto, tanto como el Parlamento; y no pocos pedían con singular insistencia que se aboliese la ley de los Parlamentos septenales, dejándose llevar de la codicia que les inspiraba una reforma en virtud de la cual, y una vez adoptada, hubieran podido adjudicar sus votos cada tres años al mejor postor, y embriagarse con la cerveza de los candidatos, pero cuyo planteamiento habría sido para el país un verdadero azote, sin reorganizar previa y completamente el cuerpo electoral; siendo las únicas peticiones razonables de cuantas formularon, la de reducir el número de funcionarios con asiento en la Cámara, y la de cerrar sus puertas á los pensionistas de la Corona, por más que no fueran bastantes á corregir el mal, ni menos á contener la corrupción secreta.

---

(1) El día que se proclamó la guerra contra España, cuando los heraldos iban á la *City* seguidos de los jefes de la oposición; cuando el mismo Príncipe de Gales hizo alto en Temple-Bar para brindar al éxito de las armas inglesas, y cuando tocaban alegremente todas las campanas de la *City* exclamó sir Roberto: «Ya pueden alegrarse hoy, que harto llorarán mañana.»

## XII.

Para que nuestros lectores puedan formarse idea de las ilusiones absurdas que habían hecho concebir al país los enemigos de sir Roberto Walpole, bastará recordar el caso de Akenside. Era este uno de los más vehementes y exaltados entre los patriotas jóvenes que figuraban en el partido fuera de las Cámaras; pero cuando vió que no producía el cambio de ministerio ningún cambio de sistema, exhaló la ira de que se hallaba poseído en la *Epístola á Curión*, el mejor de sus poemas, y que parece indicar que si hubiese dejado las composiciones líricas á Collins y á Gray para consagrarse á la sátira noble y grave, habría podido competir con Dryden; mas, por grande que sea el mérito literario de su *Epístola*, no es posible que alabemos las doctrinas políticas que predica en ella su autor. Akenside prorrumpe en un apóstrofe brillante y entusiasta, y después de evocar el recuerdo de los grandes hombres de la antigüedad, expresa en las siguientes palabras lo que se prometía de Pulteney á la caída del tirano, diciendo: «Ved cómo en la vida privada, en el seno del hogar doméstico se consagran los hombres á lo que es útil, discreto y bueno; ved cómo la juventud ardiente va formándose ya en la práctica de costumbres más nobles y dignas; ved cómo hacen todos aquello que tanto habéis deseado, y así seguirá siendo si Curión, si solo Curión está con nosotros» (1).

(1) «See private life by wisest arts reclaimed,
See ardent youth to noblest manners framed,
See us achieve whate'er was sought by you,
If Curio, only Curio, will be true.»

De donde se sigue que Pulteney debía de poner orden y método en las costumbres, y abolir el faraón y las máscaras, y no consentir que el Duque de Malborough bebiese más de una botella de aguardiente al día, y recomendar á lady Vane que no tuviese más de tres amantes á la vez.

## XIII.

Pero es lo cierto que las lisonjeras esperanzas de los ilusos políticos no se realizaron, y que Walpole se retiró de los negocios, sano y salvo, sin ofrecer á la multitud el espectáculo de su ejecución en Tower-Hill; que la ley septenal (*Septennial Act*) no se abolió; que siguieron tomando asiento en la Cámara de los Comunes los empleados; que no cesó la exportación de las lanas; que en «la vida privada» siguieron siendo las costumbres tan escandalosas como en tiempo de sir Roberto el corruptor, y que «la juventud ardiente» sin curarse de más nobles distracciones, siguió apaleando á los vigilantes nocturnos, y haciendo apuestas con los rufianes en las carreras de caballos, de igual modo que antes de la prometida purificación.

Los colegas de Walpole, que después de su alejamiento de los negocios dieron entrada en el Gabinete á varios jefes de la oposición, se vieron presto en el caso de someterse á la influencia de uno de sus nuevos aliados. Era éste lord Carteret, conocido más adelante por lord Granville. Ningún hombre político de su época tuvo más ambición, ni fué más animoso, ni más activo, ni poseyó mayor caudal de conocimientos para brillar en las discusiones tribu-

nicias, ni tampoco más profunda y extensa erudición. Estaba familiarizado con los autores antiguos del propio modo que con los modernos, y hablaba y escribía tan correctamente el francés, el italiano, el español, el portugués, el alemán y el sueco, que cuando asistía al Consejo privado no era necesario intérprete. Había profundizado en sus investigaciones hasta los lugares más recónditos de la literatura, y no satisfecho aún, estudió el derecho canónico y la escolástica, los poetas y los oradores, y cuanto Sajonia y Holanda produjeron en orden á los más arduos problemas de la legislación y del derecho público (1).

## XIV.

Con toda su ciencia, ó, mejor dicho, á pesar de ella, no era Carteret pedante, ni de esos caracteres fríos en los cuales la cantidad y calidad del combustible ahoga la llama, pues en el consejo, en las discusiones, en la sociedad y en todas partes brilla-

(1) Harte, en el prefacio de la segunda edición de su *Historia de Gustavo Adolfo*, rinde tributo de admiración á la universalidad de conocimientos de lord Granville con estas palabras: «Tuve la suerte ó la prudencia de conservar íntegro mi cuerpo de ejército, ó, en otras palabras, mi cuerpo de pruebas, y el Conde de Granville fué de esta opinión, sobre todo cuando supo que yo había escogido para ser uno de mis guías principales á Chemnitio, pues temía el noble lord que no hubiese visto, por lo rara, obra tan estimada y auténtica. Y quedé muy complacido de haber satisfecho á su señoría en la medida de mis fuerzas, y por poco que fuese, porque me constaba cuánto conocía el de Granville la historia y los historiadores de Suecia y Alemania.»

ba por la viveza del ingenio y la energía. La firmeza, la prontitud y el atrevimiento caracterizaban todas sus medidas; su frase tenía la claridad, la precisión y la vida que son propias de la verdadera elocuencia, y ninguna contrariedad ni desgracia pública ni privada pudo jamás impresionar ni menos abatir su espíritu esforzado siempre y animoso; cualidades que hicieron de él á un mismo tiempo el más venturoso y sin ventura de los hombres de Estado.

Siendo secretario de Estado en el Ministerio de sir Roberto Walpole, adquirió mucha influencia en el ánimo de Jorge I, debida en parte á que, como los demás Ministros no sabían el áleman ni el Rey el inglés, mientras todas las pláticas entre Walpole y Jorge pasaban en mal latín, Carteret departía con el Monarca en alemán cual si hablara en su lengua nativa. Circunstancia esta que fué causa de su salida del Gabinete. Porque como Carteret se entendía con el Rey en un idioma desconocido para sus compañeros, que lo escuchaban con envidia y temor pronunciar misteriosos y guturales diptongos que podían sugerir á la persona á quien iban dirigidos ideas no nada conformes con las de ellos, y sir Roberto no era materia dispuesta en ningún caso á soportar colegas de tales condiciones, puso á S. M. en la necesidad de abandonar al favorito. Entonces Carteret engrosó las filas de la oposición, y se distinguió en ellas, figurando en primera línea de una manera brillante hasta que, con la retirada de su antiguo rival, reconquistó la cartera de secretario de Estado.

Por espacio de algunos meses fué primer Ministro, ó, mejor dicho, único, y ese tiempo supo ganar la confianza y el aprecio de Jorge II sin perder el

afecto del Príncipe de Gales. Y como en las discusiones no tenía igual entre sus colegas en la Cámara de los Lores, y sólo, entre sus adversarios, podía competir con él Chesterfield, convencido de su talento y de la confianza que le dispensaba la Corona, descuidó todos los medios á virtud de los cuales se fortificó y sostuvo en el poder Roberto Walpole. De aquí que, con la cabeza llena de tratados, de empresas y proyectos para defender á la Reina de Hungría, y para humillar y abatir á los Borbones, abandonase desdeñosamente á otros todos los detalles de la administración del Estado y con ellos todos los frutos del sistema corruptor; dando el patronato de la Iglesia y de la magistratura, por ejemplo, á los Pelham, como nadería indigna de su cuidado. Refiérese á este propósito que habiendo ido el *chief justice* Willis, uno de los doce jueces de Inglaterra, á pedirle un beneficio eclesiástico para un amigo y contestádole Carteret que se hallaba demasiado absorbido por la política continental para pensar en destinos y beneficios, éste repuso: «Esté cierto su señoría de una cosa, y es que los necesitados de beneficios y destinos irán en busca de quienes puedan pensar en esas pequeñeces;» profecía que se cumplió al pie de la letra de allí á poco. Porque, como hubiera sido necesario que los negocios fuesen por extremo graves y numerosos para que faltase tiempo á los Pelham que consagrar á la intriga, la muchedumbre de los pretendientes acudió á ellos, y por ende creció y se extendió su influencia de tal suerte que, al cabo, se vieron al frente de una mayoría franca y definida en su favor en la Cámara de los Comunes.

No obstante, Carteret, seguro de su fuerza, entusiasmado con sus esperanzas, y enorgullecido más

cada día con el éxito que había obtenido en el continente, conjurando una tempestad terrible, no quería tolerar rivales. «Sus fanfarronadas exceden á toda ponderación, dice Horacio Walpole; pero su esfuerzo y su talento se hallan al mismo nivel de su énfasis.» Y cuando llegó el momento de arrostrar la oposición de sus colegas, hizo frente al peligro, no con el orgullo y altivez del primer Pitt, ni con la fría soberbía del segundo, sino con tan vehemente placer y tan invencible buen humor, que bien puede atribuirse hasta cierto punto al vino de Champagne, como lo declaraba la opinión del país, una parte considerable de sus éxtasis políticos (1).

## XV.

A nadie parecerá extraño que un hombre tan temerario é impetuoso como Carteret fuese vencido en el Parlamento por los Pelham, artificiosos y egoístas, pero sí que se hiciera generalmente impopular en la nación; porque las condiciones de su talento, y su carácter franco y atrevido eran ocasionados, en nuestro sentir, á predisponer al pueblo en favor suyo. Pero es lo cierto que había tenido el pueblo amargos desengaños, y que Carteret hubo de sufrir la primera explosión de su descontento, á lo cual contribuyó de una manera muy eficaz también su intimidad con Pulteney, el hombre más aborrecido

---

(1) Los ingleses conocían y designaban su administración con el nombre de *Drunken Administration*, ó sea la de los *borrachos*; epíteto que no debe, á nuestro parecer, entenderse sólo en sentido figurado.

á la sazón de los Ingleses; de donde se seguía que sólo contaba con tres adictos, á saber: Pulteney, el Rey y el Príncipe de Gales, en concierto singular de voluntades!

Vióse Carteret, al cabo, en la necesidad de abandonar el poder; y como una tentativa desesperada y temeraria que hizo de allí poco para reconquistarlo no le fuese favorable, dió de lado á sus esperanzas, y se alejó de los negocios para siempre, acogiéndose á sus libros y á sus botellas tan satisfecho y tan feliz, que puede muy bien decirse que si ningún ministro disfruto más que él con sus triunfos, tampoco ninguno se resignó á la desgracia con más plácida y natural tranquilidad, lo cual hizo decir á Horacio Walpole que, á pesar del mal comportamiento tenido con él, no guardó por ello rencor á nadie, ni tomó más desquite que beber cuanto pudo.

También hallamos en las cartas de Horacio Walpole gran copia de anécdotas, algunas muy exageradas, sobre lord Carteret, pero á cual más jocosa. Entre otras, refiere cómo, siendo ministro, quedó prendado á primera vista de la hermosa lady Sofía Fermor, hija de lord Pomfret, cómo fastidiaba cada día, en consejo, á sus compañeros de Gabinete leyéndoles las cartas de la señora de su pensamiento; cómo y por qué modo singularísimo llevó á su casa á su prometida, cuántas fueron las alhajas con que la regaló, de qué suerte la demostró su afecto en el Ranelagh, y cuánto era su lujo, y sus galas, y el aparato regio con que vivía en Arlington-Street. Horacio Walpole habla de Carteret con menos amargura que de ningún otro personaje político de su tiempo, excepto de Fox, y el hecho es tanto más notable, cuanto que Carteret fué uno de los enemigos más encarnizados de sir Roberto, y llega á decir en

sus *Memorias*, después de repasar el catálogo de los grandes hombres que produjo en su tiempo la Inglaterra, que ninguno de ellos puede ser comparado á lord Granville bajo el punto de vista del ingenio. Análogo juicio emitió Smollet en Humphrey Clinker, si bien no lo expresó con tanta cultura, diciendo que «desde la caída de Granville no había vuelto á verse un ministro que valiera el polvo de su peluca.»

## XVI.

Con la caída de Carteret comenzó el reinado de los Pelham. Tuvo aquél la desgracia de ocupar el poder en ocasión de hallarse la opinión pública enconada por efecto de recientes desengaños, y cuando sólo se inspiraba en el deseo de vengar la pérdida de las ilusiones que le hicieron forjarse los amigos de Carteret en la oposición. Era indispensable una víctima cuyo sacrificio aplacase la ira popular, y sabida cosa es que sus víctimas las escogen las muchedumbres como Jefte: asiendo de lo primero que ven. Calmados los ánimos sin causa del propio modo que sin causa se agitaron, sucedió á sed insaciable de novedades, una tendencia igualmente absurda de dar por bueno cuanto existía. Pocos meses antes se hallaba dispuesta la muchedumbre á imputar al Gobierno todos los daños imaginables, y á oir complacientemente cuantas invectivas, protestas y cargos formulaba la oposición; luégo se abandonó de una manera implícita á la dirección de los Ministros y á mirar con desprecio y recelo á cuantos decían que inspiraban su hostilidad al Go-

bierno en el espíritu público, tornándose con esto el nombre de patriota en apodo tan burlesco é impopular, que, según dice Horacio Walpole, no podían los candidatos ganosos de vencer en las elecciones hacer declaración más aplaudida ni que diera mejor resultado que la de no haber sido ni ser jamás patriota. Tal era el estado de las cosas cuando estalló la rebelión de los *highlands*. La sorpresa que produjo este acontecimiento fué remedio eficacísimo para calmar las divisiones intestinas; y como muy luego sobrevino la derrota de los insurgentes y quedó con ella destruído el bando jacobista para siempre, comenzaron los *tories* á formar parte del gobierno. Se ajustaron paces con la Francia y la España; pasó de esta vida el Príncipe de Gales, que había seguido siendo centro de una fracción de la formidable hueste oposicionista que acaudilló en tiempo de sir Roberto Walpole, y casi todos los hombres importantes de la Cámara de los Comunes se reunieron al Gobierno, dando esto por resultado que durante la legislatura sólo hubiese un discurso de importancia: el de lord Egmont sobre el presupuesto del ejército, y que, por primera vez, desde el advenimiento de los Estuardos al trono, gobernaran los Ministros sin oposición; singular y extraordinario suceso que negó la fortuna siempre á los hombres de Estado más hábiles y expertos: á Salisbury, á Strafford, á Clarendon, á Somers y á Walpole, pero que pareció reservar á los Pelham íntegramente. A decir verdad, Enrique Pelham no fué hombre vulgar. ¿Ni cómo podía serlo tampoco poseyendo las aptitudes de sir Roberto Walpole, aunque no en tal alto grado? De igual modo que su maestro, era peritísimo y hábil en lides parlamentarias y en negocios de Estado, y fuerte y ducho en las discu-

siones, y claro y comprensible á todos cuando trataba de asuntos rentísticos, sin ser por eso elocuente. La semejanza de estos hombres no iba más allá, porque sus caracteres diferían de todo en todo. Sir Roberto era benévolo y no nada difícil en su trato; pero voluntarioso, dominante, apasionado y espontáneo y franco hasta rayar en grosero: Pelham, por el contrario, era flexible, pero cedía de mal grado, y tímido, metódico y celoso del decoro, mientras que Walpole se ofrecía siempre, á los ojos del pueblo, temerario, enérgico y desordenado: Walpole tuvo que reñir grandes batallas con una oposición belicosa y fuerte; pero en el seno del Gabinete ninguno se atrevió á hostilizarlo; en cambio, casi la única oposición que halló Pelham fué obra de sus compañeros de Ministerio; como que su mismo Pagador general hablaba contra sus presupuestos, y su colega de la Guerra impugnó su ley de regencia: en un solo día expulsó Walpole de la Casa Real á lord Chesterfield, á lord Burlington y á lord Clinton; separó de sus cargos á los principales dignatarios de Escocia, y quitó sus regimientos al Duque de Bolton y á lord Cobham solo porque alentaron la resistencia á su *Excise bill* (1); siendo preferible para él trabar cada día una lucha terrible con la minoría más fuerte y mejor dirigida, que sufrir un solo instante muestras de insubordinación y de indisciplina en las filas de su partido. Ni tampoco habría sido empresa fácil á ninguno de sus compañeros el perturbar y desunir la mayoría, en una cuestión de gabinete. Pelham, á su vez, lo sufría todo antes que separarse de cualquier com-

(1) Impuesto sobre algunos artículos de comer, beber y arder.—N. del T.

pañero á cuyo alrededor hubiese la posibilidad remota de ver agrupado un pequeño núcleo de nueva oposición; de aquí que soportara con paciencia y zozobra juntamente la insubordinación de Fox y de Pitt, siéndole preferible tolerar sus faltas de disciplina, que oirlos del otro lado de la Cámara pronunciar discursos contra la inmoralidad y los malos ministros.

## XVII.

Maravilla ciertamente que Walter Scott no se haya propuesto alguna vez trazar el retrato del Duque de Newcastle, porque, á decir verdad, nada hubiera sido más chistoso que una conferencia entre su señoría y Jeanie Deans; la cual conferencia hubiera podido ser de singular *realismo*. Pocos son y han sido los hombres públicos de Inglaterra cuyas costumbres y anécdotas se conozcan mejor que las suyas; porque si tratándose de algunos detalles y circunstancias aisladas cabe dudar de su certeza, la duda desaparece luego al punto y se disipa cuando todo aquello que se repite y se comenta en orden á él reviste idéntico carácter, ya lo refieran personas que lo veían cada día en el Parlamento y que concurrían asiduamente á su casa de Lincolns Inn Fields, ya sean sus cronistas moradores de Grub-Street, que nunca lo vieron sino al través de los vidrios de su dorada carroza. Horacio Walpole y Smollet diferían tanto en sus gustos y opiniones, cuanto es posible que difieran dos seres humanos, y cada uno de ellos frecuentaba una

clase de todo en todo diferente: aquél jugaba á las cartas con damas aristocráticas y correspondía con embajadores; éste pasaba la vida entre impresores y escritorzuelos hambrientos, y, no obstante, los Duques descritos por ambos son idénticos y se antojan obra del mismo autor. El Newcastle de Smollet sale cierta ocasión precipitadamente de su cuarto de vestir con la cara cubierta de espuma de jabón para dar un beso al enviado marroquí; el de Walpole penetra presuroso en la cámara del Duque de Grafton y besa los emplastos del caduco personaje. Pero si puede muy bien decirse que no hubo nunca hombre más inexorablemente ridiculizado que lo fué Newcastle, no es menos cierto que ninguno se prestó tanto al ridículo como él, por ser su personificación, y que cuanto hay de absurdo en la humanidad, aparecía en él en grado eminente, convirtiéndolo en caricatura de movimiento. Su paso era un trotecillo cansado; su palabra, balbuciente y rápida; iba siempre de prisa y llegaba tarde siempre; lloraba por cosas de poco momento lágrimas de mujer histérica, y por menos aún hacía caricias repugnantes; su elocuencia era un tejido de insulseces, de naderías, de hojarasca de relumbrón, de realidades groseras y de impertinencias... y por lo que hace á sus conocimientos, las anécdotas que se repiten acerca de ellos, auténticas unas, otras inventadas acaso en las tertulias de café, pero todas gráficas, lo demuestran mejor que pudiéramos hacerlo en páginas enteras. «¡Sí, sí por cierto, es necesario defender á Anapolis; es necesario enviar tropas á Anapolis! Pero ¿dónde está Anapolis, señores?»—«Cabo Bretón, ¿es isla? ¡Cosa más peregrina no se ha visto! Enséñenme pronto en el mapa esa isla-cabo. Con efecto, aquí está,

¡qué maravilla! Fuerza es convenir que me traen siempre buenas noticias. Déjenme que vaya corriendo á decir al Rey que Cabo Bretón es isla.»

## XVIII.

Y, sin embargo, este hombre fué secretario de Estado cerca de treinta años, y primer lord de la Tesorería próximamente diez. Grandes riquezas, poderosas alianzas de familia, y eficaces medios de influir en el Parlamento no bastan para explicar hecho tan extraordinario, siendo preciso que se busque la solución del enigma en otra parte. Con efecto, el éxito del Duque de Newcastle demuestra de una manera indubitable, con su ejemplo, las maravillas que logra realizar el hombre que se consagra en cuerpo y alma y sin descanso á un objeto, única y exclusivamente, y está, demás de esto, aguijoneado de la ambición; afán de influencia y de autoridad parecido á la codicia del usurero en las *Aventuras de Nigel*, y tan profundo, tan concentrado y tan incontrastable que reemplazaba con ventaja en él la pericia, y hacía sagaz su tarda, premiosa y oscura inteligencia. «No hagáis negocios con mi padre, dice Marta á lord Glenvarloch, porque, chocho y todo como está, sabrá engañaros;» palabras que pueden aplicarse al de Newcastle, pues tan peligroso era entrar en alianzas políticas con él como comprar ó vender al caduco de Trapbois. Estaba sediento de poder; pero con una sed propia de él, é insaciable y celoso, además, de todos sus compañeros, incluso de su hermano: parecía ligero de carácter y aturdido, y, sin embargo, con estas apa-

riencias engañaba cual nadie lo ha hecho en la vida política; como que mientras todos los hombres distinguidos lo ponían en ridículo y lo consideraban cual imbécil, ó niño voluntarioso y lleno de caprichos, él engañaba á unos después de otros, sin que á ninguno aprovechase la experiencia del escarmiento ajeno.

Si la paz hubiese sido duradera, Newcastle habría continuado, tal vez, al frente de los negocios sin compartir su autoridad con otro, hasta el advenimiento de un nuevo Monarca que viniese á ejercer la magistratura suprema con nuevos ideales, nuevos favoritos y voluntad enérgica y firme. Pero los desdichados comienzos de la guerra de los Siete Años produjeron una crisis que no pudo conjurar el Duque, pues al cabo de quince años de sosiego el conflicto agitó y conmovió tan fuertemente los ánimos en el pueblo inglés cual pocas veces se ha visto. ¡Qué más, si en el trascurso de algunos días cambió de todo en todo el aspecto político del mundo!...

Pero este cambio fué suceso harto grave y trascendental para que lo tratemos con aquel espacio y detenimiento que ha menester al final de un estudio harto extenso ya, y nos parece por tanto más discreto dar aquí de mano al presente, y trazar ese cuadro aparte (1).

---

(1) El estudio titulado *Lord Chatham*, que sigue al presente en el orden cronológico, y se halla en el tomo de la Biblioteca Clásica, titulado *Estudios Biográficos*, por lord Macaulay.—N. del T.

# HORACIO WALPOLE.

## 1718—1797.

### I.

Las debilidades de Horacio Walpole fueron tan notorias cual lo es que sus obras literarias agradan á los epicúreos de la inteligencia del propio modo que los *pâtés de foie gras* á los gastrónomos. Porque así como el *pâté de foie gras* debe su mérito á la enfermedad del pobre animal que lo suministra, y no es sabroso sino á condición de proceder de hígados infartados artificialmente, así también las chucherías literarias de Horacio Walpole deben el suyo á la inteligencia enfermiza y desorganizada que las produjo. Y, á decir verdad, ó nos hemos formado una idea muy falsa del carácter de Horacio Walpole, ó fué el hombre más artificial, afectado y caprichoso de todos. Pero si queremos penetrar el misterio de sus caprichos, de sus afecciones y de sus infinitas inconsecuencias, habremos de quitarle, una tras otra, las máscaras que traía superpuestas y á propósito del papel que se proponía representar, y

representaba muchos, exagerándolos todos: si hablaba, por ejemplo, de misantropía, era más Timon que Timon; si de filantropía, dejaba muy atrás á Howard; y como estaba siempre reñido consigo mismo y empeñado en contradecirse, al propio tiempo que ponía en ridículo á la gente cortesana, llevaba cuenta exacta de las mayores frivolidades palatinas; hacía mofa de la sociedad, y estaba consultando siempre la veleta de la opinión pública; se reía de la gloria literaria, y dejó puestas en limpio y copiadas con primer cuantas cartas escribió, exornadas de copiosísimas notas, para que viesen la luz cuando él hubiera muerto; decía que despreciaba las distinciones nobiliarias y jerárquicas, y ni por un momento se olvidó del dictado de *Honorable* que le correspondía; y, finalmente, se declaraba contra las sustituciones de la costumbre inglesa, y se valió de todas las sutilezas y argucias de leguleyos y escribanos para sujetar por medio de su testamento á las personas á quienes dejaba su quinta de Strawberry-Hill (1).

## II.

Y era tal y tan singular la organización de su espíritu, que todo lo pequeño le parecía grande, y lo grande, pequeño: para él, los negocios formales

---

(1) Horacio Walpole legó la quinta de Strawberry-Hill á Mrs. Damer, *para vivir en ella,* bajo la cláusula de conservar las diferentes curiosidades de su museo *donde se hallaran á su fallecimiento;* lo cual, empero, no fué parte á impedir que vendieran la quinta y dispersasen, por decirlo así, en pública subasta, cuantas naderías se contenían en ella.—N. de M. A. Pichot.

eran fruslerías, y las fruslerías, negocios formales: charlar con literatos; escribir versos ligeros y breves sobre asuntos de poco momento; regentear una imprenta de aficionado; salvar del olvido los anales del Ranelagh y los del círculo elegante de White, ambos de perecedera memoria; referir con prolijos detalles los divorcios y las apuestas de cada día, los disparates de Miss Chudleigh y los chistes de Jorge Selwyn (1); adornar un castillejo grotesco de almenas y aspilleras al modo de las fortalezas feudales; adquirir grabados raros y chimeneas antiguas; restaurar manoplas del tiempo de la caballería, y trazar laberintos intrincados en cinco fanegas de tierra, tales fueron las graves ocupaciones de su larga vida. Eso sí, cuando quería distraerse, buscaba refugio en la política, y para descansar de sus tareas tipográficas y del discreteo, iba derechamente á la Cámara de los Comunes, donde pasaba el rato legislando y votando millones, y recobrando fuerzas para volver á consagrar las potencias de su alma á cosas de mayor cuenta, verbi gracia, al descubrimiento de la peineta de María Estuardo, del *capello* de Wolsey, de la pipa en que fumó VanTromp durante su postrer combate naval, y de las espuelas con que el rey Guillermo ensangrentaba los ijares de su caballo *Sorrel.*

Y por tal modo, así en literatura y bellas artes como en negocios públicos, Horacio Walpole se halló siempre bajo la singularísima influencia que le hizo preferir en toda ocasión lo pequeño á lo grande, y lo extravagante y baladí á lo razonable y

---

(1) Selwyn fué un elegante del siglo XVIII, renombrado por su ingenio; Miss Chudleigh era camarista.—Nota de A. Pichot.

útil. En punto á política, la que le inspiró verdadero interés fué una que no lo parecía: los enfados de Jorge II, por ejemplo; las coqueterías de la Princesa Emilia con el Duque de Grafton; la pendencia de amores que trabaron el Príncipe Federico y lady Middlesex; las reyertas del mayordomo mayor y del caballerizo mayor, el desacuerdo en que vivían los preceptores del Príncipe Jorge... y otras fruslerías análogas; he aquí lo que absorbió casi todo el tiempo y el cuidado que robó á ocupaciones de más cuenta. ¿Ni qué hubiera hecho él tampoco á faltarle Zinckes y Petitots (1) que perseguir en las almonedas, ó retazos de tapices antiguos que arreglar, ó trozos de lanzas que componer, ó fragmentos de vidrieras pintadas que reunir, ó gatos y perros difuntos cuya memoria quisiera perpetuar con epitafios ú oraciones fúnebres? De aquí que mientras iba de una parte para otra llevando y trayendo anécdotas más ó menos íntimas del palacio de Kensington y de Carlton House, imaginase Walpole que se ocupaba en negocios de Estado, y que cuando consignaba en el papel estas naderías, creyese real y verdaderamente que, nuevo Tácito, escribía nuevos Anales y nuevas Historias.

---

(1) Petitot inventó la pintura sobre esmalte. Fué renombrado miniaturista, y trabajó mucho por encargo de Carlos I y Carlos II de Inglaterra y de Luis XIV. Nació en Ginebra el año 1607 y murió en 1694. Bossuet se propuso apartarlo del calvinismo, pero sin éxito alguno.—N. del T.

## III.

Walpole buscaba en la política una distracción y, como él mismo dice, una manera de divertirse y espaciar el ánimo en las intrigas y las cábalas de los partidos, en cuyas travesuras se complacía por extremo, casi tanto como en hacer vida reposada y tranquila, razón por la cual estaba siempre al acecho para satisfacer uno y otro gusto. Así le vemos, de vez en cuando, proponerse llevar la confusión y la discordia al seno del Gabinete, ocupado en graves negociaciones, y la duda y el temor á los círculos políticos, sin dar la cara, por supuesto, en ningún caso. Bien será decir, en descargo suyo, que si en aquellas ocasiones no le inspiró el patriotismo la menor cosa, tampoco puede acusársele de haber hecho nada movido del interés personal; que Horacio Walpole intrigaba de afición, por el gusto de malquistar á los hombres de Estado, gozándose en las dudas que tenían y en los ataques y recriminaciones que se dirigían por consecuencia de sus ardides, del propio modo que los rapaces traviesos se divierten viendo extraviado al viajero á quien ellos mismos han puesto en ese caso.

Por lo que á la política respecta, en la verdadera y noble acepción de la palabra, ni entendía nada de ella Horacio Walpole, ni se curaba tampoco de entenderla. Se decia *whig*, es cierto; pero ¿en qué otra colectividad hubiera podido aparecer afiliado el hijo del Conde de Oxford? Aparentaba también aversión, pueril é insulsa por demás, hacia los reyes como reyes, al propio tiempo que una simpatía y ad-

miración, rayanas de la locura, hacia los rebeldes como rebeldes. Acaso, mientras los reyes no corrían peligro, ni existían rebeldes en parte ninguna, creyó que profesaba en verdad estas máximas; pero no fué así con el tiempo. Sin embargo, en tanto que no cambió de parecer, y muchas de sus cartas á sir Horacio Mann, persona de toda su confianza y amistad, lo declaran así, aborreció la realeza y las personas reales, llegando á decir en una de ellas, á propósito del atentado de Damiens, que «el regicida es el menos criminal de los asesinos!...» Y como si esta enormidad no fuese bastante para dar muestra de su monomanía, colgó en un gabinete de la quinta de Strawberry-Hill un *fac-símile* de la sentencia de Carlos I con la inscripación siguiente: *Major Charta;* cosas ambas de que le hubiera preservado, sin duda, conocer la historia, siquiera fuese de un modo superficial, pues habría visto que la Restauración, así como los desaciertos é injusticias cometidos durante los veintiocho años que la siguieron, resultaron naturalmente de aquella *carta superior á la Carta Magna.* ¿Por qué medios se obtuvo aquella carta regicida? ¿Quién que ame con cordura la libertad puede aplaudirlos? Necesario sería odiar mucho á los reyes para desear que infringiesen la ley á fin de llevarlos después al cadalso por ello. Pero el liberalismo del castellano de Strawberry-Hill no era temible, sino inocente, platónico y de mero lujo, y lo lucía de igual suerte que las lanzas y cascos enmohecidos que ostentaba en las panoplias de su armería; porque así hubiera sido capaz de imitar el ejemplo de aquellos guerreros y políticos audaces, grandes hasta en sus errores, que firmaron la sentencia cuyo *fac-símile* mosraba con tanto alarde á sus visitas, como de ceñir

la espada de un Templario ó de un Sanjuanista para ir á Tierra Santa; que sólo gustaba de revoluciones y de regicidios cuando contaban cien años de fecha, y era su republicanismo parecido al valor de los fanfarrones ó al brío de los galanes viejos: animoso y apasionado antes del suceso, y prudente y flojo en llegando el caso de ponerlo á prueba. Así fué que, cuando el espíritu revolucionario perturbó realmente á la Europa, y el odio á los reyes se tornó en algo más positivo que una frase sonora, el miedo hizo del demócrata ilustre un realista fanático, alarmista, por añadidura, de los más singulares de aquella época, por todo extremo desdichada; como que, sin darse cuenta de ello, tal vez sus elogios á la libertad no fueron nunca otra cosa sino es declamaciones, que si en boca de quienes las aprendió significaron mucho, en la suya carecían de sentido, de igual modo que la fórmula del juramento á virtud del cual se obligan los caballeros de la orden del Baño á enderezar los tuertos de cuantas damas perseguidas y maltrechas puedan implorarlos. Horacio Walpole se había nutrido desde la infancia de las teorías de los *whigs* en orden al gobierno; había visto con mucha frecuencia en la casa paterna, en Houghton, ó en su secretaría de Downing-Street, personajes que fueron *whigs* cuando el pertenecer á ese partido era tan peligroso como ser ladrón de camino real; á hombres que votaron el *bill* de exclusión contra el Duque de York, que hubieron de ocultarse en los desvanes ó en los sótanos después de la batalla de Sedgemor, y que firmaron la declaración en favor del Príncipe de Orange; y en fuerza de oirlos uno y otro día, se asimiló su lenguaje de tal modo que habló como ellos sin saberlo y á pesar de que se

hallaba en completo desacuerdo con sus gustos é inclinaciones; por modo parecido al de ciertos jacobistas que seguían rezando por el pretendiente y bebían á escondidas á la salud del Rey mucho después de ser celosos defensores del gobierno de Jorge III.

## IV.

Era *whig* Walpole, por obra de la casualidad que lo hizo, hijo y heredero de *whig;* pero en realidad fué realista, y realista cortesano y palatino, á pesar del empeño aparente que tenía en burlarse de aquello mismo que más excitaba su admiración y su envidia; que sus verdaderas aficiones se traslucieron siempre por entre los pliegues de su disfraz. Porque, al propio tiempo que despreciaba las testas coronadas de igual modo que Bradshaw ó Ludlow, escribía libros sobre los reyes autores y se desvivía por saber de la familia real hasta los menores detalles: siendo niño dió martirio á su madre hasta que lo puso en sitio donde pudiese ver á Jorge I, y esta misma curiosidad de inquirir cuanto fuese peculiar á los reyes la tuvo, disimulada bajo mil formas, hasta la hora de su muerte; pudiendo decirse que no había palabra ni anécdota de reyes ó príncipes que no mereciera quedar consignada en su crónica, en el hecho de tener tan ilustre abolengo. ¿Quién ha conservado las canciones francesas del príncipe Federico, las cuales canciones son por cierto muy poco merecedoras de tal cuidado si se atiende á su mérito, sino el pretenso enemigo de la realeza? ¡Qué más, si cuanto escribió sólo sirve á

demostrar que el nuevo Diógenes, que se proponía convencer á todo el mundo de la preferencia que daba sobre los palacios de los reyes á su tonel, y que sólo pretendía de los señores de Versalles y de Windsor que se apartaran para no hacerle sombra... sólo era, en lo íntimo de su corazón, un gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre!

Dicho se está que no podía Walpole cerrar los ojos á la evidencia y no ver cuán frívolas eran sus tareas predilectas; y como este convencimiento produjo en su ánimo el más cómico de sus defectos, determinó titular con la denominación tan hermosa de *filosofía* la indiferencia que mostraba por los negocios importantes y su pasión por las bagatelas, y habló siempre de sí mismo como de hombre cuya tranquilidad de alma lo pusiera siempre á cubierto de temores y esperanzas ambiciosas, que aprendió á estimar el poder, la riqueza y la gloria en lo que realmente valían, y á quien la lucha de los partidos, la elevación ó la caída de los hombres de Estado, el flujo y reflujo de la opinión pública inspiraban sonrisas de lástima y desprecio. Y por efecto de esta orgullosa manía se ocupaba con mayor interés de un detalle de arquitectura que de la elección de Middlesex, y de una miniatura de Grammont que de la revolución americana, y dejaba que Pitt y Murray se pusieran roncos hablando de tales pequeñeces! Por lo que hace á las cuestiones de gobierno y de guerra, carecían de interés para distraer largo espacio la atención de una persona que se hallaba completamente ocupada en recoger y apuntar hablillas de casinos é intrigas amorosas, y en buscar por todas partes sillones de ébano y rodelas de piel de rinoceronte para su despacho.

## V.

Uno de los innumerables caprichos de Walpole consistía en su invencible repugnancia á ser tenido por literato, no porque fuese indiferente á la gloria literaria; que no es posible hallar escritor más temeroso del efecto que pudieran producir sus obras en los tiempos venideros á la posteridad, sino porque se propuso ser á la vez dos cosas incompatibles, esto es, autor de fama, y noble ocioso, ó, lo que es lo mismo, uno de esos dioses epicúreos que se pasan la vida sin hacer nada ó en la contemplación de sus perfecciones personales. Y como no quería tener relación ninguna con los pobres diablos que habitan en las buhardillas y van, de vez en en cuando, á comer á casa de su editor ó su librero, evitaba cuanto podía el trato con escritores, y hablaba de los principales con desdén digno y propio de un magnate ignorante. A decir verdad, hubiera querido hallar el medio de escribir libros al al modo que vendía paño el padre de Mr. Jourdain, sin desmerecer de su propia estimación, y buena prueba dan de ello sus cartas. Porque como su amigo sir Horacio Mann lo hubiera felicitado por el caudal de ciencia que caracterizaba su libro titulado *Catálogo de autores reyes y nobles*, luego al punto y con señaladas muestras de impaciencia refutó Walpole la imputación de haberse propuesto empresa tan ruin y de poco momento, y, sobre todo, tan impropia de persona distinguida y de buena casa cual sería la de perfeccionar su inteligencia merced al estudio! «¡Si yo no sé nada! exclama;

¿ni cómo podría ser sabio quien vive cual vivo yo, abismado en los negocios públicos y en las agitaciones del mundo; yo, que duermo hasta por la tarde; que ceno con mis amigos; que he pasado la mitad de mi vida jugando al *faraón*, y que ahora juego al *loto* hasta las dos ó las tres de la mañana; á quien le han gustado siempre los placeres...! ¡Cuánto he reído, amigo mío, leyendo en las Revistas que soy erudito y qué sé yo cuántas cosas más! ¡Por Dios, no hable usted como las Revistas!» Exactamente lo propio que el padre del *Bourgeois gentilhomme:* «¿Mi padre tendero? ¿quién dijo tal? ¡eso es gana de mentir! ¡si mi padre no ha tenido tienda en su vida! Lo que sucedía era que por ser él amable y oficioso y peritísimo en telas, iba por todas partes buscando las más delicadas y de mejor gusto, hacía que se las llevasen á casa, y luego las cedía, por dinero, á sus amigos.» Pero si semejantes puerilidades podrían perdonarse á un niño, no así á un hombre de cuarenta y ocho años, y Walpole, á quien hubiera debido parecer más feo jugar hasta las tres de la madrugada que tener fama de erudito, contaba esa edad entonces.

Verdad es que la condición de autor va unida, generalmente hablando, á defectos graves y desagradables, y que, si Walpole los hubiera evitado, podría perdonársele de buen grado la vanidad con que rechazaba el título de literato; pero como adoleció de ellos de igual modo que los demás escritores cuyo contacto temió tanto, y también de las miserias y vicios propios de la clase, y su vida y sus obras fueron en este punto, á poco más ó menos, la vida y las obras de cualquiera de los socios del *club* de Samuel Johnson, puede muy bien decirse que reunió en su persona las flaquezas de los

pobladores de las calles de Grub y de Saint James (1), ó, lo que es lo mismo, que reunió la vanidad, la envidia, la irascibilidad del escritor á la petulancia y á la ociosidad aparente de las personas de alto rango.

## VI.

Su criterio en materia literaria, y principalmente en lo que corresponde á la literatura contemporánea, estaba pervertido y depravado por sus instintos aristocráticos. Nunca ningún escritor hizo tantas críticas falsas y absurdas; pues habló casi con desprecio de los libros que hoy se reconocen y declaran los mejores de su tiempo, y en cambio clasificó á los de autores titulados ó de más fama por su elegancia en el vestir, como si las precedencias literarias se aquilataran de igual modo que las clasificaciones jerárquicas en día de corte. Y por este orden dice, por ejemplo, que hubiera preferido escribir los versos más absurdos de Lee (el poeta prosaico y enfático por excelencia) antes que *Las Estaciones (The Seasons)*, de Thompson, y que el periódico *The World (El Mundo)* estaba redactado por «los primeros escritores del Reino Unido.» ¿Quiénes podían el año 1753 ser éstos? se antojará preguntar. En una nota nos lo dice Walpole para dejar satisfecha la curiosidad de quien lea, y buena falta que hacía su aclaración, pues de lo contrario habrían entendido las personas ilustradas que se

(1) La calle de Grub era entonces el cuartel general de los autores, y la de Saint James, el de los elegantes.

refería sin duda con sus palabras á Hume, Fielding, Smollett, Richardson, Samuel Johnson, Warburton, Collins, Atkenside, Gray, Dyer, Young, Warton, Mason; pero no, que los primeros escritores de Inglaterra, según él, eran lord Chesterfield, lord Bath, M. W. Whithed, sir Carlos Williams, M. Soame Jenyns, M. Cambridge, ó M. Coventry. De los cuales siete caballeros, con ser Whithed el último en lo tocante á jerarquía, era el más aficionado de todos á carreras de caballo; Conventry pertenecía á una familia noble, y los otros cinco reunían dos escaños en la Cámara de los Lores, dos en la de los Comunes, tres plazas en el Consejo privado, un título de baronet, una banda roja, otra azul, 100.000 libras esterlinas de renta próximamente, y apenas diez páginas que mereciesen imprimirse; como que nadie se acuerda de las obras de Whithed, de Cambridge, de Coventry, ni de lord Bath, ni tampoco se acordaría de Soame Jenyns, si no fuera por la crítica que hizo Johnson de su ridículo *Ensayo acerca del origen del mal*. Por lo que á lord Chesterfield respecta, sería y parecería más grande á los ojos de la posteridad si sus cartas no hubiesen visto la luz pública; y en cuanto á sir Carlos Williams, no más que los curiosos leen sus folletos, que aun cuando no carecen de ingenio, se nos antojan obras de poco momento.

## VII.

Walpole juzgaba la literatura francesa de igual modo que la de su patria; y como gustaba de la lengua francesa más de lo necesario, salpicó tanto su

estilo de galicismos, que, leyéndolo, parecen páginas traducidas las suyas en fuerza de las locuciones, giros y palabras que contienen de la fraseología parisiense. No obstante, su afición al francés era de un modo especial, pues le agradaba por ser la lengua que desde hacía un siglo estaba sirviendo para expresar todas las naderías de la buena crianza europea; como el signo por el cual se reconocían los masones de la moda en las capitales de Europa, desde San Petersburgo hasta Nápoles; como la lengua propia de la ironía y de la burla, de las anécdotas, de las memorias y del estilo epistolar; pero en modo alguno por el servicio que prestaba en otros conceptos más útiles y nobles que los enunciados. Horacio Walpole no advirtió que la literatura francesa era á la de la Gran Bretaña lo que Aarón á Moisés, es decir, intérprete de grandes verdades que se habrían perdido por carecer de medios de expresarse claramente; relación intelectual esta de dos pueblos que nada es más eficaz á demostrar con tanta exactitud como la que ha existido en nuestros días entre M. Bentham y M. Dumont; que si los grandes descubrimientos en las ciencias físicas, metafísicas y políticas corresponden á Inglaterra, excepto Francia, ningún otro pueblo los recibió de nosotros por comunicación directa, siendo ella después el canal por donde han pasado al mundo todo. ¡Ni cómo tampoco hubiera sido si no, hallándose Inglaterra imposibilitada de trasmitir las verdades que descubría en razón al aislamiento moral y material en que se halló siempre del resto del mundo por efecto de sus costumbres y de su situación geográfica!

## VIII.

En los tiempos de Horacio Walpole se hallaba en la plenitud de su actividad el sistema de la interpretación, y los grandes escritores franceses proclamaban diariamente á los cuatro vientos los nombres de Bacon, de Newton y de Locke, y los principios *ingleses* de tolerancia, el respeto *inglés* á la libertad individual, y la teoría *inglesa* que declara por mera delegación en bien de los intereses públicos el ejercicio de todos los poderes. Acaso no exista en la historia un período más interesante que lo fué aquel en el cual se verificó la gran evolución de la inteligencia francesa, verdadero cataclismo en que vinieron á tierra las opiniones mejor establecidas, y se destruyeron, con las antiguas tradiciones, los antiguos errores. Cierto era y evidente que se hallaban entonces como en ebullición principios de suma trascendencia que habían de servir para el bien ó para el mal de la humanidad, y era no menos evidente y cierto que se preparaba una transformación completa de todo el mecanismo social. Y aun cuando fanáticos de cierta escuela, erigidos en flamantes profetas, anunciaban á las muchedumbres el advenimiento de nueva edad de oro en que habían de vivir los hombres bajo la única y exclusiva soberanía de la razón, en el paraíso de la igualdad y del amor recíprocos, sin propiedad, ni matrimonio, ni familia, ni rey, ni Dios; y que otros fanáticos de diversa índole, sin ver en las doctrinas de los filósofos otra cosa que anarquía y ateísmo, se asían más vigorosamente á los abusos de antaño, y echa-

ban de menos los tiempos felicísimos en los cuales Santo Domingo y Simón de Montfort suprimían las herejías de la Provenza y del Languedoc; los hombres discretos y prudentes, sin embargo de ver con pena los lamentables excesos en que caían, unos en pos de otros, los reformistas, habrían también hecho justicia á su ingenio y á su filantropía, y, al censurar sus errores, hubieran tenido presente que, como dijo Milton, éstos no son otra cosa sino la opinión extraviada, y, al condenar su hostilidad á la religión, que procedía, como el efecto de la causa, de un sistema por obra del cual sólo les enseñaron fórmulas y rutinas, dejándolos en la ignorancia de lo más necesario, y, al declarar incompatibles algunas de sus doctrinas con las leyes, la propiedad y la civilización, hubiesen excusado á los súbditos de Luis XV la prisa que se daban en derribar y la pereza que mostraban en reconstruir, y sin embargo de prever horrorosos conflictos y destrucciones formidables y profundas, habrían percibido en lo porvenir un desenlace lleno de promesas para la Francia y para la humanidad.

## IX.

Pero Walpole no tenía esperanza ni miedo; y aun cuando era el escritor inglés más afrancesado de todos los del siglo XVIII, se preocupaba muy poco de los presagios que se manifestaban cada día en la literatura francesa de su tiempo. Por eso, en tanto que los enemigos de la Francia estudiaban con entusiasta complacencia la política y la filosofía inglesas, él estudiaba con el afán propio de su carác-

ter las anécdotas salpimentadas de la corte antigua de Francia, y las modas y la crónica escandalosa de Versalles y de Marly; crónica y modas añejas de un siglo, que lo absorbían más y mejor que la terrible revolución moral que se preparaba y debía desarrollarse á su vista; constituyendo el plantel de sus héroes predilectos, cuyas anécdotas recogía y cuyas reliquias adquiría siempre que se le presentaba ocasión á peso de oro, los ilustres bribones de formidable peluca y de luengos lazos que asistían al tocador de la majestad cristianisima de Luis XIV, ó las nobles cortesanas que aportaron el numeroso contingente de sus galanes, en tiempo de la Fronda, del Rey al Parlamento y del Parlamento al Rey, según la circunstancia. Por lo demás, y en lo tocante á escritores franceses de su época, solo exceptuó de naufragio universal á Montesquieu, y para eso, habló de él con menos entusiasmo que de aquel hijo de Crebillon, tan libertino como el novelista Louvet y tan fastidioso como el historiador Rapin. Fuerza es que se halle un hombre constituído por modo muy singular para que le interesen los pedantescos boletines del cerco del corazón de la Marquesa de B..., ó del asedio y conquista del de la Condesa de C... por el Duque de A...; pero así era, en efecto, y tales naderías las que Horacio Walpole celebraba con elogios que hubieran bastado para ponderar el mérito del *Quijote*. Quiso poseer un retrato de Crebillon, y encargó á Liotard, el primer miniaturista de su tiempo, que inmortalizase las facciones del narrador licencioso; y con esto y admirar mucho el *Sofá* y las *Lettres athéniennes* (1), dió punto á su admiración por los hombres

(1) Obras de Crebillon.—N. del T.

que figuraban entonces en primera línea en la literatura francesa. Pero, no satisfecho aún, y pareciéndole poco todavía esta indiferencia, evitaba tratarlos, y, á serle posible, hubiera impedido que las gentes hicieran alto en ellos. Cierto es que no negó talento á Voltaire y á Rousseau; pero también lo es que no desperdició cuantas ocasiones se le ofrecieron de menospreciarlos. Lo propio acontecía cuando se ocupaba de d'Alembert; y en verdad que si se comparan las inteligencias de ambos, parece más ridículo aún el empeño de Walpole. Una vez se quejó el francés de que le atribuyesen, sin fundamento alguno para ello, haber divulgado una frase de Walpole contra Rousseau. «Creo, dijo Walpole á su vez, que nadie me atribuirá las obras de d'Alembert.» Y creyó bien el inglés.

Sin embargo, no por eso negaremos la importancia real y verdadera de las obras de H. Walpole, de las cuales puede muy bien decirse lo que repetía sir Josué Reynolds cada vez que trataba de Claudio y de Rafael, esto es, que aun cuando nadie se atrevía por ningún modo á compararlos, se vería otro Rafael antes que otro Claudio. En efecto, diremos nosotros, antes se verá otro Burke y otro Hume que la combinación singularísima de cualidades morales é intelectuales que constituyen la popularidad extraordinaria de los escritos de H. Walpole.

X.

Será fácil definirlo por medio de negaciones, pues carecía de imaginación creadora, de pureza de estilo y de lógica sólida y verdadera. ¿Ni dónde ha-

llar tampoco un autor cuyos escritos sustenten tantas opiniones contradictorias, con tantas frases de tan absurda extravagancia como los suyos? Porque, no sólo escribía de una manera descosida ó incoherente las cartas familiares, sino también los libros cuyas cuartillas y pruebas castigaba con solicitud. Citaremos en apoyo de esto uno ó dos ejemplos que servirán á explicar mejor lo que decimos. En sus *Anécdotas de la Pintura* (Anedoctes of Painting), sostiene, con razón, que declinó el arte en Inglaterra al comenzar la guerra civil. Pero, ¿por qué declinó? Pudo muy bien Walpole, al llegar aquí, explicar el hecho fácilmente con la pérdida del más ilustrado y magnífico de los protectores que hayan tenido las artes en la Gran Bretaña, que así era Carlos, sin duda; con las turbulencias del reino, con la ruina de muchos potentados, y hasta con la austeridad del partido victorioso; circunstancias todas ellas que dan el porqué del fenómeno. Pero tales soluciones, por ser lógicas, no eran del gusto de nuestro Walpole, cuya originalidad necesitaba cosa más extraordinaria y fuera de lo natural para quedar satisfecha, y por tanto explicó la decadencia de las artes en Inglaterra con... la falta de modelos; ¡como que al pasar la monarquía no quedó en el país cosa ninguna que mereciese la pena de trasladarse al lienzo! «¡Ni cómo reproducir tampoco las facciones de un anabatista, ni qué podían tener que pudiera reproducirse!» Como si el puritanismo hubiera extinguido la luz del sol, y agostado las flores, y derribado los árboles; como si la guerra civil hubiera borrado del rostro humano la expresión del carácter y de las pasiones; como si algunos de los personajes que pintó Van Dyck no hubieran vivido en tiempo de la República, con las mismas faccio-

nes; como si algunas de las mujeres hermosas, cuya belleza trasladó Lely al lienzo, no hubiesen florecido antes de la Restauración; como si la fisonomía y las ropas de Cromwell y de Milton fuesen menos pintorescas que las de los Pares mofletudos que salen, con prosaica uniformidad, de las formidables pelucas de Kneller! En sus *Memorias* se burla Horacio Walpole del Príncipe de Gales, llamado después Jorge III, porque regaló una colección de libros á un colegio de América durante la guerra de siete años, y dice que hubiera hecho mejor S. A. R. enviando armas y pólvora; como si la guerra debiese dejar en suspenso los estudios y la educación, y como si fuese cargo del Príncipe de Gales suministrar municiones y pertrechos á costa de su bolsillo particular. Consignamos estos ejemplos acerca de Horacio Walpole, porque demuestran su modo de ser, porque se ofrecen á cada paso en sus libros, y porque son de tal índole que, si pueden tolerarse y pasar en conversaciones familiares ó en cartas escritas á la ligera, son cosa imperdonable tratándose de obras que representan muchas vigilias y correcciones sin cuento.

Parece ser también que se atribuía mucha penetración á sí propio para juzgar á los demás; pero bien será cercenarle, así esta como algunas otras cualidades de que se suponía revestido. Porque no podemos conceder que tuviese habilidad y pericia para descubrir los matices de un carácter, con ser fácil y vulgar el arte que ejercía, y ocasionado á granjear fama de mucho criterio entre la mayoría de las gentes. Burlándose de todo el mundo, interpretando siempre lo que se decía y hacía en el peor sentido, y, para expresarlo con una frase de lady Hero, «considerando á cada uno bajo su peor aspec-

to, y sin hacer alto nunca en la verdad y la virtud por su propio merecimiento» (1), no necesita un hombre de mucha sabiduría para darse aires de sagaz entre quienes lo bueno no merece la pena de buscarse.

## XI.

Dicen que Kneller, el pintor avaro y afanoso siempre de acabar los retratos para cobrarlos, despedía de su estudio á las damas después de bosquejar sus facciones, y les ponía el cuerpo y las manos de su cocinera, que le servía de modelo. Así fué Horacio Walpole en la práctica cuando hizo retratos políticos ó literarios, pues copiaba del natural aquellos rasgos y señales particulares que podía descubrir la observación más superficial, y manchaba lo demás del cuadro con algunas pinceladas, tomando al efecto por modelo al primer necio ó al primer pícaro que se le ocurría. ¡Qué diferencia entre sus bocetos y los admirables retratos de lord Clarendon!

Las contradicciones abundan en los bocetos de Horacio Walpole; pero si queremos formarnos idea, según él, de sus más ilustres contemporáneos, hallaremos que lord Chatham era un cómico ampuloso, Carlos Townshend un charlatán insolente y grotesco, Murray un hipócrita frío y cobarde, Hardwicke un hombre improvisado con ribetes de curial

(1) Turned every man the wrong side out,
And never gave to truth and virtue that
Which simpleness and merit purchaseth.
(Shakespeare.)

y alma de verdugo, Temple un cobarde impertinente, Egmont un tonto presumido, Washington un jactancioso, lord Camden un gruñón, lord Townshend un maldiciente, Secker un ateo haciendo papeles de buen cristiano para que lo nombrasen obispo, Whitefield un impostor que pasaba la vida robando los relojes de sus prosélitos, los Walpole, que no por ser parientes salían de sus manos mejor librados que los extraños, eran: Horacio, su tío, un bufón grotesco, chabacano, brutal y avaro, y su hijo, digno de tal padre; en una palabra, quien no estudie la Inglaterra de su época sino por él mismo y dé credito al criterio de juez tan conocedor de la naturaleza humana, sacará la consecuencia de que no había entonces en ella más luces y virtudes que las que plugo al cielo distribuir entre lord Waldgrave, el mariscal Conway y él.

## XII.

No hay, pues, que buscar en las obras de Horacio Walpole el encanto que difunden la elevación de ideas y la ternura de sentimientos. Si quería parecer humano y penetrado de magnanimidad, que también, y por variar, se daba de tiempo en tiempo estos aires y representaba estos papeles exagerándolos, nos dice, por ejemplo, que nunca quiso afiliarse á Pitt (lord Chatham). ¿Y por qué? ¿acaso porque Pitt figuró entre los enemigos de su padre, ó acaso porque, como repite muchas veces en sus páginas, era persona desagradable en la vida privada? No, por cierto, sino porque gustaba demasiado de la guerra, y todo lo sacrificaba á la vanagloria.

Ridículo es por cierto que quien todo lo hallaba malo se persuadiera de que su afectación hipócrita produciría efecto en el ánimo del más obtuso de sus lectores. Si Molière hubiera puesto palabras semejantes en boca de Tartufo, habríase dicho que rebasaba de tal modo las lindes de la inverosimilitud, que ya no podía Orgon ser víctima de tanta torpeza. Veintiseis años consecutivos perteneció Walpole al Parlamento, y de ellos, trece lo fueron de guerra: pues bien, ni una sola vez, en tan largo trascurso de tiempo, pronunció una palabra en favor de la paz, ni votó en contra de la guerra. Su más íntimo amigo, el único á quien parezca del todo adicto, lo fué Conway, militar muy aficionado á su arte y eterno pretendiente de M. Pitt para que le confiase mando en el ejército aetivo. Pero mientras el mariscal parecía siempre un héroe á Horacio Walpole porque solicitaba poner en ejecución las empresas de M. Pitt, era éste un monstruo porque las concebía y preparaba.

¿En qué consistió, pues, el encanto, irresistible, á decir verdad, de los escritos de Horacio Walpole? En el arte de distraer sin conmover demasiado; que si ni persuade, ni agita, ni cautiva, distrae y mantiene ingeniosamente suspenso el ánimo por modo facilísimo y agradable; y esta cualidad propia de él se reveló siempre en todo cuanto hizo, en sus construcciones, en sus jardines, en sus muebles y en la forma de sus obras literarias. Y para servirnos de la clasificación no muy exacta que inventó Akenside acerca de los placeres de la imaginación, Walpole no tuvo nunca la menor afinidad con lo sublime ni lo bello, y asentó su tienda en los dominios de la fantasía; pudiendo haberse puesto en la puerta de todas sus habitaciones y en la primera hoja de to-

dos sus libros el epígrafe que él mismo escribió en cabeza de su *Catálogo de los autores reyes y nobles:* DOVE DIAVOLO, MESSER LUDOVICO, AVETE PIGLIATE TANTE COGLIONERIE (1).

## XIII.

En su quinta, por ejemplo, cada sala era un museo y cada mueble una curiosidad; como que hasta las tenazas de las chimeneas y los cordones de las campanillas tenían larga historia, y se perdían los huéspedes entre una multitud de objetos raros de valor intrínsecamente negativo, mas tan singulares por su forma y tan extraños, y asociados á nombres y á sucesos tan memorables que no era posible verlos sin consagrarles un momento de atención. Ni tampoco era posible más, porque allí cerca estaba otro mueble, ó reliquia, ó cosa tal, labrada en madera preciosa, en concha, nácar, marfil, bronce ó mármol, solicitando las miradas del visitante. Lo propio acontece con las producciones de Walpole, cuyo precio no consiste, por cierto, en la utilidad ni en la belleza, y son respecto de los escritos de los grandes historiadores y poetas lo que Strawberry-Hill al museo de sir Hans Sloane ó á la galería de Florencia. Porque Horacio Walpole nos revela en ellas sin cesar una multitud de cosas sin valor alguno intrínseco, pero que nos agradan y que solo él nos muestra; fruslerías, si se quiere,

(1) Atribúyese esta frase al Cardenal de Este, en ocasión de haberle leído Ludovico Ariosto algunas tiradas de versos de su *Orlando furioso*.—N. del T.

pero que se tornan en curiosidades, ya por efecto de la mano de obra, ya por los recuerdos que despiertan. En cuanto á su estilo, es de esos que gustan á todo el mundo en fuerza de su originalidad, y que nadie podría imitar sin riesgo de mover á risa, pues si Walpole fué *amanerado* logró hacer tan natural y propia su *manera*, y tan fácil y habitual su afectación, que no es posible llamarla en él así, constituyendo, para decir verdad, la esencia y el fondo de sus frases, de tal suerte que, despojándolas de ella, no son nada sino palabras. Demás de esto, las suyas las acuña él, y extravía tanto el sentido de las palabras antiguas, y da tormento á los vocablos modernos por modo tan singular, que leyéndolas, los gramáticos protestan y los filólogos les hacen coro; pero así y todo le cuesta tan poco esfuerzo cometer tamaños excesos, y logra su objeto de una manera tan fácil, lisa y llana, que no habrá quien diga que aquello no es natural y que pudo su autor producirlo de otra suerte. Su ingenio era como los de Donne y Cowley, y provenía de la percepción exquisita de los puntos de analogía y y de contraste que pasan inadvertidos á la generalidad de las gentes, sorprendiéndonos como ellos continuamente por efecto de las inesperadas relaciones que logran establecer entre ideas que á primera vista parece que no tienen la menor relación. Bien será decir, en descargo de Horacio Walpole, que no se daba los aires de predicador que los dos poetas mencionados, y que no buscaba sus ejemplos ni en los laboratorios de los sabios, ni en la filosofía de las escuelas; como que su tono era ligero y fácil, y sus textos los del *club* y de la sala de baile. De aquí que, por extrañas que parezcan sus frases, y por singulares que se antojen y sean

sus alusiones, y por semejanza que tengan con las que tanto enojo producen á todos en los poemas del reinado de Carlos I, se lean siempre las suyas con placer extraordinario.

## XIV.

El problema que resolvió Walpole fué el de no hacerse casi nunca fastidioso, á pesar de haber escrito mucho; como que ningún autor ha dejado menos páginas de esas que pasan por alto los lectores que dejó él. Compárense sus *Dudas históricas sobre Ricardo III*, con los volúmenes de Whitaker y de Chalmers, acerca de un punto tan interesante cual es el carácter de María Estuardo; compárense sus *Anécdotas de la pintura* con las *Anécdotas* de Nichols, ó con las *Disputas de los autores* y las *Miserias de los autores* de Mr. Disraeli, y luego al punto se verá la ventaja que resulta en favor de Walpole, que sin ser más erudito, ni más exacto, ni más lógico, tiene más arte que todos ellos para escribir lo que agrada, prescindiendo de cuanto carece de atractivo y conservando sólo aquello que distrae por sí mismo ó puede distraer merced al artificio de la dicción, dando de lado á los indigestos productos de la ciencia arqueológica para regalar con banquetes epicúreos, donde los sesos de ruiseñor alternen con la sustancia de sargo y las frutas doradas á los rayos del sol. En esto consiste, á nuestro parecer, el gran mérito de su novela titulada *El Castillo de Otranto*, porque si bien carece casi de arte en la manera de presentar los caracteres, y su Manfredo es un tirano como cualquiera otro, y su

P. Jerónimo un confesor como los demás, y su Teodoro un enamorado como los otros, y su Isabel y su Matilde dos doncellas como quedaron tantas otras en los castillos italianos que fueron teatro de orgías de *condottieri*, ó en los cuales lloraron ausencias del bien querido duquesas prisioneras; y no puede causarnos admiración aquel famoso gigante cuya maza se descubre en una parte del globo, cuyo casco cae en otra desde una nube, y que al cabo de muchos ruidos y asombros hace polvo la casa con sus pies; la obra es lo cierto que, buena ó mala, va su camino siempre sin digresiones ni descripciones fuera de propósito, ni largos discursos, y que cada frase adelanta la acción y sostiene vivo el interés, y lo renueva, logrando ser por tal modo un libro que todos leen con agrado, á pesar de ser en él absurdo lo maravilloso, é insulsos los personajes.

## XV.

Repútanse generalmente las *Cartas* de Horacio Walpole como lo mejor de sus obras, y así lo entendemos también, porque los defectos propios del autor son menos sensibles en su correspondencia que en sus libros, y se le perdonan mejor en ella los juicios extraños, variables y extravagantes que contienen acerca de los hombres y de las cosas, pues no da suelta en esas páginas del propio modo que en las *Memorias* á su instinto de hacer escarnio y mofa de cuanto ve y blanco de su acerba ironía; que los autores epistolares deben ser al menos benévolos y corteses con sus corresponsales.

Gustaba Horacio Walpole de escribir cartas, y evidentemente había estudiado el modo de escribirlas; género este de literatura que convenía más que otro alguno á quien, como él, ambicionaba tomar asiento entre los hombres de ingenio, sin comprometer por tanto la dignidad de su alcurnia: como que una carta, aun cuando sea bien, pueden escribirla hasta los nobles. Tanto es así, que ni el abanderado Northerton, aquel oficial antiliterario del *Tom Jones*, ni el capitán de caballería que Swift describió en sus sátiras, bizarros militares ambos con quienes tenía Walpole grande afinidad á pesar de ser autor de tomos en folio, hubieran negado que las personas linajudas se cartearan con los amigos en ciertas circunstancias. Pero, viniendo al caso de nuestro Walpole, difícil será decidir si se preocupaba mucho de la redacción de sus epíslolas ó si las dejaba tal cual salían de primera intención, porque, á decir verdad, si algunos pasajes parecen espontáneos, también la facilidad puede ser resultado de la dificultad vencida en fuerza de trabajo, y si otros se antojan obra del artificio y del estudio, del propio modo pueden ser producto natural de un ingenio peritísimo. Y como en ambos casos subsiste la duda, ¿quién acertará en este caso á resolver en medio de tanto arte y de tan claro talento, de tanta exageración y de tanta propiedad?

Las cartas de Walpole forman varias series: las dirigidas á sir H. Mann tienen la ventaja de ofrecer el conjunto regular de un diario, en el cual se consignan cuantos sucesos le parecieron más importantes los veinte años últimos del reinado de Jorge II; conteniendo las de fecha más antigua la mejor y más curiosa relación que poseamos de la *gran batalla Walpoleana*, como la llama Junius. Ni quién me-

jor que Horacio Walpole, supuestas sus aptitudes, para describirla con verdadero conocimiento del suceso, por haber entrado en la Cámara de los Comunes precisamente para ser testigo de los postreros desesperados esfuerzos de su padre, cuando cercado de traidores y enemigos; pero con un valor digno del que mostró la famosa columna inglesa en Fontenoy (1), defendió el puesto que ocupaba sin cesar de combatir: primero, por la victoria; después, para retirarse de la pelea con armas y bagajes y á banderas desplegadas. Inútil es decir que Horacio militó en las filas de sir Roberto Walpole. Lo que no se antoja tan natural es que lord Dover, editor de esta serie de cartas (2), no haya temido, á pe-

(1) En los llanos de Fontenoy ganaron los Franceses el 11 de mayo de 1745, á las órdenes del Mariscal de Sajonia, la célebre batalla de este nombre al ejército anglo-austriaco-holandés.—N. del T.

(2) Independientemente de las obras que legó Walpole a M. Berry y á sus hijas, que las publicaron en una edición de cinco tomos gruesos en folio, bajo el título de *Opúsculos*, han visto después la luz otros cinco tomos de *Memorias* y *Cartas*, conteniendo más de dos mil epístolas, sin contar las dirigidas á Mme. du Deffant, al mariscal Conway, á lord Hertford, etc. Según dice un artículo de la *Quarterly Review*, consagrado á Horacio Walpole, dejó éste dos cofres en su quinta de Strawberry-Hill, señalados con las letras A. y B., para que, después de su muerte, se entregase el primero al primogénito de su parienta, lady Waldegrave. En 1810, cuando hubo cumplido el Conde de Waldegrave veinticinco años, edad que marcaba el testamento para que pudiese disponer del contenido del cofre, halló en él gran número de manuscritos, y entre ellos las *Memorias de los diez últimos años de Jorge II*, que se publicaron por lord Holland, en 1822, y las *Cartas á sir H. Mann*, cuya primera serie se imprimió en 1833 por lord Dover; la segunda por un anónimo, en 1843, y la tercera por lord Euston, en 1844. Con posterioridad se publicaron las *Memorias del reinado de Jorge III*, cuyo manuscrito acaso estuvo en el cofre mar-

sar de su habitual imparcialidad, proclamarse por campeón de sir Roberto, llevando su entusiasmo al extremo de llamarlo *la honra de los whigs;* porque, á nuestro parecer, ni merece su memoria tanto elogio, ni los epítetos y ultrajes que otros acumulan sobre su nombre; pudiendo decirse que aun no ha hecho nadie su retrato, el cual para ser fiel ni debe parecerse á la obra de Coxe ni tampoco á la de Smollet.

---

cado con una B. Por tal modo, como dice un escritor francés, el autor de opúsculos y de chismografía epistolar logró ser autor voluminoso é importante.—N. del T.

# SIR GUILLERMO TEMPLE.

---

(*Memoirs of the Life, Works, and Correspondence of sir William Temple,* By the Right Hon. THOMAS PEREGRINE COURTENAY, 2 vols., 8.°, London: 1836.)

EDINBURGH REVIEW, *October*, 1838.

# GUILLERMO TEMPLE.

## 1628—1699.

### I.

A nuestro parecer, no debe mucho la memoria de sir Guillermo Temple á las investigaciones hechas por M. Courtenay, si bien es cierto que por ser Temple uno de esos personajes á quienes la humanidad, como de común acuerdo, ha convenido en alabar desmedidamente sin saber gran cosa de ellos, antes hubiera perdido que no ganado con la diligencia de un historiógrafo minucioso. No por eso diremos que carezca Temple de títulos para ocupar puesto de preferencia entre los hombres de Estado de su tiempo; porque si algunos de ellos poseyeron facultades iguales ó superiores á las suyas, carecieron, en cambio, de buena fama en punto á honradez, y los que le aventajaron en patriotismo, en desinterés y elevación de miras no tuvieron grandes aptitudes; pudiendo decirse que, moralmente, fué superior á lord Shaftesbury, é intelectualmente á lord Russell.

En efecto, decir de un hombre que ha ocupado elevada posición en tiempos de mal gobierno, de corrupción y de luchas civiles y religiosas sin echar sobre sí mancha ninguna que lo deshonre, ni contribuído á ningún crimen de cuenta, captándose las mayores muestras de afecto y de simpatía de una corte desenfrenada y de un pueblo turbulento, sin cometer actos de servilismo vergonzoso respecto de ninguno, es grandísimo elogio, y en verdad que todo esto puede muy bien decirse de sir Guillermo Temple.

Y, sin embargo, Temple no es hombre que nos place. Antójasenos que fué de carácter por extremo difícil, si bien hay que añadir en su abono que lo reprimió siempre cuidadosamente; que fué su preocupación de cada hora no infringir las leyes de la buena educación y del trato de gentes; que demostró siempre la más exquisita prudencia en el juego de la vida humana, desplegando en él habilidad y pericia, y que siempre se dió por satisfecho en él con ganar poco seguramente, mejor que aventurarse doblando la puesta. Esta manera de moderación, cuando va unida, como acontecía en el caso de sir Guillermo Temple, á brillantes facultades, apenas se diferencia de la integridad más acrisolada, pudiendo, empero, avenirse á maravilla con principios no nada rígidos, frialdad de corazón y egoísmo á prueba. De nosotros podemos decir que abrigamos fundados temores de que Temple no tuvo nunca el calor y la elevación de sentimientos indispensable para merecer fama de hombre virtuoso. No fué traidor á su patria ni opresor de ella, sino que, por el contrario, le prestó grandes y señalados servicios; pero tampoco se aventuró ni expuso nada por su cuenta: ninguna oferta, por más tentadora

que fuese, ya viniera de parte del Rey ó de la oposición, fué nunca eficaz á decidirlo á dar su apoyo á medidas arbitrarias ó facciosas: no se exhibió sino en aquellas ocasiones en las cuales tenía casi la certidumbre de ganar y cuando nada podía perder, por ejemplo, cuando el interés del Estado, los deseos del Monarca y las pasiones de la muchedumbre se ponían de acuerdo un espacio y aspiraban á lo mismo; y por tal manera, utilizando de un modo hábil y discreto esos momentos, que tan fugaces son en la vida de los pueblos, logró ganar fama de sabio y patriota; mas una vez pasada la crisis favorable, ya no exponía la reputación adquirida, tomando, para mejor conseguir este propósito, precauciones casi pusilánimes, evitando ejercer grandes empleos, y encerrándose en ciertos departamentos especiales y tranquilos donde podía disfrutar de modestos, pero seguros beneficios, sin excitar envidia; y si la situación del país se tornaba tan azarosa que no pudiera sin grave peligro participar en los negocios públicos, entonces se recogía recatadamente á su biblioteca y á su huerto, y mientras que la nación gemía bajo el yugo de la opresión ó se agitaba en el tumulto y el ruido de las discordias civiles, sir Guillermo espaciaba el ánimo escribiendo sus memorias ó podando sus árboles frutales.

## II.

La carrera política de Temple ofrece cierta semejanza con la carrera militar de Luis XIV. Porque como estuviera siempre temerosa la majestad del gran Rey de comprometer la magnificencia de su

oficio, nunca puso cerco á plaza fuerte alguna sin que sus generales más peritos le asegurasen de antemano que tardaría poco en capitular y rendirse; y cuando se persuadía de que así debía suceder, daba la vuelta del teatro de los sucesos, y con peto y espaldar y casco en la cabeza presidía consejos de guerra en su tienda de campaña, dictaba las cláusulas de la capitulación, recibía las llaves, y después regresaba ufano á Versalles para que le dijeran sus aduladores que Turena fué vencido en Marienthal, que Condé hubo de levantar el cerco de Arras, y que el único general á quien nadie hubiese vencido era Luis el Grande. Y, sin embargo, Condé y Turena pasarán siempre por haber sido generales de un orden muy distinto al del invicto Luis. De igual modo habremos de reconocer que muchos hombres de Estado que han cometido grandes faltas deben reputarse más dignos de universal estimación que nuestro infalible sir Guillermo, pues tratándose de él, hay que atribuir principalmente su infalibilidad al temor de incurrir en responsabilidades y al propósito firmísimo que siempre tuvo de preferir el daño de sus conciudadanos á la eventualidad del daño propio. Fuerza es convenir en que Temple fué muy receloso del peligro en toda ocasión; mas también debemos tener en cuenta que los peligros á que se hallaban expuestos los hombres públicos en aquellos tiempos de lucha entre la tiranía y las rebeliones, eran los mayores imaginables. Aparte de esto, no fué sir Guillermo sufrido tampoco, sino es incapaz de soportar molestias morales y materiales, resultando de aquí que cuando refiere, á vueltas de grandes lamentaciones, los percancees de un viaje de veinticuatro horas á caballo por una mala carretera de Westfalia con motivo de cierta negociación

diplomática, y la mala noche que pasó en otra ocasión en un pajar, y una jornada sobre la nieve, hace reir, porque antes parece narrar expediciones al Polo Norte y á las fuentes del Nilo, que no cosas tan vulgares. Esta manera de ser perezosa, propia de un viejo achacoso, y estos hábitos de quejumbre los vemos reflejados á cada paso en su conducta. Cierto es que gustaba de adquirir renombre, pero no al modo de las almas nobles y generosas; como fin, no como medio; como lujo personal, no como instrumento para ser útil á los demás; y cuando había hecho acopio de una cantidad de él, lo conservaba con cuidadoso afán, sin aventurar nunca la menor partija de su tesoro en cosa ninguna, por buena y útil que fuese, si había siquiera remota posibilidad de perder algo. No debe, pues, parecer extraño que un hombre semejante haya cometido pocas faltas ó ninguna que merezcan censura; pero es indudable que quien estuvo dotado de tantas facultades y colocado en tan elevada posición, debió, en rigor, hacer infinitamente más que hizo él. Por eso, si sir Guillermo Temple hubiera tenido que comparecer en el tribunal del infierno del Dante, ni lo habrían condenado á los círculos inferiores del abismo, ni á ir con Dundee al estanque rojo de Bulicame, ni con Danby á la pez fundida de Malebolge, ni á los eternos hielos de Giudecca con Churchill, sino acaso á permanecer en el lóbrego vestíbulo y al lado de la sombra de aquel Pontífice

*Che fece per viltate il gran rifiuto.*

## III.

Es evidente que nadie tiene obligación de seguir la carrera política ni la de las armas, y que hay varios modos perfectamente dignos de abandonar entrambas carreras; mas también lo es que ni en la una ni en la otra debe aprovechar el individuo las ventajas que ofrece y dar de lado á sus inconvenientes. Por eso un hombre que sólo forma parte del ejército en tiempo de paz, que brilla en las revistas y paradas, que da escolta con aire marcial en toda ocasión al monarca desde su palacio á la Cámara de Diputados los días de apertura, y que pide su retiro tan luego como prevé la posibilidad de ir á la guerra, queda, con justo título, deshonrado. De igual modo, si bien sólo hasta cierto punto, queda deshonrado el político de besamanos que vacila y se niega á cumplir con sus deberes desde el momento en que se tornan difíciles ó desagradables, ó lo que es lo mismo, desde que importa en gran manera que los cumpla resueltamente.

Nos hallamos muy distantes de considerar á Temple como á hombre de Estado perfecto, y desde luego lo colocamos por debajo de muchos hombres de Estado que han cometido faltas de cuenta; pero, no obstante, no podemos negar que, comparándolo con sus contemporáneos, aparece bajo un aspecto muy favorable. Porque como la reacción que siguió al triunfo del partido popular sobre Carlos I produjera desdichados efectos en el carácter nacional, y se manifestaran éstos principalmente en las clases y en los lugares que más agitó la revolución, y fue-

se mayor el daño en Londres que en el resto del país, entre los funcionarios públicos y la gente cortesana, sobre todo, había una manera de rebajamiento que puede llamarse oficial, pues lo que aun quedaba de virtudes y nobleza de la época de los caballeros y de los motilones de 1642 tenía su natural asiento en la clase media. En efecto, los principios y aspiraciones que inspiraron la *Exposición de agravios* se hallaban aún profundamente arraigados entre los enérgicos labradores y los comerciantes honrados y temerosos de Dios, y las almas de lord Capel y de lord Derby habitaban todavía en muchas granjas apartadas; pero entre los jefes de partido que al despuntar de la restauración eran jóvenes ó gozaban de la plenitud de la experiencia, no había un Southampton, ni un Vane, ni un Falkland, ni un Hampden; ni se advertía tampoco entre los cortesanos noveles aquella lealtad acrisolada, firme y ardiente que bajo el anterior Monarca vieron todos inquebrantable y brava lo mismo en los campos de batalla, que en la barra del Tribunal Supremo luchando con la muerte, que en los desvanes y buhardillas de tierra extranjera luchando con las privaciones de la pobreza. Ni tampoco podían los nuevos jefes de partido reunir las condiciones ni menos aún las grandes cualidades que poseyeron los jefes del Parlamento Largo; que Hampden, Pym, Vane y Cromwell se diferencian y sobresalen por encima de los políticos más peritos de la siguiente generación por los rasgos que distinguen siempre y caracterizan á los hombres que hacen las revoluciones, de los que las revoluciones hacen á su vez. Pues si el que dirige una gran perturbación política, y destruye un modo de ser tradicional y profundamente arraigado, puede ser hombre corrompido, no puede

carecer de ciertas condiciones, tales como la perseverancia en los designios, la fuerza de voluntad y el entusiasmo, que no por estar á las veces disimulado y como escondido es por eso menos perseverante y enérgico y capaz de vencer las mayores dificultades, imponiéndose, al fin, á todos, y acabando por hacerse admirar hasta de sus mismos enemigos. Cualidades son éstas que hallamos siempre combinadas por diverso modo con virtudes y vicios diferentes en casi todos los iniciadores de grandes movimientos religiosos ó políticos, lo propio en César y Mahoma y Santo Domingo, que en Hildebrando, Lutero y Robespierre, y que poseían en grado eminente los jefes del partido que luchó contra Carlos I. A su vez, el carácter de los hombres que se forman en medio de la confusión que sigue siempre á las grandes revoluciones, por regla general es muy diferente. Dicen los naturalistas que así el calor produce la rarefacción del aire, como ésta el frío; y así también el celo por el bien de la patria produce las revoluciones, y éstas, á su vez, hombres no nada celosos por cosa ninguna, y que, cualesquiera que sean sus aptitudes y circunstancias, aparecen siempre volubles, indolentes y apáticos para tratar de los asuntos serios, dispuestos en toda ocasión á cambiar de rumbo, abandonándose á la fortuna y á los vaivenes de la opinión pública, persuadidos de que todas las causas son iguales y de que vale más estar á sueldo de la peor que padecer persecuciones por la mejor.

IV.

Así eran los hombres de Estado ingleses de la generación siguiente á la revolución, los cuales carecían del entusiasmo de los caballeros y del de los republicanos, porque se despojaron de las antiguas costumbres y renunciaron al modo de sentir antiguo, sin apasionarse por las innovaciones. ¡Ni cómo ser de otra manera tampoco, si vieron bambolearse los antiguos poderes y caer y quedar en ruinas alrededor suyo; si contrajeron el hábito de vivir regidos de una serie de constituciones que duraban un año próximamente; si no tenían respeto á las prescripciones de la ley, ni se daban cuenta de la veneración que infunden las memorias de los tiempos pasados y las tradiciones seculares, y cuanto nos obliga, para ser conocido en su origen, á penetrar con el pensamiento en las nieblas de la Historia; si demás de esto, se habían familiarizado con todos los cambios sobrevenidos, y los vieron saludados, uno en pos de otro, con aplauso universal, y despreciados, después del malogro y del desengaño; si fueron testigos de la vergüenza y de la confusión que sucedieron tantas veces á las promesas más pomposas y á los vaticinios más extravagantes de novadores temerarios y fanáticos; si aprendieron á mirar con desprecio y desconfianza lo mismo los afanes de la opinión pública que los proyectos de reforma! Cierto es que hablaban á las veces, así el lenguaje de súbditos fieles, como de hombres amantísimos de la patria, pero teniendo la íntima convicción de que así la fidelidad como el patriotismo

eran imaginaciones de la fantasía; y si sentían en realidad alguna predilección en favor de la monarquía ó del pueblo, en favor del episcopado ó en favor de la Iglesia presbiteriana, eran febles y de poco momento sus predilecciones, y tales, que muy lejos de ser superiores en ellos al temor del destierro, de la confiscación y de la muerte, apenas si bastaban á reprimir sus menores impulsos de ambición ó de temeroso egoísmo. El republicanismo especulativo de Halifax y las aficiones á la Iglesia presbiteriana de lord Lauderdale, fueron así. El espíritu de honradez política parecía extinguido completamente. La piedra de toque de la integridad de los hombres públicos está en el concepto, al menos, de la especie humana, en la fidelidad que les ve guardar siempre á sus principios, y aun cuando este criterio es insuficiente, acaso sea el mejor que puedan aplicar cuantos carecen de medios más eficaces y próximos de observación, y de sagacidad necesaria, porque permite al pueblo formar idea del carácter de los magnates, hasta cierto punto y en cierto modo exacta. Pero durante la última parte del siglo XVII, dejó de ser vergonzosa la inconsecuencia política, y no se hacía por incurrir en ella más cargos á los hombres, que se hacen unos á otros en Tombuctou por ser negros, sin que ninguno se avergonzara de reconocer y confesar públicamente lo que hacía en común con la nación entera. En el corto espacio de siete años, residió el poder supremo en el Parlamento Largo, en un Consejo de oficiales, en el Parlamento de Barebone, en un segundo Consejo de oficiales, en un Protector según la *Constitución*, en un Protector según la *Humilde petición y advertencia* del Parlamento Largo, por segunda vez, en un tercer Consejo de oficiales, en la Conven-

ción, y finalmente en el Rey. Fácil es comprender que en tales tiempos la fidelidad se torna tan enojosa para quien la profesa y para cuantos lo rodean, que deja de ser tenida por virtud y pasa por obcecación indómita ó por escrúpulo absurdo; y á decir verdad, en tales tiempos puede verse obligado un buen ciudadano en el cumplimiento de sus deberes á servir una serie de gobiernos diferentes, y buena prueba dieron de ello Blake, como militar, y Hale, como magistrado, sin que la conducta de ninguno de los dos haya merecido censuras de la posteridad. Y es claro que cuando la inconsecuencia en los grandes asuntos políticos deja de ser deshonrosa, no lo es tampoco la inconsecuencia en asuntos menos graves; y que en un país en el cual tantas gentes honradas hubieron de sostener en el trascurso de algunos meses el gobierno del Protector, el del Parlamento *Rump* y el del Rey, no podía sentirse rubor por abandonar su partido para obtener empleos, ó por votar en pro de una ley á la cual se hubiera hecho cruda guerra.

## V.

Los hombres públicos de la epoca que siguió á la Restauración no carecieron, en verdad, de valor ni de ingenio, y aun puede muy bien decirse que ciertas facultades adquirieron en ellos tan extraordinario desarrollo, que casi llegaron á constituir un estado anormal y enfermizo. Theramenes en la antigüedad y M. de Talleyrand en nuestros días apenas si lograron adquirir un instinto más exquisito para sorprender los matices de los caracteres y de todos

los síntomas de cambios próximos que pudieran ocurrir en el país ó en el poder, que poseyeron por modo maravilloso algunos Ingleses de aquel tiempo, porque su talento para descifrar y leer cosas de mucha importancia en indicaciones invisibles ó sin significado para otras personas tenía mucho de mágico. Pero todos se hallaban bajo el peso de la maldición lanzada contra Rubén con estas palabras: «La preeminencia no será para tí, pues eres inconstante como el agua.»

Este carácter distintivo de la época implica modificaciones innumerables, según las variedades innumerables de inteligencia y de temperamento á los cuales iba unido. Por eso aquellos que adolecían de un espíritu inquieto y que se hallaban poseídos de ambición desaforada, seguían una línea de conducta verdaderamente singular, y pasaban, sin transiciones, de uno á otro extremo, para servir y hacer traición á todos los partidos, mostrando sus caras sin vergüenza lo mismo en la vanguardia de los gobernantes más corrompidos que á la cabeza de la oposición más facciosa; y por tal modo, así acudían á iniciarse solícitos en los misterios más criminales de la *Cábala*, como de la conjuración de Rye House; así mudaban de religión para ganar la privanza del soberano, cuando precisamente conspiraban para derrocarlo, como iban á confesar con los jesuítas, llevando en el bolsillo misivas cifradas del Príncipe de Orange; y así correspondían con los del Haya desde que tomaban posición de un cargo en el gobierno de Jacobo, como con la corte de Saint-Germain desde que hacían lo propio en el gobierno de Guillermo. No fué así sir Guillermo Temple, y no porque careciese de ambición, sino porque no era su alma de aquellas á las cuales la ambición defrau-

dada en sus esperanzas condena de antemano á las torturas del infierno, devorándola y consumiéndola como gusano que nunca muere ó como fuego inextinguible. Profesaba el principio de procurarse y afianzar el bien y la seguridad, para disfrutar de aquél con ésta muy á sus anchas, dejando que después viniesen los honores y grandezas cuando mejor les pluguiese: y, en efecto, de ambas cosas gozó; mas cuando no pudo poseerlas sin riesgo y sin enojos, las dejó, sin hacer esfuerzo alguno por conservarlas. Estaba contagiado, á nuestro parecer, de la inmoralidad política reinante; pero *ad modum recipientis*, y por manera tan benigna, que acaso un médico experto habría dudado de si su dolencia era, en efecto, la epidemia que devastaba la nación. Y presentaba su mal este aspecto, porque se resentía de la natural languidez del paciente, y así, mitigada la corrupción general por su temperamento tranquilo y no nada aventurero, se manifestaba por medio de omisiones y de olvidos, no por medio de crímenes, en la verdadera acepción de la palabra, pareciendo su apatía, tímida y egoísta en más de una ocasión, hasta honrada y respetable si se la compara con la incansable, malévola é infame actividad de Sunderland y de Shaftesbury.

## VI.

La familia de sir Guillermo era respetable y antigua, aunque sin notoriedad casi en la historia de Inglaterra. Pero bastante después de su muerte, comenzó á producir este tronco tantos y tan ilustres vástagos y á formar tantas y tan ilustres alianzas,

que puede muy bien decirse que regular y constitucionalmente ha ejercido en la gobernación del Estado una influencia inferior apenas á la que lograron ejercer en tiempos muy diversos y por muy diversos procedimientos los Neville y los Douglas en Inglaterra y Escocia. Durante los últimos años del reinado de Jorge II y todo el de Jorge III hubo siempre representantes de tan poderosa y larga familia á la cabeza de la oposición ó del gobierno; y en ciertos momentos la *parentela*, como la denominaba el vulgo, habría podido casi por sí sola suministrar los elementos necesarios á formar un Gabinete: tanto fué así, que, durante medio siglo, de los hijos y nietos de la Condesa de Temple hubo tres primeros lores de la Tesorería, tres secretarios de Estado, dos cancilleres del Sello privado y cuatro primeros lores del Almirantazgo.

Por tal modo, brillante fué la suerte que cupo á la rama primogénita de los Temple, continuada por las mujeres; mas el primero que conquistó entre los de su familia gran notoriedad histórica fué sir Guillermo, perteneciente á la segundogénita. Su padre, sir John, ejerció el cargo de Archivero Mayor de Irlanda, y se distinguió mucho entre los consejeros privados de aquel reino por su celo en sostener la causa popular á los principios de la lucha entre la Corona y el Parlamento Largo. El Duque de Ormond lo mandó reducir á prisión con tal motivo; pero luego, merced á un canje, recobró la libertad, se trasladó á Inglaterra y tomó asiento en la Cámara de los Comunes en representación del distrito de Chichester. Se adhirió al partido presbiteriano; y como perteneciese á la fracción moderada que, á fines del año 1648, votó en favor de un convenio con el rey Carlos sobre las bases que anteriormente acep-

tó el Príncipe, mereció ser expulsado del Parlamento con sus compañeros de sufragio por el coronel Pride. A pesar de lo cual, sir John debió reconciliarse con los independientes victoriosos, porque ya en 1653 ejercía de nuevo su antiguo cargo en Irlanda.

Sir John tomó por esposa una hermana del célebre Enrique Hammond, sabio y piadoso teólogo, que abrazó el partido realista con celo extraordinario durante la guerra civil, y quedó privado de su oficio eclesiástico á seguida de la victoria del Parlamento. En atención á los quebrantos y daños que sufrió entonces Hammond, mereció después la honra de que la nueva raza de sectarios procedente de Oxford, y que acertó á combinar las peores cualidades del jesuitismo con las más malas del orangismo, lo designara con los títulos de *Hammond, presbítero, doctor y confesor.*

## VII.

Guillermo Temple, hijo mayor de sir John, nació en Londres en 1628: de su tío materno recibió la primera educación; después ingresó como interno en Bishop-Stortford, y á los diez y siete años fué al Colegio Emmanuel, en Cambridge, donde repasaba el célebre Cudworth. Pero los tiempos no eran propicios al estudio, porque la guerra civil llevaba la perturbación á los tranquilos claustros y á los juegos de bolos de Cambridge, y producía grandes trastornos en el gobierno y disciplina de los colegios, distrayendo á los estudiantes y apartándolos de los libros. En el Colegio Emmanuel se olvidó Temple del poco de griego que aportó de Bishop-Stortford,

falta que no repuso nunca; y merece notarse tan insignificante detalle, sólo porque cincuenta años más tarde cometió la increíble locura de oponer su competencia y su autoridad á las de Bentley en asuntos relacionados con la historia y la filosofía helénicas. Por lo demás, tampoco hizo progresos en la filosofía que aún enseñaban los maestros de Cambridge, ni en la nueva fundada por lord Bacon, y, hasta que murió, siempre habló Temple de la primera con ignorante admiración, y de la segunda con no menos ignorante menosprecio.

Cuando hubo pasado en Cambridge dos años, abandonó el colegio sin examinarse, y comenzó á viajar. Era, entonces, Temple, según parece, mozo elegante, de buen trato, fino, sin sólida instrucción, pero adornado de cuantas circunstancias exteriores puede reunir un hombre bien nacido y educado, y propio para lucir en los salones. En materia política, se mostraba siempre partidario del Rey. En punto á principios religiosos, parecia profesar los únicos posibles, supuesta su juventud, la viveza de su ingenio, y la educación desordenada que había recibido; y como, además, no gustaba de reflexionar con madurez, y llegó á causarle tedio la ruda y austera doctrina de los puritanos, y se vió rodeado desde la infancia del tumulto de sectas enemigas, aprendió á despreciarlas todas imparcialmente.

Cuando se dirigía Temple á Francia, conoció en el viaje al hijo é hija de sir Pedro Osborne. El cual era gobernador de Guernesey en nombre de S. M., y sus hijos, como él, ardientes partidarios de la causa monárquica; y como el padre se distrajera, en la posada donde se hallaban en la isla de Wight, en escribir en la ventana de su cuarto el concepto que le merecía el partido imperante, aquella prueba de

mala voluntad valió á todos el ser presos y llevados á la presencia del Gobernador. Fiando entonces la hermana en la cortesía que los hombres bien educados de todos los partidos demuestran, tratándose de señoras, aun en tiempos de agitación, tomó sobre sí la falta cometida, y luego al punto quedó libre con sus compañeros de viaje.

## VIII.

Como es natural, este incidente causó profunda impresión en el ánimo de Temple. Él contaba no más de veinte años, y Dorotea Osborne veintiuno. Dicen que su rostro era hermoso, y en cuanto á las partes del ingenio, de la discreción y de la dulzura propia de su sexo, quedan muchos testimonios fehacientes de que las poseía. Poco tardó Temple, después de este suceso, en hacerle la corte, como en aquel tiempo se decía, y ella en devolverle su afecto; pero aconteció entonces que una serie harto prolongada de dificultades tan insuperables que, á ser novela y no realidad la historia de aquellos amores, hubiera podido su autor sin esfuerzo alguno hacerla llegar al tomo quinto, se opuso á la realización de sus deseos. Al comenzar las relaciones de Temple y de la de Osborne, el padre de Dorotea gobernaba en Guernesey por Carlos, y el de Guillermo era diputado en el Parlamento Largo, y cuando, acabada la guerra, sir Pedro Osborne se retiró á sus estados de Chicksands, siguió siendo lo porvenir para entrambos amantes casi tan triste como lo pasado, porque sir Juan Temple se proponía un casamiento más ventajoso para nuestro Gui-

llermo; y Dorotea, por su parte, se veía rodeada de tantos adoradores que nada hubiera podido envidiar por el número y calidad de ellos á los que acudieron, atraídos de la fama de Porcia, para ponerla cerco en Belmont. El más principal de todos ellos era Enrique Cromwell, quien, si carecía del talento, de la entereza y de la magnanimidad de su ilustre padre, y asimismo de las modestas y tranquilas virtudes de su hermano mayor, acaso fué rival más formidable que lo hubiesen sido su padre ó su hermano en pendencia de amores. Expresando Mistress Hutchinson su modo de pensar acerca de personas graves y respetables por sus años, lo llama «loco, insolente, de malas costumbres y despiadado;» queriendo decir con esto, tal vez, que entre los jóvenes de malas costumbres podía pasar por sujeto de muchas circunstancias y merecimientos. Dorotea gustaba de tener perros de proporciones más formidables que los que solemos ver ahora durmiendo al lado de las chimeneas, y Enrique, al saberlo, le prometió poner en movimiento á todos los funcionarios del gobierno en Dublín para procurarle un lebrel gigantesco de Irlanda. Pero, fuese ó no de su agrado el perro, y aun cuando las atenciones de Cromwell halagaban el amor propio de la dama (1), es lo cierto que triunfó en ella el afecto de la ambición, sin que indique la menor cosa que Dorotea Osborne se arrepintiera nunca de ser fiel á Temple, por más que una carta suya, escrita cuando toda Inglaterra no hablaba sino de la violenta disolución del Parlamento Largo, contuviese las siguientes palabras que rebosan de perdonable vanidad femenil, sobre todo

(1) Entonces no era todavía Oliverio *Protector*, sino *Lord General*.

estando dirigidas al preferido de su corazón: «Muy gran señora podría yo ser, si hubiese tenido el talento de aceptar las ofertas de Enrique Cromwell.»

Mas no era solamente la influencia de los rivales la más temible para Temple, porque los hermanos de su amada gustaban poco de él y lo calificaban á cada paso de aventurero sin principios, sin honor y sin creencias religiosas, y pronto á servir cualquier partido si le reportaba beneficio. No era el retrato fiel; pero así el retrato como la caricatura, conserva siempre líneas y rasgos del modelo; y por eso ninguna de Pitt ni de Fox los representa con traza de esqueleto á éste y de Falstaff á aquél; ni tampoco ningún libelista llamó económico á Sheridan ni pródigo á Marlborough. Fuerza es convenir en que la disposición de ánimo que los panegiristas de Temple revisten con el nombre tan hermoso de indiferencia filosófica, por más natural y propia que pudiese parecer en el hombre de Estado de madura edad y lleno de experiencia, no se acomodaba en el joven, y podía chocar en el seno de una familia dispuesta siempre á combatir ó á padecer cuantas persecuciones son imaginables por su rey desterrado y por su iglesia perseguida. La pobre joven sufría mucho por los cargos que se hacían á su amante; lo defendía con calor cuando no podía él hacerlo, y, á las veces, le daba consejos penetrados de inquieta ternura, y lo tranquilizaba en orden á la confianza que tenía en su honor y en sus virtudes. Cierta ocasión la exasperó tanto uno de sus hermanos, hablando mal de Temple, que «después de haber disputado, como dice Dorotea en una de sus cartas, hasta no poder más,» él renegó de ella, y ella no se arredró por eso.

Durante siete años hubo de sostener Temple tan

difícil empresa. Nos faltan noticias circunstanciadas acerca de lo que hizo por entonces, si bien sabemos que anduvo como peregrino unas veces en Irlanda, otras en el continente y otras en Londres; que aprendió el francés y el castellano, y que distrajo sus ocios escribiendo estudios y novelas, ocupación que, al menos, ofreció la ventaja de formar su estilo. Las muestras que presenta M. Courtenay de aquellas obras de su juventud son muy dignas de ser leídas, y hay un fragmento acerca *Del gusto y de la antipatía*, que sólo puede haberlo escrito quien se halle habituado á reflexionar atentamente respecto de las operaciones de su inteligencia, y que recuerde los mejores pasajes de Montaigne.

Según parece, Temple sostuvo con su amada muy activa correspondencia. Sus cartas no existen, pero sí las de Dorotea, y en la obra de M. Courtenay se contienen bastantes. Duda el biógrafo si sus lectores le perdonarán haber insertado tantas. De nosotros diremos que quisiéramos haber visto doble número de ellas; como que la correspondencia diplomática de aquel tiempo no llega, ni con mucho, en ocasiones, á ofrecer despachos tan dignos de ser leídos como las cartas de Dorotea. Ni tampoco creemos que promontorios de papeles de Estado, si antes no se hace un expurgo discreto en ellos, valgan tanto como las epístolas amorosas que inserta M. Courtenay, por la mucha luz que arrojan sobre asuntos y sucesos pasados. Además, tanta utilidad ofrece saber cómo las jóvenes inglesas empleaban el tiempo hace dos siglos, cuánta era la cultura de su inteligencia, cúyos sus estudios predilectos, de qué libertad gozaban, qué méritos apreciaban más en los hombres y qué pruebas de ternura les consentía dar su delicadeza á sus adoradores predilectos,

que conocer á fondo la cuestión del Franco-Condado ó el tratado de Nimega; pues las relaciones mutuas de ambos sexos, cuando menos, se nos antojan tan interesantes como las relaciones mutuas de dos gobiernos, cualesquiera que sean; y una serie de cartas, escritas por una joven virtuosa, discreta y amable y destinadas únicamente á ser el encanto del corazón de su amante, algo ilustran, al fin, en orden á las relaciones del hombre con la mujer en aquel tiempo, mientras que pueden repasarse, y esto es sabido de cuantos han hecho investigaciones históricas, montañas de legajos de protocolos y despachos sin que den un rayo de luz sobre las relaciones de dos gobiernos.

## IX.

M. Courtenay se anuncia como devotísimo servidor de Dorotea Osborne, y expresa también al propio tiempo la esperanza de que la publicación de sus cartas atraerá ciertamente á su heroína nuevos adoradores. Desde ahora nos consideramos por rivales de M. Courtenay. ¿Cómo no sentirse vencido de aquel peregrino conjunto de perfecciones, y de tanta modestia, generosidad, afección, inteligencia y rectitud de criterio? ¿Cómo no, si hasta sus opiniones monárquicas, con ser profundas, por efecto de la educación que había recibido y del ejemplo de los suyos, no eran exaltadas y aparecían exentas de aspereza y de acritud; y su religión estaba libre de mojigatería, por más que á las veces, dejándose llevar de la devoción, llegase á cometer alguna que otra homilía penetrada de caridad y de amor al pró-

jimo? Y, en efecto, fué Dorotea tan poco melindrosa en punto á severidades místicas, que así gustaba de divertirse honestamente, como de hacer burla de los sermones ridículos que predicaba cierto teólogo de mucha cuenta en la asamblea de Westminster. Demás de esto, hacíala más simpática todavía una cierta propensión á incurrir en coquetismos, perfectamente compatible con el afecto desinteresado y puro, y una manera de inclinación á descubrir defectos en los demás para criticarlos, pero sin malicia ni mala intención. Gustaba de leer, mas no prefería los mismos asuntos que la reina Isabel ó Juana Gray, sino las poesías, por ejemplo, de lord Broghill y de Cowley, algunas *Memorias* francesas recomendadas por Temple, los viajes de Fernando Méndez Pinto, y sobre todo aquellas interminables novelas francesas, cuyo recuerdo se conserva en nuestros tiempos, principalmente por los chistes que se ocurrieron, á propósito de ellas, á Carlota Lennox. Las traducciones de estos libros debieron de hacer reir mucho á Dorotea por lo detestable de su estilo, y más aún siendo el suyo tan fácil y agradable.

Cuando la constancia de los amantes hubo triunfado, al fin, de todos los obstáculos que rivales y parientes podían oponer al logro de sus deseos, ocurrió una desgracia más grande aún. Porque, como enfermara de viruelas la de Osborne, perdió con su estrago hasta el último resto de belleza, quedando completamente desfigurada.

La prueba era terrible para el amante; pero no temible para la amada, porque los galanes de aquel tiempo hacían punto de honra el no renunciar á la dama de sus pensamientos por cosas tales. Y bien será recordar á este propósito lo que mistress Hut-

chinson dice de sí misma en caso análogo, no sin sentir la noble matrona, que á las veces habla cual pudiese haberlo hecho la romana Cornelia, penetrado el corazón de ternura, cuando refiere cómo se casó con su caro coronel al salir de una grave dolencia, y á pesar de que ponía miedo verla á cuantos concurrieron á la ceremonia; «pero Dios, añade la dama no sin cierta vanidad femenil, premió su constancia y su justicia, reponiéndome de allí á poco y quedando tal y como antes.» En cuanto á Guillermo Temple, mostró en aquella ocasión la firmeza y la equidad que hicieron tanto honor al coronel. No se sabe á ciencia cierta cuándo se casaron los amantes; pero M. Courtenay supone que su enlace se verificó á fines de 1654; y desde esa fecha perdemos de vista á Dorotea, y hemos de juzgar de sus relaciones con su marido merced á someras indicaciones que podrían engañarnos fácilmente.

## X.

Temple se trasladó luego á Irlanda, y vivió alternativamente con su padre en Dublín ó en el condado de Carlow.

Comparada con Inglaterra, era entonces Irlanda, sin duda, un lugar de residencia para las personas de la clase rica más agradable que lo había sido antes y está siéndolo después. El talento superior de Cromwell y la energía de su carácter no se manifestaron nunca de una manera más sobresaliente que al tratar de las cuestiones de Irlanda, sin que con esto pretendamos decir que pudiese ni se curase de gobernar bien la isla. Por otra

parte, la rebelión de la raza irlandesa produjo en Inglaterra, como no podía menos de ser, grande antipatía religiosa y nacional contra ella, y no hemos de suponer que Cromwell estuviese tan adelantado á su época que no participase de las ideas dominantes. Y como había vencido á los Irlandeses, y los sentía bajo su mano, y los reputaba por una horda de malhechores y de idólatras á los cuales se trataba con misericordia cuando no se les quitaba la vida, hizo la guerra á los que aun resistían como los Hebreos á los Cananeos, siendo para él Drogheda como Jericó, y Wexford como Aï, otorgando la paz á los restos de aquel pueblo como Israel á los Gabaonitas, y dejándolos reducidos á cortar leña y llevar agua para ganar el sustento necesario. Bueno ó malo, el Protector no podía menos de ser grande, y si en circunstancias favorables hubiese tenido en él Irlanda un dueño justo y bienhechor, tuvo un tirano por la fuerza misma de las cosas; pero no mezquino, ruin, enojoso como los que por espacio de tantos años fue ron su vergüenza y su castigo, sino es uno de esos tiranos terribles que aparecen á las veces y á largos intervalos en la tierra con la misión de acabar y destruir cuanto existe, y de renovarlo y transformarlo. Y como no era hombre Cromwell á quien dejasen satisfecho las obras á medio hacer, ni los insultos necios, ni las concesiones forzosas, el predominio protestante no fué nunca en sus manos predominio de cintas, de violines, de estatuas y de procesiones. Ni menos hubiera imaginado jamás abolir el Código penal, ni privar á los católicos del derecho electoral, ni otorgárselo y excluirlos del Parlamento, ni admitirlos en el Parlamento y excluirlos de participar completa y abso-

lutamente de todos los beneficios de la sociedad y del gobierno. Nada era más opuesto á la firmeza de su espíritu y á su carácter dominante como la persecución mezquina, porque si sabía tolerar, sabía también destruir. Su administración de Irlanda se inspiró, se condujo y se organizó enteramente de conformidad con lo que llamamos en nuestros días los principios orangistas, y fué consecuente, hábil, enérgica é inflexible, y llegó hasta las últimas consecuencias de sus principios; pudiendo afirmarse que, de continuar, habría producido el resultado propuesto, esto es, la descomposición y la renovación completa de la sociedad; que Cromwell aspiraba en aquella parte del país á un gran fin, claramente definido, á saber: desnaturalizar, por decirlo así, á Irlanda, tornándola de todo en todo inglesa, y haciendo de ella un condado como los de York ó de Norfolk. Hallábase á la razón Irlanda tan despoblada, que no era imposible de realizar este proyecto, y si bien se examina, se verá que á perseverar durante medio siglo la política iniciada por Cromwell, se habría completado su obra; como que bajo su gobierno era continua y considerable la emigración de Inglaterra á Irlanda, mientras que ahora sucede lo contrario; que la corriente de población era tan fuerte como la que va en estos momentos (1838) del Massachussetts y del Connecticut á los Estados de más allá del Ohío, y que la raza primitiva se veía rechazada por la vanguardia de los nuevos pobladores anglo-sajones, que proseguían su camino sin detenerse, como rechazan al presente los colonos de raza blanca á los Indios de América ó á las tribus del Africa Meridional. Con esto queda dicho que los terribles fenómenos que se producen casi siempre simultáneamente con

el establecimiento de colonias civilizadas en pueblos salvajes y que sólo conocen las naciones europeas por lejanos y dolorosos rumores, se verificaban diariamente á la vista de los contemporáneos de Cromwell; como que las palabras *extirpación* y *destrucción* estaban á cada paso en los labios y en el corazón siempre de cuantos Ingleses acudían á establecerse á los condados de Munster y de Leinster, si bien tan sangrientas palabras acaso contuvieran más misericordia en su misma crueldad que frases infinitamente benignas y suaves que después sancionaron las universidades y acogieron con aplauso los Parlamentos. Porque más caritativo es, en efecto, exterminar de una vez cien mil hombres y reemplazarlos con un pueblo bien gobernado, que gobernar mal millones de hombres durante prolongada serie de generaciones; y es más fácil perdonar crueldades horribles cometidas con un propósito grande, que una serie interminable de vejaciones y de actos de mezquina tiranía cometidos sin fin práctico ninguno.

Irlanda se hacía inglesa por tal modo. La civilización y la riqueza progresaban rápidamente al propio tiempo en casi todas las partes de la isla. Lord Clarendon, hostil á cuanto Cromwell ponía en ejecución, describe así los efectos de aquel despotismo de hierro: «Lo más maravilloso es que todo esto se verificó en dos años próximamente, y con tanta perfección que hasta se construyeron muchos edificios de utilidad y ornato público; que se hicieron plantaciones de árboles en grande escala con método y regularidad; que se establecieron en el reino veredas y cercas; que se compraban las tierras á precio muy alto; que se fijaban viudedades en los contratos matrimoniales; que se verificaban los de-

más pactos y trasferencias como en plena paz y cual si nadie creyera que pudiese ocurrir en lo futuro la menor duda en orden á la validez de lo estipulado, ni de los títulos que á ser necesario se adujeran.»

## XI.

El juicio que Temple formó sobre los asuntos de Irlanda no fué otro que el de cualquier colono ó de cualquier individuo de la casta dominante, inquietándose tan poco del bienestar de los antiguos pobladores celtas, como un inglés que labra tierras en las riberas del Swan se preocupa de los nuevos holandeses, ó de los cafres un *boer* holandés del Cabo, porque los años que pasó allí, precisamente cuando se hallaba en pleno desarrollo el sistema de Cromwell, los llama «de mucho contento para él.» Ni podía menos de ser así, puesto que la agricultura, la jardinería, los asuntos del Condado, y estudios más recreativos que profundos, absorbían el tiempo de que podía disponer, no quedándole un instante para pensar en política interior. Mucho tiempo después atribuyó su actitud pasiva de aquella época, no á la indiferencia, sino al apego que tuvo siempre á la Constitución antigua, que no «le consentía consagrarse á los negocios públicos hasta que se pusiera expedito y franco el camino para la feliz restauración del Monarca.» Por lo demás, no parece que le ofreciesen cargo ni empleo alguno; pero si en efecto llegó á rehusarlos, puédese muy bien decir, sin faltar mucho á la caridad, que antes lo hizo por no correr ningún riesgo aceptándolos,

regla de prudencia de la cual no se apartó nunca, que por ser fiel á la causa realista.

En 1660 inauguró su vida pública tomando asiento en la Convención que los jefes del ejército de Irlanda congregaron en Dublín, en medio del trastorno y desconcierto general que precedió al restablecimiento de la monarquía. Después de la llegada del Rey, hubo convocatoria de Parlamento irlandés, y Temple volvió á pertenecer á él con la representación del condado de Carlow. Carecemos de noticias detalladas respecto de su conducta en aquellas circunstancias; pero sabemos en general, y no es difícil creerlo, que demostró mucha templanza en el desempeño de su cargo, y grande aptitud para los negocios públicos; siendo probable que se distinguiese asimismo en las discusiones, porque algunos años después recordó á este propósito que sus amigos de Irlanda decían siempre que su principal talento consistía en eso.

En mayo de 1663 se suspendieron las sesiones del Parlamento irlandés, y Temple fué á Inglaterra, entonces, con su mujer. Tenía próximamente á la sazón quinientas libras esterlinas de renta, lo cual bastaba en aquel tiempo para ocurrir á las necesidades de una familia que viviese desahogadamente y no recluída en el hogar doméstico. Así pasó dos años en Londres, descansando y disfrutando, cosas ambas que se avinieron siempre á maravilla con su carácter.

No por eso se olvidó de sus intereses. Había traído de Irlanda cartas de recomendación del Duque de Ormond, lugarteniente de aquel reino, para lord Clarendon y Enrique Bennet, lord Arlington, secretario de Estado. Clarendon dirigía la política; pero su influencia declinaba de una manera visible, y era

evidente que iría declinando más y más hasta extinguirse del todo. Un observador menos perspicaz que lo fué Temple, hubiera podido fácilmente darse cuenta de que pertenecía el Canciller á otros tiempos, que representaba una sociedad que no existía ya, que su concepto de las cosas era equivocado, y sus vicios y sus virtudes pasados de moda. Ni tampoco podía ser de otra manera, porque su largo destierro lo formó extranjero en su patria, y su espíritu, enconado por la lucha y los sufrimientos personales, era entónces más opuesto á seguir una línea de conducta tolerante y popular que lo fué á los comienzos de la guerra civil; como que echaba de menos actos de tiranía propios del antiguo Whitehall y del santo Rey que mandaba confiscar los bienes de sus vasallos cuando así era su voluntad, ó cortarles las orejas, dejando, empero, tranquilas y sin menoscabo alguno á sus esposas é hijas; pero que no se avenía ni con el harén palatino de S. M., ni sin la Cámara estrellada. Por tal modo se hizo cada día más odioso al Soberano, que prefirió siempre la satisfacción de sus caprichos á la regia prerrogativa, y al pueblo que, de los dos males, prefirió siempre los escándalos cortesanos al peligro de sus libertades; acabando de esta suerte por ser más aborrecido en la casa real que su mayor enemigo, y en el Parlamento más que ningún zurcidor de voluntades al servicio del Monarca.

## XII.

Poco probable parece que sir Guillermo Temple, que profesaba el principio de no lastimar nunca las susceptibilidades de ningún partido político, fuese

á ligar el porvenir de su vida en aquel punto á la mala ventura de un Ministro que había pasado la existencia en perpetua querella con todos los partidos, y menos aún cuando lord Arlington, cuya influencia iba en aumento, mientras que la de Clarendon iba en descenso, era el protector más indicado á quien pudiese acudir un joven aventurero, con ser Arlington hombre no nada virtuoso ni tampoco de mucha ilustración y claridad de ingenio, sino que debía su encumbramiento á merecimientos superficiales, al acaso y á las circunstancias de la sociedad en que vivía. Cierto es que su porte y sus modales, dignos y severos, cosas ambas que adquirió en España, dieron ocasión con harta frecuencia en la corte á las burlas de los insulsos que tomaban las costumbres de París y Versalles como tipos de perfecta cortesía; mas también que influían grandemente y producían la más favorable impresión en el ánimo del pueblo, que infería de ellas su prudencia y su sagacidad en negocios de Estado. Y como en aquellos momentos en los cuales hubiera sido fuera de propósito la solemnidad ceremoniosa del Escorial, sabía darle de lado sin esfuerzo, y conversaba con extraordinaria donosura y animación, acontecía que, mientras comentaba la muchedumbre «las apariencias circunspectas de Arlington» (1), sus chanzas y sus chistes le abrían de par en par las puertas del gabinete de S. M.; dándose muchas veces el caso de que, al propio tiempo, Buckingham, para divertir á Mistress Stuart, remedaba en la antecámara la seriedad y el porte del Secretario de Estado, y éste, á su vez, á presencia del Monarca,

(1) Uno de los mejores poemas de la época dice que todo esto era fingido en lord Arlington.

los graves consejos de Clarendon, con tanta vis cómica, que á Carlos se le saltaban las lágrimas de risa y al Canciller de mal comprimido enojo. Acaso no se vió nunca hombre cuyo modo de ser produjera en las gentes tan opuestas impresiones: el Conde de Hamilton, por ejemplo, lo califica de asno sesudo, y añade que llegó á secretario de Estado por obra de su aspecto misterioso y de sus aires de importancia; y Clarendon lo describe, diciendo «que su principal talento consistía en saber burlarse de los demás, y que al Rey gustaba del trato de Bennet (1) á causa del gracejo de su conversación;» siendo lo más probable que á falta de las grandes cualidades propias de un Ministro, poseyera en grado eminente la facultad de cautivar á todo el mundo con las apariencias. Pero, sea de esto lo que quiera, es lo cierto que Bennet ofrecía dos aspectos: serio, grave y preocupado el uno, para el vulgo, cuyo respeto buscaba por tal modo; alegre, decidor, jocoso el otro, para el Soberano, que se hallaba íntimamente persuadido de que tanto mejor servían á un príncipe los suyos, cuanto lo divertían más; y que estos dos aspectos fueron dos máscaras que usó, según el caso, y que arrojó lejos de sí cuando le hubieron servido. Mucho tiempo después, cuando se hubo retirado el de Arlington de los negocios públicos, recogiéndose á su quinta de recreo, en las tierras de Suffolk, para disfrutar de la caza y de la pesca, departió frecuentemente con Evelyn, y éste, que fué muy perito y sagaz en el trato de gentes, lo tuvo por persona de modales distinguidísimos y de mucho talento para la conversación.

---

(1) Apellido del de Arlington.

Lord Clarendon, que á fuer de altivo y dominante por naturaleza, y agriado además por las enfermedades, sólo fiaba en sus servicios y talento y nada en nuevas alianzas, parecía mirar con cierta complacencia el olvido en que tenía y el desdén con que trataba y los agravios que hacía de propósito á todos los hombres de valer que iban saliendo en el reino, y sus relaciones sociales y políticas se limitaban casi exclusivamente al círculo, cada día más estrecho, de los antiguos caballeros que fueron amigos de su juventud ó compañeros de su destierro. Arlington, por el contrario, iba por todas partes buscando adeptos, y ganándolos de tal suerte, que puede muy bien decirse de él, sin exageración, que ninguno reunía más parciales ni se desvivía más tampoco en servirlos, viniendo á ser una manera de costumbre suya la de adelantar y medrar á sus parciales hasta encumbrarlos y ponerlos á grande altura para después lamentarse amargamente de la ingratitud de cuantos no querían seguir siempre uncidos á su carro. Así fué como rompió con dos tesoreros, Giffard y Danby, uno en pos de otro. Temple se filió bajo la bandera de lord Arlington, y no se mostró avaro, sino pródigo de ardientes protestas de afecto, y acaso y sin acaso, aunque sea doloroso decirlo, de grosera y servil adulación. Excusado es añadir que tardó poco en recoger la recompensa de sus lisonjas.

## XIII.

Hallábase á la sazón Inglaterra, respecto de las naciones extranjeras, en caso muy diferente del en que la vieron todos los gobiernos y pueblos del

mundo mientras duró la brillante administración del Protector. Estaba en guerra con las Provincias Unidas, gobernadas entonces por el gran pensionado Juan de Witt, revestido de poderes casi reales, y aun cuando nunca hubo guerra que más costase al Erario público, tampoco la hubo nunca peor ni tan flojamente dirigida. La Francia hizo suyos los intereses de los Estados generales; Dinamarca parecía propicia á imitar la conducta de la Francia, y España, indignada con los estrechos vínculos políticos y matrimoniales que había formado Carlos con la casa de Braganza, no se mostraba propicia en modo alguno á favorecerla. Por otra parte, la gran peste de Londres paralizó el comercio, dispersó á los Ministros y á los grandes personajes, inmovilizó todas las ramas del servicio público, y acrecentó por modo extraordinario el descontento producido ya por el mal gobierno en la nación entera. Para contrarrestar estos males y daños, sólo un aliado tenía la Inglaterra en el continente, siendo éste el Obispo de Munster, prelado inquieto y ambicioso, educado para la carrera de las armas, y que seguía siendo soldado bajo la cogulla con todas las pasiones y gustos propios del oficio. Y como aborrecía el Obispo á los Holandeses, que hubieron de intervenir cierta ocasión en los negocios de su sede, y quería tomar venganza de ellos, se propuso exponer su pequeño territorio por tal de lograrla, y al efecto, despachó á Londres un singularísimo embajador en la persona de un fraile benedictino que hablaba muy mal el inglés y «parecía, en la traza, un carretero,» según lord Clarendon, el cual traía una carta del de Munster, ofreciendo atacar la Holanda por tierra. Los Ministros ingleses aceptaron gustosos la proposición, y prometieron auxiliar con quinien-

tos mil rixdalers á su nuevo aliado. Entonces acordaron enviar un agente inglés á Munster, y el de Arlington, de quien dependía el nombramiento, designó á Temple para el cargo.

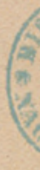
Sir Guillermo vino en ello y lo desempeñó á satisfacción de su protector, si bien aquel negocio no dió el menor resultado, porque al saber el Obispo que la Francia se aliaba con la Holanda, se dió prisa, no sin recaudar el primer plazo del subsidio inglés, á suscribir una paz separada. Años después, cuando Temple recordaba satisfecho esta parte de su vida diplomática, excusaba el haber emprendido una negociación tan malograda, diciendo que era jóven é inexperto en los negocios políticos. A decir verdad, no podían ser la situación y el caso menos ocasionados á poner de relieve las aptitudes y circunstancias que poseía para la diplomacia. Demás de esto, no sabía el alemán, ni tampoco era fácil que adoptase las costumbres de aquel pueblo, entre otras, la de beber mucho; pero, aun cuando sólo á este precio tuviese probabilidades de salir airoso y de hacer buen papel en la sociedad westfaliense, lord Arlington quedó tan satisfecho de su conducta que le obtuvo la merced de un título de baronet, y le nombró residente en la corte del Virrey de Bruselas.

## XIV.

A decir verdad, Bruselas convenía infinitamente más á sir Guillermo que no los palacios de los príncipes bebedores y venatórios de Alemania; como que aquel punto podía reputarse por ser uno de los observatorios políticos de mayor importancia para

un diplomático, en razón á estar situado en una gran potencia neutral, entre dos grandes potencias en guerra con los Ingleses. En esta escuela, excelente bajo todos aspectos, tardó poco en ser el negociador más perfecto y hábil de su tiempo.

Sin embargo, el Gobierno de Carlos había sufrido una serie de humillaciones y desastres; y como las extravagancias de la Corte disiparon cuanto el Parlamento concedió antes para sostener la guerra ofensiva, decidió limitarse á la defensiva, si bien aun para esto, y con ser de grande importancia los recursos de Inglaterra, sucedió que resultaron insuficientes, por estar en manos de malversadores y de locos. Así fué que los Holandeses insultaron el pabellón inglés en las costas de la Gran Bretaña, remontaron el Támesis, tomaron á Sheerness, y llevaron el estrago de sus armas hasta Chatham, incendiando los buques surtos en el río. Cuando se vió en Londres el fuego de Chatham, hubo un pánico y se dijo que los enemigos estaban en Gravesend, y no faltaron militares que propusieran abandonar la Torre: ¡á tan alto grado de ignominia y de pusilanimidad redujo la mala gobernación al pueblo pocos años antes victorioso y altivo que imponía su voluntad á Mazarino, á los Estados generales y al Papa. Entonces fué cuando, humillado por los desastres de la guerra y temeroso de la justa cólera del Parlamento, se apresuró el Ministerio inglés á concertar la paz con Holanda y Francia.



## XV.

Con esto cambió la decoración. Hacía ya tiempo que los hombres advertidos comprendían que Inglaterra y Holanda estaban amenazadas de un peligro común más terrible que cuantos pudieron hasta entonces arrostrar y temer una de otra. Y no procedía este peligro ciertamente del antiguo enemigo de su independencia y de su religión, porque ya no empuñaba España el cetro del mundo; que aquel antes poderoso imperio, en cuyas inmensas posesiones nunca se ponía el sol, que holló las libertades de Alemania y de Italia, que pobló á París con sus ejércitos y cubrió con sus naves las mares británicas, estaba en aquellos momentos á merced de los conquistadores, y la Europa veía temerosa el rápido acrecentamiento de nueva y más formidable potencia. Pues si al considerar la España sólo se descubría en ella pobreza y debilidad mal disimuladas á vueltas del orgullo nacional, y dominios inconmensurables tanto más tentadores cuanto menos resistencia podían oponer á las agresiones, y un tesoro exhausto, y un pueblo indolente, y un rey niño en el trono, y bandos enemigos en el Consejo, y Ministros atentos á su provecho únicamente, y soldados temibles no más que á sus compatriotas; al considerar la Francia se veía un territorio dilatado y compacto, suelo feraz y rico, céntricamente colocado, un pueblo atrevido, inteligente y activo, rentas cuantiosas, ejército considerable y disciplinado, y un Príncipe diligente y ambicioso, en la flor de la vida, con generales de incompara-

ble habilidad. Con estos elementos, solamente la energía, la unión y la sagacidad de los vecinos de Luis XIV podían ser eficaces al fracaso de sus planes; y si hasta entonces la energía y la sagacidad habían tenido su natural asiento en los Consejos de la Holanda, en cambio no había ni apariencia de unión en Europa: la independencia de Portugal separaba la Inglaterra de la España, y odios antiguos y hostilidades recientes, y ambiciones marítimas y competencias comerciales separaban también no menos eficazmente la Inglaterra de las Provincias Unidas.

La idea constante de Luis XIV, desde los principios hasta las postrimerías de su reinado, fué apoderarse de tan dilatadas y valiosas provincias, contiguas á la frontera oriental de Francia y poseídas por España. Antes de concluirse el tratado de Breda, las invadió; y como no halló casi resistencia, prosiguió su conquista sin descanso, tomando una tras otra sus fortalezas, y amenazando caer sobre Bruselas. Cuando llegó á ser el peligro inminente, sir Guillermo Temple dispuso que volviesen á Inglaterra su mujer y sus hijos, y quedó sólo en su residencia con su hermana, lady Giffard, que vivía con él hacía tiempo y que parece haber representado en la familia de nuestro diplomático papel más importante que no su esposa.

Con ansiedad creciente veía Juan de Witt los progresos que realizaban los ejércitos franceses; pero no podía la Holanda por sí sola salvar á Flandes, y la dificultad de formar una gran coalición para conseguirlo parecía punto menos que insuperable á todos. Cierto es que Luis XIV, aparentando moderación, se mostraba dispuesto á entablar negociaciones con España que diesen por resultado

un convenio; mas también puede creerse que fueran sus palabras encaminadas á calmar la zozobra de las potencias vecinas, y que debieran éstas esperar ver subir de punto las pretensiones del Francés á medida que su posición fuese haciéndose más ventajosa y fuerte.

## XVI.

Tal era el estado de los negocios públicos cuando sir Guillermo Temple obtuvo autorización del Gobierno inglés para viajar de incógnito por Holanda, y se dirigió entonces al Haya en compañía de su hermana, lady Giffard. No estaba encargado de ninguna misión diplomática; pero se hizo presentar á M. de Witt, el cual lo recibió con agasajo y oyó estas palabras de sus lábios: «Mi único propósito en esta ocasión es ver cuanto hay de más noble en vuestra patria, y no habría conseguido el objeto de mi viaje si regresara de él sin visitaros.» Juan de Witt, que tenía elevadísimo concepto de su interlocutor, quedó prendado de su cortesía, y le contestó en términos tan afectuosos que sirvieron á echar las bases de grande intimidad entre ambos personajes; y desde aquel punto los dos discutieron tranquilamente acerca de las razones que apartaron la Inglaterra de la Holanda, felicitándose mutuamente de la paz, y tratando de los nuevos peligros que amenazaban á la Europa. Como sir Guillermo Temple carecía de facultades para decir la menor cosa en nombre de su Gobierno, hubo de hablar con mucha reserva; en cambio, M. de Witt, que personificaba el Gobierno de Holanda, pudo expresarse con entera

franqueza, y manifestó sin ambajes al diplomático inglés cuánto deseaba una coalición general para proteger á Flandes. La sencillez y la franqueza de Witt sorprendieron por tal modo á Temple, acostumbrado á la pedantesca solemnidad de su protector el Secretario de Estado, y á las habilidades y amaños que pasaban entonces por grandes proezas diplomáticas entre los hombres políticos españoles residentes en Bruselas, que, al escribir á lord Arlington dándole cuenta de aquellas vistas, le dijo: «Los que tratan con M. de Witt deben observar con él la misma conducta franca y leal que él se traza en sus negociaciones, sin exagerar, ni desfigurar, ni ofrecer la sombra por el cuerpo.» No sorprendió menos á Temple que la conversación de Witt, su modesta vivienda y su mesa frugal por extremo, siendo el primer ciudadano de la nación más rica del mundo; como que mientras lord Clarendon hacía en Londres prodigios de magnificencia en su palacio, más suntuoso que el de su Soberano, y que lord Arlington prodigaba sus mal adquiridas riquezas en cacerías, en jardines poblados de naranjos y en los inmensos invernáculos de Euston, el grande hombre de Estado que hizo fracasar todos sus proyectos de conquistas, y cuyos cañones se acercaron á Whitehall y lo estremecieron con su estruendo, sólo tenía un sirviente, vestía con sencillez extremada, iba siempre á pie, y sólo usaba carruaje cuando la ceremonia del caso lo requería.

Envió Temple una relación detallada de su entrevista con Juan de Witt al de Arlington, el cual desde la caída del Canciller compartía con el Duque de Buckingham la conducta general de los negocios; pero no se mostró dispuesto su jefe inmediato á satisfacer los deseos del Ministro de Holanda, si bien,

á decir verdad, estaba pronto, lo propio que su Soberano, como lo demostró el suceso años después, á pagar á cualquier precio los medios de gobernar la Inglaterra por modo detestable, abandonando á la Francia, no sólo Flandes, sino todo el continente. Mas sir Guillermo Temple, que veía con claridad que ya era llegada la hora, por obra del acaso, de avenir la Inglaterra con la Holanda, y al rey Carlos con el Parlamento, de dificultar los movimientos de Luis XIV contrariando sus progresos, de que se olvidaran las vergüenzas é ignominias de las últimas guerras, y de que su patria reconquistara el rango que tuvo en Europa bajo el gobierno de Cromwell, insistió una y otra vez en lo ya expuesto anteriormente. Fueron por algún tiempo ambiguas y frías las respuestas del de Arlington; pero los acontecimientos que siguieron á la reunión de las Cámaras, el otoño de 1667, mudaron por completo su modo de pensar en orden á los negocios de Holanda; como que los ánimos estaban mal avenidos con el Gobierno, y el disgusto era profundo y general, y la administración en todas sus esferas blanco de los mayores ataques. Y aun cuando el Monarca y sus Ministros trabajaban con éxito por atribuir á Clarendon la responsabilidad de las faltas pasadas, y la Cámara estuviese propicia entonces á designar al ex-canciller por su primera víctima, no se veía claro si con su sacrificio quedaría satisfecha. Desde luego se antojaba que no, al considerar la rudeza de los ataques dirigidos en el curso de los debates contra el Secretario de Estado. De todos modos, es lo cierto que una de las votaciones que recayeron en la Cámara de los Comunes contra Clarendon implicó la censura de la política del Gobierno, por estimarla demasiado favorable á Francia los representantes

del país, y que con esto parecieron comprender los Ministros que si había de aprovechar al Gabinete la caída del Canciller, era necesario que abandonase de todo en todo el sistema que pasaba por suyo, y que se atrajera la confianza de la nación por medio de algún acuerdo en gran modo popular. Por nuestra parte no dudamos de que la mudanza sobrevenida por aquel tiempo en la conducta de Inglaterra debe de atribuirse principalmente á las causas indicadas. A consecuencia de esto recibió Temple, en diciembre de 1667, un despacho con instrucciones de la mayor importancia, en el cual se aprobaba la línea de conducta que aconsejó siempre con tanto empeño á su Gobierno, y se le decía que visitase lo antes posible á M. de Witt para saber si estaban dispuestos los Estados á entrar en una alianza ofensiva y defensiva con Inglaterra contra los proyectos de Francia. Sir Guillermo Temple salió entonces con su hermana para el Haya sin perder momento, y sometió las proposiciones de su Gobierno al gran Pensionista. Acogiólas el Holandés y las contestó con su rectitud característica, manifestando á Temple que se hallaba dispuesto á suscribir una alianza defensiva, pero que siendo principio fundamental de la política extranjera de los Estados no entrar nunca en ligas ofensivas bajo ningún pretexto, á eso no podía deferir. Portador de esta respuesta fué á Londres precipitadamente nuestro diplomático, y en audiencia del Rey le refirió cuanto había pasado entre Juan de Witt y él, trabajó para destruir el mal concepto que se tenía en la corte de Inglaterra del gran Pensionista, y logró al cabo ver coronados sus esfuerzos del éxito más completo; como que la noche del 1.° de enero de 1668 reunió S. M. el Consejo y declaró el pro-

pósito en que estaba de aliarse con los Holandeses, bajo las cláusulas propuestas por ellos. Acompañado de su infatigable hermana volvió al Haya sir Guillermo Temple, no sin verse á punto de perecer en el camino á causa de una violenta tempestad.

En esta como en todas las demás circunstancias sucesivas fueron por extremo francas y abiertas las relaciones de Juan de Witt y sir Guillermo Temple. En su primera entrevista, después del viaje á Londres, comenzó Temple por recapitular cuanto había pasado entre ellos en la última conferencia que celebraron; y M. de Witt, cuyo rostro era tan franco y leal como su lengua, mostraba el asentimiento con que le oía, felicitándolo por su buena memoria cuando hubo terminado, y dándole gracias por emplear con él procederes de tanta rectitud y sinceridad. Temple dijo entonces al gran Pensionista que su Soberano estaba dispuesto á convenir en lo de la alianza defensiva, y Juan de Witt, que no esperaba una resolución tan pronta, no pudo disimular su sorpresa ni su contento, quedando convenido sin más tardanza que la Inglaterra y la Holanda se unirían para obligar al Francés á contentarse con el compromiso que había ofrecido poco antes. Pero los dos hombres de Estado no se dieron por satisfechos con esto, sino que pretendieron empeñar á otro Gobierno en la liga. Y como las victorias de Gustavo Adolfo y de Torstenson, y los talentos políticos de Oxenstiern habían conquistado á la Suecia una situación envidiable y muy superior á la que le correspondía por su importancia real y verdadera, y además la temían mucho los príncipes de la Alemania septentrional, Temple y Witt convinieron en que si podían persuadirla y hacerla entrar en la alianza, «el obstáculo que opondrían las tres sería

de tanta magnitud, que la Francia no daría un paso más adelante.»

Aquella misma noche puso Temple en ejecución su pensamiento, presentándose en casa del Conde Dona, ministro de Suecia en el Haya, abordando el asunto sin preámbulos, y explicándoselo todo con el aire de franqueza y de buen humor que tanto contribuyó muchas veces á que se acogieran con agrado sus proposiciones diplomáticas. El Sueco quedó con esto halagado por extremo y satisfecho; y como sus poderes no le autorizaban para intervenir en un tratado de tanta importancia, se limitó á decir que tal vez accediese su Gobierno á entrar en la liga, y á instar vivamente á Juan de Witt y á sir Guillermo Temple á que no dejasen el asunto de la mano. La marcha ordinaria de los negocios públicos en Holanda era más lenta de lo que convenía en aquellas circunstancias, y Juan de Witt parecía tener cierto escrúpulo en violar las reglas establecidas; pero la impaciencia y el acierto de Temple vencieron todas las dificultades, logrando que los Estados generales tomaran sobre sí la responsabilidad de redactar el tratado con prontitud nunca vista en la Confederación y hasta en desacuerdo con sus leyes fundamentales. Pero el estado de la opinión pública era tal en todas las provincias, que no sólo perdonó la irregularidad cometida, sino que aplaudió lo hecho, y cuando se terminó el tratado y quedó revestido de las firmas de los plenipotenciarios, los de Holanda estrecharon en sus brazos al Inglés, dirigiéndole las palabras más afectuosas. «En Breda, prorrumpió entonces Temple, nos abrazamos como amigos; aquí nos abrazamos como hermanos.»

Cinco días duró tan memorable negociación.

Juan de Witt felicitó á Temple con este motivo por haber logrado en tan corto espacio de tiempo lo que hubiera exigido meses á cargo de otro menos diligente y hábil. Por su parte Guillermo Temple habla en sus despachos de Juan de Witt con el mayor elogio: «Debo añadir esto, haciendo justicia, no más, á M. de Witt, á saber: que lo he visto siempre, mientras han durado las negociaciones, lleno de lealtad, de franqueza y de patriotismo, aun cuando á veces se haya mostrado intransigente, sobre todo en aquello que, á su parecer, pudiese reportar algún provecho á su país. Sin embargo, estoy contento de él, y en lo tocante á su habilidad, tengo la certidumbre de que nadie le aventajó nunca. De cinco días á esta parte no hemos tenido él ni yo un solo momento de reposo.»

De allí á poco entró Suecia en la liga que desde aquel punto se designa en la historia con el nombre de *Triple Alianza*, y que dió por resultado la paz general, no sin cierta mortificación y evidentes señales de disgusto por parte de Francia.

## XVII.

Puédese considerar la Triple Alianza bajo dos aspectos: el de la política exterior, y el de la política interior, mereciendo en ambos casos, á nuestro parecer, las alabanzas que se le han tributado.

El erudito y discreto doctor Lingard, por efecto acaso de haber adoptado como regla fundamental de sus juicios la idea de que no puede ser exacta en ningún caso la opinión popular tratándose de asuntos históricos, habla con mucho desprecio de

tan famoso tratado, y M. Courtenay, que no tiene por sir Guillermo Temple la profunda veneración que sienten generalmente los biógrafos, ha hecho, á nuestro parecer, hartas concesiones á la opinión del Dr. Lingard.

El cual razona de esta suerte: Si la Triple Alianza obligó tan solo á Luis XIV á suscribir la paz bajo las condiciones que propuso él mismo antes de verificarse la liga, ¿cómo decir que la liga contuvo al Rey de Francia en la prosecución de sus designios y defendió la Europa de su ambición?—El razonamiento, como se ve, carece de todo en todo de fuerza, á no suponer que Luis XIV se hubiera creído, aun en el caso de no realizarse la liga, obligado por sus anteriores proposiciones. Pero si el doctor Lingard estima razonable la suposición, puédesele contestar con sir H. Western, cuando decía: «En verdad que harías, caro hermano mío, un famoso plenipotenciario para negociar con los Franceses, porque no tardarían mucho en convencerte de que conquistan ciudades por principio defensivo.» En cuanto á nosotros, creemos que Luis XIV formuló sus proposiciones para evitar algo parecido á la Triple Alianza, y que no persistió en ellas sino á causa de esta alianza; como que se negó á consentir un armisticio, tomó las disposiciones necesarias para la campaña de invierno, y durante los días que sir Guillermo Temple y los Estados invirtieron en redactar y concluir el tratado en el Haya, las tropas francesas atacaron el Franco-Condado, y quedó conquistada la provincia entera en tres semanas. Luis XIV hubo entonces de soltar su presa. ¿Quién le obligó á ello? ¿Acaso porque le pareció de poca importancia? ¿Tal vez porque la anexión del Franco-Condado á su reino contrariaba uno de los

proyectos favoritos de su vida? ¿Quizás lo contuvo el respeto á su palabra? ¿Estimó que se hallaba obligado en aquella ocasión, única de su vida, cuando en ninguna otra, durante su reinado, mostró el menor respeto hacia las más solemnes obligaciones de la fe pública, y violó, así el tratado de los Pirineos, como el de Aquisgram, y el de Nimega, y el de Partición, y el de Utrech? ¿Quién, conociendo su carácter y su política, dudaría un momento de que sus pretensiones habrían subido de punto á no contenerlo las potencias vecinas? ¿Qué se propuso Luis XIV? Lisa y llanamente quiso apoderarse del Franco-Condado. ¿Por qué lo cedió? Lisa y llanamente, como lo entendió entonces la Europa entera, por temor á la Triple Alianza.

Aun suponiendo que la famosa liga no haya sido parte á detener á Luis XIV, siempre resulta que, á la sazón y mucho tiempo después, así en Francia como en todo el mundo, se creyó en la eficacia de la Triple Alianza para contenerlo, y que, por consiguiente, merced á ella, consiguió sir Guillermo Temple acrecentar el prestigio de su patria y mermar el de una potencia rival. En vano será consultar documentos y papeles, archivos y bibliotecas, y hacer largas y profundas disquisiciones acerca del asunto para descubrir un dato que pueda informar en contrario de estos hechos, á saber: que la Europa creyó enfrenada á la Francia por las tres potencias, y que la Inglaterra, que pocos meses antes aparecía ser la última de las naciones, que se vió en el duro trance de abandonar sus propias aguas y no pudo defender la embocadura de sus ríos, reconquistó en la opinión de sus vecinos un lugar casi tan elevado como el que ocupaba en tiempos de Isabel ó de Cromwell; y que esta mudanza se

produjo en cinco días, merced á la conducta resuelta y prudente de Guillermo Temple, sin disparar un tiró; éxito que nadie podrá negar á la Triple Alianza, la cual, aun cuando nada más hubiera realizado, merece por tanto ser reputada de obra maestra de la diplomacia.

Demás de esto, y si se considera el tratado bajo el punto de vista de la política interior, parece asimismo digno de aplauso, porque sirvió para calmar el descontento de la opinión pública y para reconciliar al Soberano con los súbditos, que habían llegado, por obra de su deplorable administración, á tener vergüenza de él y de sí propios; pudiendo añadirse que, cuando menos, fué la Triple Alianza, en sus efectos dentro del país, en cierto modo y hasta cierto punto, prenda segura de buen gobierno.

Ni tampoco podía menos de ser así, porque á la sazón estaban íntimamente unidas á la política interior las relaciones con el extranjero, viniendo á ser para Inglaterra, desde la Restauración hasta el advenimiento de la casa de Hannover, la Holanda y la Francia lo propio que el caballero de la derecha y el de la izquierda para el feroz cazador de la hermosa balada de Bürger, esto es, el buen consejero y el malo, el ángel de la luz y el de las tinieblas; como que la influencia preponderante de la Francia implicaba por manera inevitable la preponderancia de la tiranía en los asuntos interiores, y la de la Holanda la de la libertad política y de la recíproca tolerancia entre las sectas protestantes. Y aun cuando al firmarse la Triple Alianza era imposible prever la funesta y degradante influencia que Luis XIV podría ejercer andando el tiempo en los consejos de la Corona de Inglaterra, ni la redención que debería, con el transcurso de los años, á las

Provincias Unidas, los hombres dotados de cierta penetración estimaron de felicísimo augurio para la constitución inglesa y para la religión reformada que se uniese á Holanda la Gran Bretaña, colocándose respecto de la Francia en actitud resuelta y hasta hostil. El aplauso con que se acogió esta medida fué tanto más unánime y grande, cuanto que no tuvo semejante, y vino á ser la única provechosa en alto grado que llevó á cabo el Gobierno en el intervalo que separa la Restauración de la Revolución. Cuantos contribuyeron á ella en mayor ó menor escala, y hasta los que no contribuyeron de ningún modo, se disputaron la honra de haber hecho algo en la Triple Alianza; y así los republicanos más económicos estaban dispuestos á votar sin tasa las cantidades necesarias para poner por obra las cláusulas del tratado popular, como el gran poeta *tory* de aquel tiempo se mostró pródigo de alabanzas para el *triple vínculo* (1) en sus sátiras más notables.

## XVIII.

La negociación de la Triple Alianza subió de punto la fama de sir Guillermo Temple, elevándola al más alto grado, así en Inglaterra como en el extranjero, y tanto, que su amigo lord Arlington pareció celoso del éxito. Así puede inferirse, al menos, leyendo los despachos que le dirigió mientras que Lon-

(1) Por ser la cosa mejor que se ha hecho en bien del pueblo desde la llegada de S. M. á Inglaterra.—*Diario de Samuel Pepys*, 14 de febrero 1667-1668.

dres y Amsterdam rebosaban de alegría, pues en ellos decía el Secretario de Estado en el más frío lenguaje oficial que S. M. quedaba enterado y satisfecho de su obra, y advirtiendo que aquel Gobierno verdaderamente pródigo de dinero y títulos, ni ennobleció ni enriqueció al más apto y distinguido de sus funcionarios.

De allí á poco envió su Gobierno á Témple al Congreso reunido en Aquisgram para perfeccionar la obra del tratado de la Triple Alianza, recibiendo en el camino numerosas pruebas del afecto que inspiraba en general: las plazas fuertes por donde pasaba lo saludaban con salvas; las poblaciones en masa se agolpaban para verlo en calles y plazas, y los magistrados de las villas y ciudades lo agasajaban con discursos y banquetes. Cuando terminaron las negociaciones de Aquisgram lo nombraron embajador en el Haya. Pero tanto en aquella como en esta comisión, vió siempre dificultados y entorpecidos sus esfuerzos y su buena voluntad con la injusta y estrecha economía del Gobierno; porque los Ministros, que tan pródigos se mostraban con personas destituídas de merecimientos, sólo eran avaros con él. Desagradábales su política, y se vengaban de la humillación de adoptar sus proposiciones mermando sus sueldos y demorando acreditarle lo necesario para sus gastos de instalación.

Lo recibió en el Haya con mucho afecto Juan de Witt, y los Estados generales con las mayores muestras de respeto, y de todo había menester para compensar los peligros de su situación. Porque siendo el Príncipe de Orange, jefe hereditario del bando enemigo del gobierno de Juan de Witt, sobrino del Rey de Inglaterra, se hacía por extremo difícil conservar la confianza del partido dueño del

poder sin faltar á los respetos debidos á deudo tan próximo de su Soberano. Pero es lo cierto que sir Guillermo Temple se condujo por manera tan discreta con ambas fracciones, que así estuvo en favor con el Príncipe como con el gran Pensionista.

Todo bien considerado, y á pesar de algunas dificultades pecuniarias que le procuró la mala voluntad de los Ministros ingleses, los años que pasó en el Haya sir Guillermo Temple parece que fueron por extremo gratos para él. Ni tampoco pudo ser de otra suerte, disfrutando de grandísima consideración personal en aquella residencia, estando rodeado de los objetos más propios para interesar á un hombre sagaz y observador cual lo fué siempre nuestro diplomático, y no abrumándolo ni el trabajo, ni las molestias, ni la responsabilidad; cosas todas que si no eran partes á extender y acrecentar su fama, no la exponían á merma ni quebranto alguno.

Empero se acercaban momentos de mucho peligro. Porque si bien adoptó Carlos un espacio una política discreta y prudente, su corazón permanecía siendo devotísimo de la Francia, y ésta empleaba cuantos medios de seducción poseía para reducirlo á su obediencia, influyendo al efecto con habilidad consumada sobre su avidez de dinero, sobre su deseo de sentirse libre de trabas, sobre su pasión por la belleza, sobre sus afecciones de familia, y sobre todos sus gustos é inclinaciones. Componíase á la sazón su Gabinete de los hombres que solo aquella época llegó á producir, y que fueron tales, que los renegados y aventureros de nuestros tiempos los consideran con la misma desesperación admirativa que sienten los artistas actuales contemplando el *Teseo* y los cartones de Rafael; cónclave

tristemente famoso, en el cual constituía honrosa distinción el ser enemigo verdadero, mortal y sincero de las libertades y de la religión nacionales, y correspondía por derecho al impetuoso y atrevido Clifford tamaña honra; que sus colegas eran tan indiferentes á todas las constituciones como á todas las creencias religiosas, y así estaban dispuestos á profesar la fe de Ginebra, como la de Lambeth ó la de Roma, y así á tornarse instrumentos del poder sin celo por el Rey, como á provocar rebeliones contra él sin amor á la libertad.

Y por tal modo estaba corrompida y era inmoral aquella singular administración, que, aun siendo tan sagaz Juan de Witt, no podía ni sospechar siquiera las infamias y maldades á que se hallaba dispuesta. No obstante, comenzó el gran Pensionista por aquel entonces á mostrarse inquieto con los indicios que llegó á notar en las potencias de primer orden, y que parecían precursores de los graves males y daños que amenazaban á Europa: de la visita de la Duquesa de Orleáns á su hermano, de la misteriosa misión que llevó Buckingham á París, y de la repentina ocupación de la Lorena por los Franceses; subiendo de punto su zozobra cuando supo que sir Guillermo Temple había recibido la orden de salir para Londres inmediatamente. Y como Witt le pidiese con vivas instancias explicación del caso, Temple le contestó sin rodeos que se hallaba persuadido de que los Ministros ingleses no harían nada en contrario de la Triple Alianza, y añadió: «Sólo respondo de mí, porque sólo sobre mí tengo verdadera influencia; pero, si se adopta otro sistema, no tendré parte alguna en él; ya se lo he dicho á S. M. y sostendré mi palabra siempre. Si vuelvo, ya os diré más; si no vuelvo, adivinaréis lo que haya.»

Juan de Witt sonrió, y contestó á Temple que abrigaba esperanzas en lo porvenir, y que haría por su parte cuanto pudiese para que los demás no dieran libre curso á la imaginación y á las conjeturas.

Temple llegó á Londres el mes de octubre de 1670, y á seguida vió confirmados con exceso todos sus recelos. Hiciéronle aguardar en las antesalas del Secretario de Estado una hora y media, mientras lord Ashley departía con lord Arlington, y cuando entró en el despacho del Ministro su acogida fué seca y fría, limitando la conversación á preguntarle cómo había hecho el viaje; y por si esto no bastaba para evitar una conversación política, llamó el de Arlington á su hija, preciosa criatura de tres años, á quien describieron después los poetas atribuyéndole todos los encantos y perfecciones imaginables, y á la cual llamó Evelyn, testigo de su funesto casamiento, «la más amable y hermosa de las mujeres, y tesoro de virtudes y esperanzas.» Dicho se está que no fué posible hablar, y que Temple, á pesar de su indiferencia natural ó filosófica, se resintió de la conducta del Ministro. Al día siguiente por la mañana lo recibió el Rey, que se paseaba, dando de comer á sus patos en el Mail; y aun cuando lo trató con mucha deferencia, evitó cuidadosamente, de igual modo que Arlington, el hablar la menor cosa de política; comprendiendo Temple por estos y otros detalles que, así él como sus amigos de más cuenta, estaban excluídos por completo de los secretos del Consejo interior, y esperó con ellos en la mayor ansiedad y zozobra el resultado de sus sigilosas deliberaciones. Al cabo comenzó á ver claro, porque, siendo Clifford, á causa de su carácter emprendedor y de la violencia de sus pasiones, el hombre menos á proposito para

guardar un secreto de importancia, dijo á Temple un día encolerizado que los de Holanda se habían conducido de una manera indigna; que Witt era un hombre ridiculo y malo; que S. M. y cualquier otro monarca estaban muy por encima de semejantes miserables; que así debía decirse crudamente, y que la obligación del Ministro de Inglaterra en el Haya era repetirlo en alta voz en todas partes. Sir Guillermo Temple se contuvo lo mejor que pudo, y contestó tranquila y claramente que por su parte no haría tal cosa, y que si alguien le pedía parecer acerca de los Estados de Holanda y de sus Ministros, diría la verdad sin callar la menor cosa.

De todo esto infirió Temple que se acumulaba una tempestad; que la grande alianza, obra suya y por cuyo éxito veló con solicitud paternal, estaba á punto de romperse, y que se acercaban días de tanta dificultad, que si no se apartaba de la vida pública mientras durasen, y permanecía empeñado en los negocios, habría de tomar resueltamente partido contra la Corte, para conservar el concepto y la estimación de que gozaba dentro y fuera de su patria. Y como no quería perder ninguna de las dos cosas, comenzó á prepararlo todo para separarse completamente de la política. Ensanchó su jardín de Sheen, y hermoseó su casa con el propósito de recogerse allí, y esperó el desenlace de los acontecimientos. Conservó todavía por algún tiempo el título de ministro en Holanda, y con esto y algunas lisonjas continuó el Gabinete inglés halagando por un espacio los Estados generales y dejándoles entrever la esperanza de que pronto regresaría Temple á su destino, hasta que en junio de 1671 llegaron á madurez los proyectos de la *Cábala*, merced á la firma del infame tratado con Francia. Ya entonces

no pudo nadie hacerse ilusiones, viendo reemplazado el disimulo por el desenfado y la violencia. Temple quedó separado; se despidió del Rey, que pagó sus servicios con algunas palabras de cortesía y vagas promesas que costaban tan poco, unas y otras, al frío corazón, al carácter ameno y fácil, y á los labios de Carlos, siempre dispuestos á pronunciarlas, y nuestro diplomático fué á recogerse á su nido de Sheen, como el llamaba familiarmente á su quinta de recreo.

## XIX.

Cuando estuvo instalado en su quinta, se consagró al cultivo y practicó el arte con tanto éxito y esmero, que la fama de sus árboles frutales se extendió por todas partes. Pero no se limitó á esto, porque las letras fueron su distracción favorita desde la juventud, y como le agradó siempre por extremo el escribir, compartió su tiempo entre ambas ocupaciones mientras permaneció en Sheen. El estilo ameno y claro de sus despachos había llamado tanto la atención de los Ministros, que antes de la paz de Breda, y á instancia del de Arlington, publicó un folleto sobre la guerra, del cual nada más se sabe sino es que alcanzó cierta popularidad en su época, y que Carlos II, cuyo voto en estas materias es muy digno de tomarse en cuenta, calificó de muy bien escrito; y poco antes de ir á fijar su residencia en Holanda redactó también sir Guillermo Temple un documento acerca del estado de Irlanda, mostrándose grande admirador de Cromwell. Por tal modo, y con la lectura y el estudio

de los buenos modelos literarios, llegó á formarse un estilo verdaderamente notable por su lucidez y armonía, si bien á las veces no muy castizo, porque alteran su tersura giros franceses y españoles, importados de sus viajes ó adquiridos en sus negociaciones diplomáticas, sin que por eso, al pasar por el tamiz de su buen gusto, no adquiriesen exquisito sabor inglés, y una soltura y negligente naturalidad, por extremo agradables, que no le vedan en ciertas ocasiones elevarse hasta la elegancia ciceroniana. No faltan, empero, críticos que hallen muy largas sus frases, sin advertir que sólo es aparente la supuesta falta de nuestro diplomático, pues si quien considera como una sola frase cuanto se contiene entre dos puntos puede muy bien decir que son de mucha extensión las frases de sir Guillermo Temple, un examen atento le demostrará que no las recargan los incisos, que su estructura es sencilla, que son ideas ó hechos acumulados, y que suprimiendo lisa y llanamente una conjunción aquí, poniendo allí un punto en lugar de dos, podríase, sin alterar el orden de las palabras, formar frases más cortas, sin más sacrificio que el de la eufonía. Las frases de Hooker y de Clarendon son, por el contrario, verdaderamente largas, é imposibles de acortar sin cambiarlas por completo y reemplazarlas con otras.

Entre las obras que compuso Temple durante su primer alejamiento de los negocios, las más conocidas son un *Ensayo sobre el gobierno*, que se nos antoja pueril por extremo, y un *Estudio de las Provincias Unidas*, que reputamos por obra maestra en su género. Comparando ambos tratados, probablemente convendrán con nosotros sus lectores en que si no fué Temple filósofo muy profundo ni muy exac-

to, fué sí buen observador, y que si no tuvo condiciones para la especulación filosófica, las tuvo para brillar y sobresalir escribiendo memorias ó viajes.

## XX.

En tanto que sir Guillermo Temple distraía sus ocios como queda dicho, estalló la gran tempestad que amenazaba desde hacia tanto tiempo la Europa, y con tan impetuosa violencia que pareció un espácio amenazar de completa ruina todos los gobiernos libres y las iglesias protestantes. Inglaterra y Francia, sin buscar siquiera pretexto con visos de motivo, declararon la guerra á Holanda, y los ejércitos formidables de Luis XIV pasaron el Rhin é invadieron el territorio de las Provincias Unidas, quedando con esto como paralizados de terror los Holandeses, cuyas ciudades abrían las puertas á regimientos dispersos del Francés, y cuyas tropas deponían las armas sin haber visto al enemigo, cayendo por tal modo en poder de los conquistadores el Over-Issell, Gueldres y la provincia de Utrecht. Cuando los habitantes de Amsterdam divisaron las fogatas del Francés, acampado cerca de los muros de la ciudad, pareció perder la razón aquel pueblo, y en su primer acceso de furia se revolvió contra sus más ilustres ciudadanos: Ruyter logró salvarse á duras penas de morir asesinado; Juan de Witt pereció á manos del populacho, y con esto no quedó ya más esperanza á la República que la indomable, ardiente y tenaz bizarría que ocultaba el joven Príncipe de Orange bajo las apariencias de su actitud tranquila y reposada.

Entonces y con esta ocasión, se reveló el de Orange á los ojos del mundo en toda la plenitud de su grandeza, mostrándose á la altura de su misión y digno descendiente de la raza heroica y bizarra que reivindicó de la Casa de Austria las libertades de Europa. Ni los estrechos vínculos de parentesco que lo unían á la familia real de Inglaterra, ni las más vivas instancias, ni las promesas más seductoras pudieron quebrantar su fidelidad á la patria, reapareciendo con esto y recobrando los suyos el antiguo valor con que sostuvieron lucha formidable contra el poder gigantesco de Felipe II. Los hombres de Estado de Holanda discutieron esos proyectos que á las veces inspira la desesperación y que se acogen como esperanzas salvadoras; trataron de romper los diques, de buscar refugio en las naves, de abandonar la patria con todas sus maravillas artísticas é industriales, sus quintas de recreo, sus ciudades, sus canales, sus praderas y sus jardines poblados de tulipanes y de jacintos al estrago de las olas, dejándola sepultada en las aguas del Océano Germánico, y de ir á remotas playas con su fe calvinista y sus venerandas libertades bátavas, para echar, acaso con mejor fortuna, los cimientos del nuevo Concejo de su república bajo cielo más propicio, en medio de una vegetación exuberante y extraña, en las islas de la Especería de los mares de Oriente; que tan altos designios concibieron. Pero no suele acontecer que los hombres capaces de tales propósitos se vean reducidos á la triste necesidad de ponerlos por obra.

En efecto, los aliados, que habían conseguido alcanzar ventajas superiores á sus esperanzas, en vez de aprovecharse de ellas, las descuidaron, y pasada que fué aquella ráfaga de buena fortuna, ya nunca

más tuvieron ocasión semejante, y dieron lugar á que el Príncipe de Orange contuviera el ímpetu de los ejércitos franceses. Volvióse con esto á Versalles Luis XIV en busca de distracciones y de aduladores, dejando cubiertos de agua los campos de Holanda. Y como el invierno se acercaba, y el tiempo se hacía tempestuoso, y las flotas combinadas franco-inglesas no podían sostenerse en aquel mar, la República tuvo una tregua en momentos tan críticos que si era importantísima bajo el punto de vista militar, era casi decisiva bajo el punto de vista político.

La liga contra Holanda, por formidable que fuese, no podía tener éxito sino triunfaba inmediatamente, porque los Ministros ingleses no harían nada sin dinero, ni lo tendrían en forma legal y debida sino merced al Parlamento, y no parecían dispuestos en modo alguno á convocarlo. Por otra parte, las medidas adoptadas por Carlos II en lo interior aun eran menos populares que su política extranjera; como que se obligó por tratado con Luis XIV á establecer la religión católica en Inglaterra, y que, para realizar mejor este designio, había entrado ya por la senda que siguió después su hermano más obstinadamente para llegar á un fin más funesto, anulando por sí solo las leyes contra los católicos y los demás disidentes. La Declaración de Indulgencia tuvo, demás de esto, la mala ventura de hacerse odiosa por su espíritu, á la mitad de sus súbditos, y á la otra mitad por su forma; porque, si los espíritus liberales se hubieran regocijado viendo proclamada la tolerancia para las sectas protestantes al menos, y muchos afiliados á la Alta Iglesia no hallaban objeción que oponer á que S. M. hiciera uso de su poder por medio de una Real orden, lo

ejecutado inconstitucionalmente por Carlos excitó la opinión de cuantos eran celosos por la Iglesia ó por los privilegios del pueblo, es decir, de noventa y nueve ingleses por cada ciento. De aquí que los Ministros no quisieran verse frente á frente con el Parlamento, y que diesen consejos desesperados, sin fe ni ley, si bien ni el más atrevido de todos tenía tan poco amor á la vida que pensara en recurrir á las llamadas *benevolencias*, al sello privado, al impuesto marítimo y á otras exacciones ilegales que se practicaron mucho el siglo precedente. En cambio, cerraron el Tesoro; fraude audaz que les valió próximamente un millón y doscientas mil libras esterlinas, cantidad que, aun en manos más hábiles que las suyas, no habría bastado á ocurrir, siquiera por un año, á los gastos de la guerra. Y con ser la medida tan grave y trascendental, y no nada duradera su eficacia, produjo, como muy luego se vió, mayores dificultades pecuniarias que las remediadas por ella, lo cual acontece siempre que se viola y se atropella la buena fe pública. Por eso cuanto dinero fué posible allegar en aquella ocasión se gastó, sin conseguir triunfar de los Holandeses, quedando el Rey sin más remedio que el de convocar el Parlamento.

## XXI.

Si en estas circunstancias se hubieran verificado elecciones generales, probablemente habría nombrado la nación procuradores tan hostiles á la Corte como los que se reunieron el mes de noviembre de 1640, y la política interior y exterior del Gobierno

hubiese cambiado sin tardanza, expiando los de la *Cábala* sus crímenes en la plaza de la Torre; pero la Cámara de los Comunes era todavía la misma de hacía doce años, elegida en medio de los grandes trasportes de júbilo, de arrepentimiento y de lealtad que siguieron á la Restauración de la monarquía, y el Gobierno y la Corte la tenían de todo en todo á su devoción á fuerza de mercedes, empleos, pensiones y dinero en abundancia; razón por la cual estaba tan aborrecida casi de la mayor parte del país como el Gabinete. Sin embargo, aun cuando no adoptó las enérgicas medidas que probablemente hubiera tomado una Cámara nueva, la de los Comunes apareció aquella vez recelosa é indisciplinada, y desbarató de una manera lenta y gradual, pero eficacísima, cuanto habían hecho los Ministros, acabando en una sesión con todo su sistema de gobierno interior, y dando en otra un golpe mortal á su política exterior.

La eficacia de las Reales órdenes fué el primer blanco de sus ataques; y como la Cámara de los Comunes no quería ni aprobar ni condenar de modo expreso la guerra emprendida, se mostró dispuesta, si el Rey consentía en corregir los abusos interiores, uno de los cuales ó, mejor dicho, el principal de todos ellos, era la Declaración de Indulgencia ó de tolerancia, á otorgarle un subsidio para proseguir las hostilidades. Lo cual visto de Shaftesbury, á la sazón Canciller, le sirvió de aviso para darse cuenta del espíritu de la Cámara y comprender que no le convenía perseverar en el camino emprendido, y que pues había ganado ya cuanto podía explotando el despotismo y la Iglesia católica, era ya tiempo de tornarse demagogo y protestante. El lord Tesorero, Clifford, por su carácter franco y atrevido,

por su celo en favor del catolicismo, y por lo que podría llamarse su honradez en comparación de la infamia de sus colegas, fué designado por víctima de la conspiración. Así las cosas, se trasladó Carlos personalmente á la Cámara de los Lores para pedirles su mediación, respecto de la Declaración de Indulgencia, entre la Cámara de los Comunes y él, y mientras se tomaba en consideración su discurso, permaneció en la sala de Sesiones, cosa que hizo á las veces por mera distracción, pues según decía el hastiado Monarca, la mejor comedia no le divertía más que las discusiones parlamentarias. Pero en verdad que no asistió nunca el Rey de Inglaterra ni en su teatro particular ni en el de Buckingham á ninguna comedia de intriga cuyo desenlace fuese tan inesperado y repentino como el que tuvo aquella discusión memorable. Defendió el lord Tesorero la Declaración de Indulgencia con el entusiasmo y la intrepidez propios de su carácter, y cuando se hubo sentado, se levantó el lord Canciller, y, con asombro del Soberano y de la Cámara, impugnó á Clifford y la declaración que había sostenido en el Consejo, y abandonando la política del Ministerio, se declaró partidario de la Cámara de los Comunes. Tanta impudencia y tanto desenfado causaron sorpresa universal, aun siendo la época de mucha inmoralidad.

Con esto el Rey, de acuerdo con Francia, que tenía más empeño en la guerra del continente que en la conversión de los herejes de Inglaterra, determinó de salvar la política exterior á costa de sus planes en pro de la Iglesia católica, y merced á ello alcanzó de la Cámara un subsidio, cuyo precio fué derogar, antes de suspender las sesiones, la Declaración de Indulgencia, y renunciar, en forma

y solemnemente, la facultad de hacer que se abolieran las leyes por Reales órdenes.

Pero ni estaba en su mano proseguir la guerra, ni perseverar en su sistema de arbitrariedad. Clifford dejó la vara blanca y se retiró á los bosques de Ughbrook, jurando con lágrimas en los ojos no volver nunca más á la turbulenta capital, ni á la pérfida corte de Inglaterra: Shaftesbury recibió recado de renunciar á la custodia del Gran sello, y á seguida fué á engrosar las filas de la oposición con su altivez y su lengua envenenada: los demás individuos de la *Cábala* carecían de la capacidad del ex-canciller y del esfuerzo y del celo del ex-tesorero, y no solamente les faltaba la fuerza necesaria para poner en ejecución sus antiguos proyectos, sino que temblaban ya por sus vidas y haciendas. No bien estuvo reunido el Parlamento, comenzó á murmurar de la alianza con Francia y de la guerra con Holanda, tornándose á poco tiempo la murmuración en clamor formidable y violento; adoptó acuerdos muy enérgicos contra lord Lauderdale y el Duque de Buckingham, y formuló un proyecto de acusación contra lord Arlington, siendo muy de notar que en todas las discusiones entabladas por estas causas se habló siempre con gran respeto de la Triple Alianza, poniendo todos el pensamiento en la tranquila y sosegada quinta donde se distraía en leer y en cultivar su jardín el autor de la gran liga.

## XXII.

Temple recibió la orden de presentarse á S. M. y quedó á seguida encargado de negociar una paz separada con Holanda. Y como el embajador de Es

paña en la corte de Inglaterra había recibido plenipotencia de los Estados generales para tratar en su nombre, Temple logró entenderse muy presto con él, y al cabo de tres días quedó suscrito el tratado.

Las mayores dignidades del Estado estuvieron entonces á la disposición de Temple. Después de la retirada de Clifford, confió el Rey la Vara blanca á Tomás Osborne, á quien creó de allí á poco tiempo Conde de Danby, el cual era pariente de lady Temple, y años antes había viajado con sir Guillermo y jugado con él muchos partidos de pelota. Danby dejaba que desear en materia de honradez, y era codicioso, además; pero no carecía de buen sentido y habilidad para los negocios, siendo por ende mejor consejero para el Rey que aquellos á quienes Carlos dispensó anteriormente su confianza, porque Clarendon era hombre ocasionado á otros tiempos y que no comprendió en modo alguno la sociedad que debía de gobernar, y los individuos de la *Cábala* eran ministros de una potencia extranjera y enemigos de la Iglesia establecida, que produjeron por estas causas contra ellos y contra su Soberano irresistible tempestad de odios nacionales y religiosos, en tanto que Danby, si deseaba extender y vigorizar la prerrogativa regia, tenía bastante buen sentido para comprender que no podía lograrse tal objeto sin cambiar completamente de sistema; y como conocía la Cámara de los Comunes y el pueblo inglés, sabía de sobra que la línea de conducta que parecía Carlos haberse trazado podría llevarlo, de persistir en ella, á concluir la vida delante de las ventanas del comedor de gala de Whitehall; comprendiendo, demás de esto, que la verdadera política de la Corona consistía en aliarse, no á los católicos, débiles de suyo, malquistos y peor tratados,

sino á la Iglesia anglicana, poderosa, rica, popular y predominante, y que no debía de buscar apoyo en un Príncipe cuyo solo nombre era odioso á los Ingleses, y cuyo auxilio implicaría siempre humillaciones para la nación, sino en el antiguo partido de los caballeros, de los propietarios de suelo, de las universidades y del clero. De aquí que Danby creyese firmemente que, rodeando el trono de toda la falange realista y de la no menos fuerte de los partidarios de la alta Iglesia, y usando con largueza de todos los recursos de corrupción de que disponía, no le sería difícil dominar al Parlamento. Si no consiguió el objeto propuesto, fuerza es atribuirlo á su señor, antes que á él, pues Danby tuvo poca ó ninguna participación en las vergonzosas relaciones que Carlos mantenía con la corte de Francia, no debiendo culpársele por ellas, aun cuando le cupo toda su responsabilidad.

Poseía lord Danby grandes dotes parlamentarias; pero, como no había prestado nunca sino muy poco interés á la política exterior, necesitaba un hombre seguro á quien confiarla. A este fin, y para nombrar secretario de Estado á sir Guillermo Temple, se hizo un arreglo con lord Arlington, único individuo de la *Cábala* (1) que aun se hallaba en el poder. Y como la actitud de la Cámara de los Comunes hacía indispensable reemplazarlo ó, mejor dicho, reducirlo á vender su cartera, porque á la sazón los

(1) En inglés: *the cabal*. Dieron este nombre sus contemporáneos al Gabinete formado en 1670, y en el cual figuraban Clifford, Ashley, Buckingham, Arlington y Lauderdale, aplicándolo en són de menosprecio. Conviene advertir que la palabra *cabal* (cábala) resulta uniendo las letras iniciales de los apellidos ó títulos de los cinco ministros, y de aquí la oportunidad del epíteto.—N. del T.

grandes cargos del Estado se compraban y se vendían, advirtióse á Temple que recibiría los Sellos si consentía en dar seis mil libras esterlinas al de Arlington. El trato, por más que otra cosa pueda parecer, nada tenía en sí mismo, supuesta las ideas de la época, de indigno ni de reprobado, y en cuanto á la colocación del dinero, considerada bajo el punto de vista mercantil, antójasenos que habría sido buena, porque las utilidades é ingresos de un secretario de Estado de aquel tiempo debían ser muy considerables, sin que por eso el titular infringiera el Código de las conveniencias contemporáneas. Los amigos de Temple le brindaron con dinero para facilitar el trato; pero sir Guillermo estaba resuelto á no aceptar un cargo de tanta responsabilidad en tiempos tan agitados y al servicio de un Príncipe de quien tan poco pudieran fiarse sus Ministros, y prefirió la embajada del Haya, dejando al de Arlington libre de buscar comprador para su oficio.

## XXIII.

Antes de partirse de Inglaterra tuvo sir Guillermo Temple una larga conversación con el Rey, á quien habló en términos un tanto enérgicos de las medidas adoptadas por el último Ministerio. Carlos reconoció que las cosas habían tomado mal camino; «pero si me hubiesen servido bien, dijo, habría hecho buen negocio;» dejando atónito con estas palabras á su interlocutor, el cual comprendió desde luego que las máximas de la *Cábala* no estaban desterradas todavía de los consejos de la Corona,

sino en suspenso por un espacio más ó menos largo. Y creyendo de su deber el ir, como él dice, hasta el fondo de las cosas, manifestó al Monarca la imposibilidad de asentar en Inglaterra el régimen absoluto y la religión católica, y concluyó citándole una observación hecha en Bruselas por M. de Gourville, francés de mucho ingenio, á quien Carlos conocía perfectamente. «Un rey de Inglaterra, decía Gourville, si se identifica con su pueblo, es el más poderoso de la tierra; pero si quiere avasallarlo, ya no es nada.» Hizo el Rey algunas demostraciones de impaciencia mientras duró la plática; mas, al cabo, dando amigables palmadas en el hombro á sir Guillermo, le contestó: «Tenéis razón, y Gourville también; me identificaré con mi pueblo.»

Bajo esta seguridad se trasladó Temple al Haya el mes de julio de 1674, hallando tranquila y segura la Holanda, en tanto que asediaban por todas partes á la Francia sus enemigos. España y el Imperio habían empuñado las armas para obligar á Luis XIV á restituir cuanto adquirió después del tratado de los Pirineos. Y como hubiera de celebrarse un congreso en Nimega por mediación de Inglaterra, con el objeto de poner fin á la guerra, Temple recibió la orden de ir á él; pero la obra conciliadora marchaba por modo muy lento, y las partes beligerantes rebosaban de muchas esperanzas, y la potencia mediatriz carecía de la firmeza y lealtad necesarias al éxito de lo propuesto.

Sin embargo, la oposición se hacía formidable por momentos en Inglaterra, y parecía dispuesta en aquellos días á obligar al Rey á que rompiese con la Francia. Con esto quiso Carlos hacer algunos nombramientos que fuesen eficaces á vigorizar la administración y á captarle la confianza del público;

y no habiendo entonces en la nación persona más estimada que sir Guillermo Temple, aun cuando nunca figuró en la oposición contra ningún Gobierno, pensó en él y lo mandó llamar á Nimega. El Rey lo recibió con halago, le instó vivamente para que se encargara de la secretaría de Estado, y le prometió pagar la mitad de los gastos de la compra de su empleo. Mas aun cuando quedó Temple muy complacido de la benevolencia y cortesía de Carlos, y encantado de su conversación, nada pudo adormecer su instintiva prudencia, y se excusó tranquila, pero firmemente. S. M. aparentó no creer sinceras las palabras de Temple, y repuso riendo: «Veo que no haremos cosa de provecho antes de que vayáis á descansar unos días á Sheen. Idos, pues, y volved presto.» Temple se retiró entonces, pasó dos días en el campo, y regresó á Londres tan decidido como antes á no deferir á los deseos del Rey, que hubo de ceder en su empeño y concederle, cuando menos, una espera.

Pero, mientras evitaba sir Guillermo con tanto empeño el asumir grandes responsabilidades en la dirección general de los negocios públicos, acertó á dar señaladísima prueba de la infalible sagacidad que lo ayudó siempre á distinguirse sin aventurar la menor cosa, representando el principal papel en un suceso acogido con aplauso unánime al conocerse, y que, andando el tiempo, produjo consecuencias de la mayor gravedad. Nos referimos al casamiento del Príncipe de Orange con la princesa María.

El año siguiente regresó Temple al Haya, y á fines de 1678 fué de allí á Nimega para firmar el tratado insuficiente y superficial que suspendió por un momento las disensiones de Europa; haciendo el viaje muy contra su voluntad, no sólo por la

molestia que le causaba ponerse en camino en el rigor del invierno, sino también porque había de suscribir un pacto mal hecho y en cuya redacción no tenía la menor parte. Bien será decir que no firmó al cabo el tratado por motivos de etiqueta y que regresó al Haya. Apenas hubo llegado, supo que el Rey, cuya situación se tornaba por extremo difícil, tenía el propósito decidido de nombrarlo secretario de Estado, y después de rehusar por tercera vez tan elevada dignidad, comenzó sus preparativos para un viaje por Italia, pensando acaso que pasaría mejor y más gratamente el tiempo en medio de objetos artísticos y de ruinas memorables, que no en el torbellino de locura política y religiosa en que se agitaba entonces la capital de Inglaterra.

Pero el Rey había menester en aquellas circunstancias de sir Guillermo Temple, y no era fácil darle de lado. Por eso recibió, como contestación á su renuncia, la orden de trasladarse allí, encontrando la Inglaterra en situación más angustiosa todavía que pudo él imaginar.

## XXIV.

Es ocasión terrible cuando el malestar producido en un pueblo por causas no leves y frívolas, sino graves y fundadas, y que ha ido acrecentándose sin descanso por espacio de largos años, adquiere la plenitud de su desarrollo porque llega á los términos del sufrimiento. Y en vano es que los hombres dotados de gran penetración presientan y auguren la proximidad de estas crisis, pues nadie los oye,

y por tanto sobrevienen los conflictos como inesperados, y sorprenden á la muchedumbre cual eclipse total de sol á tribu de salvajes. La sociedad que poco antes aparecía en perfecto reposo, se ve agitada repentinamente de terribles convulsiones que parecen destruirla y acabarla; y los gobernantes, que no pararon mientes en el mal en tanto que no excedió del alcance de los remedios ordinarios, quedan entonces confundidos y aterrados, sin esperanza ni recursos, siendo testigos ó víctimas del estrago. La generación actual ha vivido un momento así. ¡Plegue á Dios que no vuelva á ver días tan aciagos! En ocasión semejante llegó á Inglaterra sir Guillermo Temple, á principios de 1679.

La Cámara estaba recelosa de las relaciones del Rey con Francia, y había hecho blanco de sus iras á Danby, aunque injustamente, pues su conducta en este caso antes merece aplauso que no censura. La conjuración católica, por otra parte, y el asesinato de Godfrey, y las infames calumnias de Oates, y el descubrimiento de las cartas de Coleman produjeron en el país una manera de locura, haciendo repentina explosión el malestar y los agravios de diez y ocho años de desgobierno. En aquellos momentos precisamente aconsejaron al Rey que disolviera la Cámara de los Comunes elegida los primeros días de la Restauración, y que, á pesar de los cambios introducidos después en ella, conservaba una dosis más considerable del añejo espíritu de los caballeros que cuantas la precedieron y tenían probabilidad de sucederla. Comenzaron las elecciones, y se agitaban cuantos intervenían en ellas de una manera violenta y desacostumbrada; y como eran muy fuertes las corrientes contrarias á la Corte, todo parecía indicar que la mayoría de la nueva

Cámara de los Comunes se compondría de *whigs* exaltados, para emplear la palabra que se puso en moda poco después. En vista de esto, creyó Carlos necesario ceder á la fuerza de la opinión pública. El Duque de York estuvo á punto de retirarse á Holanda. Y Temple, que vió abolir la monarquía, disolver el Parlamento Largo, caer el Protectorado, y declamar á Monk en contra de la Cámara disuelta por Cromwell, confesó paladinamente que «no había observado nunca mayor perturbación en los ánimos.»

## XXV.

El Rey suplicó á Temple que aceptara la cartera que ya se le ofreció anteriormente. La parte pecuniaria del asunto no tenía dificultad, y sir Guillermo no se negó tan categóricamente como la vez pasada: limitóse, pues, á pedir á S. M. un plazo de tres días para darse cuenta del estado de los negocios y de sí propio, concluyendo por persuadirse de que «no convenía el teatro para un actor como él.» Pero, comprendiendo al propio tiempo que si negaba en absoluto su concurso al Rey en ocasión tan difícil, podría ofenderlo y ser objeto de graves censuras, se trazó, con la sutileza propia de su carácter, un plan de conducta, que consistió en aparentar deseos vivísimos de ser diputado antes de aceptar la cartera; y arreglándose después de modo eficaz á perder su elección, cuando estuvieron ocupados todos los puestos en la Cámara y ya no hubo distritos vacantes, manifestó á S. M. que no debía ser ministro no teniendo asiento en el Con-

greso. Por tal modo evitó el encumbramiento que le querían imponer.

Cuando se reunió la Cámara, la violencia de su conducta fué superior á cuanto podía esperarse de ella, porque hasta el mismo Parlamento Largo, con más grandes y graves motivos de queja, inauguró sus tareas de una manera más tranquila; como que muy al principio de la legislatura expulsó de su oficio al lord Tesorero, lo acusó y lo hizo encerrar en la Torre de Londres; acordó la adopción de medidas muy enérgicas á propósito de la conjuración llamada Papista, y se mostró decidida resueltamente á privar al Rey del derecho de indulto tratándose de grandes crímenes políticos, y á cambiar el orden de sucesión á la Corona. Con esto, Carlos pareció amedrentado y confuso, y sir Guillermo, que lo veía entonces casi todos los días, llegó á creerlo sinceramente convencido de sus pasados errores y de que solo ellos lo habían traído, como por la mano, á la situación aflictiva en que se hallaba. Y como sus conferencias iban tomando cada día carácter más confidencial, comenzó Temple á persuadirse de que tal vez conseguiría reconciliar los bandos políticos en Inglaterra de igual modo que había logrado hacerlo en el extranjero con Estados enemigos, y de que pudiera inspirar un plan de conducta que, no sólo fuese parte á calmar la excitación de los ánimos, sino á borrar el recuerdo de las quejas y discordias, y que, poniendo á la nación al abrigo de malos gobiernos, amparase la Corona de las invasiones del Parlamento.

Consistía el proyecto de sir Guillermo Temple en disolver el Consejo privado que á la sazón existía, compuesto de cincuenta individuos, haciendo lo propio con el pequeño Consejo interior que ahora se

denomina Gabinete, nombrando nuevo Consejo privado que constara de treinta; obligándose S. M. á gobernar siempre de conformidad con el parecer de este cuerpo, y á permitir que los asuntos de todo orden se discutieran en él con absoluta libertad, sin reservar la menor parte de los negocios de Estado á ninguna junta ni comisión secreta.

Quince individuos de este nuevo Consejo debían ser de mucha suposición en el Estado; los otros quince, grandes personajes y nobles independientes que ocuparan elevado rango en el país. Para designarlos, había de tenerse muy en cuenta su caudal. Y como no se creía que las rentas de los diputados á la Cámara de los Comunes pudieran exceder de 400.000 libras esterlinas, se calcularon las de todos estos consejeros en 300.000. Temple insistió mucho en orden á la necesidad de nombrar consejeros muy ricos, estimando esta circunstancia «indispensable para el éxito de la constitución.»

Con motivo de este proyecto hubieron de celebrar frecuentes entrevistas Carlos y sir Guillermo Temple, y al cabo de un mes consagrado á conferenciar y discutir, sin más interlocutores que los dos, pareció el Rey convencido de la utilidad de lo propuesto, y resuelto á ponerlo por obra.

Lástima es que sir Guillermo no haya dejado apuntes de aquellas conferencias secretas, porque los historiadores, á falta de antecedentes en que apoyarse, han tenido que hacer conjeturas acerca del plan de la *constitución* propuesta, según la llama el mismo Temple. De nosotros podemos decir que ninguna de cuantas explicaciones hallamos en los autores consultados nos satisface, porque casi todos suponen, ó parecen creer que sólo se trataba de un cambio en la administración, y aplauden la medida

en consecuencia. M. Courtenay, que ha estudiado el asunto con más detenimiento del que, por lo general, se le concede, halla el proyecto de Temple singular por extremo, absurdo é ininteligible. No sin cierto temor manifestaremos nuestra opinión acerca de un punto que siempre nos ha parecido digno de ser clasificado entre los grandes enigmas de la historia de Inglaterra, diciendo que la creación del nuevo Consejo privado se nos antoja, en la realidad, suceso de mayor importancia que se ha supuesto generalmente, y que lo ideado por sir Guillermo, so color de un cambio en la administración, implicaba un cambio permanente y definitivo en la Constitución.

## XXVI.

Si se considera este plan únicamente para servir de base á la formación de un gabinete, presenta dificultades en tanto número é inconvenientes tan notorios, que no podemos persuadirnos de que tal fuera el objeto exclusivo de Temple. El número de los individuos del nuevo Consejo constituye por sí una objeción. Los gabinetes más numerosos de los tiempos modernos no han pasado nunca, que sepamos, de quince, y aun así ha parecido generalmente la cifra muy elevada (1). ¿Cómo esperar de

(1) El Marqués de Wellesley, cuyas opiniones en materia de poder ejecutivo son tan dignas de respeto como puedan serlo las del hombre de Estado más eminente que haya producido la nación inglesa, manifestó, durante las negociaciones ministeriales de 1812, que un gabinete de trece individuos lo consideraba excesivamente numeroso.

un gabinete de treinta individuos la unidad, el secreto, la rapidez y cuantas condiciones y circunstancias debe de reunir un cuerpo de esta índole? A decir verdad, si todos los individuos de este gabinete hubieran estado estrechamente unidos por el interés; si á todos ellos hubiera importado mucho que fuese muy duradero el Gobierno; si la mayoría hubiese dependido de algunos hombres superiores, habrían podido proceder de igual modo que una colectividad menos numerosa, si bien con más lentitud y dificultad y con muchas probabilidades de incurrir en graves indiscreciones. Pero el Consejo propuesto por sir Guillermo Temple se hallaba organizado de tal suerte que debía de ser necesariamente, mientras existiera, el gabinete más difícil de manejar y más desunido de todos, aun cuando, en vez de treinta individuos, sólo constase de diez. Porque, como la mitad de los consejeros debían ser independientes y acaudalados y sin empleo ni cargo alguno, ni obligación, por tanto, de comprometer sus opiniones ó de aceptar responsabilidades que los desacreditaran á los ojos del pueblo, podíase y se debía esperar de ellos que abandonasen á sus compañeros en aquellos momentos en los cuales fuera más necesaria su cooperación franca y decidida, y que dificultaran el curso de los negocios públicos por cuantos medios pudieran. ¡Qué más, si hasta la misma enorme riqueza de los consejeros era ocasionada en este caso á empeorar el mal, agravando las dificultades! La Cámara de los Comunes es un cuerpo destinado á contener los Gobiernos y á enfrenarlos, y de aquí que deba desearse siempre verla formada en gran parte de hombres acaudalados, independientes y que ni admitan, ni soliciten, ni esperen la menor cosa de

los Ministros. Pero, cuando se trata del poder ejecutivo, la situación es de todo en todo diferente, porque no se halla encargado ese poder de apoyar, sino de poner por obra, y lo que es virtud para el Parlamento, acaso es vicio para el Gabinete. Por lo que á nosotros respecta, no alcanzamos mayor desgracia para un país que administraciones cuyos individuos sean tan independientes entre sí que no necesiten hacerse concesiones mutuas, y que se hallen bajo este respecto en idéntico caso del en que los diputados de unos distritos están y deben estar respecto de los de otros. Y como el nuevo Consejo de sir Guillermo debía contener quince individuos, sin cargo alguno, cuya renta personal fuese, por término medio, diez mil libras esterlinas anuales, la cual, en proporción á las necesidades de un magnate de aquel tiempo equivale, por lo menos, á treinta mil en nuestros días, no podía esperarse razonablemente que hombres tales quisieran asumir é imponerse la responsabilidad y el trabajo de los Ministros, aceptando, además, la impopularidad que los mejores Ministros deben de arrostrar, á las veces, con ánimo sereno; ni tampoco podía dudarse de que se formara en breve una oposición en el seno mismo del Gabinete, la cual oposición diera por resultado divisiones, disputas, demoras, indiscreciones y cuanto hay de más contrario á la naturaleza de un Consejo ejecutivo.

¿Es lícito siquiera suponer que consideraciones tan graves y de tanto bulto puedan haberse oscurecido completamente á la penetración de un hombre tan sagaz y experto como lo fué sir Guillermo Temple? Una de dos: ó no se ha comprendido su proyecto, ó se han exagerado mucho sus aptitudes para los negocios públicos.

Nosotros nos inclinamos á creer que su proyecto no se ha comprendido. Ya hemos demostrado que el nuevo Gabinete hubiera sido detestable, y por lo tanto nos inclinamos á suponer que sir Guillermo destinaba el propuesto Consejo á fines muy diferentes que los de un Gabinete. Barillon, tratando de esto, se sirve de cuatro ó cinco palabras que contienen, á nuestro parecer, la clave del misterio; palabras que M. Courtenay conceptúa llenas de significación, pero sin alcanzarla, tampoco, enteramente por su parte. «No es Consejo, dice Barillon, lo discurrido por sir Guillermo, sino Estados.»

## XXVII.

Para comprender claramente lo que Temple se proponía, en nuestro concepto deberá el lector recordar que á la sazón, y desde hacía cerca de ochenta años, estaba el Gobierno de Inglaterra en un período de transición, y que se verificaba un cambio verdadero, importante y progresivo, aunque disfrazado y encubierto bajo nombres y formas antiguas, en el modo de ser político. La teoría de la Constitución y las leyes fundamentales que fijan las atribuciones de las tres ramas del poder, no sufrieron cambio alguno de importancia entre los reinados de Isabel y de Guillermo III; que las leyes más renombradas del siglo XVII acerca del particular, y la Petición y la Declaración de Derechos son meras declaraciones, en las cuales se quiere recordar, lisa y llanamente, la tradicional organización política de Inglaterra, y no se trata del gobierno libre como de mejora saludable, sino reclamándolo á título de he-

rencia legítima, trasmitida sin litigio desde tiempo inmemorial. Sin embargo, no hemos menester esforzarnos para que se comprenda que las relaciones recíprocas de todos los cuerpos del Estado sufrieron, la época de que hablamos, radical transformación bajo el punto de vista práctico. Pues si la letra de la ley sigue siendo la misma, es indudable que al despuntar del siglo XVII predominaba en el Estado el poder real, y que á fines, el poder del Parlamento, y especialmente de la Cámara baja, se había tornado predominante de hecho: que al comenzar el siglo XVII infringía sin cesar el Soberano con poca ó ninguna oposición los privilegios notorios del Parlamento, y que á fines, el Parlamento era dueño y señor de cuanto había querido apropiarse de las prerrogativas de la Corona; quedando al Monarca una sombra de la realeza y autoridad que poseyeron de todo en todo los Tudors. Porque si tenía un derecho de veto legislativo, que no era osado á ejercitar en ningún caso; si tenía la facultad de nombrar sus ministros, que un acuerdo de la Cámara podía obligarlo á despedir, y el derecho de declarar la guerra, que no podía sostener un solo día sin auxilio del Parlamento, era debido á que ya las Cámaras del Parlamento habían dejado de ser meras asambleas legislativas, sin ser por eso cuerpos con la única misión de asumir el poder, sino grandes Consejos de Estado, cuya voz, cuando hablaban un poco alto y con firmeza, decidía en todo, lo propio tratándose de política exterior que interior, no existiendo en el conjunto de la máquina gubernamental parte alguna á donde no alcanzase su influencia. Puede afirmarse que no registra la historia otro ejemplo de un cambio tan trascendental en la constitución práctica de un imperio al que no haya seguido de cerca

y como por la mano, un cambio análogo en la teoría de la constitución; siendo acaso la evolución más comparable con esta de cuantas registran los anales de la humanidad, la de la República romana en monarquía absoluta durante la tan prolongada administración de Augusto.

No se verificó este cambio, en lo que á Inglaterra respecta, sin grande, tenaz y enérgica resistencia por parte de los reyes de la casa de Estuardo, hasta llegar, en 1642, al apogeo de la violencia y de la arbitrariedad con el atentado contra los cinco representantes del país (1); atentado que fué la señal de una guerra y de diez y ocho años de sangre y de desórdenes.

## XXVIII.

Pasaron los días aciagos, volvieron del extranjero los emigrados, quedó restaurada la monarquía, y recobró la grandeza su antiguo esplendor; reconociéronse nuevamente y por modo solemne las leyes fundamentales enumeradas en la Petición de Derechos, y pudo decirse ciertamente que cuando las Cámaras del Parlamento rindieron homenaje de rodillas á Carlos II, en Whitehall, la teoría de la Constitución inglesa era la misma que se profesaba cuando su padre levantó la bandera real en Nottingham-Hill. Hubo un corto período de ciega ternura, un acceso histórico de amor y de arrepentimiento; pero las emociones de esta índole son transitorias, en tanto que los intereses que ordenan y re-

---

(1) Véase la biografía de Hampden, páginas 3 á 95 de presente volumen.

gulan el progreso y el adelanto de las grandes sociedades son permanentes, y pasado que hubieron los trasportes de la reconciliación, renació la lucha, no de igual modo que la pasada, porque Carlos II tenía presente la historia de Carlos I, y el hijo no fué osado á hostilizar sus Parlamentos de una manera violenta, franca y resuelta como el padre, sino recurriendo por cuantos medios son imaginables á su corrupción.

El Parlamento elegido en 1661, en los primeros días del entusiasmo por la Restauración, y compuesto, en su gran mayoría, de realistas exaltados, fué pensionista de la Corona. Pero ¡fenómeno singular!: hay una cosa, una sola, que las asambleas más corrompidas se resisten á enajenar, y es el poder que asumen y es causa de que las compren! De aquí que los mismos motivos de egoísmo que ponían á la Cámara de los Comunes en el caso de aceptar el precio de una votación, la ponían en el caso también de negarse y resistir á cuantas medidas cuyos efectos, más tarde ó más temprano, pudieran redundar en menoscabo de su importancia y por tanto del precio de sus votos. Merece asimismo consignarse, á título de curiosidad, que durante la vida tan prolongada del primer Parlamento de Carlos II, y á pesar de que todas los circunstancias parecían favorables á las invasiones de la Corona, el poder de la realeza descendió, aumentando cada día el de la Cámara de los Comunes; comenzando entonces á ser más molesto á los Gobiernos que los anteriores, y á derrribarlos ya que no á formarlos. Por aquella época también comenzó á despuntar una clase nueva de hombres de Estado, de la cual antes no se tuvo noticia y que después se ha hecho muy numerosa: la de oradores parlamentarios.

Pero la conjuración católica y las elecciones generales, que ocurrieron al mismo tiempo, hallaron al pueblo predispuesto á la lucha, y el Parlamento se pobló de diputados que se inclinaban á la república en el orden político y á la Iglesia presbiteriana en el orden religioso. Así fué que, no bien se hubieron reunido, trabaron una lucha con el Gobierno, cuyo resultado, á serles propicio, habría puesto en sus manos el supremo poder.

¿Cómo debía concluir la contienda? Para nosotros que la hemos visto resuelta ofrece pocas dificultades; pero debía de antojarse por extremo problemático á un político de la época de Carlos II hacer ó aconsejar algo que, sin despojar al Parlamento de sus privilegios, conservase al monarca su antigua supremacía.

## XXIX.

Cuando Clarendon fué ministro hubo de luchar, honrada y tenazmente, contra el desarrollo que iba tomando el poder de la Cámara de los Comunes, y con la obstinación, la altivez y la manera vejatorias, propias de él; Temple no tenía sus pasiones violentas, ni su carácter altanero y desdeñoso, mas, para entrambos era causa de mucha inquietud y desasosiego la transformación rápida que se verificaba en el modo de practicar la Constitución.

No era posible arrancar violentamente á la Cámara de los Comunes el poder que acababa de adquirir, ni era Temple tampoco persona ocasionada para dar tal consejo. ¿Sería posible, en vez de esto, traer la Cámara de los Comunes al punto de que dejara es-

capar de sus manos aquello mismo que no había medio de quitarle? ¿Podía verificarse una gran contrarevolución sin alterar la forma exterior del Gobierno? ¿Era posible volver á colocar la Corona y el Parlamento en idénticas condiciones que se hallaron respectivamente bajo el reinado de Isabel, sin desenvainar la espada, sin decapitar á nadie y con el beneplácito de todos?

El pueblo inglés, dijo probablemente para sí, sir Guillermo Temple, no consentirá nunca en dejarse gobernar sin Cámaras por el poder real, ni debe tampoco ser gobernado así. Por ahora no existe otra fiscalización que la del Parlamento. Y como es difícil señalar los límites entre el poder de fiscalizar á los que gobiernan y al poder de gobernar, el Parlamento, que se siente apoyado de la nación, se apropia poco á poco de todas las facultades del Gobierno. Mas si fuera posible inventar otro freno que sujetara por modo eficaz al poder de la Corona, y menos irritante para el Soberano que el actual y que tanto lo importuna; un freno que pudiera parecer al pueblo garantía suficiente contra malas administraciones, intervendrían acaso con menos frecuencia los Parlamentos en la cosa pública, y la opinión no los apoyaría tanto en sus empresas. Para que nadie intente sujetar las manos al Rey, fuerza es que consienta el Rey en sujetárselas un poco; para que el cuerpo encargado de fiscalizar la voluntad del Monarca no invada y usurpe las atribuciones del poder ejecutivo, es necesario dar al cuerpo encargado de dirigir el poder ejecutivo algo del cuerpo encargado de fiscalizarlo: el Parlamento se atribuye cada día una parte más considerable de las facultades del Consejo privado; para contener el mal es necesario dar al Consejo privado algo parecido á la

forma del Parlamento; en una palabra, es necesario que vea la nación que todas las medidas del Rey se inspiran y dirigen por un Gabinete compuesto de todos los órdenes del Estado; por un Gabinete que no solamente contenga hombres colocados en las esferas gubernamentales, sino es también grandes y nobles independientes y populares, con pingües rentas, sin sueldo, que no puedan mostrarse dispuesto á sacrificar el bien público, tan interesante para ellos mismos, y el crédito de que gozan en la nación por serviles complacencias con una corte que ninguna merced puede otorgarles. Cuando se haya puesto en tales manos la administración del país, el pueblo verá con gusto que solo se ocupa el Parlamento, como antiguamente, en ejercer la fiscalización por extraordinario, quedando satisfecho con que se reuna la Cámara de los Comunes cada tres años una breve legislatura, y sin que intervenga más en los negocios del Estado que hace ciento.

A nuestro parecer, así hubo de razonar sir Guillermo Temple; y en este supuesto, su plan es inteligible, antojándosenos, como á M. Courtenay, absurdo é incomprensible en cualquier otro caso.

## XXX.

Si antes se hubiera intentado poner este proyecto en ejecución con algunas reformas, bajo un soberano mejor, y cuando la opinión pública se hallaba más tranquila, parécenos que hubiese producido el efecto que se esperaba; pues aun cuando el freno de los treinta consejeros escogidos por S. M. no fuera grande y fuerte comparado con el del Parla-

mento, habría sido más constante. En cuanto al Consejo, considerado como poder ejecutivo, hubiera sido tardo y difícil en su marcha, y, á no delegar parte de su autoridad en cierto número reducido de los individuos que debían formarlo, impropio á la dirección de una guerra y falto de condiciones para proceder con sigilo y rapidez.

La revolución de 1688 puso fin por modo muy diferente á la prolongada lucha entre la Monarquía y el Parlamento, siendo desde aquella fecha la Cámara de los Comunes poder predominante en el Estado.

Bien será decir que al propalarse las nuevas del proyecto de Temple fueron perfectamente acogidas de la opinión pública, y que no tuvieron más adversarios que los jefes populares de la Cámara de los Comunes, privados de asiento en el Consejo. Pero las halagüeñas esperanzas y los felices augurios á que dió lugar la promulgación de lo acordado, acabaron en el punto mismo de manifestarse; porque la pérfida ligereza del Monarca y las ambiciones de los hombres políticos produjeron á seguida la ruina total é irremediable de un designio que, para lograr sus fines, hacía menester en todos cuantos debían contribuir á realizarlo mucho caudal de energía, de desinterés y de amor patrio; como que apenas organizado (21 de abril de 1679), y pocas horas después de su primera reunión, quedó quebrantada una de sus bases fundamentales, formándose de su seno una junta secreta, ó, según el lenguaje moderno, un Gabinete de nueve individuos, que á su vez, y para neutralizar ciertas perniciosas influencias que contenía, fué ocasión de otro Gabinete íntimo, compuesto de lord Essex, lord Sunderland, lord Halifax y sir Guillermo Temple.

Así las cosas, el Parlamento, que se había hecho enojoso á Carlos, hubo de suspender sus sesiones, no por acuerdo del Consejo, sino por voluntad del Rey, lo cual produjo profundo disgusto en sus individuos, ante quienes un mes antes se obligó S. M. á consultar en todo lo relativo á la gobernación del país. Cerradas las Cámaras, Temple se recogió á su *villa*, y no parecía en Londres sino los días de junta. Instáronle mucho entonces Carlos y sus tres colegas para que aceptase el cargo de secretario de Estado, pero Temple se negó á ello resueltamente; que su ensayo de vida política en Inglaterra, con haber sido breve, lo tenía disgustado de ella y tan oprimido con su pesadumbre, que no se sintió dispuesto á contraer nuevas y más grandes responsabilidades.

Al espirar el plazo por el cual se suspendieron las sesiones del Parlamento, determinó Carlos con sus cuatro consejeros confidenciales disolverlo y proceder á convocar otro menos exigente.

Aquellas elecciones fué nombrado Temple procurador en la Cámara por la Universidad de Cambridge.

Pasó el verano en Sheen consagrado á las labores de su quinta, y dejó por completo á sus tres compañeros del Gabinete íntimo la dirección de los negocios públicos. Una causa, que no ha tenido explicación, comenzó por entonces á enajenarle la voluntad de sus colegas. En nuestro sentir, fué que hubieron de aquilatar sus facultades y de comprender que no era hombre á propósito para las circunstancias. Y como ellos sólo vivían para satisfacer sus ambiciones, y miraban desdeñosamente sus hábitos de tranquilidad, y estaban acostumbrados á jugar fuerte en las puestas políticas, y les molestaba por extremo su sistema de jugar á cartas vistas, consi-

deraban sus medidas prudentes y discretas con la manera de menosprecio que sienten los jugadores en la novela de sir Walter Scott hacia Nigel, porque no tocaba nunca ninguna carta sino cuando tenía la certeza de ganar con ella. Poco tardó en descubrir Temple que no se hallaba impuesto de los secretos de sus colegas. Porque como adoleciese por aquel tiempo S. M. de grave padecimiento, y, al saberlo, volviese de Holanda el Duque de York, y la inesperada presencia en la capital del heredero católico de la Corona produjera en todas partes gran inquietud y sobresalto, Temple, no menos sorprendido que los demás, corrió á Londres y fué á seguida en busca del Conde de Essex, el cual fingió mucha contrariedad con el suceso. Del de Essex, pasó al lord Halifax, y éste le habló de los placeres de la vida campestre, de las ansiedades que causa en el espíritu el ejercicio del poder, y de la vanidad de las cosas humanas; evitando cuidadosamente tratar de política. Mas cuando Temple abordó el asunto y dijo algo viaje del de York, Halifax se limitó á suspirar, á encogerse de hombros y á mirar al techo de la sala donde conversaban. No transcurrieron muchos días sin que Temple quedara convencido de que sus dos amigos se habían burlado de él, pues ellos mismos fueron los que hicieron acudir al Duque, previendo la muerte del Rey, para que pudiese desbaratar los planes de Monmouth con su presencia.

## XXXI.

Reuniéronse, al fin, las Cámaras el mes de octubre de 1680 y se planteó en ellas la exclusión. Pocas luchas parlamentarias registra la historia de Inglaterra que hayan sido parte á mayor desarrollo de fuerzas y de ingenio y de pasiones violentas, que la discusión de este *bill;* como que la nación entera se halló poseída del espíritu de partido más intransigente, y dividida en dos bandos que disputaban acerca de la santidad del derecho hereditario, de la omnipotencia del Parlamento y de los peligros que podían sobrevenir por la disputa misma de la herencia y por un reinado católico. En medio de tanta fermentación, tomó asiento por primera vez en la Cámara sir Guillermo Temple.

La ocasión no podía ser más oportuna para brillar en las discusiones; y sir Guillermo, por su talento, su mucha costumbre de los negocios, su limpia fama de hombre público, y la importancia de los cargos que había desempeñado, parecía ser á los ojos de la nación persona de la cual dependieran muchas y grandes cosas. Pero en aquella ocasión procedió como en todas las de su vida. Vió que apoyando la exclusión hacía del Rey y del heredero presuntivo de la corona dos enemigos, y que si se oponía le acontecería lo propio con el turbulento y no nada escrupuloso de Shaftesbury, y por lo tanto ni apoyó ni combatió el *bill,* sino que se ausentó de la Cámara, y no satisfecho aún, se propuso no discutir jamás el caso, ni en privado tampoco. Y como le preguntase un día Hyde, que luego fué Conde de Roches-

ter, por que no asistía en aquel caso á las deliberaciones, le contestó Temple que inspiraba su conducta en el consejo de Salomón, no contrariando á los poderosos, ni proponiéndose desviar el río de su cauce. «Soís hombre discreto y pacífico,» repuso Hyde. En efecto, que así podía ser como dijo Hyde; pero es lo cierto que los hombres discretos y pacíficos al modo de sir Guillermo, no tienen nada que hacer en un Parlamento cuando arrecia el peligro y la ocasión lo es de mucho empeño.

Al terminar aquella legislatura, fué disuelto el Parlamento, y al convocar otro en Oxford S. M., sir Guillermo preguntó á Carlos si deseaba que continuase ocupando su puesto en la Cámara. El Rey, que tuvo siempre gran penetración para descubrir las flaquezas de cuantos se le acercaban, viendo en él un amigo de poca utilidad en aquellas circunstancias, le contestó sonriendo, acaso con ironía y desprecio: «Paréceme que no podréis ser de mucha utilidad en el Parlamento, estando las cosas como están, y que haréis mejor apartándoos de la vida activa.» Temple, con esto, retiró su candidatura y se partió á Sheen resuelto á no intervenir nunca más en los negocios públicos. De allí á poco, el Rey lo separó de su Consejo privado. Sir Guillermo no acertó en un principio á explicarse la resolución adoptada por S. M.; mas no hacía falta ciertamente haber vivido tantos años, participado en tantos asuntos y adquirido tanta experiencia de los hombres y de las cosas para conocer que hay circunstancias en las cuales entienden las gentes que cuantos no están resueltamente de su parte, antes parecen enemigos que parciales, y que á las veces el amigo frío que no quiere molestarse de ningún modo, ni hacer el menor esfuerzo, ni arrostrar nin-

gún peligro, es más enojoso que el adversario. Carlos entendió al principio que la buena fama de Temple daría prestigio y crédito á un Gobierno sospechoso é impopular; pero no tardó mucho en descubrir que la reputación de sir Guillermo se parecía á ciertos muebles que solemos ver en los gabinetes de las viejas cuidadosas y que son tan delicados que no sirven para cosa ninguna.

Libróse, al fin, Temple de la vida pública, y comenzó á ocuparse de lleno en aquello que más le placía. Su caudal era suficiente para ocurrir á las necesidades de la familia, pues contaba mil y quinientas libras esterlinas de renta, y además los emolumentos de Archivero Mayor de Irlanda, cargo heredado de su padre, y que no exigía residencia fija en punto determinado. Y como, por otra parte, su reputación de diplomático y de escritor estaba hecha, determinó de permanecer tranquilo en su retiro, disfrutando en paz y sosiego de sus bienes, sin curarse de lo que hicieran los demás.

## XXXII.

Sobrevinieron entonces días aciagos. Algunos de sus antiguos colegas fueron objeto de crueles venganzas. El déspota escarneció la religión y las libertades de la patria: el espíritu nacional se inflamó al contacto de la tiranía: penetró el descontento hasta en los alcázares de la realeza, y en los claustros de Westminster, y en los colegios de Oxford, y en los batallones de la Guardia, y en los tribunales de justicia, y hasta en la misma cámara del Soberano; pero no alcanzó el rumor siquiera de tanta

confusión hasta el tranquilo y apartado retiro donde vivía Temple.

Llegó la revolución. Temple permaneció neutral durante la lucha, y cuando hubo triunfado Guillermo III, trasportó al nuevo soberano y al orden nuevo de cosas la misma lánguida fidelidad que profesó antes á los Estuardos. También se negó á ser entonces secretario de Estado; no, como quisieran hacernos creer sus admiradores, por escrúpulos de honor y de conciencia, porque consintió en que su hijo aceptara el cargo de secretario de la Guerra, sino por evitar las dificultades y contingencias á que pudiera exponerlo su oficio.

Ocho días después de haber tomado posesión de su secretaría, se suicidó el hijo de Temple, atribuyéndose su desesperado propósito al pesar que le causó ver adoptadas por el Rey, á propósito de Irlanda, ciertas resoluciones que él le inspiró de no muy buen acuerdo. Este golpe fué terrible para la familia, que se alejó más de Londres, y trasladó su residencia definitivamente á Moor-Park, donde sir Guillermo permaneció hasta el fin de sus días. El clima de aquella parte era saludable, y fértil la tierra y muy á propósito para cultivar capuchinas. El jardín lo había trazado con la regularidad angulosa y monótona que tanto le placía en los arriates de Harlem y de la Haya: un arroyo delicioso que bajaba susurrante de las colinas del Surrey, rodeaba la heredad con sus ondulaciones: la casa era pequeña, pero cómoda y bien moblada; los alrededores, solitarios. Sir Guillermo no tenía más visitas en aquel lugar que las de algún que otro amigo que hacía veinte ó treinta millas de camino para verlo, y muy de tarde en tarde algún que otro extranjero á quien llevaba la curiosidad á Moor-Park para

cambiar unas pocas palabras con el autor de la Triple Alianza.

Allí pasó de esta vida lady Temple, el mes de mayo de 1694. Poco se sabe de esta señora después de su casamiento, como no sea que sus cartas eran muy leídas y que tuvo la honra de corresponder con la reina María. Lady Giffard, que vivió en las mejores relaciones con su cuñada, continuó al lado de sir Guillermo, siendo la compañera inseparable de su vejez.

Después de las plantas y las flores ó, mejor dicho, alternando con ellas, la literatura vino á ser una de las distracciones predilectas de sir Guillermo, pues cuando se hubo retirado definitivamente de los negocios, escribió memorias muy agradables, corrigió y copió gran número de cartas, y publicó tratados sobre diversos asuntos, siendo, á nuestro parecer, el mejor de todos el *Ensayo sobre la jardinería.* El estilo de sus obras es excelente y, á las veces, majestuoso y brillante, no pudiendo decirse mucho en elogio de su fondo, como acontece con su *Estudio sobre la ciencia antigua y moderna*, que dió á luz en mal hora, para demostrar la superioridad de los antiguos sobre los modernos, y que constituye una de las lucubraciones más ridículas é insulsas que hayan podido publicarse, á parte de la forma, que merece aplauso. Temple nos enseña, entre otros desatinos contenidos en ese libro, que Licurgo viajó por la India, y trajo de allí las leyes de Esparta; que Orfeo hizo grandes viajes para adquirir caudal de ciencia, llegando á un grado de instrucción que lo hizo célebre por los siglos de los siglos; que Pitágoras pasó veintidos años en Egipto, y que después de examinarse allí, vivió todavía doce más en Babilonia, *et sic de cæteris.* No es menos venturoso

cuando trata de los modernos, porque nos regala con un catálogo de los escritores que considera por más grandes, y suprime de él al Dante, al Petrarca, al Ariosto y al Tasso, entre los de Italia; a Lópe y á Calderón, entre los de España; á Pascal, Bossuet, Moliére, Corneille, Racine y Boileau, entre los de Francia, y entre los de Inglaterra, á Chaucer, Spencer, Shakespeare y Milton.

## XXXIII.

Sir Guillermo Temple murió en Moor-Park el mes de enero de 1699, conservando la plenitud de su inteligencia hasta el postrer momento. Diéronle sepultura juntamente con su mujer en la abadía de Westminster, y reservaron cerca de ambos un espacio para lady Giffard, que le sobrevivió largo tiempo. Su corazón está puesto bajo un cuadrante solar que hay en su jardín favorito. Swift fué su albacea en todo lo tocante á sus obras, y dirigió la publicación de las *Cartas* y de las *Memorias;* cargo que hubo de proporcionarle graves disgustos con la familia del difunto.

Poco nos resta que decir acerca del carácter de Temple. Burnet lo acusa de irreligioso y de corruptor; pero las vagas afirmaciones de un hombre de tan poco fundamento y tan parcial como él, acerca de persona con la cual, que sepamos, no habló siquiera una vez, carecen de importancia. Puede que acaso fuera Temple librepensador; así lo creían los Osborne cuando era mozo. Por lo demás, es cierto que los hombres bien educados y de buena casa, que comenzaron á figurar en el apogeo del partido

puritano, ó cuando aún estaba muy fresco en la memoria el recuerdo de su dominación, concibieron profundísimo desprecio por cuanto se rozaba con materia religiosa, y por tanto, así alcanza la censura en orden á este punto á Temple, como á los cortesanos más ilustres de la época. Rochester y Buckingham hacían público alarde y profesión de infidelidad; Mulgrave no les iba en zaga; Shaftesbury, más reservado que los otros, pasaba por ser de la misma opinión; los tres grandes personajes que fueron colegas de Temple en el Gabinete, gozaban de no muy buena fama en materia de ortodoxia, y Halifax pasaba por ateo, si bien, á decir verdad, rechazó siempre con energía la suposición. Nada tiene, pues, de extraño que Temple, que nunca rebasó del nivel general en ningún caso, adoleciera también de escepticismo; lo único que podemos consignar en orden á esto, es que no se advierte ni sombra de impiedad en sus obras, y que el agrado con que lo eligió una Universidad que contaba eclesiásticos en el número de los votantes, aunque nada prueba en cuanto al fondo de sus opiniones religiosas, sirve al menos á demostrar que no hacía ostentación de ateísmo, como parece insinuarlo Burnet.

Por lo demás, no fueron las condiciones de Temple á propósito para dar prestigio al partido de los fieles ni al de los infieles; pues no pasó de ser hombre dotado de imaginación viva y muy observador, de buen porte y mejores modales entre los literatos, y literato entre las personas de buen porte y mejores modales; y por tal modo á los eruditos los deslumbraba con sus aires de embajador y de consejero, y á los políticos con su fama de publicista y de historiador. Empero, por lo que á nosotros respecta, no

podemos colocarlo en alto asiento, ni como escritor, ni como político. Y si lo consideramos bajo el punto de vista de hombre solamente, se nos antoja que fué por extremo egoísta, y por extremo prudente también, y circunspecto y avisado en su egoísmo, conocedor cual ninguno de aquello que quería, y perseguidor de lo que deseaba, con perseverancia é inteligencia desusadas, sin que nunca, por cosa ninguna, se apartara un ápice de la senda emprendida para lograr el objeto propuesto, mostrando siempre más temor de fracasar que deseo de conseguir. La paz, el reposo, la seguridad y el bienestar los prefirió en todo tiempo á las agitaciones inseparables de la grandeza y del poder; pero esto mismo, con ser producido de su natural apatía, hija de su organización, al compararse con la febril y perjudicial actividad de los espíritus inquietos entre los cuales pasó la vida, nos aparece á primera vista cual si fuera resultado de la templanza y la virtud. No obstante, á poco que fijemos en él la atención, advertimos cuán pequeño y despreciable resulta, y más si lo juzgamos teniendo en memoria, no los grandes tipos ideales de la moralidad, sino es muchos de esos hombres frágiles que, proponiéndose altos fines de que los alejaron más de una vez pasiones violentas y tentaciones fortísimas, dejaron en la Historia fama no tan limpia y acrisolada como la suya.

---

# JOHN BUNYAN.

---

*Biographical Essays*, Leipzig: Tauchnitz, 1857.

# JUAN BUNYAN

## Y EL VIAJE DEL PEREGRINO *

### 1628—1688.

### I.

Juan Bunyan, el más popular de todos los escritores religiosos de la lengua inglesa, nació en Elstow, á corta distancia de Bedford, el año de 1628, de una familia de caldereros, si hemos de dar crédito á la tradición, los cuales formaban á la sazón una casta hereditaria no muy considerada por cierto, por ser sus individuos en general, vagabundos y rateros, y gozar de tan mala fama como los gitanos, con quienes se confundían en fuerza de parecérseles. Empero el padre de Bunyan fué persona de más

* El presente ensayo consta de dos partes: una que vió la luz pública en mayo de 1854, en la *Enciclopedia Británica*, y otra en diciembre de 1830, con motivo de la edición del *Viaje del Peregrino,* con la vida de John Bunyan, por Roberto Southey, Esq. L. L. D. poeta laureado (Londres, 1830), conteniendo ésta un estudio de la obra literaria de Bunyan, y aquélla un estudio principalmente biográfico: al verterlas en castellano, las hemos reunido, poniendo primero la biografía, y después la bibliografía.—N. del T.

cuenta que la mayor parte de las de su tribu, y como tal tuvo residencia fija, y pudo poner á su hijo en la escuela del lugar, donde aprendió á leer y escribir.

Al rayar Bunyan en la adolescencia, estaba en su plenitud el espíritu puritano en toda Inglaterra; y como en ninguna otra parte del reino subió más de punto que en el condado de Bedford ni ejerció mayor influjo, no parecerá extraño que un joven dotado por naturaleza de imaginación poderosa y de sensibilidad casi enfermiza, fuese víctima desde aquel entonces de lo que podremos llamar miedos y espantos religiosos. Apenas contaba diez años, cuando comenzaron á interrumpir sus juegos y á perturbar sus sueños accesos de remordimiento y desesperación y pesadillas temerosas en que veía demonios disponiéndose á dar con él en lo más profundo del infierno; y á medida que fué avanzando en edad, fueron también haciéndose más rudas sus luchas interiores, siendo tan enérgico el lenguaje que usaba para describirlas que ha sido eficaz á inducir á error á todos sus biógrafos, excepción hecha de Southey. Y tomando pie de aquí, han contraído la costumbre, desde hace mucho tiempo, los escritores piadosos, de citar á Bunyan como ejemplo del poder sobrenatural de la gracia divina para sacar el alma humana de los abismos más recónditos y tenebrosos de la iniquidad; como que hay un tratado en el cual se le llama el mayor y más insolente de los licenciosos, y otro en que se le compara con un tizón recién salido del fuego; Mr. Ivimey lo designa en su *Historia de los Bautistas* (History of the Baptists) con los motes de Bunyan el depravado, ó del perverso calderero de Elstow, y Mr. Ryland, que no ha mucho era persona de gran cuenta entre

los disidentes, cometió la rapsodía que transcribimos á continuación: «Nunca ningún hombre, dueño de sus sentidos y de no más que mediana honradez, podrá negar que Bunyan fué ateo é infiel, tan miserable como digno del mayor desprecio; un vil rebelde á Dios y á la virtud, un licencioso vulgar, un malvado indiferente, despreciador, asesino y perdidoso de su alma, y tan réprobo y por tan manifiesto modo como pudiera serlo el mayor de todos. Y después, ¡oh cielos! maravillaos por toda la eternidad; asómbrense la tierra y los infiernos, mientras subsistan! he aquí que ese mismo hombre se tornó en milagro de misericordia y espejo de sabiduría, virtud, santidad, verdad y amor!» Pero si así se habla de Bunyan entre cierta clase de gente, quien se proponga examinar los hechos, reconocerá que las personas honradas que tales cosas escribieron se dejaron engañar de una fraseología cuyo alcance debieron comprender mejor, puesto que la usaron y la oyeron usar toda su vida. Por otra parte, citar las expresiones enérgicas de que se sirve un devoto para dolerse de su extrema corrupción, y concluir de ellas que su vida pasada fué peor que la de su prójimo, es uno de los errores más graves en que se puede caer. Muchas personas excelentes, y cuyo carácter moral ha permanecido desde la infancia hasta la vejez al abrigo de faltas apreciables á los ojos de los demás hombres, se han dirigido, empero, á sí mismos, en sus autobiografías ó en sus efemérides, y con sinceridad indubitable, calificaciones y epítetos tan severos como los que hubieran podido aplicarse á Tito Oates y á la Brownrigg. Mas, por lo que á Bunyan respecta, es evidente que en cualquier círculo que no fuese de puritanos austeros habría pasado á los diez y ocho años por ser

un joven de formalidad é inocencia extraordinarias. Bien será que hagamos una observación, á saber: que Bunyan, como tantos otros penitentes que se reconocen y se confiesan en términos generales como indignos y miserables, se acaloraba siempre y se defendía enérgicamente cuando lo atacaban los demás; que si bien es cierto que no se contuvo en sus concupiscencias, que se abandonó con delectación á cuantas infracciones le plugo de la ley divina, y que fué cabeza de la juventud de Elstow en todo género de vicios y desórdenes, apenas los que lo querían mal lo acusaban por sus amores licenciosos ponía por testigos á Dios y á los ángeles de la pureza de su vida, no habiendo, decía, mujer alguna en el cielo, en la tierra ni en el infierno que pudiese acusarlo con verdad de haberle hecho nunca proposiciones inconvenientes; como que no sólo fué fidelísimo á su esposa, sino que observó perfecta castidad antes de casarse. Y si tenemos en cuenta sus confesiones y hasta las injurias de sus enemigos, no resulta que bebiese jamás con exceso, ni tuviese tampoco más mala costumbre que la de hablar en un estilo excesivamente profano, salpicado de maldiciones; defecto en el cual no volvió á incurrir después que se lo hubieron corregido una vez. El cargo más grave que pudo formularse contra él en su juventud, cuando todos tenían la costumbre de representarlo como réprobo empedernido y Tenorio de aldea, fué que gustó mucho de ciertas distracciones perfectamente inocentes en sí mismas, pero que los adustos rigoristas entre quienes vivía, y cuya opinión era para él de mucha cuenta, censuraban y condenaban por extremo. A esta época se refieren los cuatro pecados más graves de su vida, es á saber: bailar, tocar las campanas de la parroquia, ju-

gar al *tipcat*, y leer la *Historia de sir Bevis de Southampton.* Un rector de la escuela de Laud habría propuesto como ejemplo á sus feligreses el tipo de Bunyan; pero él pensaba del bien y del mal de conformidad con el criterio de una escuela muy diferente, resultando su desgracia de la lucha empeñada entre sus inclinaciones y sus escrúpulos.

## II.

Contaría próximamente diez y siete años, cuando un suceso que imprimió carácter permanente á sus ideas interrumpió el curso ordinario de su vida, pues se alistó en el ejército del Parlamento y sirvió en la campaña en 1645, que fué decisiva. Cuanto ha podido averiguarse de su carrera militar es, que como en el sitio de Leicester ocupara su puesto por algunos momentos un compañero, luego al punto cayó muerto de un balazo disparado desde la plaza, suceso que Bunyan atribuyó siempre á intervención manifiesta de la Providencia para salvarle la vida. Conviene advertir que su imaginación se impresionó tanto con el espectáculo de las pompas bélicas, que después y hasta el fin de sus días se complació en tomar las imágenes por medio de las cuales explicaba las cosas santas en los campamentos, fortalezas, armas, tambores y banderas.

Tanto fué así, que su Greatheart, su capitán Boanerges y su capitán Credence son evidentemente retratos cuyos originales se hallaban entre los santos guerreros que así combatían como predicaban en el ejército de Fairfax.

III.

Al cabo de algunos meses regresó Bunyan á su casa y contrajo matrimonio; y como su mujer estaba emparentada con personas piadosas, le llevó en dote algunas onzas de misticismo, resultando de aquí que su espíritu, por naturaleza excitable, apenas contenido por la educación, expuesto é indefenso á la contagiosa violencia del entusiasmo, á la sazón epidémico en Inglaterra, cayó en el desorden más horrible; se tornó en las demostraciones exteriores en un perfecto fariseo; dejó, una en pos de otra, sus distracciones favoritas, no sin grandes y dolorosos combates; como que en cierta ocasión que jugaba una partida de *tipcat* quedó en éxtasis, el brazo levantado y el bastón puesto en alto y la mirada vaga en dirección del cielo, á causa, según dijo después, de haber oído una como voz que le decía que renunciase á sus pecados si quería ver á Dios, ó perseverase en ellos si prefería ir al infierno, añadiendo que descubrió en las nubes un rostro terrible que lo miraba de una manera airada: perdió la odiosa costumbre de tocar las campanas, aunque conservó la de subir á la torre de la iglesia para verlas tocar; mas como le ocurriese la idea de que si perseveraba en semejante iniquidad se hundiría sobre su cabeza el campanario, huyó para siempre de aquellos lugares malditos; y aun cuando se le hizo más difícil renunciar al baile en el prado de su aldea, también consiguió al cabo, en fuerza de esfuerzos, abandonar su pecado favorito. Consumado este postrero sacrificio, quedaba perfecto, aun con

arreglo á las más severas máximas de aquella época por extremo austera. Todo Elstow hablaba de Bunyan como de persona extremadamente piadosa, á pesar de su juventud; empero su espíritu estaba más perturbado que nunca, y careciendo de trabajo en orden á reforma exterior, y no hallando en la religión ningún placer que reemplazara las distracciones que había renunciado, comenzó á persuadirse de que se hallaba en cuerpo y alma bajo la influencia de algún maleficio especial; comenzando con esto á causarle tormento una serie interminable de preocupaciones á cual más extraña, que parecían arrastrarlo al suicidio ó á una casa de locos. Y así era, en efecto, pues convencido en cierta ocasión de que bastaba ser judío para salvarse, quiso de mostrar que corría por sus venas sangre de raza israelita para mejor persuadirse de su rescate; ilusión que desvaneció á seguida su padre, hombre tan prosaico por lo visto que no gustó de hacerse pasar por hebreo. Otra circunstancia turbó su conocimiento el siguiente temeroso dilema: «Si no tengo fe, estoy perdido; mas, si la tengo, puedo hacer milagros,» llegando al punto de pretender que, sólo por la eficacia de su mandato, luego al punto quedaran evaporados los pantanos que había entre Elstow y Bedford, y haciendo consistir todas sus esperanzas de felicidad futura en el éxito de esta empresa de desecación trascendental. Luégo le ocurrió la idea de que habían pasado los días de salvación para Bedford y pueblos de alrededor, que cuantos debían salvarse en aquella parte de Inglaterra estaban convertidos ya, y que había comenzado su fervor algunos meses después de lo que debía. En pos de este dislate le asaltaron dudas en orden á saber si los turcos tenían razón, ó los cristianos estaban equi-

vocados; y aunque después se sintió movido del instinto insensato de rezar á los árboles, á los mangos de escoba y á los toros, así y todo apenas si había comenzado aún á penetrar en el *Valle de la Sombra de la Muerte;* que luego fueron condensándose las sombras y comenzó á ver flotar en el espacio delante de sus ojos figuras espantables, y á oir gemidos y maldiciones, y á creer que caminaba por entre llamas y nubes infestadas de olor pestilente, y á estar asediado á todas horas de una extraña curiosidad respecto del pecado imperdonable y de la monomanía de cometerlo, revistiendo su enfermedad entonces una forma todavía más terrible, cual fué la propensión á blasfemar, y sobre todo la tentación de renunciar á la parte que pudiera tocarle, grande ó pequeña, en los beneficios de la redención. Noche y día, en la cama, en la mesa, mientras trabajaba, en toda ocasión y momento, creía oir á los espíritus malignos que le repetían sin cesar: «¡Vende á Jesús! ¡Véndele!»; y como, aun cuando se proponía echarlos lejos de sí, estaban siempre á su lado mortificándolo, y como, aun cuando él les decía: «¡Nunca! ¡Nunca! ¡No! ¡Ni por mil mundos tampoco haré yo eso!» consiguieran vencerlo al fin, dejó escapar de sus labios la palabra fatal, diciendo: «¡Que vaya, si quiere!» Entonces se tornaron sus ansias más terribles que nunca, porque había cometido el pecado que no puede borrarse, y renunciado á la herencia que le correspondía del gran sacrificio, porque había vendido su primogenitura como Esaú, y no le quedaba siquiera la ocasión del arrepentimiento, «Nadie sino yo conoce, decía tiempo después, los terrores de aquellos días.» Y en efecto que debieron de ser terribles, á juzgar de la manera enérgica, sencilla, extraña y patética como los describe.

Envidiaba los animales, las piedras y las tejas; le parecía que le negaba el sol su luz y su calor; su cuerpo, con ser fornido y aun en la plenitud de la vida, era presa, durante días enteros, de continuo temblor; temiendo á la muerte y al juicio, imaginaba que aquel temblor era el signo característico de los réprobos y la señal que Dios había puesto á Caín; y como las emociones del afligido Bunyan le privaban de digerir los alimentos, sufría tanto que, á las veces, sólo esperaba ya *«reventar por el medio»* como Judas, á quien creía su prototipo.

## IV.

Ni los libros que leía, ni las personas doctas que consultaba eran eficaces á procurarle mucho bien; como que su pequeña biblioteca se acrecentó, en mal hora, por aquel tiempo, con la *Relación del fin lastimoso de Francisco Spira*, y que un anciano que gozabagran fama de piadoso, y á quien el desgraciado Bunyan comunicó sus angustias, pronunció un fallo en orden á ellas que hubiera podido producir funestas consecuencias. «Temo, le dijo Bunyan, haber pecado contra el Espíritu Santo.—Mucho me lo temo,» le contestó el fanático.

Disipáronse al fin las nubes, tornándose más pura la luz; y el entusiasta que había imaginado tener en la frente la señal del primer deicida, y que se creía predestinado á la muerte del architraidor, gozó de la paz del alma y de dulce confianza en la misericordia de Dios. Empero trascurrieron todavía bastantes años, antes de que sus nervios, tan peligrosamente excitados, volvieran á normalizarse, y bue-

na prueba fué de ello lo de que al ingresar en una congregación de Bautistas en Bedford, al presentarse la primera vez en la mesa de la Santa Cena no pudiera contener sin gran esfuerzo el deseo que sentía de maldecir á sus hermanos mientras que circulaba la copa. Pasado que fué algún tiempo después de pertenecer á esta congregación, comenzó á predicar, y sus sermones produjeron impresión muy viva. Pues aun cuando no era hombre letrado, como predicaba á un auditorio ignorante, y las segundas pruebas por las cuales había pasado le dieron el conocimiento de la melancolía religiosa bajo todas sus formas, y tal cual no hubiera podido hallarla en los libros, excitado su carácter enérgico de su fervorosa devoción, lo hizo capaz, no sólo de influir eficazmente en el vulgo, sino de llamar la atención de las personas ilustradas. Con todo y así, aun trascurrió algún espacio antes de que se viera libre de la tentación que le llevaba al extremo de proferir palabras horribles de impiedad desde lo alto del púlpito.

## V.

Así en las enfermedades morales como en las físicas, puede combatirse de una manera eficaz la irritación por medio de irritantes; y así parece que al cabo se vió libre Juan Bunyan de los sufrimientos interiores que atormentaban su existencia, por obra de violenta persecución exterior. Porque como hubiera contraído la costumbre de predicar cinco años antes de que diese la Restauración á los caballeros, nobles ó eclesiásticos poder para oprimir á

los disidentes en toda la redondez de Inglaterra, y de todos los disidentes, cuyos nombres conserva la historia, acaso fuera Bunyan el más perseguido y maltratado, con esto cambió el curso de sus ideas. En efecto, el mes de noviembre de 1660, lo encarcelaron en Bedford, y salvo algunos cortos intervalos de breve y precaria libertad, así pasó doce años, siendo causa de tanta desgracia la exigencia de sus enemigos que se propusieron arrancarle la promesa de no predicar; promesa que no quiso hacer por haberse persuadido de que Dios lo había señalado para que divulgara entre las gentes la noción de la justicia, y porque tenía el propósito firme de obedecer á Dios antes que á los hombres. Durante su persecución hubo de comparecer ante diversos tribunales, donde alternativamente se burlaron de él, ó lo halagaron, ó lo escarnecieron, ó lo amenazaron; pero todo en vano, pues á las burlas lo propio que á las lisonjas, á las promesas de volverlo á la libertad y á los suyos á condición de no predicar, lo propio que á las amenazas de expulsarlo de Inglaterra, y aun de ahorcalo si reincidía, sólo daba una respuesta: «Si me dejáis hoy libre, mañana volveré á empezar.» Y por tal modo pasó pacientemente, un año tras otro, preso en un calabozo de tan malas condiciones que comparado con el más horrible que pueda encontrarse ahora en la Gran Bretaña, resultaría éste cómoda y espaciosa vivienda; muestra de entereza que resulta mucho más extraordinaria si se atiende á que sus afecciones domésticas eran por extremo fuertes y profundas, tanto que sus rígidos hermanos en la fe lo reputaban por padre sobrado tierno é indulgente. Tierno, sí lo era, y amantísimo de sus hijos, especialmente de una niña que tenía ciega y á la cual quería con tan singular afec-

to que hasta del aire que la tocaba sentía celos, y, no obstante, fuerza era, entonces, que soportase hambre y frío, que implorase la caridad pública y aun que la maltratasen á causa de él. «Necesario es que sea, porque necesario es que yo haga lo que hago,» decía Bunyan cuando le hablaban del estado miserable de su familia. Para remediar en lo posible la situación precaria de los suyos, y como hallándose preso no podía trabajar en su oficio, se propuso recurrir á otro, y fué el de hacer cintas de trencilla que vendía luego á los merceros. Y en tanto que ocupaba las manos del modo que se ha dicho, la inteligencia y los labios los empleaba en otro trabajo, esto es, en dar instrucción religiosa á sus compañeros de cautiverio, formando así entre ellos un pequeño rebaño, del cual era pastor. Dióse con esto á estudiar sin descanso el escaso número de libros que poseía, y tanto leyó y volvió á leer *Los Mártires* de Fox, y la *Biblia*, sobre todo, que hubiera podido llamársele concordancia viviente: en las márgenes de su ejemplar de *Los Mártires* pueden leerse aún los malos versos sin ortografía en los cuales expresó su respeto por aquellas esforzadas víctimas, y su odio implacable á la Babilonia mística que las persiguió.

## VI.

Ultimamente, se puso á escribir, y aun cuando pasó algún tiempo antes de averiguar el rumbo á que lo inclinaba su talento, no fueron en vano sus trabajos literarios. A decir verdad, su estilo era rudo, pero abundaba en ellos espontaneidad, natu-

ral ingenio, mucha soltura en el manejo del idioma patrio, profundo conocimiento de la Biblia inglesa, y grande experiencia espiritual adquirida á mucha costa. Así fué que cuando el corrector de la imprenta hubo perfeccionado la sintaxis y la ortografía de Bunyan, los disidentes de las clases inferiores dispensaron á sus obras la más favorable acogida.

Mucha parte del tiempo lo empleaba Bunyan en controversias y en hacer blanco de sus iras á los cuácaros, á quienes parece que tuvo en horror siempre. Bien será decir, no obstante, que á pesar de su enemiga contra los cuácaros, adoptó alguna de sus costumbres, cual fué la de llamar siempre *undécimo* y *duodécimo* mes á los de noviembre y diciembre.

Escribió contra la liturgia de la Iglesia anglicana, y dijo de ella, en resumen, que nada se parecía menos, á su entender, que la forma de la oración y su espíritu, añadiendo, no sin cierto gracejo, que «aquellos que se hallaban más penetrados del espíritu de la oración gemían en las cárceles, y los que mostraban más celo por la forma se divertían en las tabernas». Por el contrario, hizo grandes alabanzas de los artículos de doctrina y los defendió enérgicamente contra ciertos eclesiásticos arminianos, siendo la más acerba de sus obras su respuesta á Eduardo Fowler, futuro prelado de la diócesis de Glocester, excelente persona, pero un tanto picada de pelagianismo.

Bunyan tuvo también polémicas con algunos jefes de la secta en que se hallaba afiliado; pues aun cuando creía positiva y sinceramente en el dogma distintivo y propio de ella, como no lo reputaba de mucha importancia, se inclinaba de parte de los presbiterianos ó de los independientes pacíficos;

razón por la cual los bautistas rígidos lo reputaron por falso hermano. Y la polémica subió tanto de punto y adquirió proporciones tan considerables, que sobrevivió á los primeros combatientes; como que Roberto Hall ha sostenido en nuestros días, con ingeniosa é invencible elocuencia, la causa que mantuvo entonces Bunyan contra Kiffin y Danvers con tosca lógica y más tosca retórica.

## VII.

Pero si el cautiverio de Bunyan fué riguroso los años que siguieron inmediatamente la Restauración, á medida que fueron calmándose las pasiones de 1660, y que la mala voluntad y el odio que inspiraban los puritanos á poco de su caída dejaron espacio á la conmiseración, comenzó á ser tratado con menos dureza. La miseria de su familia y las grandes muestras de paciencia que daba en toda ocasión, ablandaron á sus perseguidores, y del propio modo que su Cristiano cuando estaba en la jaula, halló quien lo protegiese aun en el seno mismo de la muchedumbre de *Vanity Fair*. El doctor Barlow, prelado de su diócesis, se propuso ampararlo, é intercedió eficazmente, á lo que dicen, por él, logrando al cabo el preso pasar la mayor parte del tiempo fuera de los muros de la cárcel, á condición, según parece, de no alejarse nunca de la ciudad de Bedford; que libre del todo no quedó sino por obra de uno de los peores gobiernos que haya tenido la Inglaterra. Porque como estuviera en el poder el año 1671 la *Cábala*, y Carlos hubiese convenido el tratado á virtud del cual se obligaba á

restablecer en Inglaterra la religión católica romana, y su primer paso para llegar á este fin fuese anular por un acuerdo inconstitucional de su prerrogativa todas las leyes penales contra los católicos romanos, para encubrir mejor sus propósitos verdaderos anuló al propio tiempo todas las leyes penales contra los disidentes protestantes, siendo Bunyan, por tanto, puesto en libertad. Tanta fué la gratitud del redimido cautivo, que en su primer arranque de entusiasmo publicó un tratado en el cual comparó á Carlos II con aquel rey persa, humano y generoso por todo extremo, que á pesar de no hallarse afiliado en la religión verdadera favoreció al pueblo elegido y le permitió, tras largos años de cautiverio, realizar su bello ideal, reedificando el templo tan suspirado. Las personas de buena fe que recuerden cuánto había sufrido Bunyan y cuán difícil, si no imposible, había de serle adivinar los designios secretos de la corte, no han menester de que busquemos disculpas á la confiada gratitud con la cual aceptó la dádiva preciosa de su libertad.

## VIII.

Los tiempos de su cautiverio comenzó Bunyan en la cárcel un libro que ha hecho su nombre inmortal. La historia de este libro es por extremo curiosa. Escribía el autor un tratado en que, según él mismo refiere, hablaba de los diferentes períodos del progreso cristiano, y, como tantos otros, comparaba este progreso á una peregrinación. Mas, á poco de haber seguido este propósito, empezó á descubrir innumerables puntos de semejanza que pasaron inadvertidos á sus antecesores, agolpándose las imá-

genes á su fantasía con más rapidez de la que pudiera consentir la palabra para expresarlas, y por tal modo le aparecían, unas en pos de otras, como en dilatado panorama, fosos y marismas, montañas escarpadas, zanjas y hendiduras sombrías y horribles, valles risueños y floridos, prados dilatadísimos, lúgubres castillos cuyos patios solaban calaveras y huesos de prisioneros sacrificados, una ciudad rebosando de vida, de movimiento y de esplendor, tal cual aparece Londres el día de la instalación del *lord Mayor*, y el camino estrecho, tan recto como si hubiera sido trazado con una regla, pasando por montes y llanos, y por la ciudad y el desierto para llegar al Río Negro y á la Verja Brillante; en una palabra, descubrió por casualidad, según todo el mundo, y por obra de la Providencia, según él lo entendería, el verdadero camino por el cual debían enderezarse sus facultades. Bien será decir que no sospechó entonces que produciría su lucubración una grande obra, y que tampoco se hallaba en el caso de presentir el lugar que ocuparía su libro en la literatura inglesa, porque nada sabía de ella. Fácil sería, por tanto, impugnar á los que suponen que había estudiado la *Reina de las Hadas* (The Fairy Queen) á quien se propusiera examinar con cierta prolijidad los pasajes que se han creído semejantes en una y otra fábula; que, según todas las probabilidades, la única obra de imaginación comparable al *Peregrino* es acaso la leyenda favorita de Bunyan, titulada: *Historia de sir Bevis de Southampton;* como que hubiera creído pecar distrayéndose de los asuntos graves de la vida, de las pláticas que hacía sobre la Biblia, y de las controversias que sostenía con la lectura de lo que lisa y llanamente reputaba por baladí, y sólo en sus

ratos de ocio, según él mismo dice, hacía excursiones á la Casa Pintoresca, á las Montañas Deleitosas y á la Comarca Encantada. Nadie, tampoco, lo auxilió en sus tareas, ni vió una sola línea de su libro antes de que lo hubiera terminado, y sólo entonces consultó en orden á él á sus amigos devotos, aconteciendo que la idea pareció bien á unos y escandalizó á los demás. Antojóse la obra cuento pueril, novela plagada de gigantes, leones, sombras y guerreros, que así reñían batallas con los monstruos más temerosos, como se presentaban y eran bien acogidos de gentiles damas en palacios magníficos; locura, en fin, propia de los literatos ateos y licenciosos que frecuentaban á Will, y ocasionada por ende á divertir el ocio de las Jezabeles cortesanas, pero inconveniente de todo en todo en un ministro del Evangelio, que así plagiaba las modas corrompidas de la época. Pero, si bien es cierto que la jerga de tales imbéciles habría causado grande turbación en el espíritu de Bunyan los tiempos pasados, al presente no acontecía lo propio, porque gozaba de plena salud y fortaleza; y como vió que al emplear la ficción para exponer la verdad de un modo más perceptible y claro, y para que la virtud pareciese más amable, seguía lisa y llanamente los augustos ejemplos que deben proponerse los cristianos, determinó de dar su libro á la estampa.

## IX.

El *Viaje del Peregrino* se deslizó silenciosamente al principio, y después ni ha podido hallarse ningún ejemplar de la primera edición, ni menos fijarse su fecha, siendo probable que al principio sólo circu-

lara el libro entre los sectarios pobres y oscuros, comenzando á producir efecto más adelante, cuando se apreciaron los atractivos irresistibles de su lectura, que así deleita el ánimo con las maravillas propias de los cuentos fantásticos, como es eficaz á ejercitar su perspicacia, obligándolo á descubrir una muchedumbre de analogías ingeniosas, y á interesarlo por seres humanos, débiles y en lucha con grandísimas tentaciones propias y extrañas; lectura, en fin, que á cada momento así mueve á risa con sus chistes, como inspira grande y profundo respeto hacia el Creador, y benevolencia extraordinaria para con la criatura, doble objeto que se propuso al escribirlo. Entre los puritanos, que no asistían al teatro ni leían novelas por escrúpulo de conciencia, el efecto que produjo la novela religiosa de Bunyan excedió con mucho al que pueda producir en lo porvenir en inteligencias cultivadas una obra de ingenio, aunque sea superior á la *Ilíada,* al *Quijote* ó al *Otello.*

En 1678 vió la luz pública la segunda edición con adiciones, y desde aquel punto comenzó á ser el éxito inmenso, reimprimiéndose la obra seis veces en los cuatro años siguientes. La octava edición, que contiene las últimas mejoras introducidas por el autor, salió en 1682; la novena, en 1684; la décima, en 1685; y como el buril del grabador contribuyó á exornar, muy desde los principios, el texto de estas tiradas, millares de niños se extasiaban contemplando entre medrosos y alegres las detestables viñetas de cobre que representan al Cristiano en el punto en que traspasa con su estoque á Apolión ó retorciéndose en los brazos del gigante Desesperación. En Escocia y en algunas colonias inglesas, el *Peregrino* alcanzó más popularidad aún que en la

metrópoli, tanta que Bunyan mismo nos dice con vanidad, bien perdonable por cierto, que su libro era en la Nueva Inglaterra el tema privilegiado de todas las conversaciones, y que se le reputó digno de la más lujosa encuadernación. En Holanda también tuvo numerosos admiradores, lo propio que entre los hugonotes de Francia. Pero juntamente con las dulzuras y goces propios del éxito, experimentó Bunyan algunos de sus inconvenientes y contrariedades, en razón á que libreros de mala fe se dieron á imprimir bajo su nombre ciertas obras de muy escaso mérito, y á que autorzuelos envidiosos se propusieron demostrar la imposibilidad de que un ignorannte calderero fuera en realidad autor del libro que se le atribuía y alcanzaba tanto aplauso del público.

Bunyan adoptó el mejor partido posible para confundir á los que lo agraviaban por medio de malas falsificaciones de su ingenio y de acerbas diatribas, prosiguiendo la explotación de la mina opulenta que había descubierto, y extrayendo de ella nuevos tesoros, no con la misma facilidad y abundancia que cuando estaba todavía virgen, pero sí con éxito tan grande que aventajaba por modo extraordinario á sus rivales. Pareció la segunda parte del *Viaje del Peregrino* en 1684, y á ésta siguió la *Guerra Santa*, la cual, si no hubiera existido el *Viaje del Peregrino*, sería la mejor de cuantas alegorías se hubieran escrito.

X.

La posición de Bunyan en la sociedad fué desde aquel punto diferente de la que había ocupado en un principio. Porque si hubo un tiempo en el cual varios ministros disidentes que sabían hablar latín y leer griego lo trataron con visibles muestras de menosprecio, como su fama y su influencia subieron después de punto y se hicieron más universales que las de los otros, adquirió tanto prestigio entre los bautistas, que lo apellidaron á una voz el Obispo Bunyan. El, por su parte, hacía visitas pastorales una vez al año: de Bedford iba periódicamente á Londres para predicar á congregaciones numerosas y atentas á su palabra, y de Londres salía para las provincias para reanimar el celo de sus hermanos, hacer colectas, repartir limosnas y avenir enemistados. No parece que las autoridades lo molestaban mucho entonces; pero en 1685 estuvo en peligro de ir á ocupar de nuevo su antiguo alojamiento de la cárcel de Bedford. Porque como aquel año la temeraria y criminal empresa de Monmouth diese pretexto al Gobierno para perseguir á los disidentes, apenas quedó algún que otro ministro de cuenta en la secta presbiteriana, independiente y bautista que no fuese objeto de vejámenes. Baxter estuvo preso, Hume desterrado, Henry detenido, Danvers se vió á punto de morir en la horca, los nietos de Kiffin perdieron la vida en ella; dos bautistas, con quienes debía disputar Bunyan, corrieron gravísimo peligro, y Bunyan, si hemos de dar crédito á la tradición, hubo de pasar aquellos aciagos días disfrazado

de carretero, y de exhortar á su grey de Bedford vestido de blusa y con un látigo en la mano. Mas de allí á poco se verificó un gran cambio en las cosas. Jacobo II se declaró enemigo de la Iglesia anglicana, y para mejor luchar con ella, creyó necesario transigir con los disidentes. Por lo que respecta á Bunyan, no faltaron amigos del Rey que se propusieran atraerlo á su bando como eficacísimo auxiliar, sabedores acaso de que había escrito en pro de la ley de tolerancia de 1671, y esperanzados por tanto de que la ley de tolerancia de 1687 no le agradaría menos. Pero quince años de reflexión, de comercio con los hombres y de experiencia, lo hicieron más prudente. No eran tampoco iguales las circunstancias; pues si Carlos fué protestante declarado, Jacobo era católico romano, y si Carlos ocultó el propósito de su tolerancia, el de la tolerancia de Jacobo era manifiesto y palpable. Por eso, no sólo no cayó Bunyan en el lazo, sino que, para preparar mejor sus adeptos á la lucha en defensa de sus libertades civiles y religiosas amenazadas, les recomendó la oración y las abstinencias, negándose resueltamente por su parte á recibir al enviado palatino que llegó con el encargo de reorganizar la disuelta corporación de Bedford, y á quien se atribuía el propósito de ofrecer algún puesto municipal al Obispo de los bautistas.

## XI.

Bunyan no alcanzó á ver la revolución de 1688; pues como el verano de aquel año se propusiera interceder por un joven con su padre, obra merito-

ria que llevó á cabo, logrando que no fuese desheredado el mancebo, pagó con la vida su buen deseo; porque á consecuencia de haber viajado á caballo algunas horas recibiendo aguaceros torrenciales, llegó con las ropas empapadas á su casa de Snow-Hill, adoleciendo en seguida de violentísima fiebre que le produjo la muerte de allí á pocos días. Recibió sepultura en Bunhill-Fields; y el lugar donde yacen sus despojos lo consideran aún los disidentes con una manera de veneración tan singular, que no está en armonía con el austero espíritu de sus doctrinas teológicas; como que muchos puritanos, á quienes se antoja pueril cuando no culpado el respeto que tienen los católicos romanos á las reliquias y á los sepulcros de los santos, han rogado al pasar de esta vida que sus féretros recibieran tierra lo más cerca posible del lugar en que se halla enterrado el del autor del *Viaje del Peregrino* (1).

Grande fué la fama de Bunyan durante su vida y el siglo que siguió á su fallecimiento, pero limitada casi al círculo de las familias devotas de las clases media é inferior. Por lo demás, rara vez en la época indicada mencionaron á Bunyan con muestras de respeto los autores de cuenta en la república literaria: Young puso su prosa al nivel de la mediana poesía de Durfey; en el *Don Quijote espiritual*, las aventuras de Cristiano van unidas á las de Juck, el

---

(1) Su epitafio dice así:

M. JUAN BUNYAN,
AUTOR DEL «VIAJE DEL PEREGRINO».
FALLECIDO EL 12 DE AGOSTO DE 1688, A LA
EDAD DE 60 AÑOS.

*Tu viaje ¡oh cristiano! ha concluido en la tierra con la vida.*

matador de gigantes, y de John Hickathrift, Cooper se atrevió á las veces á elogiar al gran *alegorista;* pero no fué osado á nombrarlo, siendo muy digno de notarse que hasta época reciente, cuantas ediciones se han hecho del *Viaje del Peregrino* tuvieron por objeto el público rústico del campo y el inculto de los criados, adaptando los editores á las exigencias de quien leía las condiciones materiales del libro, que no podían ser más toscas en cuanto al papel, impresión y estampas. Pero si por regla general, cuando la minoría ilustrada y la clase popular se hallan en desacuerdo acerca del mérito de un libro, la minoría es, al cabo, la que triunfa, el *Viaje del Peregrino* fué, acaso, el único libro respecto del cual y después de cierto número de años triunfó la opinión de la clase popular de la minoría ilustrada.

## XII.

Innumerables han sido los ensayos hechos para mejorar ó imitar la obra capital de Juan Bunyan, poniéndola unos en verso, y otros en inglés moderno; y pudiendo citarse, además, entre los plagios de original tan famoso *La Peregrinación de Conciencia timorata*, *La Peregrinación de Buena Intención*, *La de Busca la Verdad*, *La de Teófilo, El Niño Peregrino*, y *El Peregrino del Indostán.* Pero la gloria principal de Bunyan consiste en que precisamente los mayores adversarios de sus doctrinas fueron los más tenaces en imitarlo. Una traducción católica de la parábola, lleva en el frontispicio la imagen de la Virgen María. Por otra parte, los antinomianos,

para quienes el calvinismo de Bunyan no es lo suficientemente rígido, pueden leer *La Peregrinación de Hephzibah*, donde no hallarán cosa que no deba interpretarse en el sentido de la voluntad libre y de la redención universal. Pero el más extraordinario de todos los actos de vandalismo con que se haya logrado jamás desfigurar una obra maestra, se cometió el año 1853, poniendo en ejecución el pensamiento de transformar el *Viaje del Peregrino* en novela católico-inglesa; obra no nada fácil, pues se hacía necesario hacer de los dos sacramentos los objetos prominentes de la alegoría, lo cual era tanto más difícil, cuanto que, de todos los teólogos cristianos, exceptuando los cuácaros, Bunyan fué quien concedió menos importancia en su sistema religioso á los sacramentos. A pesar de esto, la Puerta Estrecha se transformó por arte de encantamiento en tipo del Bautismo, y el Castillo Hermoso en tipo de la Eucaristía; mutación singular cuyos efectos no acertó ciertamente á prever el ingenioso mágico que la hizo, porque si se advierte que ningún peregrino pasa por la Puerta Estrecha, y que Fiel franquea muy de prisa y sin detenerse el Castillo Hermoso, la moral de la fábula por tal modo alterada nos enseña que solamente los adultos deben recibir el Bautismo, y que no hay riesgo ninguno en descuidar la Eucaristía. Para cuantos lean el *Viaje del Peregrino* será misterio que fué su autor pædobautista, y por tanto, transformar su obra en un libro contra la misma doctrina que sustenta, se me antoja triunfo reservado únicamente á un teólogo anglo-católico; error en que caen de necesidad cuantos mutilan en parte una obra considerable sin haberse antes dado cuenta exacta de su conjunto.

## XIII.

Consiste el rasgo característico del *Viaje del Peregrino* (1) en ser la única obra en su género que contenga gran interés humano, pues si las demás alegorías sólo son parte á distraer la imaginación, la de Bunyan ha hecho derramar abundantísimas lágrimas con su lectura á millares de personas. En efecto, buenas alegorías hallamos en las obras de Samuel Johnson, y asimismo de un orden más elevado todavía en las de Addison; pero aun cuando acaso igualen unas y otras en punto á ingenio y arte á la del *Viaje del Peregrino*, el placer que causa en el ánimo la *Visión de Mirza*, ó la de *Teodosio*, la *Genealogía del Espíritu*, ó la *Disputa entre el Descanso y el Trabajo* es parecido al que sentimos leyendo una oda de Cowley ó un canto de *Hudibras*, allá en la inteligencia, pero no en el corazón. Spenser mismo, con ser uno de los poetas más grandes que hayan existido, no acertó nunca ciertamente á dar interés á las alegorías, siendo en vano que prodigase todas las magnificencias de su ingenio para exornar los palacios del *Orgullo* y de la *Temperancia*, pues con todo y así resultó ser la *Reina de las Hadas* enojosa por extremo; como que leyendo este

---

(1) Aquí comienza el estudio bibliográfico de la obra de Bunyan, publicado en la *Edinburgh Review* (diciembre de 183 ), con motivo de la edición del *Pilgrim's Progress, with a life of John Bunyan*, by Robert Southey, Esq. L. L. D. Poet-Laureate; Illustrated with engravings, 8.º, London, 1830.—N. del T.

poema no hay quien no se sienta verdaderamente ahíto de pecados mortales y empalagado de virtudes cardinales, y con ansias de vivir entre hombres y mujeres verdaderos. De cada diez personas que lean el primer canto, no hay una que pueda llegar al fin del poema; tanto es así, que son contados los que tienen fuerzas para asistir á la muerte de la Bestia Mugiente, y que si existieran los seis últimos libros, que se suponen destruídos en Irlanda, hubiera sido necesario poseer en grado eminente la perseverancia de que se hallan dotados los comentadores de buena ley para completar la lectura de la obra.

No sucede así con el *Viaje del Peregrino;* porque no solamente merece ser admirado de los mayores críticos, sino que es leído con deleite por aquellos que no saben admirar en fuerza de su simplicidad. El Dr. Johnson, que hacía sus estudios á destajo y que no gustaba de leer libros por completo, exceptuaba de esta regla el *Viaje del Peregrino*, juntamente con con otras dos ó tres obras que se le antojaban cortas por extremo; elogio singular que, para merecerto del más pedante de los críticos y más fanático de los *tories* un sectario iliterato, implicaba necesariamente mérito extraordinario en quien era objeto de él. Hacia la parte más desierta de Escocia es el *Viaje del Peregrino* delicia de la gente del campo, y en todo lugar distracción favorita de los niños, que gustan aún más de él que de *Jack, el Mata gigantes*, y conocen la Senda Estrecha y Recta de igual modo que la vereda recorrida cada día. Milagros son estos del ingenio que consisten á la verdad en dar forma, color y vida imperecederas á cosas que no existieron antes sino es en la fantasía de quien las forjó, tornándolas por modo felicísimo en permanen-

tes recuerdos personales de sus contemporáneos y de la posteridad. Y este milagro lo hizo Bunyan, el calderero, porque no hay ribazo, ni bajada, ni cerca, ni posada en el viaje de su peregrino que no conozcamos perfectamente: la Puerta Estrecha y el Pantano de la Desolación que la separa de la ciudad de las Ruinas, el largo camino tirado á cordel, la Casa del Intérprete y sus maravillas, el Prisionero en su jaula, el Palacio cuyas verjas guardaban hombres de armas haciendo centinela, y en cuyas almenas se veían personajes vestidos de paño de oro; la Cruz, el Sepulcro, la Colina escarpada, la cuna del Dulce Reposo, la magnífica fachada del Castillo Hermoso á orillas del camino, los Leones encadenados, tendidos á su puerta, el verde Valle de la Humillación con los frondosos prados donde apacientan los rebaños, son cosas todas ellas tan familiares para nosotros como las que vemos en las calles cada día. Llegamos, después, al sitio tan estrecho donde Apolyón salvó de un paso lo ancho del camino para detener á Cristiano en su viaje, y donde se levantó con el tiempo una columna que daba testimonio del esfuerzo con que arrostró el peregrino el gran combate. A uno y otro lado del precipicio se condensan las sombras, las nubes se amontonan, se oyen lamentos y plañidos en la oscuridad, y ruido de cadenas y rumor de pasos que se cruzan y atropellan. La senda, que apenas si aciertan los ojos á entrever en medio de la lobreguez, va rodeando el cráter del abismo que lanza, entre llamaradas y emanaciones fetidísimas, figuras temerosas para espantar al peregrino, que prosigue su viaje por entre precipicios y asechanzas, pasando por sobre los cuerpos heridos de los que cayeron á su lado, hasta que al término del sombrío y dilatado

valle cruza por delante de las cavernas en que habitaban los gigantes seculares, hollando los huesos de sus víctimas.

## XIV.

Sigue adelante y llega en línea recta, atravesando un erial, hasta que divisa las torres de una ciudad; y una vez en ella, el peregrino se ve rodeado de la muchedumbre que celebra la Feria de Vanidades, con titereros y monos, en tiendas y teatros: las calles se llaman de Italia, de Francia, de España ó de Inglaterra, y están llenas de una multitud de compradores y de vendedores, de ociosos y de vagabundos que hablan todos los idiomas de la tierra.

En las cercanías de la ciudad comienza la colina del Pozo de la Plata; sube á ella el peregrino, y continúa su viaje por el Valle de los Lirios, y á lo largo de un río delicioso en cuyas orillas crecen árboles frondosos que brindan con sus frutos al caminante. A la izquierda se abre la senda en dos: una que va derechamente al Castillo del Horror, que tiene los patios empedrados de cabezas de peregrinos; y la otra á las apacibles y risueñas cabañas de los Montes Deleitables. De los Montes Deleitables va el camino por entre nieblas y matorrales hasta la Tierra Encantada, convidando al viajero á cada paso con muelles cojines para su descanso, esparcidos con solícito cuidado por todo él sobre altos lechos de blanda hierba. Más allá todavía están las tierras de Beulah, donde son perennes las flores y los frutos, é incesante la canturia de las aves, y eterna la luz del sol, que así brilla de noche como

de día, y desde las cuales se descubren claramente las calles, empedradas de perlas y de oro, á la otra banda del río negro y helado que carece de puente para vadearse.

Todas las etapas del viaje, todos los fantasmas que salen al encuentro de los peregrinos ó que los persiguen: gigantes, apariciones temerosas ó plácidas y rodeadas de luz, espectros y fantasmas, lo propio la grande, agraciada y sombría figura de la *Burla*, con su escarcela pendiente de la cintura y la mano puesta en ella, revolviendo y haciendo sonar las monedas que contiene, que el hombre negro vestido de ropaje deslumbrador, ó el *Mundano Discreto*, ó milord *Odia el Bien*, ó el *Hablistán*, ó la *Medrosa*, son para nosotros personajes reales y verdaderos á quienes vemos y tocamos, y seguimos á los viajeros en su peregrinación alegórica con igual interés que nos inspira Isabel en su viaje de Siberia á Moscou, ó Juana Deans yendo de Edimburgo á Londres; que acaso sea Bunyan el único escritor que haya sabido dar á lo abstracto el interés de lo concreto. Porque mientras en las obras de gran número de autores célebres, los hombres son meras personificaciones, y nunca nos presentan un hombre celoso, sino los celos, ni un traidor, sino la traición, ni un patriota, sino el patriotismo, el ingenio de Bunyan fué por tal manera imaginativo, que bajo su influencia se transformaron en hombres las personificaciones, y un diálogo de su sueño entre dos cualidades produce más dramáticos efectos que otro entre dos seres humanos en la mayor parte de las obras destinadas al teatro. Bajo este aspecto solamente tuvo el talento de Juan Bunyan mucho parecido con el de un hombre cuya poderosa imaginación lo hizo idólatra sin quererlo. Me refiero á Percy Bysshe

Shelley. El cual, con los términos más vagos de un sistema de metafísica frío, nebuloso y grosero, levantaba un panteón magnífico, poblado de personajes llenos de majestad, de belleza y de vida, y transformaba el ateísmo en mitología exuberante de visiones tan gloriosas como los dioses que viven aún en los mármoles de Fidias, ó que las vírgenes santas que sonríen de una manera celestial en los cuadros de Murillo. Por obra de esto, el Espíritu de la Belleza, y los principios del Bien y del Mal, dejaban de ser abstracciones bajo su influencia y revestían forma y color, y las palabras tomaban cuerpo y se hacían seres humanos rebosando de hermosura, amor, adoración y perfecciones infinitas. Y así como no puede haber prueba más cierta de la falta de facultades poéticas que la tendencia, tan natural entre los escritores de la escuela francesa, de tornar las imágenes en abstracciones, haciendo, por ejemplo, de Venus el amor, de Minerva la sabiduría, de Marte la guerra y de Baco las fiestas, así también es el signo más característico de ingenio verdaderamente poético la tendencia contraria, y el talento de metamorfosear las generalidades en individuos. Cierto es que algunas de las teorías metafísicas y morales de Shelley eran absurdas y peligrosas por todo extremo; pero entre los poetas modernos, ¿quién ha estado en posesión de algunas de las más elevadas cualidades de los grandes maestros de la antigüedad? Y no es menos cierto también que el nombre de bardo y la palabra inspiración, que tan fríos y afectados parecen cuando se aplican á otros escritores modernos, se hallan propios y exactos cuando se aplican á él, porque no fué autor, sino bardo, ni la poesía fué tampoco arte para él, sino inspiración: pudiendo afirmarse que si Shelley hu-

biera logrado alcanzar la edad ordinaria de los hombres, hubiese legado al mundo alguna grande obra digna en todo de figurar en primera línea por la concepción y el desarrollo; pero, desgraciadamente, como dijo Teócrito (1): «Dafnis llegó al río triste, y aquel á quien amaban las musas y de quien gustaban las ninfas, desapareció arrebatado de su corriente.»

## XV.

Volvamos á Bunyan ahora. No es, en verdad, una alegoría perfecta el *Viaje del Peregrino.* Los tipos no conciertan siempre, y el disfraz alegórico desaparece muy á menudo: el río, por ejemplo, es emblema de la muerte, y entendemos que la criatura humana debe pasar por él; pero *Fidelio* no lo pasa, sino que sufre martirio, no en sueños, sino en realidad, en la Feria de Vanidades; *Esperanza* departe con Cristiano del derecho de primogenitura de Esaú, y de los pecados de que se acusa, del propio modo que hubiera podido hacerlo Bunyan con un individuo de su congregación; y las muchachas de la Casa Encantada enseñan el Catecismo á los niños de Cristiana, lo mismo que lo haría cualquier devota en una escuela dominical; pero, á nuestro parecer, no hay hombre, por más talento que tenga y por más afortunado que sea en el desarrollo de una fición, que la sostenga largo espacio sin cometer muchas inconsecuencias. Tanto es así, que tene-

(1) ὁ Δάφνισ ἔβα ῥόον· ἔκλυσε δίνα
τὸν Μώσαισ φίλον ἄνδρα, τὸν οὐ Νύμφαισιν ἀπεχθῆ

mos el convencimiento de hallar, si las buscamos, inconsecuencias casi tan groseras como las más burdas de Bunyan en las alegorías más cortas y más primorosas del *Spectator* y del *Rambler*. El Cuento del Tonel y la historia de John Bull están plagados de faltas análogas á éstas, si tal nombre puede aplicarse á cosa que, á decir verdad, es inevitable. Porque si no es fácil extremar las meras comparaciones, ¡qué habilidad humana dará ser y vida á un cienpiés tan prodigioso cual habría de serlo ciertamente una ficción muy extensa, en la cual hubieran de observarse con escrúpulo las relaciones entre la cosa significada y el signo exterior! Y como ningún antiguo ni moderno ha salido airoso de tales empeños, lo más acertado que puede hacer es presentar á sus lectores una serie de analogías que logren parecerle felices y extraordinarias consideradas separadamente, sin detenerse mucho á contemplar si armonizan en conjunto. Esto realizó Bunyan; y aun cuando del examen prolijo de su obra resulta que se descubran en cada página de la narración ciertas inconsecuencias, el efecto que generalmente produce su lectura en el ánimo de todos, así de los doctos como de los ignorantes, demuestra de una manera indubitable que consiguió el objeto que se propuso. Los pasajes que menos pueden defenderse de los golpes de la crítica son aquellos en los cuales abandona por completo el autor las alegorías, y hace discurrir á sus peregrinos de una manera que sentaria mejor en la cátedra de Bedford ó de Reading que en la *Tierra Encantada* ó en el *Jardín del Intérprete*. No obstante los defectos indicados, nos sería muy difícil, si no imposible, renunciar á la lectura de unos pasajes que ni aun queremos siquiera defender de las

objeciones de los críticos, pues, en nuestro concepto, debe la narración en gran parte su encanto á esas consideraciones sobre asuntos solemnes y conmovedores que no consienten el silencio, que levantan una punta del velo y se ofrecen á nuestra vista bajo su verdadero aspecto, produciendo en nosotros el efecto que allá en lo antiguo producían en el teatro griego los ojos del actor al través de los agujeros de su máscara, y que daban vida y expresión á lo que hubiera sido, si no, disfraz sin expresión ni vida.

## XVI.

Es instructivo por demás y ameno comparar el *Viaje del Peregrino*, de Bunyan, con otra obra suya titulada *La Gracia superabundante;* porque, á decir verdad, esta última es una de las autobiografías más curiosas de cuantas existen; confesión general de todos los caprichos que hicieron más ó menos mella en el ánimo de un hombre desprovisto de cultura literaria, cuyas inclinaciones fueron vehementes, irritables los nervios, é ingobernable la imaginación, y que vivió siempre bajo el influjo de la más incontrastable sobrexcitación mística. Mas también los momentos en que vino al mundo lo fueron agitados de todo en todo para el humano espíritu; como que amenazaba derribar las antiguas instituciones eclesiásticas un esfuerzo terrible de la opinión pública, provocado por la tiránica jerarquía; que la licencia de un número infinito de sectas, embriagadas con el brebaje tan dulce y excitante de la nueva libertad de que gozaban, había reem-

plazado á la perezosa regularidad de una Iglesia intolerante y única; que el fanatismo engendrado por la persecución, y destinado á engendrar la persecución á su vez, iba propagándose rápidamente por todas partes, y que los espíritus más elevados y poderosos no acertaban á sustraerse al extraño contagio de las nuevas ideas; siendo tal, entonces, el estado de los ánimos, que sólo en aquella sazón hubieran podido producirse los delirios y el frenesí de un político al modo de Vane, y las lágrimas nerviosas de un guerrero del temple de Cromwell, mientras que hombres como Jorge Fox y Jacobo Taylor aparecen siempre.

## XVII.

La historia de Bunyan es la de un espíritu excitable por extremo, en tiempos de gran excitación. Pero la mayor parte de sus biógrafos lo trata con extremada injusticia, porque toma en su sentido usual y corriente todas las enérgicas palabras de condenación de sí mismo que solía emplear en sentido teológico, de donde se sigue que lo presenta como un miserable infame llevado al bien por medios casi milagrosos, ó, para emplear su metáfora favorita, como «un tizón que se saca del fuego.» Ivimey lo llama, indistintamente, *Bunyan el réprobo*, ó el *vicioso calderero de Elstow*. Si M. Ivimey hubiera entendido más de achaques de misticismo y estado más al corriente de la costumbre que tiene la gente devota de acusarse con exageración, subiendo de punto la cantidad y calidad de sus pecados, no habría tomado al pie de la letra las enérgicas expre-

siones que se leen á cada paso en *La Gracia superabundante*. Porque, como sostiene M. Southey con mucha exactitud, no hay dudar en cuanto á que Bunyan fué virtuoso: casó muy joven, y dijo categórica y solemnemente que guardó siempre á su esposa fidelidad estricta, y nunca tuvo, que sepamos, afición á la bebida; y que si bien es cierto que allá en su primera juventud blasfemó mucho, una sola reprensión lo corrigió para siempre de tan mala costumbre; cosa que debió de verificarse cuando aun contaba pocos años, pues á los diez y ocho ya lo vemos en las filas del ejército del Parlamento, y si hubiese ingresado en ellas con ese defecto habría recibido algo más que una reprensión por mandato del sargento ó del capitán. Los mayores defectos de nuestro *vicioso calderero* consistieron, á lo que parece, en su afición decidida á tañer las campanas y á jugar al *Hockey* los domingos, y, á decir verdad, el arzobispo Laud hubiera reputado ambos por cualidades. Demás de todo esto, es notorio que fué Bunyan, desde muy temprana edad, hombre de conciencia timorata y austera vida. «Fué un extravagante,» dice M. Southey; pero ni con ser suave la censura, comparada con las de otros que han tratado de él, puede admitirse, porque si no estaba nuestro Bunyan tan bien educado como lord Digby, no era más extravagante que lo son y han sido todos los trabajadores, cosa que Southey reconoce cuando dice que «fué lo que podía esperarse de su nacimiento, de su educación y de su oficio; en una palabra, lo que había de ser.» Extravagante es aquel cuyos modales y sentimientos no se hallan al nivel de los propios de su clase; pero no quien tiene los que son inevitables en la que vive.

## XVIII.

Las horribles luchas interiores descritas por Bunyan con tan enérgico lenguaje, prueban, no que fuese peor que sus semejantes, sino que, por el contrario, estaba su espíritu constantemente ocupado de ideas religiosas; que su fervor era más grande que sus conocimientos, y que su imaginación ejercía poder absoluto en su alma y en su cuerpo. Bunyan oía voces, á su parecer, del cielo; veía extrañas visiones de colinas lejanas, apacibles, deleitables é iluminadas del sol, como sus Montañas Deliciosas; pero estábale vedado el acceso á ellas, y se hallaba en horrible desierto, en medio de inmensa soledad, y errante por entre hielos y nieves buscando afanoso al través de las tinieblas el modo de llegar á las bienaventuradas regiones donde toda luz tiene su asiento. Un día sintió deseos vehementísimos de hacer milagros; otro, se creyó materialmente poseído del demonio, le oyó proferir blasfemias dentro de sí, sintió que le asía de las ropas, y para defenderse de sus asechanzas la emprendió á golpes con él; á las veces tenía tentaciones de vender la partija que le había tocado en la salvación de la humanidad; no pocas, cediendo á un impulso irresistible, dejaba la comida y caía de rodillas rezando, y por tal modo llegó en este camino de la exaltación al punto de imaginar y persuadirse de que había cometido el pecado irremisible; y entre las agitaciones y angustias que sufría y que perturbaban su organismo vigoroso, le parecía que una fuerza interior pugnaba por quebran-

tarle los huesos del pecho y abrírselo, sacando de tales alucinaciones la consecuencia de que su destino era morir reventado cual Judas; y como todos sus movimientos eran convulsivos por obra de la perturbación de sus nervios, entendió que aquellos temblores eran signo visible de pesar sobre él una manera de reprobación igual á la que mereció Caín. Cierta ocasión, empero, percibió claramente palabras de consuelo que le dirigió una voz de lo alto y entraron por su ventana, poniendo en su alma grandísimo alivio: en otra circunstancia oyó también frases parecidas, y las leyó escritas con gruesos caracteres en el espacio. Pero duraban poco estos intervalos de tranquilidad ó de lucidez, porque durante dos años y medio su estado fué habitualmente de lo más temeroso y espantable. «Fuí, dice con su elocuencia propia, á una ciudad vecina, y me senté en un banco que había en una calle, y comencé á meditar acerca del estado terrible á que me habían traído mis culpas; y después de muchas y profundas reflexiones levanté la cabeza y miré alrededor mío, y me pareció entonces que todo estaba triste, que me prestaba su luz el sol como á pesar suyo, y que hasta las piedras y las tejas se aliaban contra mí, cual si quisieran arrojarse sobre mí para expulsarme del mundo. Por donde quiera que me volvía no hallaba sino es odio y mala voluntad, pues como pequé contra el Salvador, era indigno de vivir sobre la tierra. ¡Ah! ¡cuánto eran más felices que yo las criaturas que veía! Ellas, al menos, iban su camino sin vacilar, ó se estaban quedas donde querían, mientras que yo iba extraviado y perdido!» ¿Qué manicomio puede presentar un caso de alucinación más completa y de sufrimiento más agudo?

## XIX.

Al través de aquel valle de las sombras de la muerte, más triste aún con la densa veladura de tinieblas que lo envolvía eternamente, poblado de seres infernales, maldicientes y blasfemos, cuyos gritos y lamentaciones ensordecían el aire y se prolongaban por sobre las movedizas llanuras de arena, siguió Bunyan su camino, temeroso á cada paso de tropezar y caer en una inevitable asechanza que, haciéndolo pasar por arte diabólico al través de algún agujero, diese con él sin más tardanza en las regiones del fuego eterno; y por tal modo, entre ansias y zozobras, acertó á llegar á la Tierra de Beulah, estrecha y reducida en lindes, pero grande y dilatada en bienandanzas, y en ella plantó su tienda y acampó durante la última parte de su peregrinación. Desde aquel momento parece haberse verificado en él un cambio completo, reemplazando en su corazón á los crueles sufrimientos y las tentaciones horribles que pasó, una dulce y compasiva caridad respecto de aquellos que se hallaban todavía en el estado que tanto le hizo padecer; siendo muy de notar que no ha revestido nunca el cristianismo aspecto más consolador y apacible que el característico de su alegoría, la cual desde el principio hasta el fin rebosa de ternura y benevolencia para con los débiles, tímidos y afligidos. Los caracteres del *Temeroso,* del *Pobre de espíritu,* de *Abatimiento* y de su hija la *Gran diosa;* la historia de *Fidelito,* el que robaron los tres ladrones; la descripción del terror de *Cristiano* en las mazmorras

del gigante *Desesperación* y en el momento de pasar el río, todo esto prueba de una manera evidente cuán grande sería la buena voluntad que inspirasen á Bunyan las gentes afligidas de melancolía mística desde que su inteligencia recobró la serenidad y lucidez que había perdido.

M. Southey, que no gustaba de calvinistas, confiesa, tratando de esto, que si el calvinismo no hubiera revestido aspecto más sombrío que el que resulta de las obras de Bunyan, no se habría tornado su nombre nunca en epíteto. En efecto, cuanto conocemos de las obras de Bunyan es tan calvinista como los artículos y las homilías de la Iglesia anglicana. Demás de esto, la moderación de sus opiniones en orden á la predestinación ofendió á ciertas almas de las que llaman celosas, logrando ponerlas fuera de sí de tal modo que en una alegoría ridícula y absurda, cuya heroína se llama Hephzibah, y escrita por un predicador de la secta de los frenéticos supralapsarios, no nada satisfecho de la teología dulce del *Viaje del Peregrino*, llamó al *Intérprete* el *Porta Antorcha* y á la *Casa Encantadora*, el *Castillo de la Fuerza*. Dice también Southey que los católicos tienen asimismo su *Viaje del Peregrino*, viaje durante el cual no parece el gigante *Petpa*, y el *Intérprete* se llama *Director*, y la *Casa Encantadora*, el *Palacio de la Gracia*. Merced á estos ensayos hechos por dos partidos religiosos que consideraban las opiniones de Bunyan como heterodoxas, se demostró una vez más el talento del autor primitivo, pues católicos y supralapsarios recurrieron á él en provecho de su creencias.




Hay, á nuestro parecer, en el *Viaje del Peregrino*, situaciones y caracteres que solamente las personas muy versadas en la historia de la epoca en que

vivió Bunyan pueden comprender y apreciar: el carácter del guía *Gran corazón* es prueba de lo expuesto, porque si sus combates son alegóricos, las alegorías no se sostienen escrupulosamente siempre; predica un sermón á sus compañeros sobre el tema de lo que llaman los teólogos la justicia imputada; lucha después con el gigante *Sombra*, que se propuso seguir el partido de los leones; explica luégo el capítulo cincuenta y tres de Isaías á los huéspedes de la casa de Gayo, y, por último, hace una salida para atacar en su retiro á *Mátalobien*, que pertenecía por su natural instinto á la raza carnívora. Estas son inconsecuencias, pero de tal índole á nuestro parecer que dan más realce al interés de la narración; y es indudable para nosotros que cuando Bunyan ideó la figura de *Gran corazón* tuvo presente algún esforzado y bizarro veterano de Worcester y de Naseby, de aquellos que oraban con sus compañeros de armas antes de hacer el ejercicio, que sabían el estado espiritual de todos los dragones de su regimiento, y que, alabando á Dios y con palabras de profunda devoción en los labios, empuñaban un recio espadón de dos filos, y sin dar treguas al rezo ponían en fuga en los campos de batalla á los bravos borrachos y blasfemos de Rupert y de Lansford.

XX.

Siempre han existido y existirán hombres como *Camino extraviado;* pero al mediar el siglo XVII abundaban sus iguales. Southey entiende que la sátira se aplicaba en este caso á un individuo aislado, y esto

es probable. De todos modos, Bunyan debió conocer muchos hipócritas de esos que siguen las huellas de la religión mientras va con sandalias de plata, y en tanto que brilla el sol y aplaude la muchedumbre. Y en verdad que nada le hubiera sido más fácil en su tiempo que hallar la raza entera de los *Camino extraviado* entre los políticos de su tiempo, y entre los pares, á lord *Veleta*, á lord *Circunstancias* y á lord *Buenas palabras;* en la Cámara baja á M. *Fácil*, á M. *No importa* y á M. *Dos Caras*, y en el clero parroquial á *Lenguaraz*; como que sin salir de Bedford habría visto probablemente á más de un personaje que, después de encontrar la fortuna buscando al Señor durante la dominación de los santos, supo conservar lo adquirido persiguiendo á los santos durante la dominación de las prostitutas; y á más de un pastor también que, á pesar de los bruscos y reiterados cambios sobrevenidos en lo esencial y en lo accesorio de la Iglesia, permaneció fiel y devoto siempre á su beneficio.

Uno de los pasajes más notables del *Viaje del Peregrino* es aquel en el cual describe Bunyan la causa que se formó á *Fidelio*, siendo indudable que se propuso satirizar las formas empleadas en los procesos políticos bajo el rey Carlos II; como que la libertad ó, mejor dicho, la licencia que se concedía en aquel tiempo á los testigos de cargo, la cínica parcialidad y la feroz insolencia de los jueces, la precipitación y el espíritu de venganza de los jurados que ofrece á nuestra vista, nos recuerdan las farsas inicuas que, de la restauración á la revolución, sirvieron de preliminar á las sentencias de horca y descuartizamiento, y que nada es más eficaz á evocar la triste memoria de Scroggs, que lord *Odia el bien*, representando el papel de abogado de los reos.

*El Juez.*—¡Vamos, hereje, renegado, traidor! ¿has oído lo que han dicho contra tí las personas honradas?

*Fidelio.*—¿Puedo decir algunas palabras para defenderme?

*El Juez.*—¡Miserable! ¡perdido! no mereces ni el pan que comes: para ser justo debería mandarte ahorcar sin más tardanza; pero, para que todo el mundo pueda ser testigo de nuestra magnanimidad contigo, vamos á oirte, infame perjuro.

Aquellos que conocen la colección de Causas de Estado, saben perfectamente que, á cada paso, se hallan en ellas ejemplos parecidos; pero bien será decir á los que no están en este caso que la infamia y la crueldad de los hombres y de la ley de aquel tiempo excedían la ficción por extremada que fuese; que el proceso imaginado de *Fidelio* ante un jurado compuesto de vicios en forma de hombres, aun es misericordioso si se le compara con el proceso verdadero de Alicia Lisle, ante aquel tribunal donde, en la persona de Jeffreis, tenían todos los vicios su natural asiento.

El estilo de Bunyan es muy agradable para cuantos lo leen, y sin igual para cuantos quieren conocer á fondo la lengua inglesa, pues si bien el vocabulario del libro es el propio del pueblo bajo, y no hay en todo él una sola palabra, salvo ciertos términos técnicos de teología, que pueda ser inintegible para el labriego más ingnorante (1), nunca ningún escritor acertó á expresar más propiamente aquello que quiso decir; como que la frase primitiva, la lengua inculta del trabajador bastó con

(1) Hay páginas enteras en este libro en las cuales no es contiene una sola palabra de más de dos silabas.

creces para todos los géneros de elocuencia, lo mismo para el sublime, que para el patético, que para el exhortatorio, que para el de las sutilezas teológicas, que para el de la poesía, ó el de la oratoria profana ó sagrada, y que no hay en la literatura inglesa ninguna obra, fuera de ésta, de la cual estemos tan dispuestos á suponer que mantiene la fama y la pureza de la antigua lengua de Inglaterra, ni tampoco ninguna otra que pruebe de una manera más indubitable cuánto es rica esa lengua por sí misma, de su propio abolengo, y cuán poco ha ganado con sus neologismos.

Decía Cooper hace medio siglo que no era osado á nombrar en sus versos á Juan Bunyan, temeroso de mover á risa. Tal vez el *Ensayo sobre la traducción de la poesía*, por lord Roscommon, y el *Ensayo sobre la poesía* por el Duque de Buckinghamshire se antojasen á nuestros difíciles antepasados composiciones infinitamente superiores á las alegorías del calderero predicador; mas ahora vivimos tiempos mejores, y por tanto, no vacilamos en afirmar que, si bien hubo en Inglaterra muchos claros varones la segunda mitad del siglo XVII, sólo dos poseyeron en grado eminente la facultad tan preciosa y tan preciada de la imaginación: el autor del *Paraíso Perdido*, y el autor del *Viaje del Peregrino*, esto es, Milton y Bunyan.

---

# FRANCIS ATTERBURY.

---

TAUCHNITZ. *Leipzig*, 1860.

# FRANCISCO ATTERBURY.

## 1662—1732.

### I.

Entre los hombres que han sabido colocar su nombre á mayor altura en la historia política, eclesiástica y literaria de Inglaterra, se halla Francisco Atterbury, hijo del rector de la parroquia de Middleton, en el Condado de Buckingham, donde nació en 1662. Educado en el colegio de Westminster, adquirió allí un caudal de conocimientos que, aun siendo en realidad escaso, supo lucir toda su vida con tan discreto aparato, que al trasladarse á la escuela de Christ-Church le creyeron los observadores superficiales hombre de inmenso saber, y que además le hizo distinguirse muy luego en Oxford, contribuyendo también á ello sus facultades, su delicado gusto, y su espíritu atrevido, despreciativo é imperioso. A los veinte años publicó allí su primera obra, que fué una traducción en versos latinos del bello poema de Absalonet Achitophel, cuyo estilo y versificación no pertenecían al siglo de Augusto,

y que tuvo menos éxito que sus composiciones inglesas. En 1687, cuando la Iglesia de Inglaterra se hallaba perseguida por Jacobo II y calumniada por los apóstatas que por concupiscencia habían abandonado su comunión, se distinguió entre el gran número de hombres de talento que escribieron en defensa de la Iglesia proscrita. Conocíase en aquel tiempo como el más activo y encarnizado de todos los apóstatas á Obadiah Walker, profesor entonces de la Universidad, en la cual había instalado, bajo la protección del Rey, una imprenta destinada á publicar libelos contra la religión establecida; y como uno de estos libelos, escrito probablemente por el mismo Walker, atacase violentamente á Martín Lutero, Atterbury se propuso defender al gran reformador sajón, y cumplió este propósito de una manera singularmente característica, pues que examinando su réplica á Walker, no puede dominarse la sorpresa producida por el contraste que resulta entre la debilidad de todo lo que constituye argumentación y defensa, y el vigor de cuanto es retórica y ataque; produciendo los sarcasmos y las invectivas del joven escritor tan profunda indignación en los *papistas*, que creyeron ver en ellas una traición, y le acusaron de haber llamado implícitamente Judas al rey Jacobo.

II.

La doctrina de la no resistencia y de la obediencia pasiva en que Atterbury se había educado le hicieron jurar fidelidad al nuevo Gobierno, después de la Revolución, sin hacerse rogar para ello, reci-

biendo más tarde las órdenes eclesiásticas, y trasladándose á Londres, en donde comenzó á predicar con una elocuencia que acrecentó su reputación y que le hizo muy pronto conseguir el honor de contarse entre los capellanes del Rey. Sin embargo, habitualmente residía en Oxford, y tomaba una parte activa en los asuntos de la Universidad, dirigiendo los estudios clásicos de los alumnos de su colegio, y sirviendo de principal consejero al decano Aldrich, teólogo conocido en nuestros días, sobre todo por sus cantares, pero que tenía gran reputación entre sus contemporáneos como erudito, como liberal y como partidario de la alta Iglesia. Aldrich tenía la costumbre, muy poco prudente, de emplear á los jóvenes de su colegio, que prometían más, en hacer ediciones de libros griegos y latinos, y como quiera que entre los jóvenes estudiosos é inteligentes á quienes se inducía, por su desgracia, á enseñar la filología, cuando hubieran debido contentarse con aprenderla, se encontraba Carlos Boyle, hijo del Conde de Orrery y sobrino de Roberto Boyle, el gran filósofo experimental, recibió Carlos el encargo de preparar una nueva edición de uno de los libros más insignificantes de cuantos existen. Entre los Griegos y los Romanos, que cultivaban la retórica como un arte, fué moda componer epístolas y discursos con el nombre de personajes eminentes; falsificaciones hechas algunas veces con tanto arte y gusto tan delicado que el triunfo de la crítica consiste en distinguirlas de los originales, y ejecutadas otras tan débil y toscamente que, cuando más, un escolar inteligente podría equivocarse en ellas. De los modelos que han llegado hasta nosotros, probablemente el mejor es el discurso por Marcelo, imitación de la elocuencia Ciceroniana,

que Cicerón mismo hubiera leído con admiración y entusiasmo; y el más pobre, sin duda, una colección de cartas que tienen la pretensión de estar escritas por Phalaris, que gobernaba en Agrigente más de 500 años antes de la era cristiana, y contra la autenticidad de las cuales se hallan contestes todas las pruebas internas y externas. Cuando estas cartas salieron de la oscuridad, en el siglo XV, en unión de muchos otros documentos infinitamente más preciosos, el primer erudito de Italia, Policiano, y el primer sabio de este lado de los Alpes, Erasmo, declararon que eran apócrifas; y á decir verdad, sería más fácil persuadir á un Inglés ilustrado de que uno de los números del *Rambler* de Johnson era obra de William Wallace, que convencer á un hombre como Erasmo de que el trabajo de un pedante, compuesto en la lengua artificiosa y pulida del tiempo de Juliano era obra de un Dorio, rudo y feroz, que hacía quemar vivas á las gentes muchos años antes de que existiese un solo volumen de prosa escrita en griego. Pero así como Christ-Church pudo envanecerse con poseer muchos buenos latinos y excelentes escritores ingleses, y mayor número de hombres de mundo, elegantes é ingeniosos que todas las demás corporaciones académicas, no contaba entonces en el colegio con un solo hombre que se encontrase en condiciones de distinguir la infancia de la caduca vejez en la literatura griega; siendo tan superficial la ilustración de los rectores de tan célebre corporación, que hubieron de quedar encantados con un ensayo escrito por sir William Temple en loor de los escritores antiguos, cuando era de extrañar que los grandes servicios públicos, la popularidad bien merecida y el elegante estilo de Temple hubieran sido bastantes para salvar una

obra tan insignificante, digna sólo del desprecio universal, y cuyos elogios mostraban que no conocía los libros que ensalzaba con tanto entusiasmo. La verdad es que no se hallaba en aptitud de leer una línea de la lengua en que estaban escritas, y que manifestó, entre otras ideas absurdas, que las cartas de Phalaris eran las más bellas y antiguas del mundo; pero como todo lo que Temple escribía llamaba la atención, las gentes que no habían oído hablar nunca de las epístolas de Phalaris comenzaron á enterarse de ellas; y Aldrich, que sabía muy poco griego, creyó en las afirmaciones de Temple, que no lo sabía, y encargó á Boyle que preparase una nueva edición de obra tan admirable, que se tornó en un instante en objeto de general interés después de haber permanecido largo tiempo en la oscuridad.

## III.

La edición que se preparó con el concurso de Atterbury, que era el pasante de Boyle, y de algunos otros individuos del colegio, fué lo que podía esperarse de hombres que consienten rebajarse hasta publicar un libro de esta índole. Las notas eran dignas del texto; la versión latina digna del orignal griego, y el volumen se hubiera olvidado al cabo de un mes sin la desavenencia que surgió entre el joven editor y el hombre más erudito que ha existido en Europa desde el renacimiento de las letras, Ricardo Bentley, á propósito de un manuscrito que éste tenía en su poder y que Boyle quería hacer coleccionar. Un librero burlón y cizañoso le hizo saber que Bentley se había negado á prestárselo,

afirmación que era inexacta, y le dijo también que Bentley había hablado desdeñosamente de las cartas atribuídas á Phalaris y de los críticos que se dejaban engañar por tamañas falsificaciones, lo cual era perfectamente cierto. Molestado fuertemente por esto, Boyle dió en el prefacio de su obra las gracias á Bentley, por su cortesía, de una manera irónica y muy dura para éste, que se vengó en una corta disertación, en la cual probó que las epístolas eran apócrifas, y que la nueva edición no tenía ningún mérito; pero trató á Boyle personalmente con cortesía y como á hombre de grandes esperanzas, á quien su amor á la ciencia le haría estimable, y que hubiera merecido tener mejores maestros. Nada más extraordinario se ha conocido en la historia literaria que la tempestad promovida por esta pequeña disertación, en la que Bentley trataba á Boyle con indulgencia, mientras miraba á Christ-Church con desprecio; y como los antiguos discípulos de esta escuela, que se hallaban esparcidos por todas partes, estaban tan adheridos á su colegio como un Escocés á su país ó un jesuita á su orden, y su influencia era tan grande que dominaban en Oxford y tenían gran poder en los colegios de legistas (Inns of Court) y en el Colegio de Medicina, ocupando los primeros puestos en el Parlamento y en el mundo elegante y literario de Londres, levantaron unánime clamoreo para pedir que se vengase la honra del colegio y se hiciese callar al pedantón insolente de Cambridge. Pero como el pobre de Boyle no se hallaba en condiciones de realizar esta obra ni tampoco la deseaba, se la confiaron á su maestro Atterbury.

No se reimprimirá probablemente nunca, y sólo leen hoy los curiosos la respuesta á Bentley que

lleva el nombre de Boyle, pero que, á decir verdad, es tan obra de Boyle como las cartas que eran objeto de la discusión eran obra de Phalaris; mas en su época tuvo una popularidad tan grande, que se la encontraba, no sólo en el gabinete del literato, sino en las mesas de los salones más elegantes de Soho-Square y de Covent-Garden; y los petimetres y las coquetas de aquel tiempo, los Wildairs y las lady Lurewells, los Mirabels y las Millamants se felicitaban mutuamente por el modo como el discreto joven, que unía á su erudición tanto gracejo y que disertaba tan agradablemente del dialéctico ático y del metro anapéstico, había puesto en ridículo al caduco y pedante doctor.

## IV.

No eran injustos los aplausos de la multitud, porque, bien mirado, este libro es la obra maestra de Atterbury y la que da una idea más alta de sus facultades que todas las demás en que ha puesto su nombre. Es verdad que estaba en completo error acerca del punto principal y de todas las cuestiones que de él se derivan; que su conocimiento de la lengua, la literatura y la historia griegas no igualaba al que muchos estudiantes poseen hoy al ingresar en Oxford y en Cambridge, y que algunos de sus errores parecen más dignos de castigo que de discusión; pero he ahí precisamente por qué su trabajo resulta curioso é interesante en el más alto grado para un lector juicioso, como que su principal mérito consiste en la extremada pobreza de las razones y en la extraordinaria pericia que demuestra en el arte de hacer mucho efecto con poco fondo. El in-

tendente del *Avaro*, de Molière, decía: «¡Vaya un prodigio, darse buena vida teniendo mucho dinero! la habilidad de un hombre consiste en lograr vivir bien teniendo poco.» Así, pues, no es extraño que Bentley haya podido escribir admirablemente sobre la cronología y geografía antiguas y sobre el desarrollo de la lengua griega y el origen del drama; pero sí es de extrañar que Atterbury haya pasado durante algunos años como hombre que sabía tratar esas cuestiones mucho mejor que Bentley; y aunque el héroe de Christ-Church obtuvo la cooperación de los individuos más célebres de dicho colegio, como Smalridge, que puso su parte de ideas muy ingeniosas, y como Friend y otros, que ofrecieron poner á contribución sus conocimientos en arqueología y filología bastante pobres, sin embargo, la mayor parte del libro era obra exclusivamente suya, y lo que él no hizo por sí mismo lo revisó y corrigió; así que el conjunto llevaba el sello de su ingenio, de aquel ingenio inagotable en recursos para la controversia y familiarizado con todos los artificios que dan al error apariencias de verdad y á la ignorancia visos de saber. Poseía poco oro, pero hacía de él una hoja tan fina y de tanta extensión, que los que no le juzgaban sino superficialmente y que no tenían el recurso de la balanza ó de la piedra de toque, tomaban aquel conjunto de materias brillantes, pero sin valor, que presentaba, como inapreciable tesoro de oro macizo. Los argumentos de que podía disponer los exponía de una manera deslumbrante, y cuando no los tenía, sacaba recursos de las personalidades, unas veces serios, otras jocosos, pero siempre ingeniosos y picantes; y grave ó festivo, razonando ó injuriando, su estilo era siempre atildado, fácil y correcto.

## V.

A pesar de la gran fuerza que tenía entonces el espíritu de partido y de que Bentley pertenecía á los whigs, mientras que Christ-Church fué siempre fortaleza de los toríes, se unieron unos y otros para aplaudir el libro de Atterbury, y Garth ensalzó á Boyle en unos versos que insultaban á Bentley, y que sólo se citan para burlarse de ellos. Swift sacó á escena con mucha gracia en su *Batalla de libros* á Boyle, cubierto con una armadura, regalo de los Dioses, y guiado de Apolo bajo la forma de un amigo, cuyo nombre dejado en blanco era fácil adivinar; y una vez ataviado así y ayudado, el joven conseguía fácil victoria sobre su jactancioso y descortés adversario. Sin embargo, Bentley se hallaba sostenido por el sentimiento de una inmensa superioridad, y animado de los pocos eruditos verdaderamente capaces de ser jueces del combate. «No puede anularse un escritor sino por sus propios escritos,» decía él con mucha exactitud y nobleza, y pasó dos años preparando una respuesta, que será leída y admirada mientras se estudie en alguna parte del mundo la literatura de la antigua Grecia; contestación que probaba, no sólo que las cartas atribuídas á Phalaris eran apócrifas, sino que Atterbury, con todo su ingenio y elocuencia, y con su gran disposición para la controversia, era el presuntuoso más audaz que hubiera podido escribir nunca sobre lo que no entendía; escándalo este literario que inquietó poco á Atterbury, ocupado entonces en una discusión sobre asuntos más importantes y que in-

teresaban más que las leyes de Charondas y de Zaleuco. En aquellos momentos se hallaban las divisiones religiosas en el apogeo de la lucha; los partidos de la alta y de la baja Iglesia se dividían la nación, colocándose del lado de la alta Iglesia la gran mayoría del clero, é inclinándose del otro una gran parte de los Obispos del rey Guillermo; y como se promoviera una discusión entre los dos bandos con motivo de la extensión de los poderes de la Cámara baja, Atterbury se puso decididamente en primera fila entre los partidarios de la alta Iglesia.

Si se examina con imparcialidad el conjunto de su carrera, no puede suponérsele gran celo por la religión; pero su carácter le hacía combatir con ardor por la causa de todas las corporaciones á que pertenecía: así defendió antes la autenticidad de un libro controvertido, sólo porque el colegio de Christ-Church publicó una edición de él, como defendió luego al clero contra el poder civil, sólo porque era eclesiástico, y á los curas contra el episcopado, porque no era todavía más que clérigo, defendiendo su clase en varios folletos escritos con mucho ingenio, inventiva, audacia y energía. En esta discusión, como en la primera, á pesar de luchar con antagonistas que conocían mucho mejor que no él la cuestión que se debatía, se impuso á la multitud por sus atrevidas aserciones, sus sátiras, sus declamaciones, y sobre todo por el particular talento que poseía para lucir un poco de erudición de manera verdaderamente deslumbradora: así fué que, después de haberse hecho pasar en el mundo por maestro superior á Bentley en materia de ciencia clásica, se hizo pasar en esta ocasión como hombre superior á Wake y Gibson en materia de ciencia eclesiástica, consiguiendo que el clero le considerase como el tribuno

más hábil y decidido de cuantos han defendido sus derechos contra la oligarquía de los prelados, que la Cámara Baja le diese un voto de gracias, que la Universidad de Oxford le hiciese doctor en teología, y que la reina Ana, poco después de su advenimiento, y cuando los toríes conservaban todavía la mayor influencia, lo elevase á la dignidad de deán de Carlisle.

## VI.

Trascurrieron seis años sin que ocurriese cambio alguno en su fortuna; porque al poco tiempo de su nombramiento tomó la dirección del Estado el partido whig, del cual no podía esperar ningún favor; pero en 1710 el proceso de Sacheverell produjo una formidable explosión de fanatismo entre los partidarios de la alta Iglesia; y como Atterbury no podía dejar de distinguirse en tales circunstancias, manifestó de nuevo con gran lucimiento su desmedido celo por el cuerpo á que pertenecía, su carácter turbulento y ambicioso, y su raro talento para la agitación y la controversia, desempeñando el papel principal en la composición del hábil y elocuente discurso que el teólogo acusado pronunció en la barra de la Cámara de los Lores; discurso que ofreció singular contraste con la injuriosa y absurda plática que injustamente había merecido el honor de una acusación. Durante los meses de agitación é inquietud que siguieron al proceso, Atterbury fué uno de los más activos libelistas de cuantos excitaron al país contra el Ministerio y el Parlamento whig; así que, una vez sustituído el Ministerio y disuelto el

Parlamento, llovieron sobre él todas las recompensas imaginables, nombrándole la Cámara baja su orador (*prolocutor*), y eligiéndole la Reina para reemplazar en el decanato de Christ-Church á su antiguo protector y viejo amigo Aldrich, que acababa de morir. Aunque la corporación hubiera preferido un director más pacífico, sin embargo recibió al nuevo rector con todos los honores posibles, dirigiéndole en el magnífico vestíbulo del colegio un discurso de felicitación en latín, al cuàl contestó protestando de su adhesión ferviente á la venerable institución de que había sido discípulo, y haciendo los más lisonjeros elogios de los individuos de quienes iba á ser jefe. Pero no estaba en su naturaleza el gobernar con dulzura y equidad, y así como había dejado el capítulo de Carlisle presa de mil disgustos, y á pesar de que á su llegada á Christ-Church reinaba allí la paz, al cabo de tres meses su carácter despótico y quisquilloso hizo en Christ-Church lo que había hecho en Carlisle. El sabio y amable Smalridge, que le había sustituído en los dos deanatos, se quejaba dulcemente del estado en que los había encontrado, diciendo: «Atterbury va delante incendiándolo todo, y yo le sigo con un cubo de agua.» Los enemigos de Atterbury afirmaban que lo habían nombrado obispo porque lo hacía muy mal de rector; y en efecto, durante su administración reinó el desorden en Christ-Church, produciéndose disputas escandalosas, cambiándose palabras injuriosas y llegándose á temer que el gran colegio tory se perdiese por la tiranía del gran doctor tory. De allí á poco pasó al obispado de Rochester, unido entonces al cargo de deán de Westminster, y parecía esperar aún más altas dignidades, porque aun cuando el banco de los obispos estuviese ocupado por hombres muy

inteligentes ninguno le igualaba ni se le parecía siquiera en talento parlamentario, siendo probable que hubiera ido á la silla de Canterbury si su partido hubiera continuado en el poder; pero cuanto más brillantes fueran sus esperanzas, tanta más razon tenía para temer el advenimiento de una casa que se inclinaba al partido de los whigs, y todo induce á creer que fué uno de los políticos que se prometieron llegar á poner las cosas de tal modo, durante la vida de la reina Ana, que á su fallecimiento no hubiera dificultad en prescindir del Acta de establecimiento y asentar al pretendiente en el trono; viniendo la repentina muerte de la Reina á defraudar los proyectos de los conspiradores. Atterbury, á quien no faltaban nunca bríos para cualquier empresa, pidió á sus aliados entonces que proclamasen á Jacobo III, ofreciéndoles acompañar á los heraldos con el gran traje episcopal; pero como encontró irresolutos á los más bravos soldados de su partido, no sin lamentar, á lo que dicen, con interjecciones no nada oportunas en boca de un padre de la Iglesia, de que se hubiera perdido vergonzosamente la mejor de las causas y la más preciosa de las ocasiones, asintió á lo que no pudo impedir, y prestó juramento á la casa de Hanover, oficiando en la coronación con la mejor apariencia de celo posible para merecer la gracia de la familia real, que acogió su servilismo con frío desprecio. Como no hay nada tan vengativo como un hombre orgulloso cuando se ha humillado en vano, Atterbury se convirtió en el más constante y revolucionario de todos los oposicionistas, y su elocuencia brillante, mordaz y vigorosa, realzada sobre todo con el estímulo del acento y de la actitud, produjo en la Cámara de los Lores movimientos de admiración

21

en una mayoría hostil; apareciendo extendidas por él algunas de las protestas más notables que se encuentran en las actas de la Cámara de los Pares; estilo que fácilmente reconocen los críticos en algunos de los picantes libelos que excitaban á los Ingleses á defender su patria contra los extranjeros llegados del otro lado de los mares para oprimirla y despojarla. Cuando estalló la revolución de 1715, rehusó firmar el documento en que los Obispos de la provincia de Canterbury protestaron de su fidelidad á la sucesión protestante, tomando él entonces parte muy activa en las intrigas electorales, sobre todo en Westminster, en donde ejercía gran influencia por su cargo de deán, y haciéndose sospechoso de haber convocado un día una reunión facciosa para impedir que votasen sus conciudadanos los whigs.

En 1717, después de haber correspondido largo tiempo de una manera indirecta con la familia desterrada, comenzó á sostener correspondencia directa con el pretendiente, de cuya correspondencia existe todavía la primera carta, en la cual se vanagloriaba de no haber desperdiciado en muchos años ocasión de servir la causa jacobista, y decía: «Pido á Dios cada día por vuestro triunfo, y ojalá que viva yo bastante tiempo para verlo y que no sobreviva al momento en que deje de hacer cuanto esté de mi parte por apresurarlo.» Es preciso tener presente que quien escribía estas palabras era un hombre que por ser uno de los jefes de la Iglesia estaba obligado á darla ejemplo de absoluta integridad; que había en varias ocasiones jurado fidelidad á la casa de Brunswick; que había concurrido á la coronación de Jorge I y que había abjurado de Jacobo III «sin subterfugios ni reservas, bajo la fe de cristiano.»

## VII.

Place pasar de su vida pública á su vida privada. Fatigado su turbulento espíritu por las agitaciones y las intrigas, tenía necesidad á las veces del reposo, que sólo encontraba en las afecciones domésticas y en la sociedad de los vivos y muertos más ilustres. Respecto de su mujer, no se sabe gran cosa; pero en cambio existió entre su hija y él una afección singularmente íntima y tierna, costando gran trabajo creer á los que no le conocían más que por sus escritos y discursos en la dulzura de sus maneras cuando estaba en compañía de un pequeño número de amigos, uno de los cuales ha conmemorado en versos admirables el encanto de «sus horas más gratas.» Poseía Atterbury un excelente gusto en punto á la literatura inglesa, á pesar de su escasa erudición clásica, y su admiración por el genio era tan grande que triunfó hasta de sus antipatías políticas y religiosas, siendo su afición por Milton, enemigo mortal de los Estuardos y de la Iglesia, lo bastante profunda para constituir un crimen á los ojos de gran número de torys. Los estudiantes de Westminster hicieron notar que la triste noche del entierro de Addison en la capilla de Enrique VII, Atterbury leyó el oficio fúnebre con una unción y una solemnidad extrañas en él. Los compañeros favoritos del gran Prelado tory eran, sin embargo, como debía esperarse, hombres cuyas opiniones políticas tenían por lo menos matices de torismo, pues vivió en relaciones amistosas con Swift, Arburthnot y Gay y en estrecha intimidad

con Prior, hasta el día en que un disentimiento con motivo de asuntos públicos vino á turbarla: en cuanto á Pope, tuvo en Atterbury, no sólo celoso admirador, sino consejero fiel, animoso y prudente, y figuró con mucha frecuencia entre los visitantes del palacio episcopal de Bromley sin sospechar en lo más mínimo que su huésped, que avanzaba en edad, que se encontraba impedido en un sillón por la gota y que parecía preocupado sólo de literatura, fuese agente tan activo de proyectos criminales y peligrosos contra el Gobierno.

## VIII.

Los acontecimientos de 1715 habían abatido el espíritu de los jacobistas, que se reanimó en 1721; y como el fracaso de la Compañía del Mar del Sur, la ruina de varias casas de comercio, el pánico que se apoderó del mercado monetario y la miseria que cundió á todas las partes del reino, produjeron descontento general, llegó á creerse que tuviera buen éxito una insurrección en aquel momento. Proyectóse la conjura, y para realizarla deberían levantarse barricadas en las calles de Londres, apoderarse de la Torre y del Banco y reducir á prisión al rey Jorge, á su familia y á sus primeros generales y consejeros, proclamando como rey á Jacobo. El Regente de Francia, Duque de Orleáns, que estaba entonces en buenas relaciones con la casa de Hanover, tuvo noticias del caso, é hizo poner en guardia al Gobierno inglés, que prendió á algunos de los principales descontentos, en el número de los cuales se encontraba Alterbury. Desde el memorable

día en que los aplausos y las oraciones de Londres acompañaron á los siete Obispos hasta la Torre, no se había prendido á ningún prelado de la Iglesia anglicana, y la oposición abrigó la esperanza de llegar á excitar en el pueblo un entusiasmo análogo al de sus padres, que se arrojaban al Támesis para implorar la bendición de Sancroft. Se veía en los escaparates de las tiendas el retrato del heroico confesor en su calabozo; se cantaban por las calles versos en loor suyo; se calificaba de crueldad, digna de los calabozos de la Inquisición, las dificultades que le impedían comunicarse con sus cómplices, y se dirigían enérgicos epítetos á los clérigos. ¿Permitirían ellos, cobardemente, que se hiciese á su hábito tan grosera injuria? ¿Sufrirían que el hombre más elocuente y de más talento de su profesión, el que había defendido frecuentemente sus derechos contra el poder civil, fuese tratado como el más vil de los seres de la especie humana? Pero aunque la agitación fué grande, hubo de calmarse con una hábil y moderada carta dirigida al clero por el Obispo Gibson, que tenía gran favor con Walpole, y que fué poco tiempo después Ministro de asuntos eclesiásticos. Atterbury, que continuó estrechamente preso durante algunos meses, había seguido con tanta precaución su correspondencia con la familia desterrada, que las pruebas de su culpabilidad, aunque suficientes para producir convicción moral, no fueron bastantes para justificar la convicción legal, que no podía alcanzarse sino por medio de una ley criminal retroactiva que el partido *whig* predominante en las dos Cámaras se hallaba pronto á sostener; pretendiendo los más exaltados del bando que se siguiera el precedente que se había establecido en la causa de sir John Fenwick, y que se votase

una ley para hacer cortar la cabeza al Obispo.

Dicen que Cadogan, bravo soldado, pero atolondrado político, que mandaba el ejército, exclamó, con este motivo: «Que lo echen á los leones en la Torre;» pero prevaleció la influencia de Walpole, que, más humano y sagaz, repugnó siempre verter sangre. Cuando se reunió el Parlamento se sometieron las pruebas que resultaban contra el Obispo al examen de las comisiones de las dos Cámaras, las cuales declararon en su informe que existía culpabilidad, votando la de los Comunes, por mayoría de casi doble número de votos, una proposición en la que se le calificaba de traidor, y proponiendo entonces una ley en cuya virtud se le despojaba de todos sus cargos espirituales, se le desterraba por toda su vida, y se prohibía á todos los súbditos Ingleses que se comunicasen con él sin permiso del Rey; ley que aprobó sin gran dificultad la Cámara de los Comunes, porque aun cuando se invitó al Obispo á defenderse, prefirió este reservar su discurso de defensa para la Asamblea de que formaba parte.

## IX.

En la Cámara de los Lores la discusión fué muy reñida, hablando en favor de Atterbury el joven Duque de Wharton, notable por su ingenio, sus malas costumbres y su ligereza, y que hizo en aquella ocasión mucho efecto; dejándose oir por última vez la voz del mismo Atterbury ante aquel auditorio poco propicio, que le había escuchado frecuentemente con una mezcla de odio y admiración. Presentó un pequeño número de testigos que no dijeron gran

cosa en favor suyo, figurando entre ellos Pope, que compareció para manifestar que cuando iba como amigo al palacio de Bromley, pasaba el Obispo el tiempo tan ocupado de literatura y asuntos domésticos, que no le quedaba ocasión para conspirar; pero Pope, que no tenía costumbre de hablar en público, perdió la cabeza, y, como confesó más tarde, cometió dos ó tres equivocaciones, y eso que no dijo más de diez palabras por junto. La ley se aprobó al cabo en la Cámara de los Lores por una mayoría de ochenta y nueve votos contra cuarenta y tres, contándose en esa mayoría todos los Obispos con una sola excepción, conducta que provocó un amargo reproche de lord Bathurst, celoso amigo de Atterbury y tory exaltado, que dijo: «Los indios salvajes no dan nunca cuartel, porque creen heredar la destreza y alientos de los enemigos que destruyen, y puede que fuese posible explicar del mismo modo la animosidad de los reverendos Prelados con su hermano.» Se despidió Atterbury de cuantos quería con una dignidad y ternura que hubieran hecho honor á hombre de más mérito que no él, aplicándose con frecuencia estos hermosos versos de su poeta favorito: «Dejó brotar algunas lágrimas de sus ojos; pero las enjugó luego, porque tenía delante de sí el mundo para elegir en él un lugar de reposo, con la Providencia por guía (1).» Al separarse de Pope le regaló una Biblia y le dijo con una falsedad de que no se hubiera hecho culpable por cierto quien la hubiera estudiado con más provecho: «Si sabe V. alguna vez que yo he sostenido relaciones con el pre-

---

(1) Some natural tears he dropped but wiped them soon;
The world was all before him, where to chuse
His place of rest, and Providence his guide.

tendiente, le permito decir que he sido justamente castigado;» creyendo Pope verdaderamente en aquel momento que habían tratado con injusticia al Obispo, opinión de la que también participó, al parecer, Arburthnot. Algunos meses después Swift ridiculizaba con mucha dureza, en un *Viaje á Laputa*, las pruebas que habían satisfecho á las dos Cámaras; mas, de allí á poco, aun los amigos más íntimos del proscrito Prelado renunciaron á protestar de su inocencia, contentándose con excusar y deplorar lo que no podían defender.

## X.

Después de breve estancia en Bruselas, fué á establecerse á París, donde llegó á ser el jefe de todos los refugiados jacobistas que allí se juntaban. El pretendiente, que tenía un remedo de corte en Roma bajo la inmediata protección del Papa, le invitó á que se trasladase allí, oferta que rechazó Atterbury, porque pensaba que un obispo de la Iglesia anglicana se hallaría colocado en situación difícil en el Vaticano. Sin embargo, durante algunos meses pudo vanagloriarse de gozar de mucho favor con Jacobo, que sostenía con él correspondencia constante, y que al reconocer calurosamente sus méritos, recibía con respeto sus consejos, encontrándose, como Bolingbroke, antes que él, de primer ministro de un rey sin reino, pero convenciéndose también el nuevo favorito, lo mismo que Bolingbroke, de que era más difícil conservar la sombra del poder con un príncipe errante y sin fortuna, que la realidad del poder en Westminster. Ja-

cobo no tenía ni Estados, ni rentas, ni ejército, ni marina; pero la conspiración y la intriga reinaban entre sus cortesanos más que entre los de su venturoso rival, y como advirtiese luego Atterbury que sus consejos se acogían con indiferencia, si no con desconfianza; observación que hirió profundamente su orgullo, abandonó en seguida á París y fué á establecerse á Montpellier, renunciando á la política, y consagrándose exclusivamente á las letras.

## XI.

Llevaba ya seis años de destierro cuando enfermó tan gravemente, que su hija, á pesar de su mal estado de salud, se decidió á correr todo género de riesgos para volver á verle todavía, siquiera una vez; y después de obtener permiso del Gobierno británico, se trasladó por mar á Burdeos, en donde desembarcó en un estado que no la permitía viajar más que en litera ó en barco. Entre tanto su padre, á despecho de todos sus achaques, abandonó á Montpellier para salir á su encuentro, mientras que ella iba á unírsele con esa impaciencia que es casi siempre indicio de muerte próxima, desoyendo las súplicas de cuantos la rodeaban, que en vano la pedían que viajase lentamente, y á los cuales contestaba sólo que cada hora que pasaba era para ella preciosa, y que sólo ansiaba ver de nuevo á su padre y morir. Y con efecto, se reunió á él en Tolosa, le abrazó, recibió de sus manos el pan y el vino consagrados, y dando gracias á Dios por

haberla permitido pasar un día juntos antes de separarse para siempre, murió aquella misma noche. A pesar de toda la energía de su alma, durante algún tiempo costó gran trabajo á Atterbury reponerse de tan terrible golpe; pero en cuanto volvió á ser dueño de sí mismo, se lanzó con avidez al movimiento y á la lucha, porque el dolor que hace nacer en las naturalezas dulces el deseo de soledad, sosiego y meditación, lleva al bullicio á los caracteres exaltados. Por limitada que fuese la inteligencia del pretendiente, y por prevenido que se hallase, no podía menos de reconocer que se había engañado al separarse de un hombre que, á pesar de su cualidad de hereje, era por su pericia y su talento el primero del partido jacobista: halagóse al Obispo en consecuencia, y no costó gran trabajo persuadirlo para que se trasladase á París y volviese á ser la sombra de ministro de la sombra de un monarca. Pero tan larga y agitada vida tocaba á su término, si bien conservando hasta el fin todo el vigor y toda la viveza de su espíritu.

## XII.

Durante el noveno año de su destierro supo que se le acusaba por Oldmixon, escritorzuelo tan descortés y mal intencionado como ningún otro de los que ha sacado del olvido la *Dunciada*, de haber plagiado la *Historia de la Rebelión* de Clarendon con el concurso de algunos otros individuos del colegio de Christ-Church; acusación que no tenía el menor fun-

damento en lo que se refiere á Atterbury, el cual no se contaba en el número de los editores de la *Historia*, ni la leyó hasta después de impresa. Para defenderse publicó un folleto tan claro, digno y moderado que es verdadero modelo en su género, y envió un ejemplar de la edición al pretendiente con una carta por extremo discreta y bien escrita. Decía en ella el anciano que le hubiera sido imposible escribir sobre semejante asunto sin acordarse del parecido que existía entre su suerte y la de Clarendon, pues sólo ellos de entre todos los súbditos ingleses habían sido desterrados de su país y privados de toda comunicación con sus amigos por sentencia del Parlamento; pero que allí cesaba el parecido: pues uno de los desterrados había tenido la fortuna de representar un papel importante en la restauración de la familia real, en tanto que al otro sólo le restaba morir sosteniendo hasta el fin los derechos de esta familia. Algunas semanas después de haber escrito esta carta, murió Atterbury, cuando acababa de cumplir setenta años.

Trasladaron su cuerpo á Inglaterra y le dieron sepultura, sin ninguna ceremonia pública, en la nave de la abadía de Westminster, siguiendo al féretro solamente tres personas. Ni una sola inscripción indica su tumba, debiendo felicitarse todos de que el epitafio que consagró Pope á la memoria de su amigo no se lea esculpido en las paredes del gran cementerio nacional, porque Colley Cibber no escribió nunca nada peor.

Los que deseen noticias más completas sobre Atterbury, pueden recogerlas fácilmente en sus sermones, en sus libros de controversia, en la relación de la causa del Parlamento contra él, que se encuentra en los procesos políticos; en los cinco tomos de

su correspondencia, publicados por M. Nichols; en el primer tomo de papeles de los Estuardos, publicado por M. Glovez, y en la hermosa *Historia de Inglaterra* de lord Mahon, donde se lee una relación muy indulgente, pero muy interesante, de la carrera política del Obispo.

---

# DE LA HISTORIA.

---

*La novela de la historia* (Inglaterra), por ENRIQUE NEELE, Londres, 1828.

REVISTA DE EDIMBURGO, *mayo*, 1828.

# DE LA HISTORIA. *

## I.

Escribir la historia en forma conveniente, ó, lo que es lo mismo, hacer sumarios de cartas y despachos, y citas más ó menos extensas de discursos; esparcir sobre todo ello la cantidad suficiente de alabanzas ó de vituperios; trazar á fuerza de antítesis retratos de claros varones, poniendo de relieve las virtudes y vicios que por modo contradictorio se combinaron en sus personas, haciendo uso de aquel singular artificio que consiste en decir que fueron tal cosa *sin* ser tal otra, ó que tuvieron esto *con* aquello, empresa es por demás llana, fácil y asequible. En cambio, ser gran historiador en la verdadera acepción de la palabra, es acaso el mayor de los méritos intelectuales. Porque hay muchas obras científicas, absolutamente perfectas en su género; poemas que dudaríamos poco en declarar ejemplares, ó á lo más, salpicados de alguno que otro lunar

* El presente *Estudio* apareció en la *Edinburgh Review* del mes de mayo de 1828, con motivo de la obra de Enrique Neele, titulada *La novela de la historia* (Londres, 1828).—N. del T.

imperceptible, si atendemos al conjunto maravilloso de su belleza, y discursos, como varios de Demóstenes, principalmente, donde sería imposible mudar una sola palabra sin daño de su estructura; pero no conocemos un solo libro de historia que se acerque siquiera en cierto modo á la historia tal y como entendemos que debe ser, y que no se aparte bruscamente de la línea que debiera seguir siempre para realizar sus verdaderos fines.

Fácil es hallar la razón de ello si se considera que esa parte de la literatura, llamada historia, viene á ser cual territorio en litigio, enclavado en las fronteras de dos naciones diferentes y hostiles, y que se halla bajo la jurisdicción de ambas; resultando de aquí que, como todas las regiones asentadas de idéntico modo, está mal deslindada, mal cultivada y peor administrada, y que en vez de repartirse por igual entre sus dos dueños: la razón y la imaginación, cae alternativamente bajo el poder único, arbitrario y absoluto de cualquiera de los dos, tornándose ficción ó teoría, según el caso.

Dicen que la historia es una filosofía cuyas lecciones son ejemplos; mas, por desgracia, los ejemplos pierden generalmente por lo que hace al movimiento y la vida cuanto gana en profundidad y solidez la filosofía; y el historiador perfecto, al propio tiempo que debe poseer imaginación bastante para dar á sus narraciones interés y colorido, debe asimismo dominar tanto su arte y por tal modo que se contente con los materiales acopiados por él y se defienda de la tentación de suplir los vacíos que halle con aditamentos de su propia cosecha. Debe ser también razonador profundo é ingenioso; pero debe igualmente dominarse al punto de huir del peligro de presentar los hechos según sus hipótesis.

Á cuantos puedan apreciar en su justo valor estas dificultades, insuperables casi, no se antojará extraño que cada escritor haya fracasado, si no en la parte narrativa, en la especulativa de la historia.

## II.

Puédese asentar como regla general, aun cuando esta regla sea ocasionada por extremo á muchas excepciones, que la historia comienza por la novela y acaba por el ensayo. Herodoto es el primero y mejor de los historiadores novelescos: su ingenio, la bondad de su corazón sencillo y tierno, su talento prodigioso para las descripciones y los diálogos, y su lenguaje dulce, fluído y correcto son partes que lo colocan en primera línea entre los narradores; la naturalidad y sencillez de su estilo, nos hacen pensar en los encantos infantiles de la inocencia; como que se advierte á cada paso, en su torpeza una gracia, en su candidez una malicia, en sus absurdos una razón, y en su balbucencia una facundia tan insinuante que ningún esfuerzo humano sería eficaz á imitar en modo alguno, ni tampoco sabemos de ningún escritor que logre inspirar á sus lectores tanto interés hacia él y su obra; así es que al cabo de veintitres siglos experimentamos respecto de Herodoto el afecto compasivo que profesaron sus contemporáneos, á lo que dicen, á La Fontaine y Gay. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que supo escribir un libro incomparable y que vale acaso más que la mejor historia, sin que por eso digamos que sea la mejor, ni menos historia, pues desde el primer capítulo hasta el último todo en ellos es inven-

ción pura. Y no decimos esto porque tengamos en cuenta solamente las fábulas groseras que tanto le han censurado los críticos modernos, sino el carácter general que imprimió á su narración, y que deja suspenso al lector más sagaz en orden á lo que debe rechazar por apócrifo y á lo que puede admitir por cierto y averiguado; resultando de aquí que las partes más auténticas de su libro tengan la misma relación con las más apócrifas leyendas, que el *Enrique V* de Shakespeare con *La Tempestad.* Cierto es que hubo una expedición de Jerges contra Grecia, y una invasión de Francia; que hubo una batalla llamada de Platea y otra de Azincourt; que Cambridge y Exeter, el Condestable y el Delfín son personajes históricos tan verdaderos como Demarato y Pausanias; que el discurso del Arzobispo sobre la ley Sálica y el libro de los Números, en el drama del poeta inglés, tienen mucha más semejanza con las arengas que han pronunciado siempre los Obispos en la Alta Cámara, que los discursos de Mardonio y de Artabazo, en Herodoto, con los que realmente se oyeron en el consejo de Susa; que Shakespeare nos enumera ejércitos y muertos y heridos, sin que sus estadísticas sean por eso mucho más exactas que las de Herodoto; y que leemos en este último pasajes casi tan largos como un acto de Shakespeare, y en los cuales todo se expresa en forma dramática, mientras que la narración no sirve sino es á manera de sumario de indicaciones escénicas. Pero, si bien es posible que haya oído referir el historiador algunas conversaciones con más ó menos extensión, es lo cierto que trata con los detalles más minuciosos acontecimientos que, si se realizaron alguna vez, se sucedieron en tiempos y lugares harto remotos para que llegase á conocer sus por-

menores; como que consigna cuanto Candaulo dijo á Giges, y pasó entre Astyages y Harpago. De aquí que no podamos tener confianza en nada de cuanto consigna Herodoto, fuera del contorno de los hechos generales, cuando trata de sucesos en orden á los cuales pudo estar bien informado, por ejemplo: de la respuesta de Gelón á los embajadores de la Confederación griega, ó de las palabras de que se sirvieron Temístocles y Arístides en su famosa entrevista. Es indudable que los grandes acontecimientos están referidos con fidelidad en sus libros, y que acaso suceda lo propio con muchos detalles sin que se acierte á saber cuáles, porque en Herodoto semejan por tal modo las ficciones á los hechos verdaderos, que en la mayor parte de los detalles más interesantes queda el ánimo suspenso y perplejo sin atreverse á dudar ni á creer, persuadido de que la verdad está latente en ellos, é incierto del punto donde se halla.

Los defectos de Herodoto son los propios del hombre ingenuo en quien domina la imaginación: por esa causa, las relaciones de los niños y de los criados tienen tanta semejanza con las de Herodoto; como que unos y otros lo cuentan todo en forma dramática, y han hecho proverbiales los *él dijo* y *dijo ella*. Quien haya tenido que intervenir en sus altercados sabe que, aun cuando no se propongan engañar, sus explicaciones merecen siempre la pena de oirse con calma, si ha de evitarse caer en error. Por ejemplo: si un hombre bien educado da cuenta de un cambio de Ministerio, dice: «Lord Goderich presentó la dimisión de su cargo, y el Rey mandó llamar á lord Wellington.» Un portero referiría el suceso como si hubiera estado escuchando el diálogo debajo de la cama de S. M., y diría de este

modo: «Entonces dijo lord Goderich:—No puedo salir del atolladero, y es fuerza que me vaya á mi casa; á lo cual contestó el Rey:—Está bien, idos, que ahora mandaré buscar al Duque de Wellington.» Y esta es exactamente la manera del padre de la historia.

## III.

Herodoto escribía como era natural que lo hiciera, porque escribía para un pueblo impresionable, curioso, activo, ávido de novedades y de distracciones; para un pueblo en el cual habían llegado las bellas artes al más alto grado de perfección, mientras que la filosofía estaba en sus primeros albores; que apenas comenzaba por entonces á cultivar la prosa, y en el que hasta entonces era costumbre conmemorar en verso los acontecimientos nacionales. De aquí que á los primeros historiadores les fuese lícito incurrir, sin temor alguno, en las licencias otorgadas á sus predecesores los bardos. Y como los libros eran por extremo escasos, los sucesos de los tiempos pasados se conocían por medio de tradiciones y de baladas populares, y las costumbres de los pueblos extraños, por referencia de viajeros. Cosa es por demás sabida que la manera misteriosa como se velan los hechos acaecidos á larga distancia de nosotros en el tiempo y el espacio, nos veda con harta frecuencia de reputar por contrario á la naturaleza lo mismo que instintivamente calificamos de imposible, y que, por esta causa, mientras la leyenda del dragón que dió muerte á tres coraceros franceses se nos antoja un prodigio, leemos sin repugnancia cómo Godofredo quitó

la vida á mil hombres, y á diez mil Renault. No faltaron tampoco el siglo pasado filósofos eminentes que dieron de buena fe por base á sus teorías políticas historias sobre la China y Bantam que no hubieran debido llamar la atención de las amas de cría. De igual modo la generación de Creso y de Solón era para los Griegos del tiempo de Herodoto lo que para nosotros las Cruzadas, y Babilonia lo que Pekín para los individuos de la Academia Francesa el siglo XVIII. Así era el pueblo para quien escribió sus libros Herodoto, y si hemos de dar crédito á una tradición probable en sí misma, si bien no está sancionada por autores de gran crédito, antes que para los ojos se trazaron para los oídos. Y como la tarda y difícil circulación de algunas copias, que solamente podían adquirir los ricos, no era recompensa eficaz por sí á satisfacer las legítimas ambiciones de los autores, buscaban éstos testigos de sus triunfos en los grandes juegos olímpicos, solemnidades que atraían muchedumbre innumerable de gentes que acudían lo mismo de las montañas más agrestes y apartadas de la Doria, que de las colonias más lejanas de la Italia y de la Libia, orgullosas y preciadas del nombre griego. El interés de la narración y la belleza del estilo debían realzarse con el efecto imponente de la declamación, con la magnificencia del espectáculo y con las corrientes poderosas de la simpatía pública; y para pedir autoridades en medio de una escena semejante se hacía necesario ser crítico de naturaleza tan escéptica y fría, que no hubiera encontrado imitadores ni eco en sus oyentes. Los cuales, del propio modo que el historiador, eran curiosos, crédulos y fáciles de conmover por medio de terrores religiosos y de patrióticos entusiasmos; en suma, el público á propósito

para oir embelesado hablar de animales, de árboles y de aves por todo extremo extraños, de gigantes y de enanos, y de antropófagos y de Dioses cuyos nombres no podían siquiera pronunciarse sin faltar á la reverencia debida, y de dinastías antiguas que dejaron en pos de sí monumentos de mayor grandeza y magnificencia que todas las obras de los siglos posteriores, y de ciudades tan grandes como provincias, y de ríos como mares, y de murallas y templos y pirámides que causaban asombro, y de las ceremonias que celebraban los magos al despuntar del alba en la cumbre de las montañas, y de los misteriosos jeroglíficos cincelados en los eternos obeliscos de Memfis. Y como por igual modo se hallaban dispuestos á oir complacidos las gratas novelas de su propio país, tuvieron entonces á centenares las relaciones de vaticinios, á cual más oscuro é incomprensible, realizados todos; de castigos que parecieron olvidados largo tiempo del cielo y que, al cabo, alcanzaron á quienes se habían hecho merecedores de ellos; de sueños, de presagios, de avisos dados por almas errantes y vagabundas; de princesas que nobles amantes se disputaban luchando generosamente, y de tiernos infantes que se libraban por extraña casualidad del puñal de los asesinos para poner después por obra grandes empresas, cumpliendo sus elevados y misteriosos fines.

## IV.

A medida que los hechos contenidos en la narración iban acercándose á su época, subía de punto para ellos el interés de lo narrado, haciéndose más

absorbente, por decirlo así. Refería entonces el cronista la historia del gran conflicto que fué para la Europa el punto de partida de su influencia y supremacía política é intelectual; historia que, aun considerada en nuestros días y á tan formidable distancia, nos parece ser la más conmovedora de cuantas contienen los anales de la humanidad, y poblada de sucesos extraños y admirables, de escenas patéticas y palpitantes, de prodigiosos caprichos del poder despótico y de la riqueza ilimitada, y de milagros más grandes aún de la sabiduría, de la virtud y del valor; como que se trata en ella de ríos agostados en un solo día, de provincias reducidas al hambre con un sola comida, del paso abierto en la falda de un monte con la quilla de las naves, de un camino construído sobre las olas para un ejército, de repúblicas y de monarquías derribadas, de tanta inquietud, espanto, confusión y horror tan desesperados, de corazones tan viriles y tenaces sometidos á estos extremos del mal, sin decaer ni flaquear nunca, sino es permanecer enteros y fuertes, arrostrando peligros y daños gigantescos, de vidas que se vendían muy caras cuando ya no era posible la resistencia, de una redención maravillosa y de una venganza horrible, despiadada y sin misericordia. Y como si tales narraciones no fuesen por sí solas bastante para exaltar los ánimos y halagar el orgullo nacional, cuanto les diese tono más enérgico de verdad y las sublimara era siempre acogido con entusiasmo.

## V.

Entre el momento en que, á lo que dicen, compuso Herodoto su historia, y el término de la guerra del Peloponeso, trascurrieron próximamente cuarenta años, preñados de memorables sucesos políticos y militares; y si las circunstancias de ese período produjeron grandísimo efecto en el carácter de los Griegos, en ninguna parte se hizo sentir más que en la ilustre democracia de Atenas. Y en verdad que ningún Ateniense ni contemporáneo de Herodoto hubiera escrito un libro tan novelesco y de lectura tan amena y candorosa como el suyo. Pero, á medida que avanzaba la civilización, se tornaban los ciudadanos de la famosa república menos visionarios y sencillos de corazón, y pretendían saber aquello que sus padres dudaron, comenzando á dudar de lo que sus mayores creyeron. Tanto fué así, que Aristófanes se complace y se recrea en aludir á este cambio verificado en sus compatriotas, haciendo representar en las *Nubes* las tendencias opuestas de las dos generaciones sucesivas, al padre y al hijo. Nada es tampoco más eficaz á demostrar el carácter de la revolución moral verificada en Grecia, que la transformación que se operó en la tragedia, pasando á ser objeto de burlas para los jóvenes al modo de Fidippides la ruda sublimidad de Esquilo, por haber reemplazado á la poesía las lecciones sobre puntos filosóficos oscuros, las sutilezas de la casuística y la esgrima brillante de los retóricos, por obra de lo cual perdió el idioma, en cierto modo, algo de la infantil

dulzura que hasta entonces tuvo, tornándose menos parecido al antiguo toscano y más al francés moderno.

## VI.

La lógica en moda entre los Griegos distaba mucho, en verdad, de ser rigorosa. Ni tampoco puede serlo cuando los libros son cosa rara, y la instrucción se da en forma oral. Y esto es obvio, porque todos saben con cuánta frecuencia sofismas que no resisten al papel pasan por argumentos irrefragables cuando se sostienen con brío y habilidad en el Parlamento, en la tribuna, ó en las conversaciones particulares; y acontece así, porque con el espejear de la palabra, no pueden examinarse de cerca para conocer su inexactitud y aquilatarla, ni compararlos fácilmente, ni acertamos á seguir el enlace y trabazón que tienen los razonamientos unos con otros, pues perdemos de vista una parte del asunto antes de imponernos de otra que hubiéramos debido conocer para juzgar de la primera con certidumbre; y como no quedan huellas de lo aceptado ni de lo excluído, las mayores contradicciones pueden pasar sin gran dificultad.

Por lo que hace á la educación de los Griegos, se hallaba limitada casi exclusivamente á oir y hablar, juzgaban de los gobiernos por las discusiones de la asamblea; estudiaban la metafísica en la plaza pública, oyendo á los sofistas, no recogidos en la biblioteca y á solas con los libros; y tanta era la costumbre de hacerlo así, que hasta los filósofos adoptaban en sus tratados la forma dialogada como la mejor y más eficaz á trasmitir la ciencia; resul-

tando de aquí que los razonamientos empleados en ellos adolezcan de las cualidades y de los defectos inherentes á este género de composiciones. Las cuales antes se distinguen por el colorido y la sutileza que por la profundidad y exactitud, dejando entrever muy de tarde en tarde la verdad á manera de relámpagos en noche oscura. Porque si bien abundan en ellos ideas luminosas, y sistema sólido y permanente, no descubrimos en parte alguna, como no sea el hábito de recurrir al *argumentum ad hominem*, que si en la discusión es recurso muy eficaz, carece de valor para investigar los principios generales. De aquí que, aun cuando nada pueda ser más admirable que la pericia de Sócrates en las pláticas que Platón conservó y acaso inventó, no haya logrado hacer fructuosas sus victorias; como que después de cada una de ellas, si puede levantar magníficos trofeos, no es porque haya conquistado la menor partija que añadir á los dominios del saber humano.

Empero cuando centenares de hombres de ingenio felicísimo y activo y delicado se consagraban constantemente á inquirir acerca de la calidad de las acciones y de los principios de gobierno, la historia no podía conservar su antiguo carácter. En efecto, se tornó menos expansiva y pintoresca, ganando en exactitud extraordinariamente y algo en ciencia.

## VII.

La historia de Tucídides difiere de la de Herodoto como un retrato difiere de la reproducción de una escena imaginaria, como el Burke y el Fox de sir

Joshua Reynolds difieren de su Beaufort ó de su Conde Ugolino. En el primer caso, el modelo se coloca frente al artista; en el segundo, el artista lo crea: las facultades requeridas para el segundo trabajo son de un orden más elevado y más raro que las requeridas para el primero, y se hallan comprendidas necesariamente en aquéllas, porque quien sabe pintar lo que ve con los ojos del espíritu, sabrá pintar sin duda lo que vea con los del cuerpo. Así quien sabe inventar una historia y narrarla bien, sabrá narrar de una manera interesante la historia que no inventa. Y si en realidad acontece que suelen ser los mejores novelistas pésimos historiadores, débese esto á que una de sus aptitudes se funda por tal modo en la otra, que ya no pueden separarlas, y que después de haberse acostumbrado á crear y narrar juntamente, no aciertan á narrar sin crear.

Hay artistas caprichosos y descontentos que aparentan considerar la pintura de retratos como cosa indigna de hombres de ingenio, y de igual suerte hay críticos también que tratan de la historia con el mismo tono despreciativo. Johnson, por ejemplo, ha dicho: «El historiador consigna hechos ciertos ó falsos; si lo primero, no tiene ocasión de lucir su ingenio, porque la verdad es una, y cuantos la expresen deben de hacerlo del mismo modo; si lo segundo, no es historiador.» Pero no es difícil, á nuestro parecer, eludir el dilema, y para conseguirlo mejor y más fácilmente nada será tan eficaz como recurrir de nuevo á la comparación de la historia con el arte análogo de pintor de retratos. Porque, en efecto, cualquiera que tenga ojos y manos puede aprender á reproducir la semejanza de otro, por ser hasta cierto punto mecánico el procedimiento. Si todo quedara reducido á esto, los hombres de ta-

lento estarían en el caso de no gustar del oficio; pero es lo cierto que pueden citarse retratos que son fieles, y aun más que fieles; retratos que condensan en un punto el tiempo y explican al primer golpe de vista la historia entera de una vida tempestuosa y llena de acontecimientos, cuyos ojos parecen penetrar con su mirada lo más recóndito del corazón, cuya boca parece hablar, cuya frente amenaza, cuyas mejillas palidecen ó se sonrojan, y cuyas arrugas sirven de comentario á importantes asuntos. Pues bien, á nuestro entender, la relación que hace Tucídides de la retirada de Siracusa ocupa, entre las narraciones históricas, idéntico lugar que ocupa, entre los cuadros, el retrato de lord Strafford por Van Dyck.

## VIII.

Dicen algunos que la diversidad implica error, porque la verdad es una y no consiente gradaciones. Pero no estará demás añadir que no es admisible tal principio sino en el orden de los razonamientos abstractos, y que, cuando hablamos de la verdad de la imitación en las bellas artes, lo hacemos de una verdad imperfecta y que tiene más ó menos quilates. Tanto es así, que no hay retrato que sea exactamente parecido á su original, y que el retrato no es mejor porque sea más parecido al modelo. Cuando sir Tomás Laurence traslada las facciones de una mujer hermosa para perpetuarlas en el lienzo con sus pinceles, no la mira al través de poderoso microscopio para reproducir los poros de su piel, los vasos sanguíneos de sus ojos y todos los

detalles que Gulliver descubría en las beldades de Brobdignac, que si tal hiciese, no sólo sería el efecto desagradable, sino absolutamente falso, á menos que las proporciones del cuadro no aumentasen de la propia manera, y aun así exponiéndose á que un microscopio de mayor aumento que no el suyo descubriese infinitas omisiones. Lo mismo podemos decir de la historia, la cual no puede ser perfecta y absolutamente verdadera, porque, para serlo, sería necesario que reprodujera con escrupulosa exactitud hasta los más pequeños detalles en los más triviales asuntos, y todo cuanto se ha dicho y hecho durante la época de que trata el libro, de tal modo que la omisión de una circunstancia cualquiera, por insignificante que sea, constituiría defecto. Fuerza será reconocer que si la historia se narrase así, una serie considerable de tomos no bastaría para contener los hechos de una semana; como que cuanto contienen los anales más detallados y exactos está en proporción infinitamente pequeña respecto de lo que suprimen, y que la enorme diferencia que se advierte, al primer golpe de vista, entre la grande obra de Clarendon y la relación sucinta y breve de la guerra civil, en el compendio de Goldsmith, desaparece cuando se la compara con la inmensa multitud de sucesos que ambos pasan en silencio.

## IX.

Así como no hay retrato que pueda ofrecernos la verdad en toda la extensión de la palabra, tampoco hay ninguna historia que se halle en ese caso; pero

siempre serán los mejores retratos y las mejores narraciones aquellas en las cuales ciertas partes de la verdad se nos presenten de tal modo que produzcan de la mejor manera el efecto del conjunto. Quien ignora el arte de la elección produce los efectos más groseramente falsos sin faltar por eso á la verdad, aconteciendo con harta frecuencia que un escritor nos impone menos que otro en orden á la verdad, lisa y llanamente, porque dice más verdades; cosa que también advertimos en las artes de imitación constantemente. Porque así en el rostro humano como en el paisaje, hay líneas y objetos que se hallan, unos respecto de otros, en relación tan íntima que deben reproducirse ó eliminarse todos juntos en el cuadro; que una pintura ó bosquejo en los cuales se omitan sin excepción, podrán ser muy buenos, pero si se reproducen unos detalles y se suprimen otros, con ser más numerosos los puntos de semejanza, será menor el parecido. Una pincelada que se apodera, por decirlo así, de los rasgos característicos de una fisonomía y los fija en el papel de una acuarela, dará idea más perfecta del personaje de quien se hayan tomado que un mal retrato al óleo; y, sin embargo, el peor de cuantos retratos al óleo penden de las paredes de Somerset-House se parece más á su original en muchos detalles. Un busto en mármol blanco dará ciertamente buena idea de la figura más sonrosada y mórbida; pero si se pintan las mejillas y los labios de la escultura, dejando los cabellos y los ojos del color de la piedra, lejos de aumentarse la semejanza disminuye, y lo bello se torna extraño, raro y hasta medroso.

Lo propio que la pintura, tiene la historia primer término y segundo, y el hábil empleo de la perspectiva es lo que diferencia principalmente unos artis-

tas de otros. De aquí que sea necesario representar ciertos sucesos en gran escala y reducir las proporciones de otros, dejando los más medio velados en las nieblas del horizonte, pero con algunos ligeros toques que den idea general del efecto que produjeron en conjunto.

Bajo este punto de vista, ningún escritor igualó jamás á Tucídides, maestro peritísimo en el arte de reducir según las exigencias del caso; y por tal modo, es su historia tan concisa en algunas ocasiones como una tabla cronológica, y tan detallada en otras como una carta de Lovelace, clara y comprensiva siempre, sin ser prolija nunca, y extensa ó compendiosa cuando es necesario.

## X.

Tucídides adoptó de Herodoto la costumbre de poner en boca de sus personajes discursos hechos por él; pero, si no puede censurarse por ningún estilo esta costumbre en el segundo, con cuya manera, por decirlo así, se halla conforme, fuerza es censurarla en el primero, sucesor suyo, en razón á que, no solamente perjudica en gran modo la exactitud histórica, sino es las mismas exigencias de la ficción. Cuando ya hemos comprendido á Herodoto, no vemos en su obra inconsecuencia si no que observa y guarda en todo el drama, y desde el principio hasta el fin, las probabilidades convencionales, concertando á maravilla las arengas ceremoniosas y los diálogos familiares: en cambio, nada de cuanto precede y sigue armoniza con unos y otros en los discursos de Tucídides, cuyos libros se antojan por

esta causa extraños y raros al modo de los jardines chinescos, en los cuales se levantan rocas de granito, perpendicularmente cortadas en medio de arriates de musgo; que la invención choca desde el momento que se acerca tanto á la verdad.

Tucídides nos dice honradamente que son algunos de sus discursos meras fantasías; podrá tal vez haber trasmitido en otros el espíritu con exactitud; pero es evidente, á juzgar de las pruebas internas, que sólo nos ha conservado la esencia, pues su pensamiento y su estilo se descubren á cada frase, sin que se note casi nunca, en los sentimientos ni en la manera de expresarlos, la más leve muestra de las particularidades individuales ó colectivas; como que en él no es menos ática la elocuencia de Tebanos y Corintios, en el fondo y en la forma, que la de los Atenienses; siendo tan correcto el estilo de su Cleón, y tan severo y elegante y culto como el de su Pericles.

## XI.

Fuerza es reconocer que, á pesar de tan grandes defectos, Tucídides aventajó á todos sus rivales en el arte de la narración histórica, esto es, en el arte de producir en la inteligencia el efecto debido, merced á la buena elección y al mejor modo de utilizar los materiales acopiados sin complacerse inventando de un modo abusivo. Empero, con ser la narración parte importantísima de los deberes del historiador, no es todo. Porque, volviendo á la invención, bien será decir cuán superfluo es é inútil hacer deducciones morales de una ficción; las cua-

les, si son eficaces á causar más efecto y á producir más impresión en orden á lo que ya se sabe, no enseñan nada nuevo; y si nos representan caracteres y series de sucesos que no tienen relación ni parecido con lo que la experiencia propia nos enseña, el resultado es que ni aprendemos ni nos conformamos, por antojársenos y ser, en efecto, absurda la ficción; que no formamos la opinión en sus moldes, sino que la juzgamos con arreglo á la opinión formada. De aquí se sigue que la ficción sea esencialmente imitativa, y que su mérito consista sólo en la semejanza que tenga con un modelo que nos sea familiar, y al cual podamos recurrir á cada momento. De aquí también que las anécdotas que más nos impresionan en una relación auténtica, nos parezcan mal en una novela, pues lo que se llama la parte novelesca de la historia es precisamente la que tiene menos de novelesca. Y las anécdotas nos deleitan en la historia, porque contradicen nuestras nociones anteriores acerca de la naturaleza humana y en orden á la relación de las causas y de los efectos, siendo por esta misma razón incongruentes en las novelas; que si en la novela se hallan los principios establecidos de antemano y quedan los hechos por descubrir, en la historia se hallan establecidos los hechos, y quedan por descubrir los principios, pudiendo decirse que quien relata el fenómeno sin explicarlo, cumple á medias su deber, pues los hechos son como el mineral de la historia, y la verdad abstracta que los penetra y está oculta en su seno, como el oro en el soroque, lo que da á la masa todo su valor; aconteciendo las más de las veces que las partículas del metal precioso están combinadas de tal modo con las materias más viles, que se hace por extremo difícil separarlas.

En esto fracasó Tucídides; inferioridad que no es error imputable á él, sino á las circunstancias, pues en la naturaleza de las cosas necesarias estaba que debiera detenerse un espacio entonces el humano espíritu en el curso de cualquiera de sus evoluciones progresivas al través de la ciencia política, y permanecer inactivo en las posiciones conquistadas. Y esto es obvio, porque la ciencia no adelanta en su camino á saltos, sino es paso á paso y lentamente. Por eso los axiomas corrientes entre personas medianamente ilustradas, en nuestros días, habrían parecido paradojas extraordinarias y misteriosas al hombre de Estado más famoso de Atenas. Sin embargo, tan absurdo sería el hablar con desprecio de los Atenienses por esta causa, como riculizar á Estrabón porque no dió la menor noticia de Chile, ó porque trató de Ptolomeo de igual modo que de sir Ricardo Phillips; mas, cuando deseamos poseer sólidas nociones de geografía, preferimos la majestuosa pedantería de Pinkerton á la hermosa obra de Estrabon, y si tuviéramos que instruirnos en orden al sistema solar, mejor haríamos ciertamente tomando lecciones de un principiante de nuestros días que del mismo gran Ptolomeo.

## XII.

Era Tucídides, sin duda, hombre sagaz y reflexivo, y su capacidad se advierte claramente cuando discute acerca de cuestiones prácticas. Bien es cierto que cuando se carece de la facultad de generalizar, se tiene á la perfección, en la mayoría de los casos, el talento de tomar acuerdo respecto de las

circunstancias de casos particulares. Así se explica que á los hombres versados en la táctica de los pueblos cultos cause maravilla el alcance y la penetración que desarrolla un mohicano para combinar extratagemas ó para descubrir á sus enemigos. En Inglaterra, los ladrones, lo propio que los agentes de policía, poseen más y mejor que ninguna otra clase de la sociedad el talento necesario para organizar proyectos ingeniosos y remediar grandes y pequeñas, y próximas y remotas dificultades. Las mujeres se hallan mejor dotadas que los hombres en este género de habilidad, y los abogados mejor que los políticos, y éstos mejor que los filosófos. Monk lo fué más que Harrington y todo su club, y Walpole más que Adán Smith y Beccaria; en una palabra, el género de disciplina que desarrolla esta destreza tiende á estrechar el ingenio y á incapacitarlo de hacer razonamientos abstractos.

Distinguíanse los hombres de Estado griegos de la época de Tucídides por su sagacidad práctica, por su habilidad para penetrar y descubrir los designios de los demás, y por su pericia é inventiva en forjar medios conducentes al objeto que se proponían; que un modo de ser social en el que los ricos vivían conspirando constantemente para oprimir á los pobres, y los pobres para despojar á los ricos, donde los vínculos de partido eran más estrechos y fuertes que los del patriotismo, y las revoluciones y contrarrevoluciones, sucesos naturales que se repetían casi diariamente, debía producir con espontaneidad y lozanía lujuriantes gran cosecha de políticos sagaces y sin conciencia, y constituir la mejor escuela para doctrinar el disimulo y la discreta temeridad, artes en las cuales no les aventajaron ciertamente después Mazarino y Richelieu, y en la pe-

netración, el tacto exquisito, el presentimiento, instintivo casi, de los sucesos por venir y que dieron tan grande autoridad á los consejos de Shaftesbury que tanto parecía valer consultarle como recurrir á los oráculos de Dios. En esta escuela estudió Tucídides, y su ciencia es la que podían proporcionar naturalmente las lecciones que recibió. Por eso juzga las circunstancias mejor que los principios, y cuanto más se reduce un asunto, mejor razona. Su obra sugiere muchas consideraciones muy importantes acerca de los primeros principios del gobierno y de la moral, del desarrollo que adquieren las facciones, de la organización de los ejércitos y de las relaciones de unos Estados con otros. Sin embargo, todas sus observaciones generales sobre tan diversos asuntos son muy someras, y las más juiciosas difieren tanto de las que haría un historiador verdaderamente filosófo, como una operación de aritmética bien hecha por un tenedor de libros difiere de una fórmula general descubierta por un algebrista, pues si la primera es útil en un solo negocio, la segunda puede aplicarse á un número infinito de casos.

Acaso este parecer se antoje muy heterodoxo, porque sin hablar de la ilusión que produce con harta frecuencia la vista de algunos caracteres griegos ó el sonido de un diptongo heleno, hay en la manera de Tucídides ciertas particularidades que han contribuído eficazmente á darle para siempre fama de profundo. Cierto que su obra es la de un hombre de Estado, y que ofrece bajo este aspecto singularísimo contraste con la encantadora é infantil ingenuidad de Herodoto, que desde el principio hasta el fin respira un perfume de virilidad y de madurez, de reflexión grave y melancólica, de impar-

cialidad y de dominio habitual sobre sí mismo; cierto es también que se abandona rara vez á sus impresiones y que las reprime á seguida; que trata las preocupaciones vulgares en general, y particularmente las supersticiones, con el desprecio, la frialdad y la mesura que le son propias; que su estilo es enérgico, antitético, lacónico y á las veces oscuro; pero cuando consideramos su filosofía política sin tener en cuenta estas circunstancias, hallamos en él (y sería milagro si así no fuese) un Ateniense del quinto siglo antes de la Era cristiana.

XIII.

Colócase á Jenofonte por lo general al mismo nivel de Tucídides y de Herodoto, y á nuestro parecer sin razón; porque, si bien tiene puntos de semejanza con ellos por la pureza y dulzura de su estilo, en cuanto á las cualidades del ingenio antes parece pertenecer á la escuela de modernos historiadores cuyas obras se antojan escritas para servir un fin moral determinado, y que, en su celo desmedido por darnos ejemplos y advertimientos, se olvidan de darnos á conocer los hombres. La vida de Ciro, por ejemplo, ya se considere como historia ó como novela, nos parece obra menos que mediana, y la Retirada de los Diez Mil y la historia de los asuntos griegos, si son de agradable lectura, no dan muestra de ingenio superior. A decir verdad, sospechamos que Jenofonte, á pesar de la elegancia de su estilo, de su carácter amable y de sus grandes relaciones, no poseía muy sólida cabeza. Tal era, al menos, la opinión del hombre extraordinario á cuyo lado estuvo

desde la primera juventud, y cuya memoria fué siempre para él objeto de idolátrica veneración; como que no empleó el sabio con su discípulo sino los alimentos ligeros propios de la infancia, por decirlo así, de los que se dedicaban á los estudios filosóficos, estimando que algunos preceptos de moral y leves nociones de la religión natural, era lo más que podía soportar sin riesgo su inteligencia; que los manjares fuertes, las especulaciones atrevidas por el dominio de las ciencias físicas y metafísicas los reservaba Sócrates á otros oyentes. Ni tampoco los hábitos desordenados de un caudillo de tropas mercenarias fueron parte á triunfar de la tendencia que así adquirió Jenofonte desde un principio, porque hasta el fin de su vida pareció haber conservado una especie de puritanismo pagano; y las muestras de piedad y de virtud que abundan en sus obras indican un hombre de buenas intenciones, algo tímido y de criterio un tanto estrecho, devoto por temperamento más que por convicción, y tan supersticioso como Herodoto, pero de peor manera. Porque así como las balbucencias de una boca sin dientes, el paso incierto, la continua necesidad de apoyo, y las lágrimas y las risas sin causa, nos divierten tratándose de niños y nos repugnan y cansan en los viejos, así también las insulseces que preceden á una época de gran desarrollo intelectual nos distraen y espacían el ánimo, y nos mueven á desprecio las que le siguen; comparación perfectamente aplicable á Jenofonte, pues si las naderías de Herodoto son las propias de un niño, las suyas son las de la chochez. Sus historias de sueños, de presagios y de profecías ofrecen singularísimo contraste con los pasajes en los cuales el sagaz é incrédulo Tucídides habla de las supersticiones populares.

Y como tampoco está bien averiguado que Jenofonte haya procedido de buena fe mostrándose crédulo, ni que su fanatismo no fuera en cierto modo y hasta cierto punto una manera de opinión política, más parece, bajo este aspecto, haber nacido para figurar dignamente ocupando un puesto distinguido entre los individuos de la Camarilla apostólica. Por temperamento fué alarmista y aristócrata, y llevó al absurdo el horror que le inspiraban los desórdenes populares. De aquí que las tranquilas atrocidades de Esparta no se le antojaran cosa muy digna de censura; que antes temía los tumultos que los crímenes, y en su afán insensato de hallar frenos que pudieran reprimir las pasiones de la muchedumbre, creyó neciamente haberlos descubierto en una religión sin pruebas, ni sanciones, ni preceptos, ni ejemplos; en un frío sistema de teofilantropía, basado en cuentos de niñera.

## XIV.

Polibio y Arriano han hecho en sus libros narraciones de sucesos reales y verdaderos, quedando reducido á esto su mérito respectivo; y como ni eran hombres de claro ingenio ni de grandes conocimientos, ni poseían el arte de referir una historia de modo interesante, quedaron eclipsados por otros autores menos estudiosos, á decir verdad, pero que comprendieron mejor que no ellos la manera de producir efecto, Tito Livio y Quinto Curcio, por ejemplo.

Merecen, sin embargo, Polibio y Arriano grandes alabanzas, cuando se les compara con los escrito-

res de la escuela cuya jefatura corresponde á Plutarco; si bien tenemos singular aversión á todos los que tratan los asuntos históricos como ellos lo hacían, esto es, pedantescamente, pero sin las cualidades amables que, á las veces, van unidas á la pedantería, y dándose aires de profundos filósofos y políticos admirables, induciendo á error á cada paso á quien los lee, y de todo en todo ignorantes del carácter propio de los tiempos que pretenden describir. ¡Ni cómo ser de otra suerte si habitaban un imperio limitado por el Océano Atlántico y el Eufrates, por los hielos de la Scitia y las arenas de la Mauritania; compuesto de pueblos cuyas costumbres, lenguas, religiones y razas diferían por completo, y que se hallaba regido por el más rudo despotismo que se haya levantado nunca sobre las ruinas de centenares de repúblicas y de reinos, y no podían, por tanto, tener, ni tenían tampoco, ningún conocimiento experimental de la libertad cual existe en las pequeñas democracias, ni del patriotismo cual se siente en los pequeños Estados independientes, ya sean monárquicas ó republicanas sus instituciones! Habían leído en los libros que hubo un tiempo en el cual los hombres que se consagraron al servicio de su patria lo hicieron con ardor desacostumbrado ya, y tan profundo y tan intenso que, por ella, violaron los más tiernos afectos domésticos, ó sacrificaron sus propias vidas, y les causaba no poco asombro el ver que sus contemporáneos se hallaban tan degenerados, sin ocurrírseles nunca que las cualidades precisamente que tanto les admiraban tenían origen en causas locales ó accidentales que se producirán siempre y en toda ocasión en las pequeñas sociedades, pero que en los grandes imperios, aun cuando circunstancias

particulares sean eficaces á ocasionarlas por cierto tiempo, no pueden ser generales ni estables. En efecto, no es discreto creer que un castillo situado en apartada frontera inspire á un hombre lo que su propia casa, ni que lo impresione una derrota en la cual sucumban diez mil soldados que no ha visto nunca, del propio modo que la batalla que despuebla á medias la calle donde habita; ni que abandone su hogar y su familia, incorporado á una expedición militar para mantener el equilibrio entre diversas potencias, con el mismo entusiasmo que si se tratara de rechazar invasores que fuesen á incendiar las eras de su campo.

Los escritores de que hablamos hubieran debido pensar en todo esto, y considerar también que el patriotismo, tal cual existía entre los Griegos, no tenía nada que fuese ni esencial ni eternamente bueno; que un amor exclusivo á una sociedad particular, por natural y, hasta cierto punto, útil que sea, no indica un grado extraordinario de sabiduría ó de virtud; que allí donde adquirieron estos instintos alto grado de intensidad y de fuerza, transformaron los pueblos en verdaderas tribus de malhechores, á quienes su recíproca fidelidad hacía más peligrosos; que imprimió á la guerra un carácter particular de barbarie, y que, con harta frecuencia, engendró el peor de todos los males y daños políticos, esto es: la tiranía de las naciones sobre las naciones.

## XV.

Amaban nominalmente la libertad estos historiadores, sin curarse de analizarla, y por tal modo veíase á los Espartanos, sumisos á mil trabas absur-

das, sin derecho á escoger las mujeres á su gusto, ni de comer á su voluntad, ni de asociarse con quien mejor les parecía, ni de hacer aquellas cosas lícitas que les placían, y que, á pesar de todo, se preciaban de libres. Y así como en Roma tomó la clase aristocrática por pretexto la libertad no pocas veces para deshacerse más á mansalva de los favoritos del pueb'o, así también sirvió de divisa la libertad en casi todas las pequeñas repúblicas de la antigüedad para justificar medidas que iban encaminadas derechamente á destruir cuanto hace amable y preciada la libertad á los ojos del hombre: á sofocar la discusión, á corromper la justicia y á impedir la acumulación de la riqueza. Pero los escritores cuyas obras nos ocupan en este instante tomaron la palabra por la sustancia y los medios por el fin; y como el misterio inflamó sus imaginaciones, imaginaron la libertad como los monjes se forjan el amor, y los habitantes de la corte los encantos y la inocencia de la vida campestre, y las modistas noveleras se forjan las marquesas elegantes y los coroneles buenos mozos de la Guardia Real. En la narración de los hechos y la pintura de los caracteres pusieron poco cuidado en inquirir la exactitud de los hechos, en investigar las costumbres de la época que se proponían describir y en los principios generales de la naturaleza humana; dándose por satisfechos con permanecer fieles á sus propias, pueriles y extravagantes doctrinas; y por obra de tales procedimientos metamorfosearon á los caudillos militares y á los hombres de Estado en fatuos magnánimos, henchidos de virtudes aparentes, tanto más repugnantes cuanto más falsas. De aquí que la lectura de las magníficas frases y de las proezas de sus héroes nos recuerden á cada

paso las insoportables perfecciones de sir Carlos Grandisson, y nos produzcan idéntico efecto que los parlamentos de los cómicos en las obras de Morton ó de Kotzebue, cuando puesta una mano sobre el corazón, se adelantan acompasadamente hasta la concha del apuntador y con los ojos casi en blanco ensartan sentencias morales para edificación de los Dioses.

Eran tales los escritores á que me refiero, que sin tener idea de la patria ni haber gozado nunca de los derechos políticos, hablaron mucho de patriotismo y de amor á la libertad; y adoptando una jerga ridícula que pusieron de moda, lograron hacer en la lengua política la misma revolución que los puritanos ingleses en la del cristianismo, y Scudery en la del amor, esto es, tornarla mezquina por el abuso de la exageración, y feble por el abuso del énfasis; subiendo tanto de punto en este orden, que se hizo imposible casi emplearla con éxito.

De los casos extremos hacen regla y pragmática de moral para lo usual y corriente, prescribiendo un régimen cotidiano á la sociedad, compuesto de los remedios heroicos que solamente reclaman las dolencias más desesperadas. Contemplan con singular complacencia ciertos hechos que los mismos que los aprueban consideran como excepciones de aquellas reglas y leyes de aplicación casi universal, esto es, aquellos hechos que, teniendo afinidad muy estrecha con los crímenes más atroces, tanto es imprudente alabarlos como injusto censurarlos. De aquí resulta que ciertos ejemplos de flagrante perfidia y crueldad hayan pasado como si no fueran para estas gentes, y que moralistas de cuenta que no tenían ningún interés personal en juego hayan exaltado y puesto por las nubes, en

los términos más pomposos, atentados cuya barbarie causó miedo hasta entre los mismos en cuyo servicio se cometieron. La complicidad de Timoleón en el asesinato de su hermano, produjo entre sus mismos parciales grande indignación, y la propia conciencia del culpado se sintió abrumada mucho tiempo bajo el peso de su crimen; pero escritores que vivieron siglos después del suceso, hallaron que su conducta fué obra maestra de virtud, deplorando sólo que fuese tal y tan grande la humana fragilidad que quien pudo poner por obra un acto de tamaña magnitud, pudiera luego arrepentirse de él.

## XVI.

Los escritos de esos hombres y de sus imitadores modernos han producido consecuencias que merecen considerarse con cierto cuidado. Pues familiarizados los Ingleses, desde hace largo tiempo, á las reflexiones políticas y á disfrutar de la libertad práctica en grande escala, no se deslumbraron nunca con ellos, y aun cuando han sido parte muy eficaz en ciertos casos á extender y acreditar muchos conceptos equivocados en orden á la historia antigua, y á extraviar el juicio y á corromper el gusto de algunos literatos como Akenside ó sir Guillermo Jones, ejercieron muy escasa influencia en los hombres políticos. Pero no así en el continente, donde, cuando comenzaron á pensar en reformas políticas los hombres ilustrados, careciendo en su patria de modelos, hubieron de recurrir naturalmente á las memorias de la antigüedad, cuyo estu-

dio se considera en Europa como parte importantísima de la educación. Y como los historiadores de que acabamos de hablar habían nacido en grandes Estados, y eran súbditos de monarcas absolutos, cometieron los errores más graves, hablando de las pequeñas repúblicas de los tiempos antiguos. Comenzaron entonces á leerse sus obras, en el espíritu que las inspiró, por hombres que vivían en situación semejante á la de quienes las escribieron, esto es, por hombres que no conocían la verdadera naturaleza de la libertad, pero dispuestos á creer bueno cuanto les dijesen de ella. Los que conocen la literatura francesa del siglo pasado saben perfectamente cuán poderosa influencia ejercieron estas obras en los reformadores teóricos, siendo, acaso, el escritor en quien más efecto produjeron el italiano Vittorio Alfieri, pues en algunas de sus tragedias, en *Virginia*, en *Timoleón* y en *El joven Bruto*, por ejemplo, llevó la extravagancia de sus maestros hasta la caricatura (1).

No debe parecer extraño, por tanto, que hayan tropezado y caído muchas veces los ciegos, si llevaban otros ciegos á guisa de lazarillos, ni que la revolución francesa revistiera en cierto modo y hasta cierto punto el carácter de tales obras. Porque, si bien es indudable que sin su auxilio se hubiera verificado más ó menos pronto una revolución henchida de males y de bienes, de males grandes y temibles, pero de corta duración, y de bienes adquiridos á costa de sacrificios inmensos, pero duraderos y permanentes, no hay duda de que no habría sido

---

(1) Véase la *Condesa de Albany*, por Saint-René Taillandier, traducción de M. Juderías Bénder, 1 tomo en 12.º — N. del T.

exactamente la misma revolución, rebosando plagios de una sociedad que pasó, ó, mejor dicho, de una sociedad que sólo existió en las descripciones de una escuela de autores alucinados.

Bien será decir, no obstante, que los historiadores modernos se hallan más identificados con la verdad que la mayoría de los de Grecia y de Roma, imitadores éstos de los de Grecia; reforma esta que ha ido introduciéndose gradualmente. Porque la historia, que comenzó en las naciones modernas del propio modo que comenzó entre los Griegos, esto es, por la novela, cobró en Italia, que ha sido para Europa lo que Atenas fué para Grecia, más virilidad y exactitud á medida que bajó el nivel del entusiasmo clásico, característico del siglo de Lorenzo de Médicis y de León X.

## XVII.

También los modernos aventajan á los antiguos bajo el punto de vista de la filosofía de la historia. Nada tiene de extraño que Griegos y Romanos no hiciesen adelantar la ciencia del gobierno, ni otra ninguna de las ciencias experimentales tanto como han progresado en nuestros tiempos, porque las ciencias experimentales se hallan actualmente y en conjunto en pleno progreso, habiéndose comprendido mejor el siglo XVII que el XVI, y el XVIII que el XVII. Pero no bastan el progreso constante y el desarrollo natural de los conocimientos á explicar del todo la inmensa superioridad de los modernos. Porque no consiste en su mayor ó menor grado de saber, sino en la naturaleza misma del saber; ni tampoco en que hayan los modernos descubierto

nuevos principios, sino en que parece que han puesto en juego nuevas facultades; ni en que haya progresado lentamente el humano espíritu en una época y en otra con rapidez, sino en que permaneció estacionado durante un espacio de tiempo, y progresó después sin cesar y sin descanso. Pues si bajo el aspecto de la imaginación y del buen gusto, del encanto del estilo, del arte de persuadir, de la magnificencia de los monumentos públicos fueron los antiguos nuestros iguales, cuando menos, y razonaron con tanta exactitud como nosotros en todo aquello en que solo era indispensable la mera demostración, apenas si acertaron á marcar algunos pasos en las ciencias morales; como que, durante un período de tiempo que abarca desde el siglo v antes de Jesucristo hasta el v siglo de la era cristiana, el progreso es imperceptible casi; y todos los descubrimientos metafísicos logrados de todos los filósofos, desde los días de Sócrates hasta la invasión de los bárbaros, no pueden compararse siquiera con los obtenidos en Inglaterra solamente cada medio siglo desde los días de Isabel. Y en tanto que no existe motivo alguno para creer que los principios del gobierno, de la legislación y de la economía política se comprendiesen mejor bajo César Augusto que bajo Pericles, una sola generación ha visto en Inglaterra expuestas con vaguedad las sanas doctrinas del comercio y de la jurisprudencia, defendidas y reducidas á sistema con valor, y adoptadas por todos los hombres discretos de todos los partidos, llevadas á las asambleas legislativas, é incorporadas definitivamente á las leyes y tratados.

¿A qué deberá de atribuirse este cambio? Para nosotros es indudable que mucha parte de él se

debe á la invención de la imprenta, que no sólo ha difundido los conocimientos, sino que ha llevado al razonamiento una exactitud desconocida de las antiguas sociedades, en las cuales se recibía la enseñanza en forma oral casi siempre. Pero este cambio tuvo también, á nuestro parecer, otra causa que no se ocurre tan presto al espíritu, y que fué no obstante aún más poderosa.

## XVIII.

Dos grandes revoluciones, una moral y otra política, producidas, una interior y otra exteriormente, sacaron al mundo del letargo en que acabó de sumirlo el formidable despotismo de los Césares. Considerando sólo bajo este punto de vista la victoria del cristianismo sobre el paganismo, tuvo grande importancia, pues con ella y por ella derribó el antiguo sistema de moral, y con él mucho del antiguo sistema de metafísica; abrió á los oradores nuevos horizontes y dió á los lógicos nuevos asuntos de controversia; puso en actividad un nuevo principio cuya influencia se hizo sentir constantemente en todas las capas sociales; removió hasta el fondo la masa de las aguas detenidas, y excitó las pasiones de una democracia turbulenta en la muchedumbre indiferente y pasiva del envejecido y caduco Imperio. Además, el temor á la herejía hizo lo que no pudo lograr el yugo del despotismo, y en su virtud los hombres, acostumbrados á pasar de uno á otro tirano como un rebaño de ovejas pasa de uno á otro pastor, se transformaron en parciales adictos y en rebeldes indomables; resonando en la cátedra de

Gregorio los acentos de una elocuencia enmudecida desde hacía ya siglos, y tomando carne en los Atanasios y los Ambrosios aquel antiguo espíritu que se extinguió en los llanos de Filipo.

Empero, con ser tan grande, no era todavía este remedio bastante enérgico para el mal, porque no pudo impedir que cayese el imperio de Constantinopla, tras breve paroxismo de agitación, en un estado tal de anonadamiento que acaso la historia no presente otro ejemplo igual. Allí existía una sociedad culta, con un sistema de jurisprudencia muy complicado y muy sabio; con las artes del lujo en completo desarrollo; donde las obras de los grandes autores antiguos se guardaban cuidadosamente y se aprendían, y que vivió más de mil años sin realizar un solo descubrimiento científico, y sin producir un solo libro que lean otras personas que algunos pocos curiosos. Guerras, tumultos y controversias en abundancia también las tenían, y estos sucesos, que, con ser abrumadores en sí mismos, contribuyen á las veces al desarrollo y progreso de la inteligencia, sólo fueron allí eficaces á dar tortura y no estímulo: como que las aguas se agitaron y aparecieron revueltas con el limo, sin que descendiera del cielo virtud ninguna eficaz á curar el mal, como en la presa de Bethesda, pues las agitaciones del imperio de Oriente, antes parecían movimientos y gestos de un cadáver galvanizado, que no esfuerzos de hombre vigoroso.

Libró de tan miserable y abyecta situación al imperio de Occidente, por obra de uno de los mayores, ó, mejor dicho, del mayor y más terrible y destructor de los castigos que haya impuesto Dios á sus criaturas: la invasión de los pueblos del Norte; que tanto mal había menester de tanto remedio.

Dicen que fué una bendición el gran incendio de Londres para los habitantes de la ciudad, porque coincidió con la peste que sufría entonces y acabó con ella en sus llamas. Lo propio puede muy bien decirse del espantable acabamiento del Imperio romano, porque los focos impuros en donde tenían su asiento tantos gérmenes de grandes enfermedades morales quedaron destruídos, y purificada la atmósfera de miasmas perniciosos al humano espíritu; costando á la Europa mil años de barbarie verse libre de sufrir la suerte del Imperio chino.

Completada la terrible purificación, comenzó la segunda civilización de la humanidad en circunstancias que hacian esperar su progreso constante sin retroceder. La Europa se había constituído en una gran sociedad federal; hallábanse unidos sus Estados con los vínculos tan suaves del derecho internacional y de la comunidad de ideas religiosas; sus instituciones, idiomas, costumbres, gustos literarios y sistemas de educación eran diferentes en todo, y sus relaciones lo bastante próximas para que pudieran observarse mutuamente y auxiliarse unas á otras en la obra del progreso, pero no tanto que destruyeran los rasgos distintivos de las opiniones y del modo de ser propio de cada una.

## XIX.

El equilibrio que llegó á establecerse por tal modo entre las naciones de Europa, es más importante que el equilibrio del poder político, tanto, que abrigamos el convencimiento de que todo el mérito del último estriba en sostener al primero y

afirmarlo. Por tal modo el mundo civilizado se ha visto libre de la uniformidad de carácter que tan funesto es al progreso; y así como reflejando cada parte los rayos de luz que las otras le enviaban se ha ilustrado, con la competencia se produjo actividad allí donde produjo apatía el monopolio. La muchedumbre de los ensayos comprobados por el filósofo en punto á ciencias morales, creció de una manera incalculable; consideró bajo mil aspectos diferentes la sociedad y la naturaleza humanas en lugar de verlos bajo uno solo; y observando las costumbres de las naciones vecinas, y estudiando su literatura, y comparándola con las de su patria y las de las repúblicas antiguas, aprendió á evitar los errores en que caen los hombres más sagaces cuando razonan partiendo de una sola especie para generalizar á todas, y á distinguir lo que es local de lo universal, y lo transitorio de lo eterno, y á darse cuenta de las reglas y de las excepciones, y á seguir por las huellas la influencia de las causas que se oponen á la marcha de los sucesos, y á ordenar y clasificar de una parte los principios generales, verdaderos siempre y siempre aplicables, y de otra las circunstancias accidentales que se mezclan con ellos en cada sociedad, y que los espíritus más filosóficos están sujetos á confundir con los principios generales cuando viven en sociedades aisladas.

De aquí proviene la superioridad de los escritores modernos sobre los antiguos en cuanto á la generalización. Mas también es necesario reconocer al propio tiempo que tienen defectos característicos, tan íntimamente unidos á sus méritos característicos y tan graves, que bien es lícito preguntar si, todo bien considerado, ha ganado ó perdido esta rama

de la literatura los veintidos siglos transcurridos.

Porque los mejores historiadores de los tiempos modernos se han extraviado en su camino, apartándose de la verdad, no por obra de su imaginación, sino de su razón, incurriendo en el defecto de alterar y desnaturalizar los hechos, torturándolos, para mejor acomodarlos á los principios generales. Bien será decir, no obstante, que la costumbre de dar tortura á los hechos para ponerlos en relación con una teoría determinada, es defecto menos perjudicial, con serlo mucho, al progreso de las ciencias políticas, de lo que parece á primera vista. Porque si pueden compararse á los abogados los escritores que se dejan llevar de esa costumbre, no es menos cierto que sus falsedades contradictorias se corrigen, como las de los abogados, recíprocamente; siendo de lamentar en este caso que, mientras ejercitan todas las habilidades de la controversia, descuidan miserablemente el arte de la narración, de atraer y cautivar el ánimo de quien los lee, y de presentarle cuadros que lo seduzcan.

## XX.

Historiador, tal y como debe serlo, es, en nuestro concepto, aquel que reproduce en miniatura en las páginas de sus libros el carácter y el espíritu de una época, y que no consigna un hecho ni atribuye á sus personajes la menor palabra que no compruebe antes, y que sabe desechar y elegir y combinar tan discretamente que dé á la verdad el encanto que usurpó la ficción. En sus narraciones se observan las reglas de la perspectiva: unos sucesos están en

primer término y otros en segundo, pero cambiando la escala, según la cual los representa, no según la dignidad de los personajes que figuran en ellos, sino según la cantidad de luz que arrojan sobre la condición de la sociedad y la naturaleza humana. Y al propio tiempo que nos muestra la corte, los campamentos y el Senado, nos muestra la nación. No habrá detalle característico de las costumbres, ni anécdota, ni frase familiar que le parezcan insignificantes, si son eficaces á ilustrar la acción de las leyes, de la doctrina religiosa y de la enseñanza, y á indicar algún progreso del humano espíritu. Ese historiador no describirá solamente á los hombres, sino que los hará conocer en su vida interior. Los cambios que se verifiquen, así en las costumbres como en el modo de ser de los pueblos, los indicará también, no con algunas frases ó citas de documentos estadísticos, sino por medio de imágenes apropiadas al asunto y que habrá de poner delante de nuestros ojos á cada línea que vaya escribiendo.

Pondrá especialísimo cuidado en las circunstancias que más influencia ejercen y que más contribuyen á la felicidad de la especie humana, en las transformaciones sociales, en el movimiento que hace pasar á los pueblos de la pobreza, de la ignorancia y de la barbarie, al bienestar, á la instrucción y á la humanidad; revoluciones que generalmente se verifican sin ruido, ni tumulto, ni sangre; cuyos triunfos no se alcanzan nunca por la fuerza de las armas, ni por votaciones parlamentarias, ni se sancionan por medio de tratados, ni se custodian en archivos, sino que van su camino reposada y tranquilamente, ganando terreno en la escuela, en la iglesia, en el establecimiento comercial y en el hogar doméstico: que las corrientes de la superficie

social no dan idea cierta del rumbo que llevan las corrientes inferiores, y así vemos que los pueblos pueden ser desgraciados en medio de las victorias más señaladas, y prósperos en medio de grandes derrotas.

## XXI.

Si un historiador cual lo suponemos escribiese la historia de Ingaterra, ciertamente que no pasaría en silencio las batallas, sitios, negociaciones, revueltas y cambios ministeriales, sino que lo amenizaría todo con una muchedumbre de pormenores y detalles que lo llenaran de atractivo. En la catedral de Lincoln hay una magnífica vidriera de colores, que labró un aprendiz con los pedazos que desechaba su maestro, y es fama que resultó tan superior á las demás del templo, que se mató al verlo y oirlo decir el artista que no supo aprovecharlos. Así es la obra de sir Walter Scott, el cual utilizó los fragmentos de verdades que despreciaron los historiadores, empleándolos de igual modo que el aprendiz de Lincoln empleó los fragmentos de vidrio arrojados por su maestro, logrando hacer un trabajo que, considerado bajo su aspecto histórico solamente, no cede á la mejor historia. Pero un grande historiador aprovecharía los mismos materiales que supo utilizar el novelista, y dispondría en buena luz, conforme al único modo que permite reproducirlas exactamente, la historia del gobierno y la del pueblo, es decir, uniéndolas y mezclándolas como elementos inseparables, y por tal manera no tendríamos que ir á buscar la relación de las gue-

rras y de las votaciones puritanas en Clarendon, y su fraseología en *Los Puritanos de Escocia*, ni hallaríamos la mitad del rey Jacobo en Hume, y la otra mitad en *Las aventuras de Nigel.*

Los tiempos primitivos de nuestra historia, en el libro que imaginamos, aparecerían embellecidos de los vivos colores propios de la poesía caballeresca, del romance y de las crónicas; como que nos veríamos rodeados de caballeros cual los de Froissart, y de peregrinos cual aquellos que marcharon á caballo con Chaucer, de la posada del Tabard; la sociedad nos aparecería en inmenso panorama, desde la grandeza y esplendor del solio hasta la oculta y pobre guarida del proscrito y del bandolero, desde el trono del legado hasta el rincón de la chimenea donde beatamente se regala el fraile mendicante; y los devotos viajeros que vuelven de la Tierra Santa, los trovadores, los cruzados, el imponente monasterio, tan abundoso en sólidos manjares y sabrosas viandas en el opulento refectorio; las solemnes ceremonias de la misa en la capilla del convento-fortaleza, y la canturia de los monjes; el castillo del señor feudal con las cacerías á caballo, y los pajes y los halcones y los perros; el torneo con los heraldos y las damas, los clarines y el paño de oro, prestarían al cuadro animación y verdad. Por mil diversos modos nos haría comprender la importancia del burgués henchido de privilegios, y el carácter intransigente y desapacible del despreciado villano; no describiría sólo en pocas y grandilocuentes frases el renacimiento de las letras, sino que nos pondría en el caso de comprender, en vista de innumerables detalles, la fermentación de los espíritus y la sed insaciable de saber que caracterizó al siglo XVI y lo diferenció del anterior; nos mostraría en la Reforma, no sólo

un cisma que cambió la constitución eclesiástica de Inglaterra y las relaciones mutuas de las potencias europeas, sino una guerra moral en el seno de todas las familias y que puso desde la primera hora, unos frente á otros, al padre contra el hijo y al hijo contra el padre, á la madre contra la hija y á la hija contra la madre; pintaría con el arte de Tácito á Enrique VIII; nos mostraría los cambios de su carácter desde su desordenada y pródiga juventud hasta su vejez despótica y feroz, indicándonos el progreso gradual de las pasiones egoístas y tiránicas en un corazón hasta cierto punto sensible de suyo y generoso, y de este modo podríamos ir descubriendo en él hasta el último instante de su vida, luchando con la inflexibilidad del déspota y la irritabilidad del enfermo, algunos restos de aquel carácter noble y franco que le hizo amable á los mismos que oprimió: veríamos después á Isabel con todas sus debilidades y todas sus energías, rodeada de favoritos jóvenes y hermosos de quienes nunca se fió, y de prudentes y ancianos hombres de Estado de quienes nunca quiso separarse, reuniendo en su persona los defectos y las cualidades más contradictorias de sus parientes: la coquetería, los caprichos y las pequeñeces de la reina Ana, y el temple de alma resuelto y altivo de Enrique; pudiendo afirmarse que un gran artista lograría ejecutar, proponiéndose hacer el retrato de mujer tan eminente, una obra tan maravillosa por lo menos como la que contienen las páginas de Kenilworth, sin trazar un solo rasgo que no estuviese plenamente probado con documentos auténticos; veríamos al propio tiempo cultivadas las artes, acumuladas las riquezas, y la vida más cómoda y fácil cada día; veríamos los castillos en que habitaban los no-

bles, ocupados en hostilizarse unos á otros y en difundir alarmas y zozobras á su alrededor, trasformados en granjas y alquerías; veríamos extenderse las ciudades, cultivarse los eriales, trasformarse los caseríos de pescadores en puertos opulentos, mejorarse las condiciones de la vida del labriego, nacer, crecer, desarrollarse y arraigar profundamente en el seno del hogar doméstico las opiniones y deseos que produjeron, andando el tiempo, la gran lucha con los Estuardos: entonces trataría de la guerra civil, no con la prolija minuciosidad de Clarendon, sino con la concisa claridad de Tucídides, porque aquellos combates y escaramuzas son como jalones que sirven sólo para guiar la sucesión de los hechos; y á fin de que fuera el cuadro más exacto y notable, haría entrar en él los grandes rasgos característicos de la época: el leal entusiasmo de los caballeros, la licenciosa vida de los réprobos que, blasfemando, jugando á los dados y bebiendo, deshonraban la causa del rey que defendían, las austeridades del domingo presbiteriano en la ciudad, las extravagancias de los predicadores independientes en los campamentos, el traje reglamentado, el rostro severo, los escrúpulos prolijos y las mojigaterías, el acento fingido, los nombres y la fraseología por todo extremo absurdos de los puritanos, el valor, el espíritu político, la devoción á la cosa pública que se ocultaban bajo disfraces tan ridículos, los delirios del loco que aguardaba la quinta monarquía y los ensueños no menos singulares del republicano filósofo.

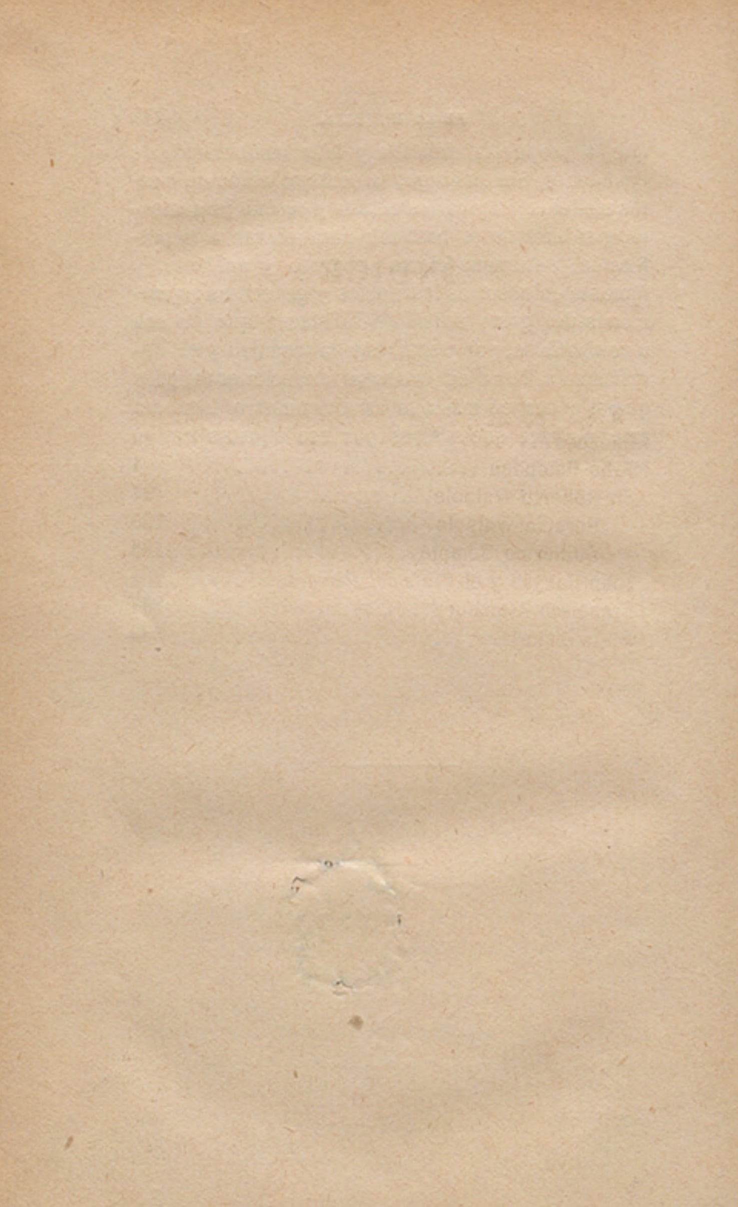
## XXII.

Las enseñanzas que sacaríamos de la historia, escrita por tal modo, serían en gran manera prácticas, porque la imaginación y la razón quedarían penetradas de ellas, y sabríamos muchas verdades que sólo así pueden aprenderse. Según como generalmente se escribe la historia de los pueblos, parece que las revoluciones más trascendentales y profundas les sobrevienen sin avisos precursores y cual si fueran castigos sobrenaturales; pero es lo cierto que son las revoluciones casi siempre consecuencia natural de cambios morales que se verifican en la sociedad de una manera gradual, y que antes de que su progreso se manifieste con actos públicos, han penetrado en ella profundamente; siendo, por tanto, de absoluta necesidad conocer á fondo la historia doméstica de un país para pronosticar los sucesos políticos por venir. La narración histórica en que faltan estos elementos, es tan inútil como un libro de medicina que omita los síntomas propios del primer período de la enfermedad, y que sólo haga mención de lo que pasa cuando ya nada puede aprovechar al enfermo.

Un historiador como hemos intentado describirlo sería, en verdad, prodigio intelectual, porque habrían de contrabalancearse en su espíritu facultades incompatibles casi unas con otras, y formar un conjunto tan perfectamente armónico, que antes veremos otro Shakespeare ú otro Homero que tal suceda, pues la mayor perfección que logre alcanzar una facultad aislada es cosa menos extraordinaria

que la propuesta, delicada y feliz combinación de cualidades. Sin embargo, la contemplación de ciertos modelos imaginarios deleita y enseña juntamente, y si bien no es bastante para elevar á la perfección, determina cierto progreso y adelanto, y fomenta en nosotros las nobles y generosas aspiraciones del gusto difícil de satisfacer, que no son incompatibles, por cierto, con la equidad y el entusiasmo al fallar en orden al merecimiento, pues que al poner en más alto asiento nuestro ideal del arte, no hace que seamos por eso injustos con el artista.





# ÍNDICE.

Tomos.

CICERON.—*Tratados didácticos de la elocuencia*, traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo... 2
— *Tratados filosóficos*, traducción del mismo............. 4
— *Epístolas familiares*, traducción de Pedro Simón Abril. 2
TACITO.—*Los anales*, traducción directa del latín de don Carlos Coloma.......................................... 2
— *Las historias*, traducción del mismo.................. 1
SALUSTIO.—*Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traducción del Infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.................................. 1
JULIO CESAR.—*Los Comentarios*, traducción directa del latín por D. José Goya y Muniain......................... 2
SUETONIO.—*Vidas de los doce Césares*, traducción directa del latín de D. F. Norberto Castilla..................... 1
SÉNECA.—*Epístolas morales*; traducción directa del latín por D. Francisco Navarro y Calvo...................... 1
— *Tratados filosóficos*; traducción directa del latín por el licenciado D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo, Canónigo de Granada.......... 2
OVIDIO.—*Las Heroidas*; traducción de D. Diego Mexía...... 1

## Clásicos españoles.

CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*....... 2
CALDERON DE LA BARCA.—*Teatro selecto* con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.............. 4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*................ 1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*........ .............. 1
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*.................... 2
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Napoles*............... 1
ALCALA GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*....... ..... 1
MANUEL DE MELO.—*Guerra de Cataluña y Política Militar*. 1

## Clásicos ingleses.

MACAULAY.—*Estudios literarios.—Estudios históricos.—Estudios políticos.—Estudios biográficos.—Estudios críticos*. Traducción directa del inglés de M. Juderías Bénder. 5
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducción directa del inglés de M. Juderías Bénder y Daniel López. 4
— *Discursos parlamentarios*, traducidos por Daniel López. 1
MILTON.—*Paraíso perdido*, traducción directa del inglés en verso castellano por D. Juan Escoiquiz....... .... 2
SHAKESPEARE.—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de don Eduardo Benot.......................................... 5

## Clásicos italianos.

MANZONI.—*Los Novios*, traducción directa del italiano por D. Juan Nicasio Gallego................................ 1
— *La Moral Católica*, traducción directa del italiano por D. Francisco Navarro y Calvo........................ 1

## Clásicos alemanes.

SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción directa del alemán por D. Eduardo Mier.......... ............. 3
HEINE.—*Poemas y fantasías*, traducción en verso castellano por D. José J. Herrero................................ 1

## Clásicos franceses.

LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores*, versión española de D. Noberto Castilla y D. M. Juderías Bénder. 2